

MARCELLO FOIS

Luz perfecta

Trilogía de los Chironi III

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO ÁLVAREZ



MARCELLO FOIS

LUZ PERFECTA

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO ÁLVAREZ

SENSIBLES A LAS LETRAS, 43

Título original: Luce perfetta, 2015

Primera edición en Hoja de Lata: junio de 2018

© Giulio Einaudi editare s.p.a., Torino, 2015, y 2016

© de la traducción: Francisco Álvarez, 2018

© de la imagen de la cubierta: María Bringas, 2018

© de la fotografía de la solapa: Francisco Álvarez, 2017

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2018

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21,4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net

www.hojadelata.net

Edición y composición: Hoja de Lata Editorial S. L.

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección de pruebas: Textosfera S. L.

ISBN: 978-84-27643-34-3

Depósito legal: AS 02846-2017

«Michele Angelo y Mercedes engendraron a Pietro y Paolo, a Giovanni Maria y Franceschina, a Luigi Ippolito, Gavino y Marianna; Marianna y Biagio engendraron a Mercedes, conocida como Dina; Luigi Ippolito y Erminia engendraron a Vincenzo; Vincenzo y Cecilia engendraron a Cristian; Cristian y Maddalena engendraron a Luigi Ippolito...».

Es la estación del recuento. La antaño floreciente estirpe de los Chironi se seca irremisiblemente. La anciana *tzia* Marianna, que ha visto morir a toda su familia, presiente su final pero disimula, no vaya a ser que el destino pase de largo y se olvide de matarla. A su sobrino nieto Cristian, la traición va a expulsarlo de Cerdeña y a lanzarlo al mar, volatilizándolo como ya hizo con su tío Gavino. Estamos a finales de los años setenta en la ciudad de Nuoro, una época terrible y sórdida, de especulación y boom económico desenfrenado. Una época caníbal que engendra niños sin raíces como Luigi Ippolito, último de la saga, criado sin saber quién es y, por ello, verdugo perfecto para acabar con esa humilde, anacrónica y maldita estirpe. Al fin.

Con Luz perfecta, Marcello Fois remata con broche de oro su aclamada trilogía de los Chironi.

«Una trilogía familiar de pobres gentes marcada por las desdichas frente al peso de la gran historia y con el aliento de la gran literatura europea de otros tiempos.» Elena Hevia, El Periódico

ÍNDICE

Cuarta parte. Aún después

Primera parte. Antes

Segunda parte. Mientras tanto

Tercera parte. Después

Quinta parte. Finalmente

A los Resistentes

Tú dile que, aunque se haya ido a vivir a un sitio con mar, nada está bien y nadie puede ser salvado...

MI MADRE, *en sueños*

Yo estaba a la espera de que sucediera algo, y ese algo era la espera...

TERRENCE MALICK, *El árbol de la vida*

CUARTA PARTE

AÚN DESPUÉS

Gozzano, enero de 1999

Maddalena Pes no sabía decir cuál era el designio por el que había conseguido llegar exactamente adonde se hallaba.

La mañana anterior, con equipaje ligero, se había embarcado en el transbordador que cubre el trayecto entre Porto Torres y Génova. Lo cual había supuesto levantarse antes del amanecer para llegar al puerto en un coche de alquiler con chófer, y pasar allí todo el día esperando a que cayera la noche para subir a bordo. Durante ese tiempo muerto se dejó llevar peligrosamente por la tentación de desistir. Pero era una mujer que había tenido que aprender a ser tenaz. A lo largo de sus cuarenta años se había adaptado a esperas mucho peores. Desde Génova llegó a Turín en ferrocarril, en una experiencia totalmente inédita para ella, que en Barbagia, de donde venía, nunca había cogido un tren. Finalmente desde Turín, usando medios de transporte regional, un interprovincial y un autocar, llegó a Gozzano, a ese lugar del que sabía escribir perfectamente la dirección y que ahora se manifestaba, en su realidad efectiva, bajo la forma de un edificio de construcción más bien reciente. Lo cierto es que ese edificio al que estaba a punto de entrar tenía un aura de clínica. De escuela de curas. De seminario, justamente. Todo el pueblo a su alrededor mantenía una actitud susurrante, de sincera sobriedad. Una fría compasión que encajaba a la perfección con el hielo que lo tenía atenazado. Enero enseñaba los dientes. Maddalena Pes cayó en la cuenta de que llevaba ropa demasiado ligera. Suspiró, pulsó dos veces el botón del timbre, la

cerradura hizo clic y el portón se abrió.

En el corredor desierto imperaba el olor a cera para suelos, esa que las amas de llaves saben extender a la perfección. Sobre las paredes, unas imágenes de una ingenuidad horripilante, carteles sobre las misiones y estanterías con tarros y tapetes de ese gusto infantil que tienen ciertas monjas, o mujeres ancianas, cuando por ventura deben ocuparse de comunidades masculinas.

Maddalena avanzó un par de pasos, superó una puerta cerrada que había a la derecha y después otra más. Antes de que alcanzara la tercera, esta se abrió y salió un hombre que no aparentaba más de veinticinco años de edad, bastante alto, vestido de gris. Al verla esbozó una sonrisa que no podría definirse como de circunstancias, pero tampoco de entusiasmo.

«Usted es la madre de Luigi Ippolito, ¿verdad? La estábamos esperando», dijo. Maddalena asintió con la cabeza. «Démela», le pidió el hombre joven con una dulzura nerviosa mientras agarraba la pequeña maleta. Maddalena accedió; estaba cansada y tenía frío a pesar del calor que había en el ambiente. «En estos momentos Luigi Ippolito está a cargo de los muchachos, pero llegará en breve», le informó con la amabilidad altanera de quien tiene prisa por terminar para retomar sus asuntos.

Maddalena impostó una sonrisa. El hombre no se la devolvió, la condujo a una modesta sala de estar con sillones marrones de piel, tumefactos, que a la altura del respaldo estaban cubiertos con tapetes de encaje de colores, gruesos, de esos que se hacen con la lana sobrante. Posó el equipaje de Maddalena en una silla y se quedó inmóvil, casi como si estuviera esperando la propina. «Ahora viene», dijo por fin tras echarle un vistazo al reloj en su muñeca, y se puso de nuevo en posición de firmes, con las manos cruzadas en el trasero como si tuviera la misión de escoltarla y montar guardia hasta la llegada del hijo.

«Estamos al corriente», susurró el hombre en un momento dado. «Son cosas desagradables, pero el Señor nos ayuda a superarlas», aseguró.

Maddalena lo observó con detenimiento por primera vez: era un chico en verdad alto, bien formado, muy arreglado. «¿De qué están al corriente?», le preguntó de improviso.

«Luigi Ippolito nos ha dicho lo de su padre... Sí, es decir... Lo de la desgracia...», acertó a decir el hombre.

«¿Usted es sacerdote?», le preguntó Maddalena.

«Sigo aún en el noviciado. Estoy finalizando mi recorrido... Si Cristo tiene a bien acogerme, lo seré en breve. Todos piensan que somos nosotros los que decidimos, pero la decisión le compete solo a Él».

«¿A Cristo?», preguntó Maddalena para asegurarse de que lo había entendido.

«A Cristo», confirmó el novicio.

Siguió a ello un silencio repleto de ruidos. Fue entonces cuando Maddalena se percató de que esa estancia se asemejaba en todo a lo que la difunta Marianna Chironi llamaba «salita»; no era un salón, no era una cocina, no era un estudio, no era una antecámara. Una cosa que es todo aquello que no es, en definitiva. En el lugar del que procedía ella gran parte de la modernidad se había infiltrado en las casas a través de la salita, que era el motivo principal por el cual los muebles de valor habían sido malvendidos o reutilizados en forma de leña para quemar. Y precisamente desde ese espacio el televisor se había apoderado del entorno. También en esa salita campeaba un aparato de televisión, anticuado, apagado desde siempre, aderezado con los mismos tapetes de los sillones, aunque más pequeños, y coronado por un jarrón con dos claveles artificiales.

Al cabo de varios minutos de espera sin que nada sucediera, Maddalena decidió tomar asiento. Entre el sillón y la silla escogió la segunda. El hombre mostró su aprobación con un asomo de sonrisa, dando a entender que había hecho bien acomodándose.

«Así que Luigi Ippolito les ha informado de la desgracia ocurrida», dijo de pronto Maddalena.

Con el énfasis que puso la mujer, la noticia parecía más bien una delación. «Era imposible no darse cuenta de lo afectado que estaba, a veces no hacen falta las palabras», trató de sortear la situación el novicio.

«Me lo imagino», convino Maddalena, aunque lo hizo con una indiscutible pizca de sarcasmo.

«Luigi Ippolito ha rezado mucho», aseguró él.

«Claro, es lógico. Quiero decir que aquí se reza, ¿no?».

El novicio se puso tenso. «Sí, así es, aquí se reza», respondió como si se hubiera decidido a dejar a un lado las formalidades para aceptar el desafío. «En ocasiones se reza también por los que no lo hacen», añadió.

Maddalena lo miró: el rostro perfectamente afeitado, el corte de pelo impecable, los ojos de un verde otoñal, los pómulos altos, el cuello delgado... «Es usted un hombre guapo», constató a media voz, aunque sin poder ocultar que lo que quería decir es «Demasiado guapo para mantener esta vida de castidad». Lo mismo que les pasa a los clientes de ciertas prostitutas a los que se les escapa la frase «Eres demasiado guapa para llevar esta vida».

El hombre abrió los brazos para remarcar que su aspecto no lo había escogido él. «Luigi Ippolito ya no puede tardar», informó.

No tardó. Llegó resoplando ligeramente. Dio unos pasos hacia su madre sin que ese avance implicara abrazarla o cogerle las manos. Así que fue ella la que le agarró el rostro con las manos para acercarlo a su seno y besarle la frente. El otro se despidió apresuradamente para dejarlos a solas.

«Acabas de conocer a Alessandro», dijo él para darle un sentido práctico al hecho de que se había desvinculado del estrujón materno.

Maddalena articuló un gesto genérico. «Te veo bien», observó con una mal disimulada desilusión, como si esperara encontrarlo consumido y demacrado.

«Estoy bien realmente», confirmó Luigi Ippolito.

Maddalena reflexionó sobre el hecho de que, si no fuera porque medía unos pocos centímetros menos, podría haber pasado por una copia del novicio que, ahora lo sabía, se llamaba Alessandro.

«Te has cortado el pelo y has cogido algo de peso, estás bien», reafirmó.

Su hijo hizo un gesto de aprobación.

La fea estancia, los tapetes multicolores, los almanaques con perros y gatos, los sillones obesos como las Venus fenicias e incluso el jarrón con los claveles de plástico parecían estar espiándolos.

«Aquí todos comentan que pareces mi hermana», dijo en un momento dado Luigi Ippolito, preocupado por el silencio que se estaba creando entre ellos.

«¿Quiénes son todos?». Le sorprendía que la hubieran visto sin que ella notara la presencia de nadie, a excepción del jovencito que la había recibido.

«Todos los otros», aclaró su hijo, como si fuera una respuesta suficiente.

«Yo no he visto a nadie». El tono de Maddalena insinuaba cierto fastidio; ella no era una mujer que aceptara de buen grado las situaciones en las que no tenía el control absoluto.

«Pero ellos sí te han visto a ti», zanjó el tema Luigi Ippolito como si no hubiera nada más que decir que eso.

«¿Tenemos que quedarnos aquí?», preguntó entonces Maddalena. «Quiero ver dónde estás. Dónde vives, me refiero».

Lo que quería decir estaba claro. «No tiene nada de especial», contestó de soslayo Luigi Ippolito.

«Da igual», insistió ella con el ritmo seco que usaba cuando quería hacerle saber a su hijo que, por mucho que él hubiera nacido para resistírsele, no lo lograría.

«Una cama individual, un escritorio y un armario. ¿Qué es lo que quieres ver?», preguntó él tras enunciar ese elenco horrible y banal.

«Una cama individual, un escritorio y un armario», repitió ella con pedantería, tratando incluso de reproducir la inflexión de voz de su hijo.

«Había pensado llevarte a cenar fuera», salió del paso él.

«¿Está permitido?». Era impensable que ella hubiera hecho esa pregunta con sarcasmo.

Luigi Ippolito se negó a imaginarlo. «Podemos salir», confirmó.

«Pero tú no quieres dejarme ver tu habitación. ¿Esto qué se supone que es, un locutorio?», señaló haciendo un gesto con el que pretendía abarcar toda la estancia.

«No lo había pensado», confesó Luigi Ippolito mirando a su alrededor. «Rara vez vengo aquí, a decir verdad».

«Hay pocas visitas, quieres decir».

«Quiero decir lo que he dicho, mamá». A juzgar por el modo en que apretaba los labios Luigi Ippolito, la táctica de Maddalena, anticiparse y replegarse, comenzaba a dar resultados. Era algo que hacía desde niño, apretar los labios de ese modo cada vez que trataba de no perder el control. Cada vez que debía tragarse una negativa o una reprimenda. (.ida vez que algo no salía como él lo había previsto. Había sido un niño difícil.

«No quiero quedarme aquí», saltó Maddalena. «¿No ibas .1 llevarme a cenar?».

«Sí». Y entonces la mirada de Luigi Ippolito se quedó tan inmóvil como ese enero voraz que mordía las montañas y las trituraba prácticamente como si fueran esquirlas de chocolate.

«Debo pasar antes por la pensión...», dijo ella. Al otro lado de las ventanas había oscurecido. Una oscuridad inescrutable, extraña, hostil. «Tengo la impresión de que soy una molestia para ti», confesó tras una breve pausa.

Luigi Ippolito se inventó una sonrisa que, más que mejorarlas, empeoró las cosas, pero no respondió.

«¿No dices nada?», preguntó Maddalena como si estuviera suplicándole que la contradijera.

«¿Qué debería responder? Como decía papá, a paraguas maceas uricras sardas», pronunció en un sardo lineal, académico, casi tomándoselo a broma.

«En lo de “oídos sordos” tú siempre has sido un campeón. Y yo, probablemente, lo he sido en lo de las “palabras necias”».

«Estaba bromeando», templó la situación Luigi Ippolito. «¿Es que ya no aceptas una broma?».

«Sí, claro, faltaría más...», concluyó Maddalena abotonándose el abrigo para salir.

Luigi Ippolito la precedió en el pasillo y poco antes del portal de entrada cogió de un perchero una chaqueta acolchada de color azul.

El hielo los engulló en pocos segundos. Y no eran aún las seis de la tarde. Pasaron por la pensión para que Maddalena dejara la maleta y aceptara una bufanda de lana que le ofreció la patrona.

«¿Tienes hambre?», preguntó Luigi Ippolito cuando por fin se hallaban sentados uno frente al otro en una mesa para dos de la tasca que, quizá no por casualidad, se llamaba Taberna del Cura. «Aquí preparan cosas sencillas pero sabrosas. ¿Qué te apetece?», la apremió.

Maddalena trataba de no exteriorizar el apuro que la estaba oprimiendo, porque a ella eso de comer fuera nunca le había gustado. Era de las que consideraba la comida del mismo modo que la higiene, algo extremadamente íntimo. Así y todo, se le escapó una sonrisa al pensar cuántas veces había intentado convencerla su marido para salir a almorzar o a cenar. «Tenías que ser tú el que me hiciera venir a un restaurante», comentó.

«Restaurante es una palabra excesiva», rebajó la cosa Luigi Ippolito. «La comida es excelente y el precio es razonable».

«¿Cómo es el precio?», preguntó ella tomándole el pelo.

«Razonable», repitió él antes de darse cuenta de que su madre lo estaba provocando.

Rieron al unísono. Como en aquella ocasión, muchos años antes, en que le gastaron una broma al abuelo Giuseppe, al que todos llamaban Peppino, cuando Luigi Ippolito fingió que se había quedado solo en casa... Qué risas al ver con cuánta furia acudió a buscar a su nieto a pesar de que siempre se estaba quejando de que le dolían los huesos... Qué risas al verlo correr torpemente pero tan peligroso como un gran jabalí acosado. Y eso significaba que hubo un tiempo, breve, en el cual madre e hijo habían sido cómplices. Y resultaba inevitable constatar con cuánta rapidez se había terminado esa

complicidad.

En la Taberna del Cura hacían dulces de castaña y Luigi Ippolito sabía lo mucho que le gustaban a su madre, así que la había llevado allí a propósito. A propósito había escogido un trayecto largo a pesar del frío. De ese modo Maddalena pudo disfrutar de las mejores castañas confitadas que jamás hubiera comido. En ocasiones dice mucho el hecho de que se elija un restaurante en lugar de otro.

«Sabes que yo quería haber vuelto, ¿verdad? Para el funeral». Ahora quedaba claro que Luigi Ippolito había estado esperando el momento ideal para decir lo que anhelaba decir desde el mismo instante en que se había presentado ante su madre.

«Pero no lo hiciste», apostilló ella al tiempo que se limpiaba los restos del dulce de la comisura de los labios. Podía esperar cualquier cosa de esa criatura que había engendrado en su vientre y que ahora parecía querer instaurar cualquier clase de extrañeza frente a ella. Eso que los hijos llaman crecimiento las madres lo llaman, en secreto para sí mismas, abandono.

«No, es evidente que no lo hice, llegó un momento en que no me sentí con fuerzas». De repente se hizo obvio para ambos que su forma de quererse se había transformado en una guerra de trincheras. Entonces, mientras Luigi Ippolito aún se esforzaba en dar la imagen de que no tenía que justificarse por nada, le vino a la mente aquella ocasión en la que Domenico, su padre, le dijo: «Tú no tienes piedad alguna». Y se lo había dicho como si estuviera hablándole a un hombre adulto en vez de a un niño de nueve años. No tenía piedad, eso era cierto; si la hubiera tenido, nunca habría sido capaz de afrontar todo aquello que le estaba pasando.

«Sí, eso es. Es evidente...», replicó su madre, que había escuchado hasta el último de sus pensamientos.

«Lo tenía todo planificado... ¿Pero sabes qué se dice aquí?».

«No, ¿qué se dice?».

«Si quieres hacer reír al Señor, cuéntale tus planes».

Maddalena había pedido un milagro para ese hijo. Había pedido, concretamente, que dejara de ser tan hostil. Y, si bien pensaba que sabía bien cuál era el origen de esa hostilidad, fingía que se trataba solamente del hecho de que, igual que los hijos no pueden escoger a sus padres, los padres no pueden escoger a sus hijos. Ella tenía muy presente el momento exacto en el que supo, más allá de toda duda, que con Luigi Ippolito habría de librar un combate constante. Fue el propio parto el que le hizo pensar en ello, porque desde que rompió aguas hasta que dio a luz pasaron doce horas. Y fueron doce horas de pura lucha, como una negociación violenta entre estados canallas, repleta de amenazas y rectificaciones, basada en los chantajes y en los replanteamientos. Y cuando por fin aquella criatura se vio obligada a salir, y Maddalena pudo mirarlo, el hijo se aseguró de que la madre lo entendiera todo. Se trataba de una mirada terrible, de profundo rencor. La boca de él se apretaba contra el pezón de un modo ajeno al instinto. En el caso del nacimiento de Luigi Ippolito, la palabra parto había tenido un sentido pleno. Y Maddalena hubo de reconocer en su interior que con ese hijo cualquier palabra, por sencilla que fuera, iba a tener, desde ese mismo momento, un sentido pleno.

«Ni siquiera me has preguntado por qué he venido hasta aquí», constató ella mientras volvían a la pensión. Por una rareza atmosférica, ahora que era de noche parecía que había remitido el frío.

«Sabía que bastaba con esperar», respondió Luigi Ippolito.

«He reflexionado mucho tras la muerte de... Domenico». Tras eso se le escapó la risa, porque en lugar de decir «tu padre» había optado en el último segundo por «Domenico».

A Luigi Ippolito no le había pasado inadvertida esa vacilación. «Papá», puntualizó. Maddalena se mantuvo en silencio hasta que su hijo continuó. «Has reflexionado mucho...».

Maddalena asintió con la cabeza. «¿Nunca te has preguntado por qué te llamas Luigi Ippolito?», le preguntó a bocajarro.

Él se tomó unos segundos. «Éramos buenos amigos de la familia Chironi», probó a decir.

«Sí, claro», confirmó Maddalena. «¿Pero eso qué tiene que ver?».

Las luces del pueblo vibraron en la oscuridad rocosa del valle.

Maddalena se ajustó la bufanda de lana sobre la nuca. Caminaban por las calles desiertas como novios, ella del brazo de él. La madre con su indumentaria inadecuada y la bufanda prestada, el hijo vistiendo impecablemente de gris y azul.

«Lo cierto es que, para ser futuros curas, parece que cuidáis bastante vuestro aspecto...», dejó caer ella, haciendo así que la reflexión anterior siguiera su propio camino.

«Ordenarse cura no supone preocuparse por nuestro aspecto más de lo que tú te preocupabas por el mío, mamá. Desde ese punto de vista, por lo que a mí respecta poco o nada ha cambiado». La respuesta de Luigi Ippolito tenía un sabor afectuoso, pero distante.

A Maddalena ese distanciamiento le dolió. «No es culpa mía, ¿verdad?».

Luigi Ippolito, que había entendido perfectamente esa pregunta en apariencia incongruente, se detuvo para poder mirarla a los ojos. «Tú serás la primera persona a la que tendré que pedir perdón», manifestó.

Retomaron la marcha.

«En el funeral todos me preguntaban por ti, ya sabes cómo es Nuoro... Alguno llegó a pensar que había rencillas entre nosotros».

«Me lo imagino», confirmó Luigi Ippolito poniendo atención en no pasarse el callejón que debían tomar para llegar a la pensión donde se alojaba su madre. «Espero que lo hayas dejado correr, en estos casos dar demasiadas explicaciones o no dar ninguna viene a ser lo mismo».

«Ay, hijo mío, ya sabes cómo soy... Alguna pequeña respuesta me han sacado...».

«A mí lo que me interesa es que tú hayas entendido por qué no fui. ¡He rezado para que tú lo entendieras!».

Maddalena replicó con un gesto de hombros, lo cual era una forma de mentir sin mentir necesariamente. Un método para decir que ella podía entenderlo solo como madre; solo como la persona que lo había querido, y que lo quería, más que a nadie en el mundo. Era consciente de que se había convertido en madre demasiado pronto, y también del hecho de que esa precocidad le había concedido más tiempo para esperar que ese hijo prófugo volviera a ella.

«Sube un momento. Hay algo que quiero enseñarte», le dijo cuando llegaron a la entrada de la pensión.

Luigi Ippolito tragó una bocanada de aire helado y a continuación negó con la cabeza. «Mañana. Necesitas descansar. Lo necesitamos los dos», respondió como si estuviera trabajando con uno de los muchachos que tutelaba en el seminario.

Y Maddalena supo que hubiera resultado totalmente inútil tratar de colmar la distancia que ese simple rechazo, casi sumiso, había generado entre ellos. «Valdría también mañana», convino poniendo cuidado en no parecer en modo alguno decepcionada. «Cuando estés libre, me encontrarás aquí».

«Los alrededores son muy bonitos», dijo él, «pero en cualquier caso vendré a buscarte a mediodía, le he prometido al padre rector que te llevaría hacia la una de la tarde para que comas con nosotros. Y me enseñas lo que quieras...».

«No quisiera robarte tiempo».

«Por supuesto que no, ¿qué estás diciendo?».

Bosquejó la respuesta con una ausencia total de energía, como si la frase que acababa de pronunciar no fuera más que una copia de una copia.

«Entiendo», dijo ella, expeditiva.

«¿Todo bien?».

preguntó Luigi Ippolito.

«Todo bien», repitió la madre, como hacía siempre que no quería denotar el fastidio que la reconcomía. «Entonces me voy», dijo dando un paso hacia su hijo. Luigi Ippolito, al que cogió por sorpresa lo que consideró una tentativa

de abrazo, hizo un ademán de retroceder, guiado por su instinto. Maddalena transformó ese abrazo abortado en un saludo torpe, como el de quien le hace un gesto a alguien en un tren en movimiento.

Luigi Ippolito no se movió hasta que la vio desaparecer tras el primer rellano de las escaleras. A continuación se encaminó al seminario.

La noche se hizo gustosa, una helada ácida le secó el paladar. Había afrontado lo indecible, se había superado a sí mismo. Luigi Ippolito notó que había sudado, y luego cayó en la cuenta de que durante toda la velada no había sido capaz de relajar los hombros. «Control», susurró, como cuando siendo niño tuvo que constatar hasta qué punto era difícil determinar si uno elige o si uno es elegido. Sin saberlo entonces se había dicho a sí mismo: «Control, control...». Y seguidamente: «Estoy aquí, si me quiere que me tome...». La presencia de su madre le hizo cobrar consciencia de cuánta fuerza había precisado para alcanzar ese estado de tenaz condescendencia. Los sonidos del mundo, vagando por la cuenca generada por las montañas, eran en sus sienes arcos tensados, chirridos de mecanismos en marcha, chasquidos de resortes engrasados; la noche no era en absoluto silenciosa, a pesar de que en apariencia nada se movía. Y la helada no era otra cosa que una campana de cristal sobre un viejo reloj decorado. Ahora se trataba de no recaer en la vorágine de las quejas, de aceptar su propio destino de ferocidad. «Tú no tienes piedad alguna», le había dicho su padre.

«Yo siempre he ignorado la piedad. Hasta donde recuerdo. Creo que todo lo que soy, todo en lo que me he convertido, depende de esta verdad absoluta: siempre, siempre he ignorado la piedad. Respecto a mis padres, pero también respecto a mí mismo. Por lo demás, poco hay que decir: alimento la duda, me revuelco —sin hacerlo ver— en el fango de mis obsesiones. Por ejemplo, la obsesión de la bondad, y la idea de que a fin de cuentas resulta más útil para quien la ejerce que para quien la recibe. ¿No es soberbia la bondad? ¿No es

arrogante? Si fuera un sentimiento normal, ¿para qué habrían inventado los santos? Que además no son otra cosa que los profesionales, los campeones, esos que son tan soberbios en el ejercicio del altruismo como para anularse a sí mismos y de ese modo elevarse a través de los altares hasta lo alto del cielo. Además, ¿qué piedad tuvo Él cuando me abandonó a mis propios delirios? Tenía nueve años, tal vez diez, y había un cielo arrebatador y el perfume embriagador de las retamas espinosas por doquier. ¿Qué piedad tuvo cuando de repente me encontré en el centro del torbellino, uno de esos que se citan en las hagiografías cada vez que el divino se manifiesta? Oh, era inocente, así que abrí mis brazos para ofrecer mi blanda carne al fendiente».

Luigi Ippolito articuló estas palabras dirigiéndose a la resistente nada del pavimento bajo sus pies, como si hablar consigo mismo con la cabeza inclinada significara rendirse ante toda evidencia, intentar el enésimo ejercicio de humillación para sanar la inmensa soberbia que había precisado, solo once años antes, para contarles a sus padres lo que le había ocurrido, o lo que creía que le había ocurrido.

Ese día, en casa, sentado a la mesa, se escuchó a sí mismo hablando una lengua desconocida, como inspirado por la llama de Pentecostés, describiendo con todo lujo de detalles cosas que no debería saber. Y habló sobre él, el cielo, el perfume, el fendiente... En ese particular mediodía todos los sonidos se interrumpieron: el tiempo martilleado por el reloj, el goteo del grifo, el chirrido de las cigarras, la respiración de su madre...

El padre lo escuchó sin rechistar, esperando a que terminara, y después guardó un largo silencio. «Tú no tienes piedad alguna», le dijo finalmente.

En el interior del cálido intestino del pasillo que lo conducía a su habitación le pareció que se sentía mejor. Sin una razón definida, el olor invasivo del repollo guisado, procedente del refectorio, hizo que se sintiera reconfortado. Una vez en su cuarto, corrió a echarse en la cama sin desvestirse siquiera, sin descalzarse siquiera. Como un muerto listo para ser inhumado.

A la mañana siguiente se dirigió a la pensión, faltaban diez minutos para el

mediodía. Hacía un día precioso, esmaltado y nítido. Parecía que nada se había dejado al azar: puntas y bordes, techos y antenas, canalones y chimeneas, vértices de abetos y cimas encaladas... Como en una tabla flamenca, lo afilado dominaba cualquier posible redondez. Y parecía que aconsejaba mirar a lo alto, hacia el azul turquesa compacto del cielo, sin un sol que pudiera desteñirlo, ni un vuelo de ave que pudiera mancillarlo.

Pero al llegar a su destino descubrió que Maddalena se había marchado unas horas antes, con el autocar que iba a Turín. Su madre le había dejado a la patrona de la pensión un sobre con el ruego de que se lo entregara tan pronto como se presentara allí, cosa que la anciana señora hizo con diligencia. Luigi Ippolito cogió el voluminoso sobre que le había sido confiado como si se tratara de material extremadamente peligroso. Lo apretó contra el pecho y se apresuró a hacer el camino de vuelta al seminario. Hasta que estuvo en su habitación no comprobó el contenido: eran hojas, unas escritas a mano y otras mecanografiadas.

PRIMERA PARTE

ANTES

EL ANTIGUO DE LOS DÍAS

Nuoro, febrero de 1979

Solo un instante después todo pareció imposible. Cristian se incorporó de un salto en la cama como si el orgasmo que acababa de tener le hubiera dado más energía, en lugar de ralentizarlo. Maddalena lo observó mientras alcanzaba los calzoncillos abandonados sobre la alfombra para ponérselos a continuación como si en ese momento no le interesara otra cosa que terminar con su desnudez. Con la ropa interior puesta, ya se le vio más calmado.

«No podemos hacer esto», dijo Cristian súbitamente.

«Es una pena que siempre te venga ese pensamiento después, no antes», respondió ella sin mucho énfasis.

«Domenico es un hermano para mí», prosiguió él, «esto no está bien».

Guardaron silencio, era uno de esos momentos en los que Maddalena adquiría plena conciencia de lo mucho que Cristian la necesitaba. Lo escuchaba pensar, debatirse en la duda sobre levantarse y huir o quedarse, para luego decantarse por no hacer absolutamente nada. A Maddalena le gustaba dejarlo así, débil, expuesto como una serpiente que acaba de mudar la piel. Estaba sentado en la cama, dándole la espalda. Con la tez del color de la arcilla bien cocida, un pequeño lunar que sobresalía un poco más abajo de la vértebra del cuello y la nuca espaciosa. Ella sabía perfectamente hasta qué

punto le pertenecía cada milímetro de esa piel, porque ese hombre le suscitaba algo que no era simplemente atracción o amor: era hambre. Eso es, si al final de esa tarde clandestina, con el gris acero azotando los árboles desnudos tras las ventanas, le hubieran preguntado qué sentía por Cristian, no hubiera dudado en responder: hambre. ¿Y por el otro? ¿Por Domenico? Cariño. Habría dicho cariño.

«Pues entonces habla con ese hermano», dijo Maddalena alargando la mano para acariciar la espalda de Cristian.

Él sintió un escalofrío, pero se cuidó de no dejarse llevar. «¿Y qué le digo? ¿Qué le digo?», repitió. «Todo está dispuesto, lo sabes tú también».

Maddalena, sin importarle que él no pudiera verla, asintió con la cabeza. «O sea, no quieres que hable yo con él, pero tampoco quieres hacerlo tú», objetó. «¿Eso es lo mejor, en tu opinión?».

«No es fácil», lo intentó él siendo consciente de que estaba diciendo una obviedad. «Domenico te quiere».

«Sí», admitió Maddalena, «Domenico y yo nos hemos querido, pero las cosas han cambiado... ¿O no?».

Cristian se llevó las manos a la cabeza. «Maddalé», dijo llegados a ese punto. «Si me pasara a mí algo así...». Y dejó inconclusa la frase.

«Entonces dejemos las cosas tal y como estaban», sentenció ella.

«No quería decir eso», se mostró confundido. «Lo que quiero decir es que está todo dispuesto: la petición de mano y todo... ¿Cómo se haría?».

«Se haría hablándolo antes, así se haría», dijo tajantemente Maddalena. Tras eso enmudeció de golpe y se puso en pie para llegar hasta la ventana. Dirigió la mirada al exterior, al otro lado de los cristales empañados, donde un invierno cruel estaba afilando sus cuchillas, aunque con el rabillo del ojo no perdió de vista la espalda desnuda de Cristian, compacta y fuerte como la coraza de cuero de un legionario, ni su lento movimiento de fuelle.

Él, en su interior, se obstinaba en declarar su inocencia, pero la inocencia ya se había acabado antes de que tocara a esa mujer por primera vez. La

inocencia se había acabado en el preciso instante en el que había pensado en la idea de tocarla. «Está bien, hablaré con él», dijo mirando al suelo que tenía ante sí. «Antes de que salga de viaje para Carrara hablaré con él».

«¿De verdad?», preguntó Maddalena regresando hacia él.

«De verdad», ratificó Cristian. «Tenemos que ir a encargarnos una remesa de mármol para una obra... Hablaré con él antes».

«¿Y yo qué debo hacer?».

«Dame unos días», respondió Cristian girándose por primera vez, «luego ya veremos». Le hubiera gustado contar con la fuerza de voluntad para apartar, o al menos para bloquear, la mano de ella que comenzaba a acariciarle el pecho, pero comprendió que no tenía fuerza de voluntad para ello. Nada de sí mismo, de su cuerpo, le había parecido tan apropiado hasta que aprendió a mirarlo con los ojos de ella. El esternón ligeramente protuberante, «carenado», había dicho el pediatra; el vello rojizo acumulado en el centro del torso, como un pequeño oasis; la adolescente redondez del vientre, delgado pero no plano; el ombligo profundo como un diminuto precipicio kárstico... Si a ella todo eso le gustaba, y Maddalena juraba que le gustaba, entonces tenía que ser por fuerza apropiado. A veces pensaba que el amor no era otra cosa que sentirse hermosos. Y ese era un sentimiento que Cristian no había experimentado ni siquiera cuando creía haber estado enamorado en el pasado. La perspectiva de hablar con Domenico, y de hablarle de lo que había sucedido, de lo que estaba sucediendo, algo entre él y su futura prometida, convertía en ansiedad la serenidad que pensaba que se merecía tras sentirse por fin apropiado, hermoso, perfecto.

No es fácil determinar por cuánto tiempo puede incubarse una pasión antes de que pase de ser inexpresada a definitivamente expresada. Cristian y Maddalena se conocían desde siempre, y es probable que algo hubiera nacido ya entre ellos con la adolescencia recién superada. Él era huérfano de padre,

si bien pertenecía a una familia adinerada, y cuando cumplió dieciocho años perdió también a su madre Cecilia, devorada por una dura enfermedad. Así es que ese periodo en el que la atracción mutua hubiera podido concretarse se consumó con él afrontando la lenta y desgarradora despedida de su madre y con ella afrontando la insistencia de Domenico Guiso, pariente in pectore de Cristian, dos años mayor que él.

Aunque todos creían que sí, Cristian y Domenico no eran parientes. A pesar de que Cristian llamara «tío Mimmíu» al padre de Domenico, Giovannimaria. Porque lo suyo era una especie de parentesco adquirido en 1943, cuando el padre de Cristian, Vincenzo Chironi, llegó a Cerdeña procedente del Friul. De hecho, Mimmíu había sido el primero y el mejor amigo que Vincenzo tuvo en Nuoro. En diciembre de 1959, en Nochebuena, cuando se produjo el fatídico suceso del suicidio de Vincenzo, fue el propio Mimmíu el que lo encontró colgado en la nave industrial de su empresa. Vincenzo Chironi se había ido voluntariamente de este mundo sin dejar una nota y sin motivo. Y sin saber que su esposa Cecilia se había quedado embarazada.

Una familia infortunada la de los Chironi, pero para Mimmíu habían sido más que unos auténticos parientes. (atando nació Domenico, en 1958, quiso que los padrinos del bautizo fueran los Chironi. A pesar de que sabía en su fuero interior que les estaba haciendo al mismo tiempo un honor y un agravio, ya que Vincenzo y Cecilia, por mucho que lo intentaron, no habían sido capaces de traer al mundo descendencia. No obstante, el destino, que siempre es juguetón, tuvo a bien darles a los Chironi un hijo, Cristian precisamente, justo nueve meses después de que Vincenzo recibiera sepultura. Y así fue como Mimmíu se convirtió en el «tío» de Cristian y Domenico en su «hermano», lo cual desde un punto de vista de la línea parental genética no tenía ningún valor, ni sentido, pero desde el punto de vista de la línea parental afectiva era suficiente para darle sentido a toda una vida.

Tras la muerte de Vincenzo los herederos de los Chironi (Cristian, Cecilia y la anciana Marianna) acordaron con Mimmíu Guiso una especie de tutela del patrimonio por la que él pasaba a formar parte de la empresa como socio minoritario y se comprometía a mantenerla saneada, y sobre todo a dejarla intacta para la siguiente generación. Un acuerdo ventajoso para ambas partes, puesto que los Guiso incrementaban así, sin coste alguno, su volumen de negocio y los Chironi confiaban sus bienes a una persona familiar.

Con todo, antes de firmar cualquier tipo de delegación de poderes Marianna se tomó un tiempo para leer hasta la última línea del complejo documento. Ella pertenecía a otro mundo, a un universo en el cual tener que firmar demasiadas cosas no implicaba fiarse, sino más bien al contrario. Y por eso, por no fiarse de confiarse, pidió el tiempo necesario para examinar hasta el último término del acuerdo, hasta la última cláusula. Tanto fue así que Mimmíu se sintió resentido. Pero a ella no le preocupaban los resentimientos; había enterrado a la mayor parte de su familia, por no decir a toda. Había visto cómo las esperanzas nacían, se secaban, rebrotaban y luego perecían irremediablemente en el obstinado transcurso de su vida. Como para que ahora un resentimiento, totalmente formal, pudiera afectarla. A Cristian le decía y le repetía que era un Chironi, solo eso. Del mismo modo que a Mimmíu le decía y le repetía que una cosa eran los Chironi y otra cosa eran los Guiso. De modo que ante el notario, al no tenerlas todas consigo, dijo que en términos generales el acuerdo podía ser bueno, pero que ella, por la parte de los Chironi, tenía el deber de tomarse un tiempo para leerlo todo. Y Mimmíu abrió los brazos como dando a entender que si uno nace pez no lo puedes transformar en carne.

Está bien. A todo esto, entre Cristian y Domenico se instauró una forma de hermandad que a menudo no se da entre hermanos de verdad. Había entre ellos dos años de diferencia y ellos mismos eran diferentes. Alto y delgado el primero, corpulento y robusto el segundo. El primero tendía al claro, la semilla arrubiada de los Chironi regresaba por momentos; el segundo era de

pelo y ojos muy oscuros, píchidu, como se decía en Nuoro.

A los seis años, cuando lo matricularon en la escuela primaria, Domenico lloró y también Cristian, porque iniciar esa fase les parecía una fractura irreparable en su vida juntos. Cecilia, la madre de Cristian, conocía en todos los aspectos a ese hijo suyo y se las ingenió para explicarle que bastaba con esperar a crecer, porque en la vida cuanto más se crece más corta resulta la espera. Es más, añadió que llegaría un tiempo en el cual sentiría nostalgia de esa espera. Cecilia, claro está, no confiaba en que su hijo se creyera sus palabras. Sin embargo, más adelante, estando en una habitación individual del hospital oncológico de Cagliari donde parecía más pendiente de la novedad del televisor en color que de asistir a su madre moribunda, Cristian, ya con dieciocho años, se vio forzado a admitir que aquel concepto tan básico por primera vez le resultaba absolutamente palmario. Porque en ese preciso momento, frente a una pantalla televisiva que transmitía un documental sobre aquel cuadro de Caravaggio de la Capilla Contarelli de Roma, le pareció que los dos años transcurridos esperando resultados de transfusiones y sesiones de quimioterapia habían pasado volando. Solo más tarde, en el recuerdo, se le iban a antojar, por el contrario, infinitos. Era como si hubiera alcanzado los dieciocho años sin la posibilidad de esperar un segundo, con la urgencia genética del felino que, empujado por el hambre, debe seguir a la presa a toda costa sin hacerse preguntas.

Aquí entra en juego Maddalena, que siempre le había gustado a Cristian, pero también a Domenico. Y ellos dos, el uno y el otro, siempre se lo habían contado todo, pero eso no. No se habían dicho que, llegados a ese punto, sin pretenderlo, estaban interesados en la misma chica. Eran bastante inteligentes, uno acababa de cumplir quince años y el otro diecisiete, para comprender que cuando uno se adentra en la retórica de la amistad viril hecha pedazos por la llegada de una mujer se abandona la vida real y se corre el riesgo de hacer

literatura.

Lo que sucedió es que Domenico fue el primero en declararse y ella, al menos aparentemente, no dijo que no. Dio el paso con lo que a Maddalena le pareció escasez de convicción, más que exceso de timidez. Resultó algo así como un discurso vago, nebuloso, como esa evaporación que los destiladores llaman «porcentaje del ángel», que viene a suponer el dos o el tres por ciento, como máximo, del producto que se convierte en humo durante la fase de fermentación. En cualquier caso, Domenico no habló con Cristian sobre su interés en Maddalena, ni sobre su malograda cita.

En el centro justo entre ellos dos estaba Maddalena, un año menor que Domenico, un año mayor que Cristian. Y este último tenía a su favor que era resuelto, a su pesar. Es decir, era de esos hombres que no tienen necesidad de demasiados preámbulos ni de demasiada conversación. De esos hombres que, ante ciertas mujeres especialmente intuitivas, y Maddalena era una de ellas, dan la impresión de hablar incluso cuando callan. De su padre Vincenzo había heredado la complexión longilínea y de su madre Cecilia los ojos de un color indefinible entre el gris y el verde. Pero, aseguraba la tía abuela Marianna, del mismísimo Gavino —hermano de su abuelo Luigi Ippolito— había heredado el color ámbar del cabello y del vello. Él, Cristian, era de los Chironi particularmente resultones. Por eso, sin saber que Domenico ya se había declarado, el primero que consiguió una verdadera cita con Maddalena fue él.

No se conoce a alguien realmente hasta que se está en situación de compararlo consigo mismo. Y esa tarde, cuando ya no faltaba mucho para que pasara de los quince a los dieciséis años, Cristian comprendió que podría llegar a mentirle a Domenico. Porque ante la pregunta de qué tenía que hacer ese día respondió que debía estudiar algunas materias antes de los controles de final del cuatrimestre. Cristian omitió que esa mañana, en los pasillos del instituto, con un oportunismo maravillosamente inconsciente, justo antes de

que se agotara la hora del recreo le había pedido una cita para esa tarde a Maddalena, y que ella, sencillamente aunque con una ligera ansiedad por llegar con puntualidad a clase, le había dicho que sí.

Así es que se quedó haciendo tiempo fuera del instituto, en un rincón específico del parque poco cuidado que había justo detrás del edificio, y ella se reunió con él en el banco sin ejercer siquiera el derecho a llegar con un mínimo retraso.

Se sentó a su lado y se quedó mirando al frente, a un pequeño platanero que, privado de agua, agonizaba. Y entonces se le ocurrió decir que hacía falta que alguien se tomara en serio la vida de esas plantas. Y él, Cristian, comentó que sí, que era increíble que un parque público estuviera en ese estado.

Después, durante un rato, no se dijeron nada, aunque ninguno de los dos sintió el deber de reivindicar la necesidad de decirse algo. Por eso Cristian, en un momento dado, supo que debía cogerle la mano. Lo hizo y ella no se opuso. Le preguntó de cuánto tiempo disponía y él respondió que no tenía prisa. Permanecieron así, mano sobre mano, hasta que Cristian se inclinó para besarla. Pero esta vez Maddalena se apartó. Señaló hacia esa tarde que se apagaba apuntando con el dedo índice a lo alto antes de explicarle que no era el modo ni el momento apropiado. Unos grajos resonaron sobre sus cabezas. Había en el aire un olor a hierba segada y muy pocas nubes, como un velo de tul. Por el suelo vagaban algunas hojas muertas y papeles. Por doquier, la melancolía del otoño maduro.

Del mismo modo que había tomado asiento, sin preámbulos, sin teatralidad, Maddalena se puso en pie, se giró para mirarlo a los ojos y le prometió que al día siguiente, a esa misma hora, en ese mismo lugar, lo besaría.

Cristian sintió sobre él la terrible congoja de la espera que le aguardaba, hasta tal punto que durante un rato larguísimo, después de que Maddalena desapareciera tras el polvoriento seto de boj, no fue capaz de levantarse del banco en el que ella lo había dejado. En esa suspensión se dio cuenta de que la noche no caía sobre la tierra, como se decía, sino que, lejos de ser etérea, se

deslizaba como si fuera un cuerpo fluido. Se dijo a sí mismo que lo que estaba presenciando no era la extinción de la luz, sino el tremendo derretimiento de la oscuridad. Y que esa especie de revelación no tenía otro fin que hacerle ver la prioridad del descenso sobre el ascenso. Por eso esperó a que las farolas de la calle que había enfrente, más allá del mísero parquécillo, proyectaran sobre el pavimento sus conos amarillentos antes de ponerse en pie para encaminarse a casa.

En cuanto entró se percató de que algo había sucedido. Y así fue que la tía Marianna salió a su encuentro en el pasillo para adelantarle la mala noticia: su madre se había sentido indispuesta en el trabajo y había decidido irse a casa, pero no mejoró, por lo cual la llamó a ella para que fuera a verla antes de avisar al médico. Dicho y hecho, Marianna hizo el camino como si fuera una chiquilla, a pesar de que ya superaba los setenta años. En su código genético estaba escrito que por siempre debía cargar a hombros con la tragedia, y que si había sobrevivido a todos era precisamente debido a esa maldición que le había caído. Cristian corrió a ver a su madre al dormitorio, pero no la halló. Marianna le explicó que el doctor Marletta, sin explorarla siquiera más que superficialmente, la había hecho ingresar de inmediato en el hospital San Francesco. Y ahora se temía lo peor, porque con toda probabilidad había sufrido un colapso intestinal y era preciso abrir para saber a qué se debía realmente.

Esa misma noche, con los puntos de sutura aún frescos, fue trasladada desde Nuoro a Cagliari, al hospital oncológico, para el primero de una serie de ingresos que se prolongarían durante dos largos años, hasta su muerte.

Al día siguiente, a la hora convenida, fue Maddalena la que esperó en el banco del parque, pero Cristian no acudió.

Durante toda la semana siguiente él faltó a las clases. Y así, sin saber que lo estaba haciendo, Domenico pudo reclamar su crédito y recordarle a Maddalena que, no habiendo dicho que no, había dicho que sí a su fallida declaración. Se estaban internando en el terreno de las relaciones, no había absolutamente nada que quisieran saber el uno del otro, salvo hasta qué punto la melancolía, la desilusión, podían convertirse en algo parecido a un sentimiento. Darse una oportunidad, intentarlo, lanzarse, es la única prerrogativa de la juventud. Maddalena se preguntaba para sus adentros si podría conformarse y Domenico no se preguntaba nada. Ella no preguntó qué había sido de Cristian, dado que conocía bien el vínculo fraternal que había entre ambos, y él no habló de ello.

Cuando Cristian reapareció en los pasillos del instituto, envuelto en el misterio de su ausencia, se dio cuenta de que algo había ocurrido en ese intervalo de tiempo. Como si hubieran transcurrido veinte años en lugar de una semana. ¿Pero qué intermitencia puede haber más dilatable que la de un corazón fresco de latidos?

Esa noche en casa, tras interesarse por el estado de salud de la «tía Cecilia», Domenico le confió a Cristian el secreto de que había besado a Maddalena. Nada más, como en la parábola de los ciegos: seguir a quien no ve suponía acabar en el foso; guardar silencio había supuesto no intervenir en el curso paradójico de los acontecimientos.

Tan paradójico que Maddalena, que hasta entonces juraba que no había color entre Cristian y Domenico, y se refería a favor del primero, ahora comenzaba a notar detalles, delicadezas, encantos en el segundo que anteriormente no había notado.

Pasaron varios meses antes de que ella descubriera que aquella tarde en la que había estado esperando en vano a Cristian no se había presentado por una razón específica. Y entonces se sintió como una tonta, se dijo que tal vez habría alguna forma de volver atrás. Sin embargo, aun cuando ella fuera capaz de hacerlo, Cristian nunca jamás aceptaría causarle un dolor como ese a su

propio «hermano».

Por eso todos se mantuvieron al amparo de lo no dicho.

Pero en 1978, cuando Cecilia murió, Cristian y Maddalena se vieron forzados a afrontar todo aquello que no se habían dicho en los dos años anteriores.

El terrible lamento por una madre aún joven que dejaba un hijo vejado por el destino, huérfano ya de padre, adquirió la configuración de un drama corpóreo, todo en la carne, sin posibilidad alguna de razonamiento. No había nada de razonable en ese ataúd. Incluso la belleza, finalmente serena, de Cecilia parecía injustificada.

Domenico sollozaba, y todos pensaron que estaba derramando las lágrimas que no había podido derramar cuando murió su madre, puesto que la mujer se había ido cuando él no había cumplido aún los cuatro años. Mimmíu apretaba las mandíbulas con tal fuerza que temía que se le fueran a romper los dientes.

Junto a ellos, Cristian miraba al frente como si quisiera atrapar algo que se les hubiera escapado a todos los que estaban alrededor de él.

Había una leyenda vinculada a su familia que le venía a la mente cada vez que debía encajar un dolor, y era el caso de su bisabuela Mercedes, que no vio el mar hasta que sus hijos mayores decidieron llevarla a verlo. Y ella, ante aquella maravilla, se dejó llevar para volver a ser niña. Todo eso le daba paz, porque de algún modo podía intuir aquel sentimiento de asombro y expectación, y podía comprender cómo todo final podía ser desterrado con aquel inicio. Lo sabía bien Cristian, porque poco antes de que muriera su bisabuelo Michele Angelo había experimentado el mismo asombro frente al mar, de pie en la orilla, con sus piernecitas esmirriadas y con el último borde baboso de una ola cosquilleándole los pies y los tobillos. Y una luz indescriptible. Precisa, con la precisión que solamente tienen ciertos instantes. Solemne y pacífica.

Y entonces Cristian creyó saber que no podía haber nada de malo en irse tras haber sufrido como Cecilia había sufrido. Aun cuando se trataba de su madre.

Maddalena se mantuvo aparte, de espaldas a Domenico, como si no quisiera tener nada que ver con el dolor exhibido que la rodeaba. Le llevó casi todo el velatorio reunir el valor necesario para alcanzar con su mano la de Cristian, pero cuando lo hizo, sin moverse de su posición retrasada, él no rechazó ese contacto secreto. Hubo de controlar, sin embargo, un frenesí repentino, devastador. Cristian situó la figura de Maddalena junto a él en la visión estupefacta de sí mismo siendo niño, con los pies hundidos hasta los tobillos en la arena mojada. La había reencontrado y ahora la podía invitar, en silencio, frente al mar que iba y venía. Bajo la luz perfecta.

Hicieron el amor esa noche sin preguntarse qué noche era. Con toda probabilidad se trataba justamente de la noche en la que Cecilia tendría que atravesar el vado cenagoso, desnuda, ya que se le había ordenado que se desprendiera de aquella ropa que Marianna había elegido con tanto esmero para el sepelio; pálida y lívida, porque dos años de quimioterapia habían vuelto su piel tan transparente que dejaba entrever la red de venas; temblorosa, porque era pudorosa, muy tímida, y esa característica no hay muerte que pueda alterarla.

Comenzaron a verse a escondidas. A hacer lo que hacen los amantes clandestinos; es decir, a fingir en público que no había intimidad alguna entre ellos. Hasta tal punto que Domenico acabó convenciéndose de que entre su chica y su hermano había antipatía, aunque no se explicaba por qué.

Al cumplir los dieciocho años de edad Cristian ya pudo firmar los documentos de propiedad de su participación en la empresa. Una participación sustanciosa, porque ese chico era el heredero universal del patrimonio de los Chironi. Es decir, de un negocio que a lo largo de los años había pasado de los balcones, barandillas y similares, modelados en el taller artesanal del bisabuelo Michele Angelo, al suministro al por mayor de hierro para los cimientos de las construcciones, además de los nuevos accesorios de aluminio anodizado de su padre Vincenzo; hasta extenderse hacia sectores más amplios de la construcción a través de la coparticipación de la pequeña pero

florecente empresa de Mimmíu Guiso y de su hijo Domenico.

Se decía que los Chironi siempre caían de pie, porque su destino era sembrar al límite del precipicio, pero nunca se precipitaban. La muerte repentina de Vincenzo, por ejemplo, había hecho que todo el mundo asegurara: «Se acabó». Pero no, no se acabó en modo alguno, porque Cecilia descubrió, justo cuando estaba enterrando a su marido, que estaba embarazada.

En definitiva, para abreviar, Cristian firmó su primer documento oficial exactamente seis días después de haber cumplido los dieciocho años, Domenico tenía veinte, Mimmíu sesenta y uno, Marianna setenta y siete.

Y se llega al anuncio oficial de compromiso entre Domenico y Maddalena.

Una tarde empapada de lluvia esa estación del año deja de ser tu amiga y se enfurruña, como suele ocurrir cuando se mancilla. No es fácil saber por qué ofensa involuntaria sucede, el caso es que sucede. En el aire, en el cielo, en el suelo, en la propia luz se advierte una sutil hostilidad que transforma toda la melancolía en desasosiego. Ciertamente se puede asegurar que se trata del temblor, del espasmo con el que la vieja estación muere en favor de la nueva. Pero de igual modo se puede desear que ese tránsito se produzca con dulzura, sin malicia.

Con todo, esa tarde tremenda Domenico entró en la cocina por la puerta del patio de los Chironi, se sacudió la humedad y saludó a Marianna, que ya había encendido el fuego y estaba sentada frente a la boca de la chimenea.

Hablaron de lo que ya sabemos, del tiempo maligno, del cambio fastidioso de estación y todo lo demás. Luego, cuando Cristian apareció en la cocina, a pesar de todas las oscuras connotaciones meteorológicas, Domenico mostró esa sonrisa que siempre lo hacía muy guapo. Y anunció que ya estaba hecho, su compromiso con Maddalena Pes estaba definido: acuerdos, familias y todo. Como aún se estilaba en aquel reducto de lo arcaico, era preciso autorizar el ingreso de los novios, cada cual en su propia y en su nueva familia.

Marianna dio su aprobación sin apenas girarse, y desde su prisma eso debía parecer una manifestación de gran entusiasmo. Cristian trató de articular una sonrisa, seguidamente se dirigió a Domenico, lo abrazó y, ya fuera sincero o no, lo felicitó. Pero con un estremecimiento, una ligerísima angustia que no le pasó inadvertida a la vieja. Marianna, de hecho, se dio la vuelta por primera vez para mirar a la cara a su sobrino nieto y a continuación se santiguó.

«¿Qué estás haciendo?», le preguntó a Cristian en cuanto se fue Domenico. Él intentó exhibir una mirada de estupor. «¿Qué está pasando con Maddalena?», puntualizó para que no hubiera equívocos.

Cristian, al que cogieron por sorpresa esas preguntas directas, se encogió de hombros. «No está pasando nada, ¿qué debería pasar?».

«No debería pasar nada», replicó la vieja con más convicción que la que Cristian había mostrado. «Porque Dios no quiera que haya pasado lo que yo pienso que ha pasado», añadió. Su sobrino nieto calló, necesitaba tiempo para determinar hasta qué punto la vieja hechicera sabía o solo fingía que sabía. «Ten en cuenta que igual que lo he sabido yo lo pueden llegar a saber otros. Vosotros, los jóvenes, os creéis muy listos», persistió. «¿Qué te piensas, que Mimmíu es tonto? Tenías que engañar precisamente a Domenico...». Esa última frase la pronunció de espaldas, mientras simulaba que intentaba reavivar la llama.

«Ya verá que no pasa nada», respondió él finalmente, aunque lo hizo como si hablara en estado de hipnosis, con un tono neutro que denotaba un esfuerzo absoluto.

«¿Pero tú no sabes que la gente durante muchos años ha estado diciendo que tú ni siquiera eras hijo de tu padre?», le preguntó Marianna a bocajarro. Aguardó a que Cristian respondiera algo, pero él no lo hizo, de modo que prosiguió. «A la vista de cómo decidió irse el difunto Vincenzo y a la vista de que Cecilia descubrió que te esperaba poco después de su muerte, a la gente

no le costó sumar dos y dos, y se comentó que tu madre estaba esperando un hijo de otro hombre». Marianna hizo otra pausa, Cristian guardó silencio obstinadamente. «¿Y quién crees que era ese que decían que era tu verdadero padre?».

«¿Tío Mimmíu?», respondió el sobrino nieto sin darle casi tiempo a que terminara la pregunta.

«Precisamente», confirmó la mujer. «Precisamente Mimmíu, ¿te lo imaginas? Así es que cuando murió su mujer todos decían que entonces las cosas se arreglarían, que el viudo se casaría con la viuda y pondría fin a las habladorías sobre ellos. Pues no. ¿Y sabes por qué?».

«No, ¿por qué?». Cristian sabía que el discurso de la vieja lo quería llevar a alguna parte a la que él no tenía demasiadas ganas de llegar, pero al mismo tiempo sabía que el lazo estaba tensado y que no le iba a ser posible escapar.

«Porque no había absolutamente nada que arreglar. Nada de relación clandestina y nada de hijo ilegítimo».

«¿Y usted cómo puede estar tan segura?». Al verse arrinconado, Cristian decidió pasar al ataque.

«Porque no hay más que mirarte: tú eres un Chironi, no un Guiso. Es como confundir el negro y el blanco. Cuando tu padre Vincenzo llegó a casa, cuando se presentó por esa puerta, con sus pantalones remendados, ni siquiera hizo falta que dijera quién era: era un Chironi. ¿Tú te acuerdas del bisabuelo Michele Angelo? ¡Que en gloria esté!». Cristian asintió. «Pues él ni siquiera preguntó quién era, lo vio delante y lo comprendió al instante porque, al margen de lo que Vincenzo creyera que era antes, en ese momento era un Chironi».

«¿Para qué me cuenta todo esto?».

«Para que ahora me mires a la cara», dijo Marianna yendo al encuentro de su sobrino nieto para apuntarle a los ojos con su mirada aún ardiente por la llama recién avivada, «y me digas que entre tú y Maddalena Pes no ha pasado nada».

Cristian apartó la mirada, esa era una batalla que no podía ganar. Percibía,

dentro del amor maternal por delegación que sentía hacia él esa superviviente, una dureza que de algún modo conseguiría erosionar. Le vino a la mente que en el funeral de Cecilia él y Marianna fueron los únicos que no lloraron, aunque cada cual lo hizo por sus propios motivos. Cristian no había llorado por rabia y también por incredulidad. Marianna, sin embargo, no había llorado porque ella en los funerales nunca lloraba; al contrario, la reconcomía la rabia que sentía ante todas aquellas personas que se iban en paz. «Esa no muere ni matándola», decían de ella, y no sabían hasta qué punto tenían razón. Marianna ya no iba a la iglesia, a pesar de practicar todo lo que cabría esperarse de una buena cristiana católica, apostólica y romana: rezaba el rosario, rogaba por la liberación de las almas del purgatorio, se santiguaba para protegerse del mal, mantenía pulcra la estatua de la Virgen de Lourdes en el nicho del pasillo... El vulgo aseguraba que no había vuelto a poner un pie en la iglesia desde junio de 1974; es decir, desde que mantuvo una discusión con el párroco debido a que ella había reconocido públicamente que había votado «no» en el referéndum sobre la derogación de la ley de divorcio. Y eso, con el agravante de que comprendía perfectamente que «no» significaba votar a favor y que «sí» suponía votar en contra. Eso se creía, que había sido por cuestiones políticas. Porque, a decir verdad, estos Chironi —empezando por el patriarca, que había salido de la nada, y continuando por su hijo Gavino, que se enemistó con algunos fascistas locales, hasta llegar a Vincenzo, al que le llegaron a ofrecer que fuera candidato por el pci— tenían fama de comunistas. Sin embargo, el motivo por el cual Marianna no había vuelto a la iglesia era de otra índole, y tenía que ver con el hecho de que ya estaba harta de participar en los funerales de los demás.

«¿No ibas a ayudarme a atender las plantas?», preguntó Marianna en un momento dado, como para cambiar de tema.

Cristian asintió, porque se lo había prometido.

«Me basta con que me muevas los maceteros, yo no puedo por culpa de la espalda», dijo sin dejar de observar al chico con la mirada propia de aquel

numen mitológico que tejía calamidades. «Y de todas formas piensa bien en lo que estás haciendo», concluyó.

Cristian la siguió al patio sin responder. Se dirigió al rincón húmedo que Marianna le indicó. Allí prosperaban, en grandes maceteros de barro, plantas de hortensia y de jazmín silvestre. Estas últimas había que sacarlas y trasplantarlas, luego era preciso recortar las raíces, como si se tratara de un corte de pelo, antes de devolverlas a su sitio para la hibernación. Eso garantizaba su buena salud. En opinión de la vieja, no había posibilidad alguna de mantenerse sanos sin cercenar todo lo que impide o ralentiza la nutrición. Y si no se tiene el valor de cortar las raíces sobrantes, al menos hay que hacerlo con las que consumen sin dar nada a cambio. Por tanto, ella y su sobrino nieto hicieron lo que era menester. Ensimismados, sin dirigirse la palabra, porque la charla parecía haberse agotado y porque Marianna había conseguido de Cristian que practicara en las plantas lo que esperaba que practicara en su propia vida.

«Ya sé que no está bien, lo sé», susurró él, casi para sus adentros, justo cuando estaba compactando la tierra que rebasaba el borde del macetero. Marianna dejó que continuara. «Es más fuerte que yo», añadió, porque quería dejar claro que él había intentado guardar las distancias con Maddalena.

«¿Ves como eres un Chironi?». Marianna sacudió la cabeza desconsolada. «Todos los hombres de esta familia se buscaron la ruina por algo que era más fuerte que ellos».

«¿Qué cree usted que debo hacer?», imploró Cristian una respuesta.

«No sé qué debes hacer, pero te digo lo que no debes hacer bajo ningún concepto: no debes hablar con Domenico».

Cristian se dejó caer sobre el banco de granito en el que, durante una eternidad, el bisabuelo Michele Angelo había consumido las cálidas tardes confiando en que su mujer volvería del más allá.

«¿Me has entendido bien?», insistió Marianna al verlo distante. El instinto le decía que quizá ya era demasiado tarde, que el tupido silencio de los Guiso

podría deberse a la inquietud ante una noticia cierta, más que a la tranquilidad de quien no sospecha nada. Si había algo que bendecía la maldición de Marianna era su capacidad para comprender, irremediablemente, a los animales bípedos que en esta tierra llaman seres humanos. Y a ella la mirada de Mimmíu Guiso, últimamente, no le gustaba en absoluto, ni tampoco el tono de ciertas alusiones. Con lo cual, aun cuando Domenico no se atreviera a sospechar nada acerca de un romance entre Cristian y Maddalena, su padre, por el contrario, había cazado al vuelo el asunto.

Unos días antes, bien temprano, Mimmíu se había presentado en casa de Marianna. Ella le ofreció un café y él aceptó, lo tomó con calma, degustó hasta el azúcar que había quedado en el fondo de la taza. A continuación, como quien no quiere la cosa, le preguntó a la vieja si sabía dónde estaba Cristian.

Y en vista de que ella le respondió que no, que no lo sabía, comenzó a hacer comentarios del tipo de que no había forma de saber con quién andaba Cristian y que, a pesar de todo el bien que le podía desear, el chico tenía tendencia a ser imprudente, a no darse cuenta del alcance de las cosas que hacía.

Y a no saber escoger a sus amigos.

«Muchachos», le dio la razón Marianna.

«A su edad yo ya llevaba trabajando al menos dos años... Sí, señora», insistió al ver que ella sacudía los hombros. «¿Pero usted sabe en qué tiempos vivimos? ¡Tiene televisor y no lo enciende nunca!». Mimmíu señaló al aparato de televisión colocado sobre su carrito en un rincón apartado de la estancia.

«No puedo andar perdiendo el tiempo», porfió la vieja.

Mimmíu, que parecía estar dirigiéndose ya a la salida, se detuvo como si hubiera cambiado de idea repentinamente y tomó asiento. «¿Qué tiempo? ¿Qué tiene usted que hacer en todo el día? Escúcheme, las cosas ahí fuera se están poniendo mal». Marianna se limitó a torcer los labios como dando a entender que todo el mal disponible ya lo había previsto ella de sobra. «Hay desgraciados que todos los días matan a alguien. Debería usted salir de casa...».

«¿Y por qué? Yo estoy muy a gusto en mi casa». A juzgar por el tono de Marianna, Mimmíu podría pasarse tranquilamente el resto de su vida tratando de convencerla sin obtener resultado alguno.

«Tenga en cuenta que estos tiempos no son fáciles de entender, no es como antes, que las cosas eran más sencillas. ¿Me matas? ¡Pues te mato yo!».

«Fáciles no sé», lo interrumpió la vieja, «pero las cosas nunca fueron sencillas, Mimmí. A lo mejor ya te has olvidado de cuando viajabas armado por miedo a que te secuestraran, y eso únicamente porque habías ganado algo de dinero. Nos las dábamos de señores y en cambio siempre hemos vivido como muertos de hambre. De sencillas nada...».

«Lo que quiero decir, *tzia* Mariá, es que los tiempos han cambiado muy deprisa y ahora que tiene responsabilidades, Cristian no debería andar en compañía de melencidos y drogadictos», trató de resumir Mimmíu.

Marianna se mostró seriamente irritada en ese momento. «¿Pero qué es lo que quieres decirme exactamente?», enfatizó.

Mimmíu se tomó su tiempo. Se dirigió al fregadero, abrió el grifo, cogió un vaso del aparador, lo llenó de agua hasta el borde y bebió con avidez. «De asuntos de política estoy hablando, de asuntos de política... Y de otras cosas», añadió.

«¿Qué otras cosas?», preguntó Marianna, sabedora de que la conversación estaba llegando exactamente donde debía llegar. «Malas compañías, ¿y aparte de eso?».

«Aparte de eso, temas más personales, pero debido a que son habladurías por el momento yo no quiero darles crédito. ...». Mimmíu bebió otro sorbo de agua. Marianna se mantuvo a la espera de que tragara y continuara. Él siguió hablando. «Ojo, esto debe quedar entre nosotros. Yo ni siquiera lo he hablado con Domenico, pero circulan rumores en referencia a Cristian y...». Hizo una pausa. Marianna no movió ni una pestaña. «...Maddalena. Aunque es una cosa demasiado grave y yo no quiero creer que Cristian haya podido hacerle algo así a Domenico, al que siempre se ha referido como un hermano».

«No», se sintió en el deber de intervenir Marianna. «No es que siempre se haya referido a él como un hermano, lo ha tratado siempre como a un hermano».

«Y Domenico le ha correspondido, pienso yo». La guerra de posiciones había comenzado.

«Exacto. ¿Y entonces de qué estamos hablando?».

«Del hecho de que Maddalena y Domenico se deben prometer y del hecho de que usted sabe mejor que yo que, sin creernos a pies juntillas todas esas exageraciones, cuando la gente habla es porque hay motivos», sentenció Mimmíu.

«La gente hablaba también de Vincenzo, decían que hizo lo que hizo porque tú y Cecilia...».

«¡Ah, eso! ¡Nunca en mi vida!», reaccionó Mimmíu.

«Eh, entonces estarás de acuerdo conmigo en que la gente a veces habla muy a la ligera. De todas formas, hagamos esto, Mimmí: para evitar malentendidos se fija la fecha de petición de mano de tu hijo y yo pongo a vuestra disposición la casa de via Deffenu para el festejo. Así los que tengan ganas de hablar, que lo hagan para llenarse el estómago de aire».

Mimmíu fijó la mirada en un punto de la estancia antes de aceptar con un sí muy lento. «Podría funcionar, podría funcionar...».

«Y si no funcionara, haremos que funcione a la fuerza», concluyó Marianna.

Mimmíu sabía cómo comportarse, y sabía que debía intentarlo todo para evitar que saltara el escándalo, porque había demasiados intereses en juego. Sobre todo ahora que Cristian había alcanzado la mayoría de edad y poseía más de la mitad de la empresa, era fundamental no tirarlo todo por la borda. Su cautelosa prudencia favorecía la labor de Marianna, que por su parte debía sacar partido de esa falsa ignorancia al invitar a su sobrino nieto a retirarse, cosa que ella había hecho con gran diligencia.

No es el movimiento lo que mueve las cosas. Es el estancamiento lo que las mueve casi siempre. Por tanto, para que no sucediera nada era preciso

moverse. Eso lo sabía Marianna sin ningún género de dudas.

«He fijado con Mimmíu una fecha», anunció cuando ella y su sobrino nieto terminaron de replantar.

Cristian la miró con la esperanza de no haber entendido lo que había entendido.

«En dos semanas Domenico y Maddalena Pes», dijo Marianna refiriéndose a ella con distanciamiento, por el nombre y apellido, «celebrarán el compromiso oficial de matrimonio. Le he ofrecido a Mimmíu la casa de vía Deffenu, que es amplia, para el festejo». Fin de la primera parte. «Si vosotros, los jóvenes, queréis organizar algo por vuestra cuenta, al día siguiente a lo mejor, hacedlo, porque a fin de cuentas ya no se sabe lo que os gusta o lo que no... En cualquier caso, este compromiso se hace por el bien y por la satisfacción de todos, ¿queda claro?». Fin de la segunda parte. «Y tal vez podrías hacer una visita al barbero, ¿no? Te lo pago yo». Tercera y última parte.

Cristian la siguió con la mirada mientras volvía a la casa. Tenía las manos sucias de tierra, el pecho y el cuello sudorosos, la respiración controlada como si estuviera a punto de dar un salto, a la espera del momento justo. «¿No las riegas?», preguntó por detrás de la vieja poco antes de que entrara.

«No hace falta», respondió Marianna sin darse siquiera la vuelta.

De hecho, sorprendentemente, comenzó a llover. Con gotas regulares que fueron a estamparse sobre su camiseta, demasiadas veces lavada como para que tuviera un color existente en la naturaleza. Llovía con un cielo claro y sin nubes, casi como si el agua fuera un generoso tributo a su esfuerzo. Era solo para él esa lluvia, delicada, pastosa, de buen sabor. Cristian la recibió levantando la cara, con la boca abierta como cuando siendo niño se comía la nieve directamente del cielo antes de que tocara el suelo.

Marianna lo observó desde el postigo de la cocina mientras gemía en

silencio e imploraba a ese cielo inmóvil una dispensa. «Alma mía...», susurró.
«Alma mía, tesoro mío... Maldito, maldito...».

No ahorraron gastos en los preparativos del compromiso oficial entre Domenico Guiso y Maddalena Pes. Y ello a pesar de que los Guiso vivían con la modestia propia de los auténticos ricos de Nuoro, que consideran más indecoroso hacer ostentación de su riqueza que el hecho de acumularla. Con el paso de los años Mimmíu había comprendido que tener amigos, o hacer amigos, en los puestos clave cuenta mucho más que ocupar cargos. Él, que enviudó joven y no se volvió a casar, que a pesar de comenzar de cero alcanzó su meta, siempre detrás y nunca delante, había acumulado un patrimonio considerable, aunque no lo exhibía. Decían que era de esos que tienen el colchón forrado de billetes, pero se equivocaban. Decían que todos se reían de él cuando se presentaba ante gente importante calzando botas camperas y vistiendo pantalones de pana, pero se equivocaban. Decían que no comía para no cagar, que era rácano, que tenía una visión muy básica de la economía, y no se imaginaban lo equivocados que estaban. Decían también que con el paso de los años se había ido adocenando, que había pasado de ser un joven que vivió al ritmo de su época a una especie de cavernícola local, obtuso, inconsciente, bruto. Pues bien, de nuevo y siempre se equivocaban.

Se daba el caso de que todos, indistintamente, lo consideraban el resultado de un milagro de los Chironi. De Mimmíu, de su historia, se hablaba como si fuera una especie de animal de compañía, un perro callejero adoptado por aquel Vincenzo que lo tenía todo pero que, sin motivo justificado, se había quitado la vida. Es más, alguno iba contando por ahí que todo aquel asunto del

suicidio de Vincenzo Chironi fue el origen de la fortuna de Mimmíu. La gente es terrible, sabe contar como mucho hasta cinco y echar cuentas en aquel caso parecía facilísimo. Vincenzo no tuvo hijos en vida, de modo que no llegó a padecer la maldición de los Chironi. Cecilia, su esposa, se había quedado embarazada, pero sus anteriores embarazos habían acabado mal. Entre tanto, Mimmíu se casó y su esposa quedó encinta de inmediato. Y así llegó la Nochebuena de 1959, la cena y todo lo demás. Decían que se trataba de una celebración en familia como otra cualquiera. Con las cosas habituales: regalos, felicitaciones, demasiada comida, cansancio... El hecho es que Vincenzo desapareció en plena noche, lo buscaron y lo encontraron. Muerto, colgado de las vigas en la nave de su empresa. ¿Y quién lo encontró? Mimmíu. Y un mes después se supo que Cecilia, milagrosamente, se había quedado embarazada. ¿Eh?

En cualquier caso, la circunstancia que debería haber puesto fin a las especulaciones y que, por el contrario, las multiplicó, fue que la petición de mano del heredero de los Guiso se fuera a celebrar en casa de los Chironi.

Durante toda la semana previa al festejo estuvieron empaquetando dulces: *bianchini*, *savoiardis*, *amaretti* y *petitfour*. Como si la celebración fuera a imagen y semejanza de una auténtica boda. E hicieron imprimir tarjetitas de invitación en cartón de color marfil donde se comunicaba que Domenico Guiso y Maddalena Pes se complacían en anunciar su noviazgo. Las familias, felices, estarían encantadas de recibir a amigos y parientes en la casa de los Chironi, via Deffenu, 20, Nuoro. Allí donde había vivido Marianna con aquel fascista de su marido, y más tarde Vincenzo con Cecilia.

Resultó completamente inútil para Domenico y Maddalena tratar de oponerse a tanta pompa. Sin quererlo, ambos se vieron catapultados un siglo atrás, cuando los vínculos entre familias pasaban sobre todo por la ritualidad con la que se ratificaban los contratos de matrimonio.

Maddalena advertía que estaba apresada por el silencio de Cristian, el cual había diluido en un mutismo infructuoso su promesa de hablar con Domenico. Desde la tarde de tres días atrás, en la que hicieron el amor, le resultó imposible volver a verlo a solas. Fue imposible incluso que se intercambiaran un solo gesto. Ella podía considerarse una mujer emancipada, pero sabía que no era suficientemente fuerte como para admitir ante todo el mundo que amaba a Cristian y que por eso no aceptaría una puesta en escena como esa. Cuando Domenico, un poco avergonzado pero también enternecido, le mostró las tarjetitas de invitación que Mimmíu había encargado, ella no dijo nada.

La noche antes del compromiso oficial, con todo ya preparado, Domenico insistió en que Maddalena y sus familiares llegaran a pie, en cortejo, a la casa de via Deffenu. A ella eso le parecía demasiado teatral, y en todos los sentidos lo era. Una charla mil veces repetida. Una de esas en las que se pierde el hilo y se acaba trascendiendo.

Ese febrero fue tremendo, seco y muy frío. Sin viento y sin humedad. Maddalena veía allí abajo la calle vacía, los cables del tendido eléctrico inmóviles y al fondo el campo, más allá de las obras de las nuevas casas adosadas. Esa realidad le parecía total, como si alguien hubiera desplegado una inmensa escenografía solo para ella. Imaginó su futuro como una fruta temprana, un melocotón florecido por una primavera engañosa, una estación petrificada.

Ahora percibía, por el tono de Domenico, con cuánta desesperación trataba él de poner freno a su ansiedad, con cuánta circunspecta testarudez desechaba la hipótesis de que ella pudiera no amarlo, con cuánta pasión acentuaba él las palabras para que sonasen a eternas.

Y sin embargo decía cosas sencillas: que se hacía cargo, que esperara, que apretara los dientes... Decía que satisfacer algún que otro capricho de Mimmíu podía significar vivir en paz. No les suponía un esfuerzo sobrehumano, ¿verdad?

Y Maddalena, en ese momento, atraída por la voz de él, distraída de toda la

quietud que se escenificaba al otro lado de la ventana, se vio dando su consentimiento. «Está bien, está bien», era como si lo dijera para sus adentros, «me basta con que todo esto acabe».

El fin último de ese festejo era, por tanto, servir de vaticinio de la verdadera ceremonia. De ahí en un año Domenico y Maddalena se reunirían en el sagrario de la catedral. Él luciendo sus mejores galas y ella de blanco, no como las novias modernas, que ya no usan el velo y llegan al altar vestidas de colores. Y ni hablar de organizar el tradicional recibimiento en el salón adornado o en el taller de neumáticos vaciado. Esa boda merecía un hotel, como se hacía en la península. Con ceremonia y banquete incluido, para que los invitados solo tuvieran que desplazarse de la iglesia al restaurante y que luego pudieran echar también algún baile con una orquesta pequeña pero como es debido, por supuesto, no con un conjunto de melenudos.

Domenico dio su confirmación a todo lo previsto mientras Mimmíu le ajustaba la corbata. «¿Se sabe algo de Cristian?», preguntó.

Mimmíu hizo un gesto de negación, hacía dos días que no lo habían visto ni en la obra. «Pensé que podría estar enfermo, le pregunté a *tzia* Marianna y me dijo que enfermo no, pero que también ella lo ha visto poco. Andará con sus asuntos. .. Ya verás cómo llega dentro de poco, para la fiesta».

«Faltaría más», comentó Domenico. Y a continuación se dirigió hacia el espejo para comprobar que el pelo sobre la nuca y el mechón sobre la frente estaban en su sitio.

En casa de Maddalena reinaba una calma innatural; había nerviosismo por esa aparición en público, miedo de no estar a la altura. La chica pertenecía a una familia humilde pero muy digna: su padre era operario municipal y su madre ama de casa, tenía dos hermanos, de los cuales uno había emigrado y se

había casado en Bélgica hacía siete años, y residían en un edificio de viviendas populares. El traje que lucía lo habían comprado a plazos. Pero había valido la pena, porque era «a la moda» sin que resultara demasiado excéntrico, tendía a corto pero sin excederse, solo un poco por encima de las rodillas. Maddalena pensó que pasaría frío, se entrevio reflejada en el gran aparador acristalado tras la mesa de la sala de estar, emperifollada como una joven promesa del cine, esbelta y con tacones altos, entallada en su modelo de traje de campana con motivos geométricos de tonos anaranjado y mostaza, peinada con tirabuzones rígidos que le caían por la mejilla. Su mirada estaba enfatizada por un maquillaje que la esteticista llamaba «a lo Cleopatra», aunque ella se sentía sencillamente ridícula. Por eso se encerró en el baño, donde se desmaquilló cuidadosamente, dejando solo un ligero tinte dorado en los párpados y una leve marca de lápiz de ojos a lo largo del borde de las pestañas.

Luego se reunió con la familia: su padre Peppino, su madre Nevina, su hermano pequeño Roberto —el hermano mayor, Raffaello, no estaba, le había resultado imposible obtener permiso en el trabajo— y una tía mantenida, Vera. Los Pes. Todos elegantes hasta donde pueden ser elegantes unos humanos vestidos como comparsas de teatro, cada uno de ellos con su propia e incuestionable precariedad. Ya en ese momento, apiñados en el vestíbulo, a la espera de que la anfitriona les hiciera una señal, tenían la mirada preocupada de quienes deben tener cuidado de no mancharse en toda la jornada.

Maddalena los contempló con ternura. «Vamos», dijo. «¿Pero está lloviendo?», preguntó al ver que su madre y su padre llevaban paraguas.

«No, aunque amenaza con hacerlo», afirmó Peppino aclarándose un poco la garganta. A él le costaba hablar con esa hija, y no porque no la quisiera, sino porque, como se suele decir, iba por libre. Era alguien que difícilmente se dejaba convencer sobre cualquier aspecto. Este compromiso, por ejemplo, hecho así, como si lo más importante fuera exhibirse. Y para Peppino Pes, jardinero municipal, exhibirse era indudablemente lo peor que podía ocurrir.

«Ponte un pañuelo en la cabeza, pero no lo aprietes demasiado», le aconsejó Nevina.

«Hay humedad», añadió la tía Vera tras ajustarse de nuevo el chal sobre la nuca. Era evidente que aunque estaban todos listos ninguno se decidía a salir.

Después, de repente, como si se hubiera dado la señal convenida, el grupo familiar acabó con el compás de espera.

Sin verbalizarlo coincidieron en que por fin estaban todos listos. Peppino abrió la puerta de la calle. Maddalena pidió un segundo y corrió de nuevo al baño.

Cristian abrió los ojos de par en par. Era como si se hubiera despertado antes de despertarse, y era como si hubiera constatado —sin llegar a ser plenamente consciente— que no tenía la más remota idea de dónde estaba. Así es que recuperar la consciencia y abrir los ojos como platos fue todo uno. Se dio cuenta en un instante de que se hallaba en un lugar desconocido: un estudio equipado con muebles traídos quién sabe de dónde, en una cama desconocida, con un colchón colocado sobre unos palés pintados de rojo. Estaba completamente desnudo y junto a él dormían una chica y un chico igualmente desnudos.

Se incorporó en la cama. La chica abrió un ojo. «Buenos días», le dijo con voz pastosa. Y alargó una mano hacia el muslo de Cristian. «¿Te has recuperado?», le preguntó. Cristian la observó tratando de relacionarla con algún episodio reciente de su vida. A la chica se le escapó la risa. «Federica», dijo. «¿No te acuerdas?». En lugar de responder, Cristian apuntó con la mirada al chico que dormía a su espalda. «Raimondo», informó ella.

Una vez que pudo mirar a su alrededor, a Cristian le vinieron a la mente fragmentos de la noche anterior, cuando el estudio estaba lleno de gente. Algo sobre una discusión acalorada acerca del tema de la violencia necesaria para forzar cambios. Fijó su mirada en los carteles de las paredes que reclamaban

la salida de Cerdeña de la otan y en un calendario Pirelli de 1977 que atrajo su atención. Luego se paró a pensar en la creatividad que manifestaba todo ese mobiliario de segunda mano repintado a lo grande, con colores llamativos, y las lámparas hechas de papel grueso ligeramente cocido por el calor. Aparte de los platos sin lavar, apilados en el fregadero, y los ceniceros rebosantes de colillas, filtros y restos de porros.

«¿Qué hora es?», le preguntó a la chica, que había encendido un cigarrillo.

«Serán las cuatro... O las cinco. Vete tú a saber, mi reloj se ha parado», respondió ella.

«Joder», comentó Cristian, y a continuación trató de levantarse.

«¿No te quedas?», le preguntó Federica.

Mientras tanto, tras ella, el chico que se llamaba Raimondo se giró para ponerse boca arriba, mostrando un pecho muy peludo y un rostro barbudo. «¿Pero qué hora es?», preguntó él por su parte con medio bostezo. «¿Te vas...? ¿Cómo te llamabas?», continuó dirigiéndose a Cristian.

Cristian entendió que no era necesario responder. De hecho, Raimondo, sin esperar nada, se levantó para ir a mear con la puerta del cuarto de baño abierta. Era, sin duda, el ser más peludo que había visto en toda su vida, también de espaldas se le veía recubierto por una espesa y oscura pelambreira.

«Joder...», repitió Cristian para sí mismo mientras buscaba a su alrededor la ropa. Encontró una parte bajo una pequeña mesa de la zona del comedor.

«A lo mejor estás buscando esto», dijo el hombre de Neandertal ofreciéndole unos slips. «Usas calzoncillos», constató, «es algo muy burgués».

«¿Alguien tiene un reloj que funcione?», preguntó Cristian con principios de crisis de pánico.

La chica se agachó y sacó bajo el palé un despertador cúbico. «Ahí tienes, son las diecisiete y trece», dijo silabeando para dejar claro que se estaba mofando de él.

Domenico retrocedió un paso, hinchó el pecho frente al espejo de la entrada y se abrochó el botón central de su entalladísima chaqueta. Luego volvió al

encuentro de su imagen casi como si quisiera besarse, comprobó que la altura de las patillas fuera idéntica y se sonrió. Se ajustó el gran nudo de la corbata. Resultaba fatigoso sentirse elegante, suponía mantenerse erguido, meter la barriga, respirar con dificultad a causa del cuello de la camisa, completamente abotonada. Suponía prestar atención a muchas minucias de las cuales no se había dado cuenta; por ejemplo, lo robustecido que estaba. No se podía decir que gordo, pero sí robusto, lleno. Domenico era sólido y denotaba solidez en todo: en su cuerpo y en su actitud. Mimmíu veía con esperanza, pero también con recelo, esa característica, porque sabía lo valiosa que podía ser y lo peligrosa que podía resultar. Sabía, por ejemplo, que muchas mujeres decían que preferían a los hombres fuertes y fiables, pero acababan enamorándose perdidamente de los débiles y poco fiables. Lo sabía demasiado bien Mimmíu. Viendo a su hijo reflejado en el espejo sentía una especie de ternura rabiosa, porque sabía que, una vez pasado el momento inicial de emoción, iba a ser necesario contarle a ese muchachote feliz el destino que les aguarda a todos los varones fiables de esta tierra.

«¿Y Cristian?», preguntó de repente Domenico a su padre. Mimmíu se tomó unos segundos antes de responder. Seguidamente negó con la cabeza. «¿Qué habrá sido de él?», preguntó de nuevo Domenico, pero para sí mismo más bien.

«Lo verás en via Deffenu», salió del paso Mimmíu mientras retocaba con la mano el planchado sobre los hombros de su hijo. Ese tema le inquietaba.

«No me lo esperaba de él...», señaló Domenico descosiendo con los dedos el corte de los bolsillos de su chaqueta. «Quiero decir, desaparecer de este modo...», añadió al ver que su padre no hacía ningún comentario.

«Ya sabes cómo es», lo intentó Mimmíu.

«¿Cómo es?», preguntó a traición Domenico.

«Actúa a su manera», dijo Mimmíu tratando de darle un tono concluyente a su afirmación. «No deja de ser un Chironi», sentenció.

Domenico se echó a reír. «Ah, de eso no hay duda», convino. «Pero yo

querría que se sintiera contento». Pronunció esta última frase como si querer una cosa fuera suficiente para que se realizase, y finalmente aplanó los bolsillos.

Mimmíu tuvo que contenerse, cerró los ojos como si le ardieran. Él no quería ni oír hablar del descontento de Cristian. Tenía a sus espaldas demasiados años como para no saber el motivo, pero no era suficientemente viejo como para ceder al impulso de explicárselo a su hijo. «No tiene importancia», afirmó.

Domenico pareció necesitar unos instantes para procesar lo que su padre acababa de decir. «Para mí sí la tiene», protestó.

«Quería decir que no tiene importancia en estos momentos. Ya sabes cómo es Cristian. Eso quería decir». Daba la sensación de que Mimmíu se estaba disculpando.

Domenico observó a su padre, había en él una especie de vergüenza que afloraba cada vez que una charla entre ellos dos derivaba hacia temas íntimos. «Precisamente porque sé cómo es no me explico esto», insistió con terquedad.

Amenazaba con llover, Mimmíu miró a su alrededor en busca de la respuesta apropiada. «Ojalá estuviera tu madre», dijo titubeando, «ella habría sabido qué decir».

«No hay nada más que decir. Cuando una cosa no está bien, no está bien y punto. Así de simple», se mantuvo en sus trece Domenico.

«Tengo la impresión de que va a llover», dijo Mimmíu, «coge la gabardina».

El joven se limitó a asentir con la cabeza antes de dirigirse a su habitación. Al quedarse a solas, Mimmíu pensó por un instante en ir con él, hablarle, explicarle que eso que estaba a punto de hacer podría suponer el mayor error de su vida. Pero permaneció en el sitio, de pie, entre la entrada y el comedor, aguardando a que él volviera con el impermeable puesto.

Una vez que la náusea parecía que había pasado, Maddalena pudo mirarse al

espejo. Y aquella cara, que habría de ser la suya, apenas pudo reconocerla.

No podía determinar en qué medida era importante hacer caso al instinto, que le pedía a gritos que escapara. Sabía que fuera de la habitación la estaba esperando toda su familia, sin preguntarse por qué la estaba esperando. Sabía muy bien lo despótico que era el amor incondicional que ella había pretendido de su padre, porque ahora él no habría osado pensar siquiera en detenerla. Se limpió la boca. Se pintó de nuevo los labios. Se empolvó las ojeras que el esfuerzo del vómito le había generado. Forzó sus cejas para extender el arco agudo que la congoja le había dibujado.

La presencia de su madre al salir del cuarto de baño la sobresaltó. Llevaba el abrigo y el paraguas, tal y como ella la había dejado junto a los otros cuando corrió a vomitar. La mujer la miró.

«Se hace tarde», afirmó Nevina sin quitarle el ojo de encima. Nada más.

Se miraron la una a la otra.

«¿Qué pasa?», preguntó Maddalena cediendo, nerviosa ante la persistencia de su madre.

«Si no lo sabes tú... Dime tú qué pasa». Le dio el tiempo preciso para que articulara una respuesta. Pero su hija guardó silencio. «Si no quieres hacerlo, nadie te obliga. Como es habitual, lo has decidido todo por tu cuenta».

Maddalena soltó una risa forzada. «Estoy un poco nerviosa, ¿tú no estabas nerviosa cuando te comprometiste con papá?».

«No, en absoluto», respondió rotundamente su madre. «¿Estás segura?».

«Se ve que somos diferentes», comentó Maddalena intentando de nuevo mantener un tono sereno.

«¿Estás segura?», preguntó otra vez la madre.

«¿Segura de qué? ¡Qué queréis de mí!», gritó extendiendo esa pregunta al resto de familiares, que no se habían movido del sitio.

Nevina se mordió los labios y rogó a Dios que no fuera verdad lo que sospechaba. «Avisa cuando estés lista», le dijo antes de reunirse en la entrada con su marido y con los demás.

Se vistió rápidamente, de espaldas a la cama. Antes de irse se dio la vuelta para despedirse de Raimondo y Federica que, totalmente desnudos aún, estaban sentados sobre el colchón; él liando un porro, austero y abstraído como un príncipe armenio, y ella esperando, embelesada como su consorte.

«Me voy», dijo Cristian.

Ambos le dedicaron un gesto que no era ni demasiado abstraído ni demasiado concentrado, algo que no los apartara de lo que estaban haciendo, pero que al mismo tiempo no les hiciera parecer descorteses. «Déjate ver cuando quieras», le dijo a modo de despedida Raimondo tras lamer el papel con pericia. «Lo hemos pasado bien, ¿no?».

Federica le lanzó una sonrisa a Cristian. «No somos todas iguales», le dijo justo cuando él ya estaba agarrando la manilla de la puerta de la calle. Cristian se detuvo automáticamente. «Anoche decías que todas somos iguales, y no es así», aclaró ella.

Raimondo, mientras tanto, incineró el pedúnculo del porro y aspiró profundamente la primera calada. «¿Estás seguro de que no quieres quedarte un rato?», le preguntó, interpretando su vacilación como una reconsideración.

Cristian se fue sin responderle.

Fuera, un aire hinchado por la lluvia que estaba en camino transportaba un aroma de salitre y bilis. Aunque tal vez se tratara del gusto terrible que Cristian sentía en el paladar. Había fumado y bebido sin parar durante dos días, y hubo sexo, aunque no lo recordara exactamente. Recordaba cuerpos y manos, recordaba bocas. De repente sintió que estaba a punto de vomitar. Lo hizo tras alcanzar a duras penas un callejón suficientemente apartado. Se secó los labios con el dorso de la mano. Se dirigió a casa.

Por suerte la encontró vacía. Marianna se había ido a primera hora de la tarde con las mujeres de los Guiso a la vivienda de via Deffenu para los preparativos del festejo.

Por tanto, tuvo tiempo para desvestirse, lavarse y afeitarse con calma.

Lloró al constatar hasta qué punto la vida se había burlado de él. Pero era un llanto sereno, casi resignado. Una vez aseado y afeitado se echó en la cama buscando un motivo cualquiera para no volver a levantarse. Pero no logró encontrarlo, así es que, no sin esfuerzo, se levantó y se puso la ropa elegante que Marianna le había dejado preparada.

Sentía un frío que le resultaba extraño, un hielo que provenía de la habitación, de esa cama. Ese hielo, estaba convencido, llegaba desde otro mundo y era el fruto de todo el sufrimiento que se había afrontado en esa casa maldita.

Nadie quería hacer nada para que las cosas cambiaran, y eso era algo que lo dejaba helado. Sabía demasiado bien que ni él ni Maddalena, llegados a ese punto, querían tirarlo todo por la borda. Por tanto, no es que no pudieran, sino simple y llanamente que no querían. Y eso para los románticos de cualquier latitud podía significar que no se amaban lo suficiente, aunque para ellos significaba que no se puede ser feliz si se ama en detrimento de los demás. Por tanto, puestos a sentirse descontentos, habían decidido, sin necesidad ni siquiera de hablarlo, sentirse descontentos con otros en lugar de con ellos mismos. Entre ellos habría remordimientos, es cierto, pero no descontento. Se amaban locamente, pero no podían, no querían tenerse. ¿Cómo explicarlo? No había que explicarlo, había que seguir adelante.

Los efectos de los dos días anteriores se dejaron sentir a través de sus sienas palpitantes y su estómago contraído como si tuviera aún algo que vomitar, aunque ya no había nada que pudiera expulsar. Abrochar el último botón de la camisa suponía un esfuerzo superior a lo imaginable, de modo que no lo hizo y dejó la corbata floja. Tras ponerse la chaqueta se peinó frente al gran espejo cuadrado de la cómoda. Apretó los labios para no llorar de nuevo. Ese hombre que veía ante él daba una pena infinita, como si se hubiera visto reducido a la mínima expresión en tan solo unas horas. Recién afeitado parecía tan joven que nadie podría suponer que ya había superado la pubertad.

Si hubiera estado presente Marianna habría enumerado con pedantería todos los Chironi que se veían reflejados en el rostro y en el cuerpo de ese chico atormentado: Gavino, su tío abuelo, con su mismo color de pelo; Luigi Ippolito, su abuelo, con su misma mirada verde grisácea; Vincenzo, su padre, con su mismo dolor seco.

Salió de casa y en cuanto recorrió doscientos o trescientos metros empezó a llover a cántaros.

Por suerte, el diluvio comenzó unos minutos después de la entrada de los Pes en la casa de via Deffenu. A excepción de Maddalena, ninguno de ellos había estado allí nunca, ni habían imaginado que algún día entrarían allí. Y sin embargo allí estaban. Abandonaron los paraguas y los abrigos en el vestíbulo, que por sí solo ya les parecía un piso, y seguidamente fueron conducidos a la sala en la que estaba todo preparado para recibirlos. Nevina lo observó todo con especial curiosidad: los adornos, los cubiertos, las copas de cristal... Trataba de no exteriorizar lo resentida que se sentía por no haber sido tenida en cuenta para nada en los preparativos en su condición de madre de la prometida. Pero estaba claro que los Guiso y los Chironi no tenían intención de mezclarse con los Pes antes de lo debido. Marianna avanzó desde el fondo de la sala para saludarla a ella y solo a ella, lo cual significaba que el resentimiento de Nevina no era del todo infundado. «Todo este trabajo...», dijo a la dueña de la casa haciendo un esfuerzo por parecer sosegada.

«No vaya usted a pensar que lo hemos hecho nosotras...», alegó Marianna tratándola de usted. «Nos lo han preparado, ya no es como antes, que nos matábamos trabajando para este tipo de cosas... Los tiempos han cambiado, las mujeres también quieren tener libertad. Lo hemos encargado fuera».

«Ya», dijo Nevina, «cuando una se lo puede permitir...». Ese intercambio de pareceres se vio interrumpido por un breve aplauso de los invitados en el momento en el que Maddalena hizo su aparición en la sala.

«Qué hermosa criatura», comentó Marianna. «Le doy mi sincera enhorabuena», le dijo a Nevina.

Esta última la miró desconcertada. «¿Enhorabuena por qué? Nosotros nos hemos limitado a hacerla», replicó poniendo cuidado en usar un tono medio, para que no sonara nada arrogante.

Entre tanto, Maddalena miraba a su alrededor buscando a Domenico; lo vio aparecer por el pasillo, atraído por el aplauso de poco antes, y fue a su encuentro para abrazarlo delante de todos. Se desencadenó un nuevo aplauso. Mimmíu, inusualmente bien vestido, saludaba a los asistentes y los exhortaba a que no se privaran de nada.

Marianna y las mujeres de los Guiso lo habían organizado todo realmente bien. Había más o menos setenta escogidos invitados, muchos de ellos amigos y familiares del prometido, pocos de la prometida. Había también alguna autoridad local, el sargento primero de los carabinieri, Idini, y su esposa; el notario Sini, viudo, acompañado por su hija mayor, solterona; el doctor Marletta, de edad ya avanzada pero aún en un estado de forma extraordinario, y naturalmente el párroco de la iglesia del Rosario, el padre Tanchis. Los jóvenes habían formado grupo aparte en el salón. Estaba claro que su fiesta iba a ser otra y que acudían a esta como mera concesión a los viejos.

«¿Y Cristian?», le preguntó Domenico a Maddalena al oído.

«No sé», respondió ella mirando a su alrededor.

«Estás preciosa», susurró él cosquilleándole el cuello.

«Gracias», respondió ella. «Tú también».

A Domenico se le escapó una risa nerviosa. «Gracias a ti, sé que estás haciendo esto por mí... Me refiero a todo esto», dijo él sintiéndose inspirado.

«Por nosotros», puntualizó ella, «lo estoy haciendo por nosotros». A continuación se dijeron otras cosas, como que a ella le quedaba muy bien ese estilo de peinado y que él debería llevar corbata más a menudo.

Marianna tomó asiento en un rincón del salón y contempló la que había sido su casa como si nunca antes la hubiera visto. Desde ese mismo rincón había

escuchado, años atrás, que Cecilia acababa de sufrir su segundo aborto. Fue en 1956, cuando una nevada como jamás antes se había visto sofocaba a Nuoro igual que si se tratara de un objeto precioso envuelto en algodón. En ese salón había recibido los restos mortales de su marido, muerto en una tentativa de secuestro; era el año 1932 y al otro lado de las ventanas hacía un calor asfixiante, hasta el extremo de que tuvieron que cerrar la caja antes de que el cadáver se hinchase. Y sin embargo, quién sabe por qué absurda intermitencia del pensamiento, a ella aquella terrible estación le pareció de pronto la más bella de su vida, colmada de expectativas y soportada únicamente por la perspectiva de obtener premio en la vejez, un premio que no había llegado. Una chiquilla de los Guiso se aproximó con una bandeja llena de pequeños dulces de merengue, pero ella los rechazó. Al fondo del salón, Mimmíu y el sargento Idini hablaban confidencialmente.

«Mimmí, tenías razón sobre Cristian», estaba diciendo el sargento.

«¿Ha hecho algo?», preguntó alarmado.

«No, no ha hecho nada, por ahora... Pero anda con gente metzana, personas de malvivir. Ese Raimondo Bardi, por ejemplo, apercebido por posesión de estupefacientes y que está implicado en asuntos de armas, aunque hasta el momento no hemos podido hacer nada».

«Vaya», comentó Mimmíu suspirando, «pero Cristian no tiene nada que ver, sargento... Aunque va un poco a su aire es un buen chico».

«Ya, buenos chicos son todos hasta que se demuestra lo contrario, Mimmí. Tú, por si acaso, aconséjale que escoja mejor sus compañías. Estamos atravesando un periodo feo, no hace falta que te lo diga».

Cuanto peores son los tiempos que se viven, mayor valor habría de tener la belleza. Eso pensó Mimmíu sin encontrar las palabras adecuadas para decirlo. Sin embargo, le bastó con ver cómo se abrazaban Domenico y Maddalena para dar forma física a ese concepto inenarrable. Ahora se sentía satisfecho por no haber cedido a la tentación de poner en guardia a su hijo comentándole lo que iban diciendo por ahí, que no era otra cosa que esa hermosísima mujer que lo

estaba abrazando delante de todos se había entregado a Cristian Chironi. Buscó a Marianna con la mirada en la aglomeración de invitados, reunidos alrededor de las mesas del bufé, como se estilaba en las casas de los ricos de la península. Marianna le respondió con un gesto milimétrico de barbilla que daba a entender que también ella lo había captado: la solución por la que habían optado era la única posible.

Comenzó a llover furiosamente justo cuando Cristian se disponía a embocar la bajada de via Ballero. No llevaba paraguas, había apostado a que, a pesar de la amenaza de agua, no llovería. Y evidentemente perdió la apuesta. Echó a correr, pero solo hizo falta un momento para que sus elegantes mocasines se empaparan completamente, mojando también los calcetines. Las hombreras acolchadas de la chaqueta absorbieron la lluvia para canalizarla en un chorrillo a lo largo de la espalda y el pecho. Su fino pelo se aferró al cráneo.

Al llegar a su casa de via Deffenu recordó que hacía casi un año, desde la muerte de su madre, que no ponía un pie allí.

Fue recibido a la entrada por la misma muchachita que le había ofrecido los merengues a Marianna. «No quiero mojarlo todo», le dijo Cristian. La cría asintió, aunque no pareció entenderlo que él necesitaba. «¡Una toalla!», exclamó Cristian mientras se quitaba la chaqueta. La muchacha tuvo algo así como una iluminación y desapareció en el interior del salón del que procedían las voces de los invitados.

Pero fue Marianna la que, al cabo de unos minutos, llegó con la toalla. «¿Dónde te habías metido?», le preguntó bruscamente.

Cristian comenzó a frotarse la cabeza para evitar que goteara. La camisa y la piel eran la misma cosa.

Empapado, con el pelo revuelto y la toalla sobre los hombros, atravesó el salón entre los invitados. Domenico se giró y al verlo le hizo una señal, Maddalena se dio la vuelta con una demora sospechosa.

En la habitación, la misma en la que había agonizado su madre, se cambió de ropa con las prendas secas que Marianna sacó del guardarropa del pasillo que separaba la zona de estar y los dormitorios.

Acababa de ponerse unos calzoncillos secos cuando irrumpió Domenico. «¿Por qué me haces esto?», le preguntó como si estuviera retomando una charla recién interrumpida.

Cristian no se atrevió a desmentirlo. «No lo sé», dijo.

«Deberías estar contento. Yo en tu caso lo estaría», se lamentó. Cristian guardó silencio. Buscó a su alrededor un par de calcetines, pero al no hallarlos a primera vista desistió.

«¿No puedes intentar mostrarte contento por nosotros?», insistió Domenico como si le fuera la vida en ello.

«Lo estoy... De verdad». Y lo curioso es que mientras lo decía Cristian estaba convencidísimo de que no mentía.

Domenico lo observó, estaba más desnudo que vestido, delgado y chupado como un monje, inmensamente triste como solo un niño podría estarlo. «Todos piensan que yo no sé nada», habló lentamente, «sé muy bien que todo esto se ha ideado por eso que ya sabes... Pero yo me he dicho que no. Que tú nunca me harías una cosa así. No. Y no lo creería aunque tú me dijeras lo contrario...».

Cristian fue hacia él, apretó entre sus manos ese rostro honesto y tras acercarlo a él lo besó en los labios. Un beso suave y largo. Domenico no se resistió, se mantuvo inmóvil hasta que su amigo lo distanció de él simplemente alargando los brazos. «Ya basta», le susurró con una dulzura mortal. «Deja que me vista».

Durante la fiesta, a excepción de los escasos actos formales, Maddalena y Cristian no se dirigieron la palabra, lo cual era una forma de decirse que las cosas estaban yendo como debían ir. Ante los ojos vigilantes de Marianna, ese rito del que todo Nuoro debería hablar se desarrolló sin incidentes. Una vez

servidas las bebidas alcohólicas y los dulces, las viandas saladas y el vino, se dio paso a la entrega del anillo. Y llegó la sorpresa de una tarta seminupcial que imitaba hasta tal punto a su hermana mayor que hizo que todo el mundo se emocionara.

Finalmente, cuando disminuyó la lluvia menguaron también los invitados. Las mujeres de la familia Guiso y Marianna se entretuvieron recogiendo, sin permitirle a Nevina Pes que se uniera a ellas. Domenico y Maddalena se despidieron de la gente antes de que se marcharan los últimos invitados, tal y como hacen las parejas de novios en los banquetes nupciales.

Cristian dijo que se quedaría a dormir en su antigua habitación. Marianna no protestó siquiera, aunque sabía que había algo de profundo autocastigo en esa decisión. Ella conocía uno por uno a todos los espectros que habitaban en esa casa, pero tuvo cuidado de no prevenir a su joven sobrino nieto, porque desde hacía tiempo no daba consejos a nadie. Así es que se limitó a decirle que, una vez que estuviera todo recogido, le prepararía su cuarto. Cristian trató de quejarse con suavidad, pero estaba demasiado cansado, no se había dado cuenta hasta entonces de lo agotado que estaba.

«Tenemos que hablar». Mimmíu surgió de la nada, por detrás de él.

«Sí, mejor mañana», contestó Cristian buscando un sitio para sentarse.

Mimmíu se sentó a su vez, frente a él, como si Cristian no le hubiera respondido. «¿Pero tú sabes cuánto vale la empresa?», comenzó diciendo. «¿Tienes idea?». Cristian hizo un gesto afirmativo. «¿Qué estás haciendo entonces?».

«¿Qué estoy haciendo?», repitió Cristian, visiblemente titubeante.

Mimmíu lo escrutó con la mirada. «Nada, no estás haciendo absolutamente nada, te lo digo yo. Salvo alternar con gente metzana y poco recomendable. Ten presente que nosotros trabajamos con el sector público... La respetabilidad lo es todo. ¿Qué está pasando?», le preguntó inclinándose para tocarle la rodilla.

«No lo sé, no lo sé... Me siento cansado».

«Si hay algo que no marcha bien me lo contarías, ¿verdad? Ya sabes que para mí eres como un hijo...».

Sin una razón específica, Cristian sintió que debía defenderse de esa manifestación de cariño. «Mi padre está muerto», sentenció al tiempo que eludía el contacto físico con Mimmíu.

«Ya lo sé, mocoso, lo sé perfectamente». El tono de Mimmíu se tornó punzante de repente. «Fui yo el que lo encontró. Y tú vales menos que una uña de aquel hombre».

«El público y el dinero, eso es lo que os preocupa a vosotros», lo acusó Cristian mirándolo a la cara.

Mimmíu sostuvo la mirada, luego negó con la cabeza. «Estúpido niño», le dijo. «¿Necesitas hacer de esto un litigio? ¿Te cabrea que las cosas no se hagan como tú dices? ¿Y quieres mandarlo todo al garete? ¿Sabes cuántos como tú me puedo merendar yo? A ver si resulta que me has tomado por tonto, porque tonto no soy. Podrás engañar a Domenico, pero yo sé lo que tienes en mente. Y te digo que andes con cuidado. Con mucho cuidado. Porque si las cosas son como yo me imagino, y no estoy hablando de la empresa, entonces te voy a enseñar...».

«¿Qué me vas a enseñar?». Cristian estaba alterándose y no pudo reprimirse. Mimmíu no apartó de él la mirada, sin llegar a levantarse.

En ese momento apareció Marianna. «La habitación ya está lista», dijo. A continuación miró a los dos hombres preguntándose qué estaba sucediendo.

«Hemos hablado», explicó Mimmíu. «De hombre a hombre», añadió.

«Ve a descansar», señaló Marianna dirigiéndose a Cristian con ese tono suyo que estaba siempre a un paso de dar órdenes.

«Sí», dio su aprobación Mimmíu. «Hay que descansar. Dormir bien es la mejor medicina».

«Cuánta sabiduría», comentó Cristian de camino a su habitación.

Había parado de llover. Las calles eran lomos de anguila y el cielo sobre Nuoro era una esponja goteante. De los árboles, de las colinas de alrededor,

emanaba un aliento entrecortado. El llanto del mundo parecía haberse detenido por un tiempo indefinido, pero, como un sollozo residual tras la crisis, desde el remolino de los tiempos se alzó un viento a ráfagas que dispuso las nubes en un anillo violáceo por el cual se proyectaban astros muy luminosos. Algo que traía esperanza frente al desastre precedente. Nunca se hace caso a las palabras, pero si se presta atención se comprende de qué oscuridad se habla, de qué ausencia de astros, cuando se pronuncia la palabra desastre.

Cristian durmió a ratos.

A pesar de ello, soñó con él mismo siendo niño y hablando con el abuelo Luigi Ippolito acerca de cómo conoció a la abuela Erminia.

... Era cuestión de mantenerse absolutamente inmóviles; el cabo Sanseverino le había dicho repetidamente que el único modo para no ser visto en la oscuridad era no moverse. Y dijo que por eso aguardaban frente al Monte Santo de Gorizia, respirando apenas, sin un solo gesto, por mínimo que fuera.

«Sabes lo que te digo, ¿no?», preguntó el abuelo, que era joven y vestía uniforme.

Cristian hizo un gesto de negación, porque no lo sabía.

Luigi Ippolito rio levemente. Está claro que no, pensó al ver que su nieto, contra todo pronóstico, guardaba silencio esperando que continuara.

Se levantó un viento suave que de repente volvió el aire succulento. Ahora, al respirar, se podía saborear la noche que acechaba. Luigi Ippolito se desabotonó la guerrera para disfrutar del viento sobre el pecho, dejando al descubierto una camisa cándida, y acogió con media sonrisa el alivio que le trajo.

«Por tanto», prosiguió llegados a ese punto, «se trataba de no dejarse ver. Habíamos sido bastante afortunados hasta ese momento. Y así fue que surgió de la nada una niebla densa. Era diciembre, te lo había dicho».

Cristian asintió, le había dicho poco antes que era diciembre. Y debió de

tratarse de un diciembre del todo peculiar: no demasiado frío, estático, como una porción de otoño empecinado que quisiera prolongarse más y más.

«Faltaba poco para Navidad e iba a ser la primera que pasábamos como soldados», continuó su abuelo. «Todas aquellas cosas que hacíamos cuando estábamos en casa, como la expedición de don Cabiddu para representar la obra, o limpiar a paladas la nieve del patio frente al taller con Gavino, o también comer rodajas enteras de sebada con queso fundido sin esperar siquiera a que enfriara, nos parecieron de pronto lejanísimas en el tiempo. Teníamos la impresión de haber quemado milenios en tan solo unos años. Pero no era de esto de lo que estábamos hablando...».

Cristian miró con más atención a su abuelo; había algo de incorrupto en él, como si, sesenta años después de su muerte, aún conservara una juventud testaruda. Pero eso es lo que sucede en los sueños, ¿no? Que se puede hablar con alguien que murió hace décadas como si se tratara de un coetáneo, para entender cosas que no se pueden entender. Son obstinados ciertos sueños.

«Era diciembre», recapituló Cristian para asegurarse de que su abuelo no abandonaba el relato.

Y Luigi Ippolito asintió lentamente. «Un diciembre hermosísimo», completó. «Es cierto que aquí el verano es infinito», reflexionó, «y el poco invierno que hay es de una dulzura melancólica».

Cristian sabía interpretar a la perfección esa melancolía, porque para él el invierno en la isla era tiempo quieto. Y era precisamente durante ese tiempo quieto cuando no sentía otro deseo que el de irse lo más lejos posible.

«Entre los chicos del pelotón», recomenzó Luigi Ippolito, «se había entablado una discusión bastante acalorada, porque unos defendían que valía la pena concederles a los frailes el tiempo necesario para señalar la rendición, mientras que otros veían imprescindible anticiparse y lanzar un ataque relámpago, amparados por la oscuridad absoluta... Ten en cuenta que nosotros éramos en total cincuenta y siete hombres, y que aún no sabíamos lo que íbamos a descubrir unas horas más tarde: que en el interior de la iglesia de

Monte Santo se habían parapetado ochenta soldados austríacos... Fuimos muy afortunados, o quizá se debió al hecho de que en aquel diciembre de 1915 incluso las estaciones se habían cansado de combatir, y se sucedían en una secuencia soñolienta».

«A ver si lo entiendo», intervino el nieto, «la misión consistía en tomar la iglesia».

Aguardó a que el abuelo se lo confirmara. Se lo confirmó. «¿Y todo el monte, por consiguiente?».

«Una cosa estaba supeditada a la otra... ¿No tienes sueño?».

Cristian tenía sueño, había vuelto a su habitación de cuando era niño, así que estaba durmiendo.

«Me habías dicho que me ibas a contar cómo conociste a la abuela», perseveró el chico.

«¿Te importa que lo dejemos para mañana?», preguntó en ese momento Luigi Ippolito sin plantearse siquiera que la respuesta pudiera ser negativa.

Efectivamente, Cristian confirmó con un gesto que no, que no le importaba, aunque en cierta medida mentía.

«Mañana» fue el sueño siguiente.

Y era concerniente al tío abuelo Gavino. Muerto en el mar.

Hacinado con más de cuatrocientos prisioneros de guerra en el fondo de un barco de cruceros transformado en una cárcel, en el sentido literal de la palabra. Porque él era italiano en Inglaterra cuando pasamos de ser aliados a enemigos. Era otro de los Chironi que había ido a parar al lugar equivocado en el momento equivocado. Concretamente, al vientre del Arandora Star, que zarpó del puerto de Liverpool con destino a un campo de prisioneros en Australia. A Gavino aquel viaje al otro lado del canal de la Mancha lo había puesto a salvo de los fascistas que lo habían apaleado para dejarle claro quién mandaba, lo mismo daba que se tratara de un Chironi.

De ese tío abuelo Cristian solo había visto una foto que lo mostraba jovencísimo, a orillas del mar...

Siempre había creído que exageraban al decir que se parecía a él. Por aquella foto en blanco y negro no se podía determinar si el color de pelo era idéntico al suyo, como aseguraba Marianna.

Pero, dado que estaba soñando, tal vez podría comprobar si sus ojos eran del mismo color o no. ¿Se sueña en colores?

Cruzar el mar no salvó a Gavino. A su hermano Luigi Ippolito, en cambio, partir para el frente como voluntario lo salvó de sí mismo. Para él la literatura valía más que la vida. Era de los que piensan que basta con contar las cosas para que se hagan realidad. Creía en el hálito bíblico que convierte en carnales las palabras. Así es que se comprometió a escribir una fantásica historia que narraba los orígenes de la estirpe de los Chironi, que no tenía orígenes...

«Mañana» fue el sueño siguiente.

El 23 de diciembre de 1915, al pie del Monte Santo, en un pelotón de cincuenta y dos hombres, con la vista puesta en la iglesia de la cima.

No es que pudiera decirlo con certeza, porque ni él ni sus camaradas de armas a la espera de órdenes podían asegurar que estuvieran viendo gran cosa. Es cierto que en medio de la negritud absoluta que los rodeaba se entreveían destellos, como cuando frotas dos trozos de mineral y saltan chispas. Se advirtieron las detonaciones de minas, que parecían explotar en el cielo y sin embargo estaban explotando a la altura de la cresta más alta del monte, donde se hallaba el santuario.

Fue allí, mientras esperaban, donde el cabo Sanseverino, al que había conocido al alistarse, salió con aquello de que en situaciones de ese tipo cuanto menos se mueva uno menos peligro hay de ser interceptado. Él aseguraba que cuando uno está a contraluz lo que toca es echarse a tierra y

mantenerse inmóvil, desoyendo a la naturaleza, que te anima a salir corriendo para ponerte a cubierto.

«Cuando se dé la orden», decía, «avanzad disciplinadamente: un paso, parada, otro paso».

Por las fotos aéreas de los dirigibles, la cumbre de la montaña parecía un hipocampo o, para quien tuviera imaginación suficiente, un tiburón martillo.

En la noche de los tiempos el mar había acariciado con cariño las costas dolomíticas, pero hubo momentos más bien recientes, hacía solo unos milenios, en los cuales las agotó con olas rugientes que se retiraron después de generar el valle. El mismo por el que se estaban dejando engullir cinco soldados de infantería que iban de avanzadilla.

De repente llegó desde la cima la señal de rendición: tres bengalas blancas, como cuando en una romería, una vez devuelta la Virgen a su nicho, comienzan los fuegos artificiales. Cuando lo profano sigue a lo sagrado.

Tan pronto como iniciaron el ascenso los cinco soldados de infantería se dieron cuenta de que las laderas de la montaña tenían una densidad de población mayor de lo esperado. En su mayor parte, comunidades de pastores o leñadores con sus familias.

«De prisa y corriendo nos dieron la orden de avanzar». Cristian se puso cómodo. Luigi Ippolito continuó con el relato. «Nos dijeron que avanzáramos haciendo ruido. Así es que corríamos y gritábamos, como cuando siendo niños, a lomos de caballos enjaezados, tratábamos de llamar la atención de las mujeres que nos gustaban...».

«¿Pero tú no querías volver aquí? Me refiero a la isla», preguntó Cristian inesperadamente.

La respuesta era sencilla, si bien el abuelo se tomó su tiempo antes de responder. «Sí», dijo finalmente, «volví, ¿no?».

Se miraron como se miran los que saben: en esa historia el nieto buscaba un

punto de apoyo, mientras que el viejo buscaba darle cuerpo a la ausencia.

«Así es que corraste con los otros hacia la cumbre», apostilló Cristian.

«Con todos los otros», confirmó el abuelo. «Era una sensación extraña pisar aquel terreno. Estaba completamente a oscuras, porque no había ninguna iluminación, los escasos habitantes sufrían la consecuencia más directa de la guerra, que no es otra que retroceder varios siglos. De repente, al caer la noche se cambiaba de era: todas las luces quedaban prohibidas... Por lo demás, se trataba de resistir mediante la autosuficiencia, los montañeses le arrancaban a la roca pequeñas cavidades cultivables. En cuanto comenzamos la ascensión oímos la algarabía de personas que venían a nuestro encuentro agitando antorchas, algunas traían lámparas de acetileno. “¡Aquí, aquí!”, gritaban. Eran mujeres en su mayor parte. Y niños».

«¿Estaba también la abuela?», preguntó Cristian directamente.

Luigi Ippolito negó con la cabeza. «No», dijo, «la abuela aún no».

De modo que corrieron hacia el santuario para sumar una porción de tierra al absurdo cómputo catastral de aquella guerra. .. Sintieron bajo sus botas la afilada naturaleza de la montaña, como una fragmentación de aromas removidos por los pasos. En el interior de la oscuridad percibieron la suntuosidad de la tela drapeada, un paño rústico doblado en el mejor de los casos, o arrojado allí, en que la pertinaz resaca de los gélidos vientos había transformado la roca. Vencida por el agotamiento, la montaña había hallado una forma, se había adaptado a las corrientes, había cedido para no sucumbir pulverizándose en los bordes como ciertos dulces horneados que salen muy frágiles y crujientes. Lo que quedaba era el lomo de un cetáceo, una altura que cedería con el paso de los milenios siguientes, pero que por el momento tenía las cualidades de una tierra emergida en la que los justos habrían podido ponerse a salvo del diluvio que los rodeaba.

A ratos corrieron y a ratos se mantuvieron a la espera, como les había dicho

el cabo Sanseverino. Se dispersaron por las embocaduras de los vericuetos, se detuvieron en los pliegues de la pared rocosa, se disolvieron en la absorbente consistencia de la tierra.

Luigi Ippolito ni siquiera se habría percatado de que estaba ascendiendo si no fuera por un vago incidente en la respiración, que se le iba entrecortando gradualmente. Entonces descubrió que allí abajo, en el valle, las minas antipersona saltaban por los aires parpadeando y se dio cuenta, gracias a esos flashes instantáneos, de que se hallaba completamente solo. Sintió unos disparos que le pasaron rozando antes de estrellarse en la roca. Se palpó el pecho para cerciorarse de que no lo habían herido. Frecuentemente se daba el caso de que la metralla era tan veloz que no se advertía cuando atravesaba la tela gris verdosa y el algodón de la camisa hasta llegar a la piel para clavarse en la carne y provocar lentamente el desangramiento. No estaba herido, pero en aquella oscuridad total, sin estrellas, sin luna, se sintió perdido. Hasta que, desde el valle de allí abajo o desde la ladera de la montaña vecina, brotó un cono de luz persistente que lo alcanzó al adentrarse en la noche violácea; aquel rastro de luz despertó a algunos arbustos de artemisa y de acebo durmientes, levantando partículas brillantes que se dispersaron hasta el infinito más allá de las madre selvas.

Y fue entonces cuando la encontró frente a él. Erminia Sut. Nombre y apellido; en los sueños se pueden conocer perfectamente los nombres y los apellidos de las personas antes incluso de que ellas los pronuncien. Erminia, por tanto, estaba allí, de pie, petrificada, como si también ella hubiera escuchado el imperativo de salvarse mediante la inmovilidad. Sus ojos, alcanzados de lleno por la explosión luminosa, reflejaban una curiosidad sin inquietud, como les pasa a esos animales que aún creen en la bondad de los humanos.

Ella no huyó y él no huyó. Luigi Ippolito podía asegurar con certeza, como una percepción anterior a cualquier percepción, que conocía a la mujer que tenía frente a él; y podía proclamar que nunca había tomado en consideración

la perfección de la naturaleza en esos términos de evidencia absoluta. El haz de luz se movió hacia abajo, lamiendo el suelo, como si quisiera iluminar el sendero detrás de ella. Y ella no se movió aún, sabía que en aquel mismo recoveco en el que se acababa de manifestar Luigi Ippolito Chironi (en el sueño de Cristian también ella, asombrosamente, sabía cosas que era imposible saber) siglos antes se le había aparecido la Virgen María a la pastorcilla Orsola Ferligoi. Sabía que aquel hombre armado no podía suponer ningún peligro...

¿Fue así como sucedió? ¿Fue así como Luigi Ippolito Chironi, de Nuoro, encontró a Erminia Sut, de Cormons? En el sueño así fue.

«Acabó la cosa con que, gracias a la oscuridad y a las tinieblas, tomamos el monte», concluyó Luigi Ippolito. Notó que estaba llegando esa característica tristeza que lo invadía cuando recordaba la primera vez que vio a la mujer de su vida. Era esa angustia que lo había hecho enloquecer. Había corrido, se había extenuado, había dudado antes de que aquel haz de luz iluminara a su mujer, antes de que ella le ofreciera su mano para llevarlo al centro de sí mismo; antes de que ella le revelara que era exactamente ahí donde él debía llegar. E incluso ahora que están muertos, tras un soplo apenas de vida en común, en el sueño fraccionado de Cristian ella aparecía inmóvil, frente a él, indicándole el camino para alcanzarla. Hermosísima...

Unos ruidos en la cocina hicieron que se despertara sobresaltado. Era Marianna, que estaba preparando el desayuno.

«¿Has dormido aquí?», le preguntó Cristian.

«No», contestó ella. «En casa». Marianna entendía por «casa» la de San Pietro. «Pero esta mañana me he despertado pronto y me he dicho que si nadie te preparaba el desayuno tú te ibas a quedar con el estómago vacío. Y lo más importante es comer bien por la mañana».

«Iba a ir al bar», comentó Cristian. Había un cesto de aromáticas rosquillas en el centro de la mesa, el joven mordisqueó una mientras esperaba por la leche y el café calientes.

«Precisamente», señaló Marianna, «ya he visto las porquerías que venden en el bar...».

«He soñado con el abuelo. Tenía la misma cara que en las fotografías». En la voz de Cristian había el hilo de vacilación propio de quien cuenta sus sueños tratando de rescatar con la mente el mayor número de detalles posible.

Marianna posó la jarra de leche en la mesa sin hacer ruido para no interrumpir el esfuerzo que su sobrino nieto estaba haciendo para recordar.

«He soñado cuando vio a la abuela por primera vez», concluyó mientras se servía en la taza la leche humeante.

«¿Tu abuela? ¿La friulana? Será que ha regresado para el Juicio Final...». Marianna se echó a reír. «¿Cómo has podido soñar con ella? No la has visto nunca, no creo que haya ni si quiera una fotografía suya». Más que una

pregunta, lo de la mujer parecía una certificación de puro escepticismo.

Cristian se encogió de hombros. «Qué sé yo, los sueños no se pueden controlar, ¿no? También estaba el tío Gavino...», añadió, pero como si estuviera hablando de algo que se iba alejando, desvaneciéndose inexorablemente.

Solamente guardó silencio sobre un aspecto: que la abuela friulana, desconocida, en su sueño tenía el rostro de Maddalena.

Siguieron a aquellos días extraños, como réplicas de un terremoto. Cristian pasaba el tiempo en las obras, Domenico en la oficina la mayor parte; lo cual decía bastante sobre cuál era la diferencia sustancial entre ellos. Tenían a su cargo, entre otras cosas, la reforma de un edificio en el paseo Garibaldi, una casa solariega que, sorteando las cortapisas legales, había triplicado su volumen.

Ahora que ya no se dedicaban únicamente al hierro, los Chironi y los Guiso tenían que preocuparse no solo por la apariencia de la ornamentación, sino también por el fundamento de la estructura. Obtener los permisos, saber moverse en los despachos, se había convertido en algo tanto o más importante que hacer bien las obras. Cuando el arquitecto municipal, el concejal de turno o la oficina correspondiente cerraban un ojo, o los dos, la casa se daba por hecha prácticamente, aunque no se hubiera colocado todavía ni un solo ladrillo. Y ahí intervenía eso a lo que Domenico Guiso se refería como «respetabilidad». En los nuevos tiempos las sobras del boom económico habían llegado a Barbagia con la potencia de fuego de una promesa que había que mantener a toda costa. La fealdad generalizada, medio urbana, había reemplazado a la estética rural del lugar porque servía de estímulo al provincianismo sin fondo de aquel mundo extremo. Aunque fueron necesarias varias décadas, se dio el salto. Ahora la ordenación coherente de la edificación había dado paso a un laberinto inconexo, sin un centro, sin un

corazón. Fuera de toda lógica se concedían permisos de edificación en terrenos a todas luces abusivos. Las solicitudes eran para casas grandes, sin escatimar gastos. Casas de varias plantas, para parejas de ancianos o para recién casados. Casas enormes para contener el nuevo ego que aquella fortaleza estaba cultivando. Un ego ignorante, comercializado como progreso. Al otro lado del mar la entrada de la nación en el club de los grandes de la Tierra se estaba estrenando con sangre, pero en Cerdeña, en Barbagia, tras la estación caníbal de la Anónima Sequestri (bandas responsables de secuestros y otros delitos), con un decenio de retraso se disfrutaba de la sensación de renacimiento. E incluso la delincuencia había evolucionado hacia una agencia de lo que venía definido como adhesión de delincuentes comunes y células terroristas, lo cual significaba ser más papistas que el papa, como de costumbre. Significaba que el viejo y romántico estribillo sobre la redistribución de la riqueza estaba siendo sustituido por el espíritu empresarial de secuestrar o robar para financiar grupos terroristas. Siempre ha sido fácil confundir los dos planos en esa parte del mundo donde, sin solución de continuidad, habitaba el concepto de delincuencia necesaria. Pero, desde siempre, lo que era necesario derivaba de las necesidades inducidas.

Hacer su trabajo requería para Cristian comprender todo esto con detalle. Él aprobaba las acciones de los grupos disidentes un instante antes de que ellos justificaran su violencia. Para Domenico se trataba de delincuentes, sin más. A él le aterrorizaba incluso la idea de que Cristian considerara, aunque fuera superficialmente, la posibilidad de debatir sobre ello. A finales de los años setenta Nuoro era turbia y turbulenta de igual modo que lo son los segundos hijos en ciertas familias, que tienen miedo a ser amados en menor medida en que aman. Cínica, aunque no escéptica. Inteligente, aunque no culta. Astuta, aunque no profunda. Convencida de que lo tenía todo bajo control, aunque incapaz de intuir el principio del fin.

Si alguien hubiera visto la sonrisa de Mimmíu mientras invitaba a un café al jefe de la oficina técnica municipal habría comprendido meridianamente que

en aquel jardín cerrado crecían, no por mucho tiempo, plantas extinguidas en otros lugares.

Pero la obra de las obras, aquella por la que valía la pena comprometerse, era la construcción del nuevo centro polivalente al que iba a dar paso la demolición de la Rotonda, la vetusta cárcel decimonónica, el único edificio insigne de la ciudad aparte de la catedral. Había que buscar materiales y calcular porcentajes, la cantidad de cemento y de ladrillos, el número de horas de trabajo y el número de peones que se deberían contratar.

Así es que hubo que organizar un viaje a Carrara, para recoger unas muestras de mármoles finos para el revestimiento del edificio público.

«¿Y ahora por qué lloras?», le preguntó Domenico a Maddalena.

Ella no estaba llorando, simplemente respiró hondo en cuanto él se echó a un lado. «No lloro», dijo. Pero no podía revelar que esa especie de sollozo eran los coletazos del orgasmo, porque de haberlo hecho tendría que explicarle que le hubiera gustado que dedicara un tiempo a abrazarla en lugar de apartarse en cuanto eyaculó. Se podía decir que Domenico tenía un sentido innato del deber. Y que, una vez cumplido, no veía la hora de pasar al siguiente deber.

«¿Va todo bien?», preguntó él con la ingenuidad justa, sin que la pregunta pareciera una petición de puntuación por la prestación que acababa de consumir.

Maddalena contempló sus hombros cargados y su piel, de una luminosidad impresionante, infantil. Todo lo contrario de Cristian, del que se podía pensar que era un niño con el instinto de un adulto experimentado. Sintió una extraña ternura por ese hombre inconsciente que ahora se había girado hacia ella para sonreírle. Se juró a sí misma que lo engañaría solo lo necesario para poder mantener en pie la mentira de que lo amaba. Y se dijo que con él no resultaba insoportable esa mentira. Domenico era un hombre de una dulzura peligrosa, porque solo había podido amar incondicionalmente a Cristian y a ella. En ese

orden, que era un orden que Maddalena podía entender muy bien.

«¿En qué piensas?», insistió él mientras alargaba la mano para acariciarle el rostro.

«En que no es prudente lo que hemos hecho. Así, sin tomar precauciones», aclaró.

Domenico se puso boca arriba, cruzando los antebrazos sobre la frente. «¿Y qué?», comentó tras unos instantes. «Si ocurre, lo arreglaremos. No tengo intención de deshonrarte». Maddalena sonrió sin ser vista, porque la frase que Domenico acababa de pronunciar podía parecer irónica, incluso sarcástica en boca de cualquier otro, pero no enunciada por él. «Por lo que a mí respecta, tú y yo ya estamos casados», puntualizó de hecho.

Maddalena apoyó la cabeza en su pecho. Sintió su robusto corazón y el suave calor de su piel lisa. Cerró los ojos y pensó en la criatura que llevaba en el vientre. Lo sabía desde la primera náusea matutina.

Permanecieron inmóviles y sin hablar, en la calma absoluta de un silencio tan fuerte como un cable de acero tensado. Cultivar ese silencio era la única vía de salvación, se dijo a sí misma. Le rozó el torso con los labios entreabiertos. Domenico abrió la boca.

Sonó el teléfono. El hombre se liberó para ir a responder. Se puso en pie arrastrando la sábana para taparse. Maddalena lo vio concentrado en la escucha, luego murmuró algo con tono resignado antes de colgar.

«Mi padre», informó mientras se ponía los calcetines. «Dice que a Carrara debo ir con Cristian, para que nos acostumbremos a trabajar juntos, entender que hay diferencias entre ser amigos y ser compañeros de trabajo, bla, bla, bla... Ahora tengo que irme, amor». Y pronunció «amor» como si hubiera ensayado esa palabra a solas frente al espejo.

Maddalena no quería abrir los ojos. «Vale», le respondió desde su oscuridad. «No llegues tarde». Pero era como si se hablara a sí misma.

Domenico dejó de abotonarse la camisa. «Si quieres me quedo», dijo. «¿Qué ocurre?».

«Nada, de verdad», mintió ella, aunque no demasiado. Porque de repente había sentido una punzada, como si tuviera la certeza de que dentro de esa oscuridad que estaba construyendo no pudiera crecer nada bueno.

«Este asunto del gran contrato lo trae de cabeza», dijo Domenico suspirando en referencia a Mimmíu, que estaba más nervioso ahora que la obra le había sido adjudicada que antes, cuando no se había publicado aún la licitación.

«¿Solo ese asunto?», preguntó Maddalena con una sonrisa maliciosa.

Domenico sonrió a su vez. «Tienes razón», convino, «¿cuándo no está nervioso mi padre? Ahora se le ha metido entre ceja y ceja que Cristian nos va a hacer perder el trabajo... Esos dos no congenian últimamente y yo estoy en medio».

Mimmíu depositó las doscientas mil liras en la mesa sin ni siquiera un sobre para guardarlas. Las sacó de su cartera y las dejó junto al vaso de vino que acababa de apurar el joven que tenía frente a él. El semblante de Raimondo Bardi se iluminó. «Un trabajo de nada y bien pagado», aclaró Mimmíu. «Y encima te vas de excursión a la península. Tienes carné de conducir, ¿verdad?».

«Sí, sí», confirmó el otro. Vestido parecía más gordo.

«Embarcáis en Olbia y desembarcáis en Livorno, desde allí seguís hasta Carrara y volvéis», detalló. «Tu misión es conducir y vigilar para que no pase nada entre esos dos, ¿me explico?».

Raimondo asintió de nuevo, lo tenía claro. Los Chironi y los Guiso se movían con cautela, dada su posición y su patrimonio. «Si se diera el caso, tengo lo que hace falta», dijo el chico mientras imitaba una pistola con el dedo índice apuntando y el dedo gordo hacia arriba.

Mimmíu asintió.

«Gracias», dijo Raimondo haciendo gala de una educación imprevista. «Gracias por haber pensado en mí», completó la frase al tiempo que guardaba

en el bolsillo los billetes. «A Cristian lo conozco, así que por lo menos no nos vamos a aburrir», comentó entusiasmado.

«Precisamente por eso he pensado en ti», confirmó Mimmíu ofreciéndole las llaves de una Transit. «Precisamente por eso».

Cuando Raimondo Bardi vestía el traje regional o, como decían los señorones de la asociación Pro Loco, «el traje tradicional», era el hombre más feliz del mundo. No hacía falta preguntarle por qué. Cuando estaba dentro del orbace sentía una seguridad, una armonía tal que su cuerpo achaparrado y peludo incluso se volvía bello bajo ese ropaje de lana.

Y aparte tenía otro motivo de orgullo. Con el traje de los padres pastores a Raimondo Bardi le parecía que valía más, que tenía más poder de decisión. Así es que cuando acababa la jornada en la obra le faltaba tiempo para volver a casa y vestirse como le gustaba a él. Desnudo era una raza, un objeto antropológico. Luego, ya con la camisa cándida, plisada, llegaba la cultura.

Con esa camisa puesta Raimondo se reconocía como Raimondo Pietro Serafino Bardi, de Dionigi y de Pasqua. Con las polainas se convertía en de Sos de Tauledda. Hasta llegar a la chintorja, el cinturón de cuero repujado, que lo remataba todo, y entonces acababa siendo, definitivamente, Remundu o Mundeddu...

«¿Ves? El diablo despluma las palomas celestiales. Y prepara la nevada», susurró Cristian con la nuca apoyada en el reposacabezas de la Ford Transit de segunda generación.

Habían tomado la carretera hacia Marreri que, Dios mediante, iba a ser solo un recuerdo en cuanto se inaugurase el enlace de la nacional 131 desde Prato Sardo. De momento, sin embargo, el trayecto era una curva tras otra. Entre robles, acebos y asfódelos. En aquella ladera del monte Orthobéne el granito se había cubierto de musgo por el invierno, como si también la piedra padeciera los rigores del frío.

Raimondo había pedido un vehículo con radio y radio-casete; se había traído música de casa y ahora afrontaba las curvas con *Us and Them* a todo volumen. «¿Me decías algo?», le preguntó a Cristian tras quitarle el sonido al aparato. Cristian hizo un gesto de negación. Fuera de la furgoneta se condensaba un tiempo quieto.

«¿Dices que nevará?», preguntó Raimondo como si hubiera racionalizado con retraso la frase pronunciada anteriormente por su copiloto.

Cristian arqueó las cejas sin importarle que el otro, absorto ante el volante, no pudiera verlo. Pero el otro, por alguna razón, percibió esa respuesta. «Tiene toda la pinta», confirmó antes de volver a hacer sonar el tema musical a todo volumen.

Ellos corrían y la tierra permanecía allí, solemne. Por medio de alguna que otra ráfaga de viento los saludaba, como un leve gesto con la mano, pero nada

más. De vez en cuando algún cuervo, amo del hielo, arremetía contra el silencio de vidrio. Rebaños de ovejas aturdidas se abrían como las aguas del mar Rojo para dejar sitio a los pocos automóviles que pasaban. Aún se podía albergar la ilusión de ser los únicos espectadores del mundo amasándose para aglutinarse. Aún, desde las cuchillas cortantes del monte Corراسi, se desprendían aquellas estelas de acero que definían la propia génesis de las montañas, como si aquellas paredes hubieran absorbido la luz divina en el mismo momento en el que se hizo la luz. Aún las plantas, los terebintos, las acacias espinosas, los saúcos —que por naturaleza son aprovechados— exhalaban a fondo su olor primigenio.

Mientras tanto, Pink Floyd seguía con el trabajo sucio de hacer que toda insignificancia pareciera importante y que toda fealdad resultara bella.

Raimondo comenzó a sorber con la nariz. «Es superior a mí», se justificó. «Este tema me hace llorar.»

And in the end it's only round and round and round. Haventyou heard it's a battle of words.

«¡Justo aquí! ¿Qué dice aquí?», se entusiasmó Raimondo mientras el tema se elevaba.

«Que son todo vueltas en el vacío, que son solo palabras...», resumió Cristian.

Fuera de la Transit la cantera de arena de Siniscola se unió al saludo. De allí en adelante había que atravesar pequeñas localidades costeras que iban camino de convertirse en las hermanas humildes de otras más renombradas. El mar tocaba un solo de piano.

«Sí», confirmó apasionadamente, «así es, dando vueltas en círculo, como los burros». A continuación puso el intermitente derecho para indicar que iba a parar.

«¿Qué pasa?», preguntó Cristian.

«Nada», respondió él. «Tengo ganas de mear».

Mearon contra la luna, como el poeta campesino Serguéi Esenin.

Apenas habían tenido tiempo de comentar el hecho de que en el último momento Domenico había decidido no acompañarlos.

En el puerto de Olbia hubieron de esperar a que embarcaran los turistas antes de que les permitieran acceder al ferri. Era como si estuvieran dándole de comer a un enorme cetáceo metálico. Y aquel medio de transporte tenía el hedor de un cetáceo. Cristian no podía soportarlo. Cada vez que hacía esa travesía acababa maldiciendo su destino de isleño. Raimondo parecía no sufrir en modo alguno; en realidad, excluyendo la emoción que había sentido poco antes, no parecía que hubiera nada que le pudiera hacer sufrir.

Tomaron posesión de su camarote doble y luego decidieron ir a cenar al pésimo restaurante del barco, donde se podían degustar macarrones de menú de hospital, chuletas y patatas gelatinosas, calamares fritos aceitosos, algo de fruta de temporada, pan atrasado y vino peleón. A pesar de que la nave iba semivacía, el selfservice estaba lleno. En esas fechas viajaban camioneros, personas que tenían que desplazarse por motivos de trabajo y algún despistado turista invernal. Aparte de algunas familias que iban al encuentro de parientes enfermos o de padres emigrados quién sabe dónde...

Cerca de la medianoche el ferri comenzó a vibrar y después, durante media hora, a balancearse lentamente, antes de empezar a balancearse con decisión, hacia las dos de la madrugada. Raimondo estaba roncando. Cristian se esforzaba en conciliar el sueño, y en cierta medida lo logró, porque en un momento dado tuvo la sensación de encontrarse en el andén de una estación esperando de pie la llegada de un tren con retraso. Y se sentía como si estuviera esperando a alguien: a la mujer amada, a un amigo, a un familiar cercano que había prometido encontrarse con él, pero que no llegaba. Estaba seguro de haber acudido a tiempo, porque detestaba hacer esperar tanto como que le hicieran esperar a él. Se había arreglado meticulosamente, porque mostrarse de forma adecuada y decorosa era para él una parte fundamental de

las reglas de bienvenida. Para una amada había comprado flores silvestres, para un amigo había previsto una sonrisa y un apretón de manos, para un familiar cercano había dispuesto una habitación y una cama limpias. Se vio conteniendo la respiración mientras observaba la aparición del tren, apenas superada la curva del andén. Una vez que el convoy se detuvo, miró con aprehensión por encima de los hombros de los pasajeros que abarrotaban el andén.

Oh, sí, estaba soñando que esperaba a la vida de ese modo, con aprehensión, y con cierta ansiedad por su rendimiento, temiendo no estar a la altura en ese encuentro, pero ella no llegó. Él no llegó. Así es que el andén se vació en un momento y él se vio allí plantado, con sus flores silvestres, su sonrisa, su cohibida compostura y el pensamiento de que había preparado en vano una cama con sábanas limpias para alguien que nunca llegaría. Ese instante imponderable antes de que todo se desvaneciera lo había devuelto a aquel andén como si tercamente todavía estuviera tratando de encontrarse con la Vida, en lugar de con la Muerte.

Negro.

«¿Va todo bien?», preguntó Raimondo zarandeándolo.

Cristian abrió los ojos, reconoció la reclusión del camarote y notó el obstinado balanceo. «¿Qué ocurre?», preguntó.

«Estabas gritando», apuntilló el otro. «Me has asustado». «Cómo iba a estar gritando», se alteró Cristian, «si no he pegado ojo desde que empezaste a roncar». Y sin embargo podía sentir sobre él la melancolía de aquella inútil espera que acababa de experimentar en el andén.

Permanecieron en silencio un rato.

«¿Duermes?», preguntó Raimondo en un momento dado. Cristian no dormía, pero no contestó.

Al amanecer llamaron a la puerta del camarote para que lo dejaran libre y

que los asistentes pudieran limpiarlo durante las operaciones de desembarco. Era una mañana extraña que atenuaba el bullicio del puerto. Livorno le parecía a Cristian de color rosquilla, aunque quizá se debiera al hecho de que tenía hambre. Una vez dentro de la Transit, Raimondo encendió un cigarrillo y explicó que si no había fumado en el camarote no había sido por delicadeza, sino porque se había dejado en la furgoneta el paquete de tabaco y no le permitieron bajar a buscarlo después de la cena. Cristian abrió la ventanilla. «Para a la salida del puerto en cuanto veas un bar», le dijo.

Raimondo hizo una señal afirmativa. «A sus órdenes», señaló burlándose de él, aunque sin excederse.

El aire salino llenaba el habitáculo, pero tenía una cualidad extraña; incluso la luz era distinta en aquella orilla.

Pocos metros después de la salida del puerto una patrulla de tres carabinieri uniformados les dio el alto. Raimondo detuvo el vehículo. El sargento, con chaleco antibalas y metralleta, le pidió el carné de conducir y el permiso de circulación, y seguidamente los invitó a salir de la furgoneta. Los otros dos agentes cruzaron una mirada. Raimondo y Cristian obedecieron.

«¿Adonde se dirigen?», preguntó el sargento.

«A Carrara», respondió Cristian tratando de mostrarse tranquilo.

«¿Por motivos de trabajo?», continuó el mando.

«Tengo que negociar un pedido de mármol para mi empresa».

«Ya», confirmó el suboficial sin quitarles el ojo de encima. «¿Podemos comprobar qué hay en la parte trasera?», preguntó fingiendo que no se lo estaba ordenando.

Raimondo miró a Cristian dándole a entender que si tenía algo que declarar ese era el momento justo para hacerlo. Entre tanto, los dos subordinados abrieron la puerta trasera de la Transit y comprobaron que estaba vacía. Pasaron varios minutos de silencio absoluto en los que, misteriosamente, los dos carabinieri continuaron inspeccionando la parte trasera del vehículo. Hasta que: «¡Armas!», gritó uno de ellos.

«¿Armas? ¿Qué armas?», reaccionó Cristian.

«Si se refieren a mi pistola, está debidamente registrada, puedo enseñarles el permiso», trató de anticiparse Raimondo. Pero no se trataba de una pistola: en un doble fondo del compartimento trasero había camufladas una decena de metralletas y munición.

«Alguien nos ha tendido una trampa», murmuró Raimondo.

Para entonces el sargento ya blandía en la mano su arma incitando a los dos subordinados a ponerles las esposas. Estaba comentando que el chivatazo era fundado.

El aire era distinto, la luz era completamente distinta, cada sonido era distinto. Todo, todo era distinto.

Cristian dio primero un paso al frente, como un soldado impávido que va al encuentro de la boca del cañón. Seguramente percibió que Raimondo le estaba diciendo algo. Pero era todo demasiado distinto y se vio avanzando hacia el militar armado. El otro, completamente sorprendido ante tal locura, llegó a hacerle un gesto para que se detuviera. Entonces Cristian echó a correr. A correr, qué distinto era aquel terreno. Era como si repentinamente hubiera recordado algo inaplazable. Seguramente advirtió la silueta de Raimondo que, retenido en el suelo, trataba de liberarse. Luego oyó el silbido de las balas a la altura del muslo derecho, después a la altura del cuello, después un pinchazo en la oreja, como un navajazo. Luego vio que se acababa la tierra y se dejó ir.

... Fue como contemplar una ola que se forma en el horizonte. La cresta de tierra negra, removida, avanzó igual que un océano embravecido y sin embargo demasiado viscoso como para poder moverse velozmente; demasiado cenagoso como para sorprender. Se trataba de mantenerse en la orilla y aguardar, con calma, el impacto. Y en cambio se lanzó, y sintió el gélido impacto del agua engulléndolo. Y aun así le pareció que estaba esperando, se

vio esperando, como si el primer objetivo de aquel impacto lentísimo no fuera él, sino otro que era exactamente igual a él.

En el interior del mar apenas advirtió el zumbido de los proyectiles que estaban disparando desde el muelle. Era todo tan distinto...

Era verse esperando la muerte, como espectador, en el delirante teatro del sueño de la razón.

Llegó una ráfaga demasiado lejana como para parecer peligrosa.

Como un estruendo que se origina en las entrañas de los océanos y que inexorablemente se encarna en una montaña de agua en movimiento.

Como una gigantesca reja de arado que, cortando en lo más profundo los terrones, genera colgajos que se retuercen para encontrar otros espacios.

Notó que se ahogaba, porque no estaba nadando ni permanecía a flote. Únicamente estaba huyendo.

Negro...

Desde el muelle lo vieron desaparecer bajo la superficie de un mar apenas encrespado. Las corrientes se lo llevaron hacia aguas profundas. El sargento corrió al coche patrulla para alertar a la Guardia Costera.

Luego resurgió. Por un momento pudo respirar...

Fue como agotarse por obstinación. Como pasar la noche en vela trabajando, con el cepillo o con el cincel, para un encargo. Como apagar los ojos a fuerza de concentración.

Negro...

Raimondo pedía a gritos que hicieran algo, que aún estaba vivo... Pero los carabinieri se mostraron inflexibles, lo que ocurría en el mar no era de su competencia.

Había sido como rendirse al sueño. Y en el sueño recordarlo todo...

Recordó cuando los cultivos parecían océanos, infinitos mares fluctuantes contra un sol que caía a plomo. Recordó los gigantes encorvados, traspasados por los rayos ardientes, que trazaban estelas entre las espigas a golpe de hoz. Recordó las escamas de colores cambiantes de los peces que pescaba en cualquier riachuelo, lago o río, y la roca, arena o manto de hierba sobre los que los echaba para que agonizaran con el aire. Luego recordó la despedida en el hospital oncológico, los ojos húmedos de su madre, que lo acompañó hasta el final temiendo que él le tuviera más miedo a la muerte que el que tenía ella... Todo, recordó también con detalle los segundos, los minutos, la afasia que precedía al llanto, como una tos contenida. Y la incrédula disolución de cualquier certeza, similar a un ratón que intenta liberarse del cepo. Luego, de nuevo el olor sudoroso de la tierra removida, casi como si el suelo devolviera sangre después de haberla bebido a litros. Todo lo recordó, todo. El mes y el año, el municipio en el que fue registrado su nacimiento, la iglesia en la que fue bautizado. Cuando Maddalena lo besó, y también el beso que él le dio a Domenico. La maestra que lo castigó, el párroco y el bisabuelo cuando lo regañaban, el amigo que le sonrió y también el que lo traicionó. Recordó las plantas, el olor a pan caliente y leche, la fragancia del pastel recién sacado del horno, el vino hirviendo especiado con clavo, el aguardiente para el dolor de muelas, y el hígado aún caliente del cerdo recién sacrificado, la lana arrancada del lomo de la oveja a tijeretazos y la consistencia viscosa de los pezones de la vaca.

Todo, todo, todo lo recordó, ahora que se estaba ahogando... El tío abuelo muerto también él en el mar. Los rizos de Maddalena. El jazmín silvestre del patio de la tía abuela Marianna.

Todo, excepto su nombre.

Eso no era capaz de recordarlo.

Negro.

LA PALABRA PROFUNDA

Nuoro, abril de 1979

Ella estaba convencida de que, en el Anciano de los Días, a Dios le bastó con poner la palma de la mano sobre la corteza helada de la Tierra para generar el Diluvio. Y por eso mismo pensaba que todos sus actos creativos derivaban de ocultarse, más que de manifestarse. Cada vez que Él se daba la vuelta, el hombre, que había creado Él mismo, trataba de imitarlo y evolucionaba, se volvía ingenioso, progresaba; por el contrario, cuando Él se revelaba, cuando miraba a la cara a su criatura, esta no era capaz de sostener la mirada, comenzaba a balbucear, se volvía cavernícola. Retrocedía milenios. La humanidad no era más que un niño pequeño que hay que formar, soportar en su desmesurada presunción y castigar cuando es necesario. Así era la Creación para Marianna. Para ella no cambiaba nada el hecho de que Cristian hubiera muerto. Formaba parte del orden de las cosas. No lloró. Pero estaba colérica. Y si se sentía colérica era únicamente por la circunstancia de que no alcanzaba a saber en qué preciso momento se le había escapado la clara señal de esa muerte. Colocó su mano caliente en la superficie de la mesa y la mantuvo ahí hasta que pudo sentir el frío del mármol recorriendo su antebrazo.

Mimmíu tuvo la impresión por un momento de que Marianna quería coger la hoja y la pluma que él había posado allí. Pero se equivocaba, porque ella no

parecía haber visto esa hoja ni esa estilográfica. Sus ojos, muy abiertos, no miraban nada, como si hubiera expirado sin que nadie tuviera la compasión de cerrarle los párpados.

¿Cristian ha muerto? Está bien. Se trataba de otro Chironi que la precedía y se trataba de uno de esos Chironi que no habían querido ocupar una tumba, como su madre Mercedes, desaparecida primero en la nada maravillosa de la locura y después en el todo inextricable de los barrancos. Como su hermano Gavino, también él muerto en el agua; y tampoco él fue devuelto. Esta muerte era, por tanto, orden, no desorden. En la oscuridad de la desaparición de Cristian estaba la luz de la ciencia. Y había continuidad, obstinación. La repetición compulsiva de los maestros herreros que deben golpear, y golpear, y golpear hasta agotar al metal.

Bastaba con tener los ojos abiertos para habituarse a la oscuridad; no ceder, mantener la mirada firme, sin balbucear, sin retroceder.

El Anciano de los Días estaba plantado de pie frente a ella. «Siéntese», le susurró.

Mimmíu supo a ciencia cierta que esa invitación no iba dirigida a él, a pesar de que estaban solos en la estancia. No obstante, se sentó en el otro extremo de la mesa. Seguidamente, señalando la hoja y la pluma, esbozó algo parecido a una sonrisa. «Es solo la firma de un poder», dijo esforzándose en no parecer demasiado ansioso.

Marianna hizo un ligero movimiento, como quien se despierta atrofiado después de dormir durante horas en una mala postura. Los grupos musculares entre los hombros y el cuello buscaron una posición cómoda contra la feroz tensión que le había permitido mantener la cabeza recta. «En todo caso, seguirás siendo el que eres», murmuró.

Mimmíu se mostró totalmente de acuerdo. «Vale», dijo, «pero no vaya a creer que hay cola para convertirse en un Chironi».

A Marianna esta vez se le escapó una auténtica carcajada. Era necesario también saber reírse en la cara del Anciano de los Días, pensó, para que no

creyese que estaba tan resignada como para reprimir toda reacción. Ahora la partida estaba ganada: Cristian había muerto, quedaba solo ella, después de ella nadie. Y por mucho que Mimmíu se esforzara seguiría siendo lo que era.

«¿Cómo es que mandaste a Cristian solo?». La voz de la mujer sonó tan vibrante que costaba considerarla humana.

«¿Adonde?», acertó a preguntar Mimmíu, al que cogió por sorpresa que Marianna se dirigiera directamente a él y de una manera tan circunstanciada.

«Adonde decidiste que fuera», aclaró ella, aunque era una aclaración que no dilucidaba nada.

«Era un encargo de trabajo, y además no estaba solo...». Mimmíu trataba desesperadamente de aparentar naturalidad.

«Yo ya me imaginaba que ese viaje no era un viaje más», enfatizó Marianna.

A Mimmíu le tembló el labio inferior. ¿Cómo se atrevía? Cristian era para él igual que un hijo y solo Dios sabía cómo se sentía interiormente por esa pérdida, por cómo habían ido las cosas... ¿Cómo se atrevía? Vieja bruja, pensó. «Era trabajo», se limitó a contestar.

Marianna lo miró fijamente.

Mimmíu agachó los ojos. «Domenico está irreconocible», comentó.

Marianna sorbió con la nariz y cambió de mirada. De joven, mucho tiempo antes, había asistido a un espectáculo de hipnosis. Un ridículo mago con vestimenta oriental pedía un voluntario entre el público y lo forzaba a hacer cosas graciosas sin que el otro se diera cuenta, luego lo despertaba y todos se reían de su mirada atónita. La misma mirada que percibía ahora en ella misma. La realidad se le antojó de repente tangible: la cocina, el jardín al otro lado de la puerta acristalada, el olor perenne a chimenea, Mimmíu sentado allí enfrente... Ahora que había recuperado el control miró a su alrededor como si solo estuviera enfocando al hombre, la superficie de la mesa, la hoja y la pluma. «No voy a firmar nada».

Mimmíu se dirigió a su casa con el poder de representación sin firmar en su bolsillo. Lo oprimía el viento envolvente de un abril inestable, y un pensamiento. En torno a él las casas y las personas parecían fluidas, como si las hubiera fundido la mirada hirviente de una divinidad enfurecida. Se dijo a sí mismo que lo hecho, hecho estaba. Luego se dijo que no hubo forma de evitar lo que había sucedido. Luego se dijo también que cuando llegara el momento de exigir explicaciones él podría y sabría darlas, puesto que había protegido su propia vida, además de la de Domenico.

La naturaleza de la luz, repentinamente parda, lo convenció de su buena fe. Una calidez de ámbar licoroso lo protegió de sí mismo cuando pasaba ante la iglesia del Rosario sin mirar al pórtico, sin santiguarse. Confió en poder dormir, en cerrar los ojos evitando la imagen de Cristian mientras se ahogaba. Pero no podía aspirar a la paz, eso lo sabía. Así que esperó a que su respiración volviera a ser segura, lo suficientemente profunda como para beber sorbos de aire completos, rítmicos como una larga ola.

La estación se mantenía ambigua, ya no quería ser invierno aunque tampoco se declaraba primavera, a pesar de que en los huertos cerrados todo florecía en armonía con el metabolismo de la tierra. En cualquier caso, ese viento tenaz proveniente del norte aplacaba toda presunción de tibieza y cuando llegaba el anochecer obligaba a abrigarse. Había habido coletazos invernales más largos; Mimmíu recordaba años en los que hasta mayo hubo que tener la chimenea encendida.

Tenía claro lo que había ocurrido en Livorno, y tenía claro igualmente que no habría posibilidad alguna de enmendarlo en toda su vida. En cuanto al amargo dolor de Domenico, lo tenía en cuenta. Acabaría pasando, porque todo pasa.

Domenico apenas había hablado en el mes transcurrido desde la desaparición de Cristian. Daba la impresión de que necesitaba una concentración absoluta para continuar su existencia. En apariencia, su vida no

había cambiado: se levantaba a la hora habitual y a la hora habitual se acostaba... Visitaba las obras y respondía con monosílabos a quienes le preguntaban sobre las noticias que aparecían en los telediarios regionales. Algunos le hacían preguntas sobre Cristian dando por sentado que él sabía más de lo que sabían los investigadores. Para él todo aquello era un abismo de la realidad. A cualquiera que le preguntara, a quienquiera que se apresurara a preguntarle simplemente cómo estaba le respondía que no podía decirlo con certeza. Domenico era un joven que no sabía razonar con metáforas, lo cual en esa situación concreta le habría sido de utilidad, porque saber contar el hundimiento, la ausencia, la parálisis emotiva que se habían apoderado de su ser podría significar reaccionar, recuperarse. Pero no. No reaccionaba, no se recuperaba. A su alrededor decían que el tiempo, que todo lo cura, difuminaría esa mancha que oscurecía sus días, que cicatrizaría esa herida abierta de forma tan terriblemente expuesta. Pero él sabía bien que no iba a ser así: Cristian había muerto. Nunca más estaría. Una condición irremediable. Una certeza insoportable. Y sabía bien a causa de qué estrepitosa justicia distributiva no era capaz de llorar al amigo y hermano al mismo tiempo. Porque no era capaz de verse fuera de ese dolor, sino solo completamente dentro, como si otro Domenico hubiera recubierto al anterior con una capa de normalidad mientras, de hecho, ya nada era ni volvería a ser normal para él. Cristian no estaba, y nada era semejante, ni remotamente volvería a serlo, a cuando estaba. Ni siquiera Maddalena.

De pronto se arrepintió de no haber correspondido a aquel beso que el amigo le había dado en la casa de via Deffenu, durante la fiesta de compromiso; es más, se maldijo por haberse apartado. Su maldición era haber cometido errores irreparables, porque se negaba a confesarse a sí mismo lo que sabía perfectamente. Como todos, quería una vida tranquila, aunque era consciente de que no podría obtenerla, porque sabía que podría adquirir únicamente la apariencia de la tranquilidad, pero no su sustancia. Por tanto, en el silencio de sí mismo, ya fuera en las obras o dando una vuelta con

Maddalena del brazo, no dejaba de preguntarse qué debería hacer, de qué modo podría seguir adelante a pesar de todo. Por su mente desfilaban noches estrelladas y era igual que cuando, siendo niño, pensaba en el cielo como una especie de álbum fotográfico en el que los destinatarios de nuestro cariño se adhieren después de muertos: demasiado distantes como para poder reconocerlos, pero luminosos y palpitantes. En el brillante caos al que van a parar estos seres queridos se hallaba el consuelo de no estar solos. Cristian estaba allí, por consiguiente, ¿pero por qué esa constatación no le devolvía la paz? Era muy extraño sentirse muerto. Tanto que en ocasiones Domenico tenía la particular sensación de que era él quien se había ido y que Cristian lo lloraba desde el mundo de los vivos.

Sin embargo, viéndolo se podría decir que Domenico Guiso había recibido con una gran entereza la noticia de la desaparición de Cristian Chironi, una noticia que le había dado su propio padre, consternado, que se lamentaba de no haber actuado debidamente cuando se enteró, porque se había enterado, de que el chico frecuentaba compañías peligrosas en tiempos muy peligrosos. Pero a Domenico todo ese corolario se le antojó de repente inútil. Percibió que a su padre no le acució tanto tener que darle la terrible noticia como recalcar que él se la esperaba. Mimmíu era una persona experimentada y a lo largo de sus sesenta años ya había tenido que dar noticias terribles; pero esta, según la impresión distorsionada que tuvo Domenico al recibirla, parecía que la estaba dando con un toque de voluptuosidad y placer.

Maddalena supo tan solo unos días antes de la fiesta de compromiso que se había quedado embarazada. Y lo supo antes de que se lo revelara su cuerpo. Tal vez en el mismo momento en que ocurrió. Por eso hizo lo que hizo.

Ahora que Cristian estaba muerto se trataba de darle un padre a esa criatura que estaba creciendo en sus entrañas. Había pensado en abortar, es cierto. Pero lo había pensado sin creer en ello, como si fuera justo decírselo a sí

misma, proponerse tal solución aun sabiendo que se desvanecería en cuanto se la planteara. La práctica ya le había enseñado que, más allá de cualquier sentimiento que albergara hacia Cristian, que era el padre de la criatura, o hacia Domenico, con el que se iba a casar, la cuestión era restituir el orden tras el caos que acababa de superar. Saber dosificar el grado de revelaciones que podía o no podía hacer. Controlar los plazos de inmediato. No dejarse llevar por reacciones incontroladas. Sobrevivir. En poco tiempo su estado iba a ser evidente, y era preciso saber actuar.

La muerte de Cristian le había dejado una extraña amargura, una especie de molestia, algo que le impidió involucrarse, a pesar del dolor tan agudo de Domenico. Él estaba tan sumido en la angustia que ni siquiera notó la frialdad de ella. Y Maddalena comprendió que iba a seguir siendo así siempre. Porque Domenico no tenía habilidades avanzadas para amarla profundamente, solo las básicas. Más que nada, porque Domenico había amado a Cristian mucho más de cuanto habría podido y sabido amarla a ella. Eran iguales, por tanto. Absolutamente al mismo nivel: uno huérfano y viudo, la otra esposa y amante por delegación. Aquel iba a ser un matrimonio perfecto, se dijo a sí misma, sin sombra de ilusión alguna.

De modo que fue a la obra para ver a Domenico. Lo encontró mirando fijamente un plano, aunque sus ojos no parecían estar percibiendo imagen alguna. Él de entrada ni siquiera advirtió su presencia. Luego, de golpe, alzó la cabeza y la vio. Sonrió. Y eso sabía hacerlo bien. Maddalena cayó en la cuenta en un instante de lo delgado que estaba, lo que lo hacía sin duda más guapo. Él se levantó para ir a su encuentro y abrazarla. Ahora cada vez que la abrazaba le parecía que estaba buscando un consuelo inalcanzable. Ese hombre la derrotaba con su cariño.

«Tengo que hablar contigo», le dijo mientras le acariciaba la nuca.

«Sí», respondió Domenico, pero como si no hubiera entendido nada. De hecho, volvió a sentarse y siguió observando el plano que tenía desplegado sobre su mesa de trabajo. «Es el proyecto del nuevo centro cultural de via

Roma», le explicó sin mirarla. «Siéntate, siéntate...», dijo indicándole un pequeño asiento frente a la mesa.

Maddalena se sentó. Se quedaron en silencio hasta que se oyó, procedente de la calle, el sonido de un ciclomotor trucado que pasaba zumbando. «Estoy embarazada», soltó.

Domenico tardó unos segundos en reaccionar. «¿Embarazada?», repitió, como si ella hubiera pronunciado una palabra desconocida.

Maddalena, contemplándolo, lo confirmó con un movimiento de cejas. Una vez que había pronunciado lo impronunciable, ya no había marcha atrás.

Domenico respondió cerrando los ojos. Era como si odiara cualquier posible buena noticia porque lo distraía de su desesperación.

«Se diría que te disgusta», sentenció ella.

El hombre sintió un sobresalto, como si lo poco que había que comprender lo hubiera comprendido justo en ese momento. Se puso en pie y miró a su alrededor para asegurarse de que estaba exactamente donde pensaba que estaba. «No me disgusta», replicó. Temía que no sería capaz de hablar con nadie y sin embargo Maddalena le acababa de comunicar que iba a ser padre y él había logrado contestar. «No me disgusta», insistió. «No, no me disgusta». Pero era como si estuviera hablando de otro. Una lágrima imposible de contener se le escapó por el ángulo del ojo derecho. Sorbió con la nariz para fingir una molestia que le permitiera secarse la mejilla.

Maddalena le sonrió. Se levantó para ir hacia él desde la otra parte de la mesa. Lo abrazó apretándole la nuca. Domenico le rodeó las caderas con los brazos, se dejó guiar por su oreja hacia el vientre, le pareció escuchar la vida que se estaba formando febrilmente. Estalló en un llanto a lágrima viva, tremendo, rabioso.

Para los Chironi un ataúd vacío no era algo novedoso. Para Marianna, además, significaba únicamente que las cosas se repetían con tenacidad.

Cuando el entierro de su madre, por ejemplo, lo único que se le ocurrió meter en el féretro fue su vestido tradicional de las ceremonias, las joyas de filigrana y los zapatos. Todo menos su cuerpo. Porque su cuerpo no estaba desde el momento en que Mercedes se había ido a morir quién sabe dónde, y de nada sirvió buscarla por la campiña de los alrededores, señal de que supo cómo desaparecer y de que, aunque todo el mundo consideraba que no estaba en sus cabales, ella tuvo un atisbo de eficiencia para morir como deseaba. Se escabulló de casa sin que nadie se diera cuenta, como aire viciado que se filtra por una ventana entreabierta. Atravesó el patio, descalza, con su camisón y el pelo suelto. Recorrió las callejuelas que, desde aquella localidad en bosquejo, conducían directamente al campo, y dejó que la anegara el verde circundante como si finalmente hubiera alcanzado mar abierto. Aquella naturaleza feroz la acogió con un entusiasmo voraz. Ni los perros con su olfato, ni las batidas por el territorio palmo a palmo dieron resultado: Mercedes se había volatilizado. ¿Pero cómo había podido aquel cuerpo mortal atravesar el mundo de los vivos sin ser visto? Al seguir el camino que Mercedes debió de tomar parecía totalmente imposible que nadie hubiera notado su presencia. Una mujer anciana, con el pelo suelto como una Erinia de la mitología griega, descalza como una penitente, en camisón como una concubina. Poseída por un dios pagano, devota del Dios de los Cielos, esposa y madre. Era una locura. Al margen de toda racionalidad, para su marido Michele Angelo todo aquello suponía que ella no estaba muerta de ninguna manera. De modo que dejó de lado cualquier otra tarea para esperarla. Y la esperó hasta el día de su buena muerte, a los ciento un años, en el mismo lecho en el que había dormido, amado y padecido con su esposa. A Marianna le quedó una atroz contabilidad que mantener. Porque en una parte considerable de los Chironi se había revelado la mala costumbre de morir sin sentido. Y cuando ella razonaba sobre el concepto «sin sentido» se refería a «sin que hubiera pasado el tiempo suficiente para poder decir que se había vivido». Su hermano Gavino, por ejemplo. Él tampoco volvió a casa, también en su féretro

metió ella únicamente ropa buena, y el reloj de bolsillo que le habían regalado al cumplir los veintiún años. También él hubo de soportar el peso de una existencia incierta e intentó darse a sí mismo un significado posterior respecto a los tiempos incompetentes en los que el destino lo obligó a vivir. Fue como un combatiente de primera línea, un joven hermosísimo y triste barrido por una ráfaga antes de que pudiera dar dos pasos hacia la trinchera enemiga. Lo de Gavino era desgarrador, porque representaba la suma de todas las tragedias, que parecen teatro pero que son, simple y llanamente, vida.

Por todos los demás, aquellos cuyos cuerpos habían podido sepultar, Marianna no emitía censura alguna. Fue lo que fue. Tal cual. Había atributos que se manifestaban con perseverancia y a ella le había tocado el de sobrevivir. Y no es que debiera aceptarlo, pero ciertamente no podía rechazarlo.

Así es que el nombre de Cristian ni siquiera se mencionaba. Por lo que se comentaba por ahí, debió de hacer una buena labor quien fuera que hubiera organizado su funeral. Ella no, porque ella, Marianna Chironi, no iba a organizar ni iba a acudir nunca más a un funeral, y nunca más iba a darle las condolencias a nadie, nunca más iba a agachar la cabeza ante un cura, o a dejarse ver por un cementerio, o a admitir la existencia del más allá, o a aceptar ningún tipo de consuelo terrenal, o a considerarse a sí misma como una privilegiada, o a sentir cariño, o a creer en futuro alguno...

Tras la desaparición de su sobrino nieto, la piel de su rostro se había estirado, como si cada tragedia la volviera más bella. Tenía setenta y siete años y, si los números no la engañaban, ya se podía permitir el lujo de echarse a un lado. Pero no. Su cuerpo asumió una postura erguida y orgullosa, su frente se alisó como cuando tenía cuarenta años y todo el mundo decía que estaba en el culmen de su belleza madura. Porque Marianna no había sido una chica que se pudiera considerar guapa, sino que se había vuelto guapa siendo mujer, y luego como anciana.

Siempre había cosas que hacer en su jardín, los días irían pasando. Y los

años. Y los siglos.

Llamaron a la puerta.

«¡Hablas tanto porque no has tenido que ganarte con tu sudor lo que tienes!», gritó Mimmíu.

Domenico dejó que se desahogara. Con su padre tenía que ser así, porque era un pulguillas: primero hablaba y luego pensaba. De modo que lo mejor era darle tiempo para que reflexionara sobre aquello que había dicho.

«No, tienes razón», respondió finalmente.

Mimmíu, como era de prever, se calmó. «¡Maldición!», murmuró poco convencido.

Domenico esperó aún un segundo. «No sé a qué vienen esas prisas», dijo. «Mejor sería que me escucharas».

«Te escucho», pareció rendirse Mimmíu.

«Voy yo a hablar con *tzia* Marianna. Hago que firme el poder y mientras tanto seguimos adelante con las obras ya en marcha... Trabajo tenemos».

«De acuerdo, ¿pero y si ella no lo firma tampoco contigo?».

«Lo firmará», aseguró Domenico. «De todas formas, hay otra cosa que debo decirte», dejó caer. Mimmíu aguardó a que su hijo prosiguiera. «Maddalena está embarazada».

Mimmíu no necesitó más. Con rubor avanzó un paso hacia él, hizo ademán de darle un abrazo y al ver que el joven no lo rechazaba lo llevó a término. «Por fin», le susurró al oído.

«No lo sabe nadie aún», le advirtió Domenico.

Su padre asintió. «Habrá que organizar la boda».

«Algo sencillo... No están las cosas para hacerlo a bombo y platillo», aclaró.

«Lo sé, lo entiendo», coincidió con él Mimmíu, que parecía haber superado por completo el resquemor de poco antes. «Pero que sea algo bien hecho, con

sacramentos. No esas cosas modernas».

«Vale», aceptó y sonrió el joven. «Nada de cosas modernas».

Mimmíu lo contempló pensando que ese muchacho que tenía delante se había convertido en un hombre hecho y derecho. El dolor lo había vuelto reflexivo.

«Me encargo yo», dijo Domenico tras un prolongado silencio. Su padre lo miró perplejo. «Voy yo a hablar con *tzia* Marianna, aprovecho como pretexto la boda y hablamos de todo... A mí me escuchará, ya verás».

«Entiendo que ahora tienes otras cosas en la cabeza», dijo Mimmíu pacientemente, «pero tú también sabes cómo funciona...».

«Te he dicho que hablaré yo con ella, ¿no?».

«Sí, sí...», confirmó acusando cierta ansiedad. Mimmíu centró su mirada en las arrugas que se habían formado entre la base de la nariz y la comisura de los labios de Domenico. Se trataba de señales de cansancio y también de fortaleza. De él siempre se había dicho que era la quintaesencia de la dulzura. Pero quien decía eso no lo había observado aún como podía observarlo su padre en ese momento.

«Conmigo hablará *tzia* Marianna», aseguró el joven mirando a su progenitor de un modo extraño.

«¿Qué pasa?», le preguntó este último, aunque no estaba seguro de querer escuchar la respuesta.

«Nada», sentenció Domenico. «Te estoy mirando, ¿no puedo?».

Mimmíu agachó la cabeza. Sentía sobre él la patética tristeza de un rey que abdica en favor de su heredero y que al mismo tiempo quiere ocultar la satisfacción de haber alcanzado plenamente su objetivo. Hacía tiempo que se había transformado en un hombre sin otra religión que mantener intacto lo que era suyo. Ya no tenía dioses a los que encomendarse, ni gracia alguna a la que aspirar. Tenía a Domenico, que iba a convertirse en padre a su vez. Y que iba a darle sentido a todas las acciones, santas o malvadas, que le habían llevado adonde había llegado.

«Lo hice por nosotros», dijo Mimmíu en un momento dado. Parecía que

quisiera continuar, pero no fue así.

Domenico se limitó a elevar la barbilla como si estuviera buscando un lugar en su cabeza para encajar lo que su padre había dicho.

«Tú también lo entenderás cuando nazca tu hijo», prosiguió tras una pausa larguísima, casi como si pretendiera anticiparse a una objeción del joven. Pero Domenico no planteó objeciones, ni dio muestras de querer saber más de lo necesario. «Nos habría arruinado. Nos estaba arruinando», insistió Mimmíu.

Domenico tuvo un instante de apnea: abrió la boca e hinchó el pecho, seguidamente se mordió el labio inferior hasta que sintió en la lengua el sabor de la sangre. No quería llorar. Ya había llorado bastante.

Aquello que Marianna se empeñaba en llamar para sus adentros «funeral de Cristian» no había sido otra cosa que un acto conmemorativo apresurado. Porque de funeral no se podía hablar; es más, dos días después de los hechos los carabinieri llamaron a la puerta de los Chironi para cerciorarse de que el pariente, declarado desaparecido, no se hubiera presentado ante su tía abuela y tutora.

Al brigada que le mostró la orden de registro Marianna solo le pidió que él y los dos hombres uniformados que lo acompañaban no provocaran demasiado desorden en la casa. Y salió al patio a hacer tiempo hasta que terminaran. No duró mucho, porque estaba claro desde el principio que el chico allí no había vuelto.

Se marcharon no sin antes advertirle de que, en caso de que su sobrino nieto diera señales de vida, era su deber comunicar tal circunstancia a las fuerzas del orden. Hay que decir que ella no pensaba protegerlo guardando silencio, porque eso solo serviría para agravar el problema. Cristian Chironi permanecía en situación de busca y captura, y a Marianna eso le pareció la única buena noticia que le habían dado en varios años. El brigada no supo

exactamente cuál era el motivo por el que la vieja sonreía, pero reunía la suficiente experiencia como para deducir que esa actitud no tenía nada de arrogante o de sarcástica.

Tan pronto como se fueron Marianna recorrió su casa de un extremo a otro: la cocina, el pasillo, los dormitorios, los baños. Incluso el gran taller abandonado. Todo.

Ya no corrían buenos tiempos, si es que alguna vez los hubo. Era la horrible estación del recuento.

La casa le pareció inusitadamente grande, le costaba reconocer algunos rincones; otros, sin embargo, los recordaba perfectamente. Entre la cocina y la despensa se abría una pequeña cavidad en la que se había escondido en varias ocasiones, siendo niña, para escuchar lo que hablaban sus padres. Desde allí había oído por primera vez la terrible historia de sus hermanos gemelos, Pietro y Paolo, asesinados con diez años, descuartizados y esparcidos entre los arbustos para que los jabalíes se los comieran. Desde allí había adorado, sin ser vista, a sus hermanos Gavino y Luigi Ippolito. Les había oído susurrar frente al fuego, uno tan frágil, el otro tan decidido. Forma y acto, poesía y prosa.

Marianna supo que tenía la necesidad de atravesar cada recuerdo para que no fueran los recuerdos los que la atravesaran a ella. Era puntillosa en su examen, porque quería serlo. Esa capacidad de recordar la había convertido en lo que era, la había templado en el suplicio de la realidad.

Abril, fuera de la casa, decía que el calor estaba por venir. Que dentro de ese sepulcro en el que se había encerrado había un hielo perenne. Se colocó un chal sobre los hombros para darle consistencia física a ese pensamiento. Se dijo a sí misma que iba a estar muy bien sola, y que terminaría sus días terrenales sin que nadie se diera cuenta, ya encerrada en su tumba.

Después encendió el televisor, no lo hacía desde hacía meses. Dejó que las imágenes en movimiento fueran a su encuentro, se quedó de pie esperándolas. Eran las secuencias de una película donde se veía desde lo alto una inmensa

ciudad lluviosa, con edificios enormes envueltos por una niebla grasienta y un sinfín de personas que se movían como hormigas. Comprendió que ella, Marianna Chironi, no sabía absolutamente nada del mundo, pero comprendió también hasta qué extremo había sido maldita por el hecho de que ese preciso conocimiento no la había salvado de sí misma. Había nacido aprendida, como le sucede únicamente a determinadas mujeres. Había nacido con el talento de comprender las cosas del mundo.

El rubor que sentía Mimmíu lo entendía. Y entendía sobre todo que, a pesar de haberse ocultado tras el desánimo, la desaparición de Cristian suponía para él un alivio. ¿Por qué había intuido todo esto? No lo sabía, pero siempre se tiende a pensar mal. Mientras tanto, la pantalla contaba la historia de una ciudad futura donde los ricos vivían en lo alto de los cielos y en el infierno — en el subsuelo— vivían los pobres. Todo lo contrario del Evangelio. Dentro del televisor se obstinaba una única, infinita, estación. Fuera, más allá del postigo, abril tardaba en ceder el paso.

Llamaron a la puerta.

Domenico entró sin esperar a que Marianna le hiciera una señal. La vio tan absorta que por un instante pensó en volver por donde había venido. Pero no lo hizo. En el breve trayecto para atravesar el patio se iba repitiendo mentalmente un escueto discurso con dos puntos determinados: el primero, que no debía abordar, si no surgía casualmente, el problema de la delegación de firma; el segundo, que tenía que asegurarse de que quedara claro que se trataba de una visita de cortesía, la visita de un pariente, o de alguien que se consideraba como tal, para poner al corriente a una persona importante, y querida, de un acontecimiento extraordinario. Luego, al llegar a la altura del postigo que daba acceso a la cocina, llamó a la puerta.

Marianna hizo un leve gesto con la mano manteniendo la mirada fija sobre la pantalla televisiva. Domenico entró tratando de provocar el menor ruido

posible, como si al otro lado de esa puerta hubiera una habitación de hospital en la que estaba reposando un paciente. Tras eso se mantuvo a la espera.

«Qué cosas hay en el mundo. Cuesta creerlo...», comentó ella sin dar muestra alguna de que lo había visto entrar.

«Buenas tardes», susurró Domenico.

«Buenas tardes», contestó Marianna. «Siéntate, siéntate», añadió a continuación. Era como si repentinamente hubiera perdido el interés por la película que poco antes parecía haberla abducido por completo. «¿Ya has cenado?», preguntó.

«No», se apresuró a responder él. «Pero si tiene que cenar hágalo», dijo para dar su aprobación.

Marianna se encogió de hombros. «No hay prisa», aseguró. «Te veo algo desmejorado», constató ella.

«Como comprenderá, no he pasado precisamente por una buena época», admitió Domenico poniendo cuidado en no acentuar el patetismo.

«Las épocas son las que son», señaló Marianna mientras apagaba el televisor. Casi parecía que había captado el sutil planteamiento de Domenico y que estaba decidida a neutralizarlo. «¿Qué crees que puede suponer, a mi edad, un muerto más o menos?», preguntó sin esperar respuesta alguna. «Dentro de poco, si Dios quiere, me contaréis también a mí entre los muertos».

«No diga eso», la reprendió Domenico.

«De todas formas, ¿qué sentido tiene que siga?», reflexionó la vieja.

«Bueno, para empezar usted custodia lo que los suyos conquistaron con sacrificio», le hizo saber el chico.

A Marianna le pareció que esa frase exigía razonar con detenimiento. Así es que, de un modo casi imperceptible, asintió con la cabeza. Estaba claro que, a ojos de Domenico, ella seguía con vida para sostener esa planta Chironi que amenazaba con desplomarse o secarse definitivamente. O, peor aún, acabar en el olvido, diluirse en el silencio. Lo que el chico estaba sugiriendo era que él

se ofrecía como Chironi añadido. Ahí se percibía claramente cómo Mimmíu y Domenico marchaban por vías opuestas en el intento de alcanzar la misma meta.

«¿Traes contigo la hoja?», preguntó ella.

La pregunta cogió a Domenico totalmente desprevenido.

«No...», comenzó diciendo. «Es decir, sí...», rectificó palpándose el bolsillo de la chaqueta. «Pero no es por eso por lo que he venido...».

«¿No?», lo interrumpió la vieja. Domenico empleó demasiado tiempo antes de responder, de modo que ella tomó la iniciativa. «¿Y a qué has venido? ¿A decirme que la vida continúa? ¿O tal vez a explicarme qué puede haber peor para alguien que verse condenado a presenciar la muerte de todos y cada uno de sus familiares...? ¿Entonces? Te escucho».

«No, es que...», balbuceó el chico. «Es que no podía soportar que en esta casa ya no esté Cristian. Mire, para ser sincero, tampoco he venido por usted. Era solo para saber qué sucedería de ahora en adelante...».

Marianna dio su aprobación con un movimiento decidido de barbilla, como si esa respuesta incongruente resultara para ella totalmente legítima. Sabía bien a qué clase de indefinición se refería Domenico, qué significaba respirar en una casa que iba vaciándose y dejar pasar las horas sin un sentido concreto, ni siquiera el de esperar a alguien, o preocuparse por su sufrimiento, o prepararle un generoso desayuno. «Nada sucederá de ahora en adelante, absolutamente nada», sentenció. «¿Tomarás un café al menos?».

Domenico no quería sentarse y no quería café, pese a lo cual se sentó y aceptó el café. Ahora que pudo verla repentinamente calmada, Marianna le pareció rejuvenecida. Y no se explicaba el motivo, tal vez por la piel alisada en la frente y en los pómulos, tal vez por la luz de ese día que se estaba yendo. Los días estaban creciendo y con ello crecían las horas disponibles para mirarse a los ojos.

«¿Qué cree usted que deberíamos hacer?», arrancó Domenico con renovada osadía. «Dígalo. Si quiere que lo mandemos todo al garete, por mí vale:

renuncio a todo. Empezaré de nuevo. Queda para usted lo que le corresponda a los Chironi, para nosotros el resto. Y dejamos que eche las cuentas quien usted quiera. En lo que a mí se refiere, lo único que necesito saber es cuánto me toca... Y cuánto le toca a mi familia», agregó vocalizando bien.

«No me parece que estemos discutiendo eso», comentó Marianna sin girarse siquiera, mientras llenaba la cafetera.

«Pues es evidente que sí», le llevó la contraria Domenico. «Tú te has hecho un hombre en un momento», manifestó Marianna al tiempo que encendía el fogón pequeño. «Así que, ya que eres un hombre, entenderás que la cuestión no es nunca qué se pide, sino cómo se pide».

«Yo debo casarme», dejó caer Domenico.

«¿Debes?», trató de pillarle Marianna.

«Debo y quiero», contestó él. «Maddalena está embarazada», añadió.

La noticia no pareció afectar demasiado a la mujer. Pensó que se trataba simplemente de una de esas cosas que pasan por ser excepcionales y que sin embargo suceden continuamente. «Así que era eso», se limitó a comentar poco después posando en la mesa una taza humeante.

«A usted también se la ve distinta», observó Domenico sorbiendo apenas el café. «Bueno. Aquí el café siempre ha sido muy bueno».

Marianna le quitó importancia, ahora realmente aparentaba ser una señorita. «No», objetó con coquetería. «Deberías haber probado el que hacía mi padre... Aquel sí. Mi madre siempre decía: “El café deja que lo haga tu padre, los hombres lo preparan mejor porque son menos ahorradores que las mujeres”. Y a renglón seguido añadía: “En el café y en las salsas no se debe economizar”».

«Me acuerdo del bisabuelo Michele Angelo», dijo Domenico con un toque de emoción.

«Así que la noticia es que vas a ser padre también tú», retomó el tema ella. «Parece que fue ayer cuando estabas jugando en el patio, ahí fuera...».

«Ya», dijo Domenico como un niño al que cogen con las manos en la masa.

«Aún no se lo hemos dicho a nadie».

Marianna contempló su reflejo en la pantalla del televisor apagado, casi como si temiera que, desde alguna parte, quizá desde otro mundo, alguien la estuviera mirando. «Conmigo podéis estar tranquilos», aseguró.

Domenico mostró su conformidad de forma convincente. «Por supuesto, *tzia* Marianna, faltaría más...».

«Está bien, ¿dónde tengo que firmar?», lo interrumpió ella.

Domenico, con un pudor sincero, extrajo el documento del bolsillo y lo colocó sobre la superficie de mármol de la mesa. «Y de todos modos no había venido para esto», repitió susurrando mientras observaba cómo firmaba Marianna bajo su nombre.

Una vez resuelto el trámite, la mujer le entregó la hoja. «Espera aquí», le dijo antes de desaparecer por el pasillo que desde la amplia cocina conducía a los dormitorios.

Domenico no hubo de esperar más de cinco minutos para verla volver. Traía en la mano un paquete con una apariencia muy frágil. Un pequeño objeto envuelto en papel de seda que a Domenico, al aceptarlo, le pareció ligero y aromático como un merengue.

«¿Qué es?», preguntó al comprobar que pesaba realmente poco.

«Un detalle para la futura madre y para el viático de la criatura... Cosas de mujeres. Pregúntale a Maddalena qué es».

Domenico lo sostenía en las palmas de las manos como si se tratara de un polluelo. «Gracias por todo», dijo.

«Sí, sí... De nada, de nada. Ya conoces el camino», lo apremió Marianna, como si en un instante hubiera vuelto a ser la de siempre.

Vio ante sí una extensión inmaculada. No sabía exactamente si se trataba de un terreno agrícola o del extremo de la periferia de una gran ciudad. Veía una llanura nevada con muy pocos árboles, machacada por los tractores oruga. Sintió verdadero frío, como si una bestia le hubiera clavado los colmillos en los hombros. Luego vio una casa, más bien sencilla, tan sencilla como parece todo eso que uno se imagina en un paisaje que es una hoja en blanco. Comprendió que podía verse dentro y fuera. Mientras miraba la casa vio la leña apilada a su lado, el pequeño cercado para los pollos, la sinopsis de un pequeño huerto bajo el manto de nieve. Pero también el espacio cálido y sencillo, adornado con muebles desparejados, telas sintéticas con estampado étnico en la mesa y en los sofás. Se vio a sí misma rebuscando en un cajón y sacando de él una foto viejísima que inmortalizaba a un hombre de mirada serena con un suéter oscuro de cuello alto y una chaqueta ajustada, inmerso en un ambiente aceitoso, como si algo en el revelado de la imagen, en la emulsión, no hubiera funcionado correctamente y el resultado de ello no fuera otra cosa que una superficie helada bajo la que navegaba un cadáver. Allí estaba ella, de nuevo fuera de aquella casa. El aire olía a hierro y vainilla. Se trataba de una vasta extensión blanca delimitada por las barbas de árboles secos. Se dijo a sí misma que no había nada de nuevo, y sin embargo estaba convencida de que aquel paisaje, tan normal, le resultaba completamente desconocido. Ahora podía ver cuerpos diminutos, pequeños troncos, flores secas, animalillos atrapados dentro de la superficie helada de un río, como

insectos en ámbar. Y era extraordinario comprobar que su mirada podía penetrar tan profundamente y detenerse en los detalles. En su ir y venir convulso, para regresar al interior de la casa le bastó con pensar en ello. Deambulaba ahora por un estancia vacía, puede que fuera una sala de estar. La pared que había frente a ella estaba totalmente cubierta por una enorme alfombra verde, colgada como si se tratase de un tapiz. En las ventanas, cortinas blancas y visillos fucsia. Se preguntó dónde estaba, pero sin ninguna zozobra. El hombre de la fotografía, impresionado por el abismo cristalino de su propia imagen, podía hablar, decía: «Es esmu seit». Y ella, por alguna desconocida razón, comprendía que él quería tranquilizarla, aunque también prevenirla.

Maddalena abrió los ojos.

Lo primero que vio fue el cándido paquete que Domenico le había entregado la noche anterior y que ella, por un motivo que no sabría explicar, no había querido abrir. Su futuro marido había regresado animado del encuentro con Marianna y traía un regalo, pero ella ese regalo no lo había acogido con agrado. Sin ninguna razón para ello, como le decían todos en casa, aunque su estado de buena esperanza justificaba cualquier arbitrio. Por eso el envoltorio seguía intacto.

Como era frecuente de un tiempo a esa parte le vino una leve náusea. Nada más que la sensación de tener aprisionado en el estómago un ratoncito que atravesaba su esófago para recobrar la libertad. Se dijo a sí misma que iba a ser cada vez peor.

Bastó con que se incorporara en la cama para olvidarse prácticamente de todo lo que había soñado, con la excepción de la precisa sensación de advertencia, de sutil alarma. La criatura que estaba creciendo dentro de ella contribuía a perfeccionar sus intuiciones y Maddalena había aprendido, sin que nadie se lo enseñara, que el único camino era confiar ciegamente en esas intuiciones. Por eso, a pesar del buen humor de Domenico, ella no era capaz de percibir la docilidad de Marianna como algo positivo. Porque a la vieja le

bastaría con mirarla a los ojos para saberlo.

Se levantó de un brinco; tras la náusea siempre venía el impulso de orinar. Se cruzó con su madre en el pasillo. La noche anterior Domenico y Maddalena decidieron que había llegado el momento de anunciar oficialmente lo que todos ya sabían. Súbitamente cambiaron ciertas miradas en casa, como si al mismo tiempo la felicitaran y la recriminaran. O al menos así interpretaba Maddalena determinadas intemperancias ansiosas de su padre, que hasta entonces siempre se había mostrado sosegado.

Poco antes de ese anuncio Domenico citó a Mimmíu, al que le entregó la delegación de poderes firmada. Padre e hijo se limitaron a mirarse sin darse explicación alguna. Únicamente acordaron volver a verse en casa de los Pes. Justo después de la cena se reunieron todos en torno a la mesa para comunicar la buena nueva. A ello siguió la comedia de las felicitaciones, y tras ello el melodrama de las negociaciones. Una vez convertidos en marido y mujer, Maddalena y Domenico iban a representar la generación nueva, avanzada; iban a recibir como dote una fortuna que quizá había costado más que lo que había rentado. Como esposos irían a vivir a una casa propia digna de la posición que habían conquistado las generaciones anteriores. Habían llegado los tiempos de mostrar lo que había permanecido oculto durante demasiados años.

A Mimmíu le hubiera gustado alcanzar un acuerdo para que, con las reformas y la modernización pertinentes, los dos jóvenes pudieran instalarse en la casa de via Deffenu, la misma en la que se habían comprometido. Maddalena tuvo presente que era la casa en la que había nacido Cristian. Se alarmó como si repentinamente hubiera vuelto a su mente un recuerdo adormecido. Se estremeció. Domenico se acercó a ella para abrazarla. Luego le preguntó por el paquete de Marianna y ella respondió que aún no lo había abierto. Él se imaginó que era por capricho. A fin de cuentas, a las mujeres en su estado se les permiten licencias que en la vida cotidiana serían inaceptables.

Era la primera noche tibia de ese abril tan riguroso. Lejos de ellos, la nación agonizaba en una incertidumbre sangrienta que, pensándolo bien, no difería

demasiado de la carnicería local apenas superada. A Domenico le dio por pensar que su maravillosa infancia vista desde el exterior podría parecer un infierno. La había vivido bajo la espantosa estación de la Anónima Sequestri: iba a la escuela con su lazo y con su mochila a la espalda como la mayor parte de los niños de su edad en el resto del país, pero con la diferencia de que el trayecto entre su casa y el colegio estaba empapelado de recompensas. Diez millones, vivo o muerto. También aquel Far West de Barbagia, reconsiderándolo en la era de la razón, fuera de toda posible inocencia, podía ser señalado como un periodo aventurero. De hecho, él mismo se había sentido en más de una ocasión como un héroe del cómic L'Intrepido, un chico criado en la resistencia, como un cowboy.

Pero ahora aquella infancia se había desvanecido, bastó con que se diera la vuelta, con que se despistara un instante, para que todo terminara; su mirada era menos maravillada, su voz más arenosa, su cuerpo coriáceo. La duración, la indulgencia, la paciencia, la capacidad, la resistencia, la perseverancia se habían convertido en compañeras inseparables. O en fases de su maldición. O en nombres de sus cadenas. La furia del deber lo había convertido en lo que era, le hacía ver el mundo de una manera sintética y práctica. Ciertamente se disponía a convertirse en un adulto prosaico, como su padre, aunque un fruto nunca cae lejos del árbol. De modo que cuando Maddalena le dijo que el paquete ni siquiera lo había abierto no planteó objeción alguna, si bien la previno contra lo que él interpretaba como prejuicios respecto a Marianna.

En Cristian pensaba a menudo. Había pensado en él también esa noche, se lo imaginó sentado junto a los demás invitados para recibir las noticias del hijo que estaba en camino y de la boda. Se lo imaginó alegre, feliz por ellos, feliz por todo. Porque Cristian tenía una extraordinaria capacidad para mostrarse tranquilo, en ocasiones alegre, incluso cuando no lo estaba en absoluto. Después dejó de pensar en él, debido a que sentía que esa perseverancia solo servía para ensombrecerlo. Abrazó a Maddalena con demasiada fuerza, hasta que ella comenzó a quejarse de que le estaba haciendo daño. Le preguntó qué

le pasaba y él se esforzó en ahuyentar esa nube que se había formado en su mirada respondiendo que no era nada, tal vez un poco de melancolía...

Ella entonces le hizo una promesa: abrir ese regalo iba a ser lo primero que haría a la mañana siguiente.

Se había ido a la cama bastante pronto, porque se encontraba muy cansada, y de inmediato, quizá antes incluso de que cerrara los ojos, se vio inmersa en el blanco total de una era cubierta de nieve por la que corría un perro blanco. Ahora lo sabía todo sin vacilar: que aquello era efectivamente una era, que el gran perro blanco se llamaba Tatra, que a pocos pasos, una vez superada la carcasa oxidada de un camión cisterna, se podía patinar sobre el recodo congelado de un río. Conocía palmo a palmo aquella casa que nunca antes había visto. Y sin embargo estaba segura de que conocía cada rincón, cada baratija expuesta en el armario de la gran estancia. Sabía que a pocos pasos de la senda de entrada, bordeada por dos hileras de tuyas enanas de hoja perenne, estaba la abertura del gran establo. Y la pila de estiércol que en la parte trasera apestaba el aire rígido ni siquiera parecía oler mal, era como si estuviera mordido por el hielo...

Cuando Maddalena abrió los ojos, lo primero que vio fue el regalo de Marianna.

Al volver del baño, tras cruzarse con su madre, también insomne, y tranquilizarla, decidió que había llegado el momento. Lo cogió con suma delicadeza y trató de abrirlo sin romper el papel de seda, lo cual más que delicadeza era una forma de posponer el descubrimiento.

Se trataba de una pequeña prenda de seda. Una de esas pequeñas camisas que se ponen a los que van a ser bautizados. Justo sobre el pecho, blanco sobre blanco, estaban grabadas las iniciales Lie. «Luigi Ippolito Chironi», dedujo de inmediato Maddalena. Era la prenda con la que había sido bautizado el abuelo de Cristian, que fue el hermano favorito de Marianna,

aunque ella se negara a admitirlo. Lo que quería decir ese regalo estaba claro para Maddalena Pes antes incluso de abrirlo. En el paquete había también un sobre cerrado. Contenía cinco billetes de cien mil liras y una nota escrita a mano: Os deseo a vosotros y a vuestro hijo toda la felicidad que merecéis. Marianna Chironi. Maddalena se tapó la boca para no gritar.

Pasó todo el día en un estado que se podría definir como de concentración, igual que si estuviera haciendo cálculos mentalmente y temiera perder la cuenta. Se podía decir que estaba distraída, pero no despistada. A cualquiera que le preguntara algo le respondía que había dormido mal. Y en realidad con todo aquel hielo y aquella nieve no se podía decir que hubiera dormido bien. Pero en lo que estaba pensando concretamente era en cómo contrarrestar la mirada de Marianna. Tenía que haber una solución, lo sabía. Y sabía que resultaría más eficaz si la encontraba por sí sola. No podía recurrir a nadie.

En el almuerzo comió poco o nada. Simuló una fatiga excesiva para que la dejaran ir a su habitación sin importunarla. Pidió que le dijeran a Domenico, cuando la llamó, que se quedara en su casa o que saliera con los amigos esa tarde, que ella solo necesitaba descansar. Y ante su insistencia respondió que no se preocupara. Quería tiempo, quería estar a solas para pensar. Ahora quedaba claro que Marianna lo sabía todo, y quedaba igualmente claro que su hijo no podía venir al mundo con una maldición así.

Cuando esa tarde Nevina Pes vio a su hija salir de la habitación vestida e impecablemente maquillada no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Faltaba poco para las cinco. Maddalena se dio un último retoque ante el espejo de la entrada. Cogió el bolso y dijo: «Salgo».

«¿Qué debo decirle a Domenico si llama?», se aventuró a preguntar su madre.

«Que salí», respondió Maddalena, sin darle tiempo a replicar.

El día parecía haberse puesto feo de repente. El Fiat 127 de Mimmíu se

dirigió cuesta arriba hacia Predas Arbas, en las afueras de la localidad. Llegó a un barrio residencial en bosquejo, no del todo urbanizado. Tomó un camino de tierra que ascendía hasta una parcela sin edificar invadida por la maleza. Aparcó y bajó del coche.

Empleó varios minutos en examinar el solar. Era más amplio que los de su entorno, delimitado por hierros tubulares y por cinta de plástico amarilla y negra. Ese terreno agrícola parcelado de forma arbitraria iba a convertirse pronto en edificable. No faltaba mucho para las elecciones municipales y ambas cosas —edificabilidad y votaciones— no eran precisamente inconexas.

De Mimmíu Guiso se podía decir cualquier cosa menos que desconociera el pequeño mundo al que había sido asignado. Él siempre había sido astuto, con esa astucia clarividente que hace pensar en la inutilidad de ciertos sistemas educativos. Las matemáticas las había estudiado de mala gana, pero sabía echar cuentas perfectamente; en lengua era un desastre, pero cuando tenía que explicarse no necesitaba vocabulario. No obstante, al ser plenamente consciente de que eso era algo excepcional, quiso que Domenico fuera a la escuela y se propuso que estuviera entre los primeros de la clase. Porque, se dijo a sí mismo, tener dos golpes de fortuna en la misma familia no iba a ser posible o iba a ser muy difícil. De hecho, Domenico era diferente en todo a él, salvo en el sentimiento de pertenecerse el uno al otro, orgullosamente, sin término medio. Por ese hijo sensible, culto, reflexivo —frente a él, que era cínico, ignorante, instintivo— habría hecho cualquier cosa. Lo que fuera.

Sonó un trueno a lo lejos. Mimmíu levantó la vista, nubarrones violáceos se estaban concentrando más allá de la colina. Pero no iba a llover, reflexionó; parecían truenos sin convicción, como esos del teatro que hacen más ruido que otra cosa. Él sabía que no había que tener miedo del estrépito, sino del silencio. De ese sí.

Miró el reloj en su muñeca. Otro trueno, aún más distante, y luego oyó nítidamente el sonido de un ciclomotor que avanzaba cuesta arriba. Lo conducía un chico de no más de veinte años, tan alto que para manejarlo sin

tocar la carretera con los pies se veía obligado a levantar las rodillas hasta el pecho. El chico frenó provocando una nube de polvo y descendió del escúter. Fue al encuentro de Mimmíu y le ofreció la mano. Mimmíu correspondió al saludo con perplejidad.

«A mi padre le ha surgido un problema», se justificó.

Mimmíu lo miró de arriba abajo, a pesar de que era veinte centímetros más pequeño que él. «Está bien», dijo.

«En cualquier caso, esta es la parcela», dijo el chico.

«¿Tú eres...?», preguntó Mimmíu.

«Nicola», se apresuró a responder el otro.

«Nicola, no te hubiera reconocido... Has crecido».

El chico bajó la barbilla y alzó los hombros. «Mi padre y Leonardo han tenido que ir a Cala Liberotto, por una casa que hay que terminar», explicó. «En fin, que la ubicación, como puede ver, es buena. Es una parcela de las grandes y el permiso de edificación está asegurado, tanto que mi padre ha dicho que ya puede ir poniendo los cimientos».

Cosas todas ellas que Mimmíu ya sabía perfectamente. «Sí», dijo. «Pero el hecho es que esta parcela no es suficiente para zanjar la deuda».

«Mi padre dice que en la costa la cosa se está desbloqueando y que si tiene paciencia quedaremos en paz».

«En paz», repitió con escepticismo Mimmíu. «¿En la costa dónde?».

«Por la zona de Agrustos... Ottiolu...».

«Ah, ya... El puerto deportivo», completó la información Mimmíu para demostrar que sabía con detalle de qué estaban hablando.

«Están adjudicando las obras para hacer una villa turística justamente en el puerto».

«Nicó...», lo interrumpió Mimmíu. «Dile a tu padre que de esas parcelas en Ottiolu yo ya he comprado seis. Por tener una más no va a cambiar nada». Aguardó a que el chico comprendiera en todo su sentido lo que le estaba diciendo para luego añadir: «Tu padre sabe cuál es la parcela que me interesa,

con la que quedaríamos en paz».

«A mí me ha dicho que le diga esto», se puso tenso el joven.

«Pues tú dile lo que te he contestado yo. Con este terreno está bien que vaya preparando el papeleo, pero con lo otro que no se haga el listo. En su momento habíamos hablado de Cala Girgolu, para nada de Ottiolu».

El chico ensanchó sus ojos muy oscuros, de ternero. Sabía que el terreno al que se refería Mimmíu era mucho más valioso que el que le estaba ofreciendo. «El de Cala Girgolu es todo roca y no se sabe siquiera si dejarán construir, ni cuándo», argumentó.

«Entonces dile a tu padre que no pierde nada renunciando a él. El riesgo lo asumo yo y así quedamos en paz». Mimmíu sabía ser terrible con su tono, sobre todo cuando quería evidenciar una seguridad inquebrantable. El chico comprendió que no había nada más que pudiera decir para rebatirle.

«Vale», manifestó abriendo los brazos. «Se lo comunicaré. Que le vaya bien, tziu Mimmí», se despidió antes de retomar su posición de saltimbanqui en el ciclomotor.

Mimmíu le dijo adiós con un gesto de la mano, como un viejo jefe indio que despide a un militar yanqui tras una negociación.

Sobre su cabeza, a través de las nubes, se había abierto una brecha; una estela de luz cinematográfica que hería la tierra como ciertas oleografías de la creación del hombre en los catecismos. O en los folletos de los testigos de Jehová. No iba a llover. Tenía razón.

Los pasos decididos de Maddalena Pes resonaron en la tarde. Todo el que la vio pasar, acariciada por la luz menguante, pensó en la perfección con la que la naturaleza determina que las mujeres encintas se vuelvan más bellas, se muevan con más garbo, sonrían más dulcemente...

Maddalena caminaba y hablaba sola. Se preparaba para desbaratar cualquier posible astucia, cualquier mentira, cualquier engaño de Marianna. Había

encontrado una solución. Y se trataba de una solución sencillísima, le había costado una noche de insomnio, pero había valido la pena. Lo que estaba a punto de hacer era la prueba irrefutable de cuánta determinación puede albergar una mujer que se dispone a ser madre.

Se oían truenos a los lejos. Maddalena se percató de que con las prisas se había olvidado de coger el paraguas antes de salir. A lo largo de via Roma se abría un abismo donde tiempo atrás se erguía la mole de la Rotonda, la cárcel decimonónica. Una Bastilla que no había sido derribada por revolución alguna, sino por la ignorante política local en materia de conservación. La mujer superó con seguridad el edificio fascista del Teatro Eliseo, que en los últimos tiempos albergaba la única sala cinematográfica que seguía abierta en la ciudad. A continuación tomó la cuesta de via Ballero, desde la cual, ya en la parte superior, se accedía al barrio de San Pietro.

Llegó a la casa de los Chironi con cierto ahogo, hasta tal punto que antes de encaminarse al portal y al patio hubo de sentarse sobre un bloque de granito cuadrado adosado a la tapia exterior. Tenía que recobrar el aliento y calmarse. Los truenos habían quedado en nada, fueron amenazas en vano. Algún que otro destello de luz se abría paso entre las oscuras nubes... Maddalena estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de la llegada de Marianna. Venía de la compra, cargando con varias bolsas. Debió de ver de lejos a la joven sentada frente a su casa y pensó que al no encontrarla la esperaría.

«Si me hubieras avisado de que venías me hubiera quedado en casa», dijo.

Maddalena, ensimismada, se asustó al verla aparecer de repente. «¡Dios mío!», exclamó.

Marianna somió de forma extraña. «¿Te has asustado?».

«No me esperaba... Creía que estaba en casa. Tengo que hablar con usted...», balbuceó Maddalena.

«Pues estaba fuera. ¿Entras?»., le preguntó la vieja.

Maddalena asintió, pero no se movió. Parecía concentradísima, casi incapaz de levantar la cabeza. Marianna dejó las bolsas en el suelo poniendo atención

en que no se saliera su contenido. «Ya no había nada para comer y no me gusta que la compra me la hagan desconocidos... Si quiero las cosas bien hechas, tengo que hacerlas yo misma», comentó.

«Mire, yo eso no se lo voy a poner a mi hijo», susurró de improviso Maddalena sin dejar de mirarse a los pies. Marianna la vio rebuscar en el bolso de un modo compulsivo para sacar, rehecho del mejor modo que pudo, el paquete que ella misma le había enviado a través de Domenico. «Esto ni siquiera quiero tenerlo en casa», terminó de decir mientras le entregaba el envoltorio.

«¿Entras?», volvió a preguntarle Marianna.

Y comenzó a caminar hacia el patio. Maddalena esperó unos segundos antes de seguirla. Cuando entró en la cocina, Marianna ya estaba colocando la compra en el armario, en las baldas sobre el fregadero y en el frigorífico. Había algo en el olor de esa estancia que le evocaba a Cristian, tal vez la mezcla de galleta y jazmín, tal vez la permanencia de todas las cosas que él había tocado. Su taza en el escurridor, su sudadera colgada en el perchero del pasillo, su cepillo de dientes en el estante del baño; tal vez simplemente el hecho de que le iba a resultar imposible olvidar a ese hombre.

«Así que no te gusta el regalo que te he hecho», la provocó Marianna.

«No lo quiero», reiteró Maddalena.

«¿Y por qué? Siéntate, siéntate...». Parecía que el asunto le resultaba divertido.

«Yo creo que usted sabe muy bien por qué», respondió Maddalena fingiendo que no había captado la provocación de la anciana. Marianna curvó los labios como cuando quería hacerse la ingenua. A Maddalena se le escapó la risa. «Esta criatura no le ha hecho a usted nada», aseguró tocándose la barriga. «Usted sabe bien lo que es el sufrimiento, no debería deseárselo a nadie, mucho menos a mi hijo».

Marianna acusó el golpe. «¿De cuántas semanas estás?», le preguntó abiertamente.

Maddalena vaciló antes de responder, como si debiera afinar las cuentas. «Cinco, cinco y media», murmuró.

Marianna la miró con escepticismo. «A lo mejor Domenico lo cree», dijo.

«Domenico lo cree todo, incluso que la generosidad de usted es sincera».

«Entonces respóndeme a esto. ¿De quién es el hijo que esperas?», preguntó.

Maddalena negó con la cabeza, como si de repente hubiera decidido que no, que no se iba a salir con la suya. «Y si la cosa fuera como usted cree, ¿no es aún más grave que haya intentado maldecir a esta criatura?».

«Si esa criatura es un Chironi, ya ha nacido maldita. Nadie me podrá obligar a querer a otro Chironi. Si Dios quiere, a no tardar habremos sido borrados definitivamente de la faz de la tierra».

«No», se reveló. «¡Mi hijo no!». Maddalena finalmente tomó asiento. «No he venido aquí solo para devolverle la camisita, sino para decirle que sin quererlo me ha indicado la solución. No quería hablar con Domenico antes de hablar con usted, pero he decidido cómo lo llamaré, tanto si es un niño como si es una niña...». Hizo una pausa esperando que a Marianna se le ensombreciera el semblante. «¿No siente curiosidad?», preguntó.

La vieja devolvió a la remitente una mirada de cordial desinterés, algo que había aprendido a hacer cuando hubo de resignarse ante la muerte de su única hija, que se llamaba...

«Mercede», se adelantó Maddalena. «Mercede si es una niña, Luigi Ippolito si es un niño», concluyó viendo que Marianna se había quedado sin palabras.

Los nuevos tiempos llegaban bajo la forma de hijos que devoraban a sus padres sin contemplaciones.

Lo único que quería ahora Maddalena era salir de esa casa. Se levantó y se dirigió hacia el postigo que daba al patio y luego, finalmente, al mundo.

Marianna no dijo nada, no intentó expresarse, ni mucho menos tratar de retenerla. Pensó solamente en que había sido una mala anfitriona, porque no le había ofrecido nada a su invitada. Acarició con delicadeza la camisita de seda, sintiendo el bordado con la yema de los dedos: una cicatriz retorcida. A

continuación sacó del sobre los cinco billetes de cien mil liras y los guardó en una caja de lata con la inscripción sal gorda que colocó en el mueble que había a su espalda.

No se trataba, ciertamente, de la mejor vida que podría tener, pero era la que le había tocado en suerte. Vivía los días propios de quien comienza a darse cuenta de las infinitas dobleces que presenta la realidad. Tener acceso a las existencias de todos simplemente dándole a un interruptor había hecho de la supervivencia un hecho muy poco heroico; dentro de la pantalla había millones de existencias totalmente idénticas, y había otras tantas realmente peores. Luego estaban las mejores. Ser consciente de ello cambiaba las cosas. Porque el paso de la hipótesis a la demostración de la hipótesis podía suponer abandonar definitivamente la poética de tener que construirse un mundo a medida.

En la cabeza de Mimmíu eso que él llamaba modernidad se expresaba en el hecho práctico de que el conocimiento ya no había que salir a buscarlo, sino que se podía disfrutar de él en casa a cambio de una cuota mensual. Si se sabía explotar esos avances se podía concebir un mundo nuevo, romper las reglas, abrazar otra moralidad, más conveniente. Eso Mimmíu lo sabía muy bien, sin saberlo. Ahora que iba a ser abuelo se veía a sí mismo como un muchacho en los inicios de todo. En la obra, por ejemplo, a cualquiera que le dijera que determinada cosa no se había visto nunca, que determinados materiales nunca se habían utilizado allí, en aquel preciso rincón del mundo, él le respondía que había cosas increíbles por ahí, por todas partes. Y añadía que si se hacía bien se podían obtener resultados inimaginables con un gasto mucho menor que aquel al que estaban acostumbrados hasta entonces. En esa época funeraria de

la nación él estaba contento. Sabía que, al igual que la felicidad, la infelicidad tampoco es infinita, con la diferencia de que a la primera nunca se acostumbra uno y a la segunda es posible acostumbrarse fácilmente. Desde su punto de vista, ya habían sido suficientemente infelices. Desde su punto de vista, las últimas tres estaciones de los años setenta determinarían una mutación genética. Como cuando has estado convaleciente un largo periodo y sabes que ha llegado por fin el momento de correr.

Estaba allí, por tanto, viendo su futuro inmediato, y el de su hijo, y el de su nieto, bajo la forma de un colosal artefacto, de un gigantesco juego para niños. Los tiempos de prosperidad y los tiempos de escasez siempre seguirían alternándose, era preciso ser sagaz, saber adaptarse. Siempre había sido así y eso no había modernidad, ya fuera verdadera o presunta, capaz de cambiarlo.

A todo el que le preguntaba el porqué de algunas de sus convicciones él se había habituado a responder: «Lo sé yo». Y no se trataba de una respuesta ambigua. En realidad era la única respuesta justa. Porque Mimmíu lo sabía, y saberlo sofocaba cualquier posible veleidad de redención. Por consiguiente, no es que se hubiera transformado, sino que había evolucionado. Se había arrastrado hasta la cumbre jadeando y ahora estaba disfrutando antes de dejarse llevar en la bajada, precipitadamente, sin preocuparse por nada. Le había llevado al menos una década alcanzar la cima, hacerse la ilusión de que permanecería allí y comenzar a precipitarse. Era algo que algunos no entendían, Mimmíu sí. No había sido más que eso lo que lo había convertido en lo que era.

Se dio cuenta de que sentía desprecio por todas las personas que hacían ver que se empleaban a fondo en su trabajo únicamente porque él estaba presente en la obra. «Vagos, mangantes», decía para sus adentros, «míralos cómo fingen que trabajan». Reclamó la presencia del jefe de obra haciéndole un gesto. El otro abandonó de inmediato su tarea y fue hacia él.

«Me parece que vamos con bastante retraso», le dijo sin que aquel «me parece» sonara a conjetura.

«No es que vayamos con retraso», probó a responder el otro, «es que hemos encontrado agua al excavar para los cimientos. Aquí, dicho con el debido respeto, no se hicieron estudios geológicos», dijo usando una fórmula que le pareció suficientemente neutra.

Mimmíu no pestañeó. «Esa jodienda de los estudios solo sirve para perder tiempo y dinero. ¿Qué debemos estudiar? ¿Eh?», preguntó atacando. «Hay un poco de agua, se achica con una bomba y ya está, ¿no? ¡Bachí, Bachisio!», gritó al ver pasar a un obrero corpulento. «¡Pero qué coño habéis hecho con esa masa!».

El hombre se acercó. «¿Qué masa?», preguntó.

«La del muro de contención», respondió Mimmíu.

«Ah», dijo el obrero mirando al jefe de obra. «No hemos hecho nada, ¿a qué se refiere, tziu Mimmí?».

«Nada», repitió Mimmíu. «Yo digo que es un despilfarro», afirmó. «Demasiado cemento y demasiada agua... ¿Qué te había dicho?», preguntó dirigiéndose a Bachisio.

«Lo hemos hecho como siempre», intervino el jefe de obra.

Mimmíu lo fulminó con la mirada, como si no tuviera derecho a hablar. «Porque os deberíais preocupar de no derrochar...», los aleccionó.

Los otros dos se intercambiaron una mirada, decididos a no contestar; a fin de cuentas, cuando el patrón estaba de malas no había nada que hacer. Además, con los problemas que tenía en casa, con Cristian Chironi muerto en un tiroteo en el puerto de Livorno, había que ser comprensivo.

«Si es lo que habéis hecho siempre, lo habéis hecho siempre mal», sentenció. «Las cosas cambian».

«Ciertas cosas no», se aventuró a decir el jefe de obra.

«¿Por ejemplo?», gruñó Mimmíu.

«Por ejemplo», respondió el otro, «que mientras siga siendo yo el que firma, la proporción de agua y cemento no cambia. Nosotros aquí aplicamos la ley».

«Bachí, discúlpanos un momento, que el aparejador y yo tenemos que tratar

un asunto en privado».

Bachisio se marchó encantado para unirse a sus compañeros, que estaban extendiendo el hormigón.

Ya a solas, Mimmíu cogió al jefe de obra por un brazo de manera que lo obligó a mirarlo a los ojos. «Dime, hombre de ley, ¿tú cuánto cobras por tu trabajo?», le susurró tan cerca de la cara que el otro pudo oler su aliento. «Y me refiero a todo, a la paga y al dinero en negro».

«¿Eso qué tiene que ver?», se rebeló el aparejador tratando de soltarse.

«Tiene que ver, porque si debemos aplicar la ley la aplicamos para todo. ¿O no?», le preguntó.

El jefe de obra asintió con un gesto milimétrico.

Nuoro, 6 de mayo de 1979

Ahora que podía verla de cerca se dio cuenta de que la casa no era blanca, como pensaba, sino de un azul muy tenue. Y ni siquiera la nieve era ya tan blanca, también ella tendía al celeste. Estaba empezando a comprender las cosas. Por ejemplo, por qué no sentía frío a pesar de que se hallaba en enaguas, con los pies descalzos, en medio de una extensión nevada, lo cual de algún modo podía suponer que soñaba sin demasiada fantasía. Aquella imagen no respondía ni siquiera a la pregunta básica de si se sueña en color o en blanco y negro. ¿El blanco que tira a azul es un color? El perro blanco corrió a su encuentro. «¡Tatra!», escuchó a su espalda. Se giró, tras ella había un hombre joven, alto, de cabello claro y con barba. Estaba en el umbral de la casa azul, con los puños apoyados en las caderas como un posadero que espera clientes a la entrada de la posada. Tampoco aquel hombre parecía notar que iba escasa de ropa. Él, por el contrario, iba bastante abrigado. Lucía una chaqueta ajustada que le daba la apariencia de un adolescente que hubiera crecido demasiado deprisa. «¡Tatra!», repitió con una voz extrañamente metálica. El animal se dio la vuelta para mirarlo, como si quisiera saber quién era antes de obedecerle, luego se lanzó hacia él. El hombre lo recibió preparándose para el impacto. Se abrazaron y se persiguieron en el blanco deslumbrante. Las risas del hombre se hicieron sonoras como silbidos de viento. Maddalena los observaba cautivada por el amor que transmitía aquel juego de perseguirse y descartarse. Dio un paso hacia ellos. Bajo sus pies desnudos la nieve parecía templada. El hombre había llegado hasta un grupo de abedules esqueléticos entre el edificio de la granja y el recodo congelado del río, el gran perro blanco parecía haberlo perdido de vista por un momento. El hombre era delgado y se mostraba ágil con su chaqueta estrecha y gastada, con unas mangas demasiado cortas de las que sobresalía una porción

considerable de las del suéter, esas demasiado largas. Y sin embargo se le veía elegante, con la elegancia de aquellos temerarios que, con tweed y pasamontañas, se lanzaban a la conquista del Polo al inicio del siglo xx. El perro se encabritó sobre las patas traseras y miró a su alrededor. En el aire el hielo solidificaba los olores, de la turba, del vinagre, haciéndolos corpóreos. «Esmu seit!», se escuchó de repente desde la espesura del matorral que ocupaba el área del bosquecillo. El perro, como si estuviera cargado sobre un resorte, se proyectó en dirección a la voz. Alcanzó al hombre en la espesura erizada del monte. Se desvanecieron, lejos de su mirada. Podía imaginarlos. Alguien con una mano frísimas la tocó. Iba a darse la vuelta para ver quién era, y en cambio se despertó.

Nevina estaba junto a su cama. «Maddalé», dijo su madre, «mira que si no espabilamos vamos a llegar tarde... Nosotros ya estamos casi listos».

La chica se incorporó de golpe. «¿Qué hora es?», preguntó. «¿Por qué no me has despertado antes?».

«Hay tiempo», trató de serenarla Nevina. «Si te das prisa hay tiempo».

«¿Por qué no me has despertado antes?», repitió ella.

«Estabas durmiendo como una bendita», respondió finalmente la madre. «Y de todas formas teníamos que prepararnos también nosotros...».

Maddalena sacudió la cabeza como le había visto hacer al gran perro blanco en su sueño. Se puso en pie. Sobre el sillón estaba colocado su traje de novia. Completamente adaptado a las circunstancias.

«¿No es demasiado blanco?», preguntó Nevina, que temía a la inadecuación más que a la pobreza.

«No es blanco», refunfuñó Maddalena. «Es azul polvo».

«Ya», zanjó el tema su madre. «Pero date prisa, que en media hora vendrá la peluquera a peinarte».

Maddalena desapareció tras la puerta del cuarto de baño. Su madre la buscó con la mirada. «¿Dónde estás?», preguntó.

«Estoy aquí», respondió ella antes de abrir el grifo de la ducha.

Peppino Pes y su hijo Roberto estaban esperando en el pequeño sofá de la sala de estar vestidos de forma impecable, exactamente como el día del compromiso. Nevina no. Ella, la madre de la novia, tuvo que desembolsar dinero para otro vestido, no llamativo, pero sí decoroso: un tres piezas de color pervinca difuminado con el que combinaban sus zapatos buenos y su bolso.

«¡Eso, muy bien, quedaos así sentados y adiós al pliegue de los pantalones!», gritó ella al entrar en la estancia. Los dos hombres se pusieron en pie de inmediato y se dieron unas palmadas en los pantalones. Nevina se acercó a su marido como si fuera a confiarle un secreto, pero antes de hablar le hizo una señal a Roberto para que se aproximara. «Si os pregunta, le decís que su vestido es azul celeste, ¿de acuerdo?». Padre e hijo asintieron a la par.

Poco después llegó Maddalena con el traje puesto y una toalla grande sobre los hombros para no mojarlo con el pelo húmedo. «¿De qué color diríais que es este vestido?», preguntó a los hombres de la familia.

Peppino la miró como si estuviera tomando una decisión. «Celeste», afirmó con plena seguridad. «Robé, es celeste, ¿verdad?».

Roberto no dijo ni sí ni no. Se limitó a arquear las cejas. Maddalena miró a su madre, que correspondió con un esbozo de sonrisa.

Llamaron a la puerta. Nevina corrió a abrir a la peluquera.

Que Mimmíu Guiso era alguien que contaba en Nuoro se comprendía por el hecho de que le había bastado medio día para conseguir que le abrieran la pequeña iglesia del Redentor, en lo alto del monte Orthobéne, para la boda de Domenico y Maddalena. Una boda que, aun cuando tenía que celebrarse de un modo apresurado y diferente a como se la habían imaginado todos, requería de un lugar exclusivo y especial. Los invitados fueron muy pocos. Marianna, consciente de que la habían incluido en la lista únicamente por la imposibilidad de ignorarla, no se dejó ver.

Esa mañana de la Ascensión la destinó a otros fines. La estación se había vuelto por fin tibia, sin viento. Tras regar las plantas del patio, Marianna se dio un baño caliente. Después, sin vestirse siquiera, se dirigió a la habitación que había sido de sus hermanos primero, a continuación de Vincenzo y finalmente, por mucho tiempo, de Cristian.

Allí estaba el escritorio, con folios en blanco en el cajón. Sacó cuatro, buscó una pluma y se puso a escribir.

Yo, Marianna Chironi, viuda de Serra-Pintus, abajo firmante, en plena posesión de mis facultades, dispongo las siguientes indicaciones para después de mi muerte, que espero que esté próxima:

Que todos mis bienes terrenales, muebles e inmuebles, pasen a ser propiedad del hijo que esperan Domenico Guiso, hijo de Giovannimaria Guiso, y Maddalena Pes, hija de Giuseppe Pes, conocido como Peppino.

Que dicho legado tenga valor tanto en el caso de que el nacido sea varón como en el caso de que sea mujer.

Que los bienes mencionados sean administrados por el padre legítimo de la criatura hasta que cumpla la edad de veintiún años.

Que en el momento de mi partida le sea entregada a Maddalena Pes la carpeta que contiene la historia de la familia Chironi, escrita de su puño y letra por el que fue mi hermano mayor, Luigi Ippolito, hijo que fue de Michele Angelo Chironi.

En el día seis del mes de mayo de mil novecientos setenta y nueve, atestigo y firmo.

Marianna Chironi, viuda de Serra-Pintus

Los recién casados fueron recibidos a la salida de la iglesia por una veintena de invitados muy escogidos. La mayor parte de ellos, que poco antes habían participado en la celebración de compromiso de Maddalena y Domenico, se

dieron cuenta de lo mucho que aquella fiesta se había asemejado a una boda, mientras que esta a la que acababan de asistir parecía más bien una celebración semiclandestina.

Se organizó un banquete en un establecimiento de las afueras de Nuoro. Y a las tres de la tarde ya estaban todos de vuelta en sus casas. Los recién casados tomaron posesión del piso que Mimmíu Guiso les había regalado. A Maddalena no le gustaba ese piso, y menos aún el mobiliario que su suegro había elegido para su nido de amor. Realmente no se podía decir que fuera feo. Sí, sería propio de desagradecidos no apreciar esa amplia y perfecta vivienda. Sin embargo, a Maddalena le resultaba tan fría como la suite de un hotel de lujo, olía a nuevo como un coche en un salón del automóvil.

«No te gusta», constató Domenico al tiempo que la ayudaba a quitarse el abrigo.

Maddalena se descalzó los zapatos de los tobillos con la punta de los pies. «No es que no me guste...», dijo tomándose su tiempo. «Tiene de todo», concluyó mientras Domenico buscaba un sitio para colgar la prenda que sostenía aún en la mano.

Según las historias que Nevina les contaba con entusiasmo a sus vecinas, lo tenía absolutamente todo: dos cuartos de baño con sus respectivos tocadores, tres televisores, dos teléfonos y hasta un lavavajillas, como en las casas que se veían en las películas. Había incluso cuadros colgados de las paredes y servicios completos de platos y vasos en los aparadores. ¡Sin duda un señor regalo de bodas!

«Ya sé que le falta un toque femenino, pero todo lo que no te guste se puede quitar...».

«Ese cuadro», dijo Maddalena señalando una especie de payaso lloroso sobre un estante, «y esa lámpara. Y esas cortinas, por Dios», continuó in crescendo.

Domenico abandonó el abrigo en un brazo de un sillón anticuado. «Yo le dije que no era buena idea, pero a mí nadie me hace caso».

Maddalena lo miró, por un momento tuvo la tentación de consolarlo, pero se encontraba demasiado cansada. «No pasa nada», susurró.

Domenico se sentó a su lado, buscó su mano. «No tenemos que quedarnos si no te gusta».

«No me hagas quedar como una caprichosa, Domé».

«Ya sabes cómo es mi padre», alegó el esposo. «Las cosas no han sido fáciles para él, siempre ha tenido que hacerlo todo solo...». Se interrumpió al ver que Maddalena había soltado su mano.

«Vale, ya es suficiente», intervino ella. «Yo me he casado contigo, Domenico. ¿Queda claro?».

No había necesidad de decir nada más, así que guardaron silencio, y en el silencio pareció que la sensación de extrañeza que irradiaba ese ambiente explotó de un modo insoportable, hasta tal punto que incluso Domenico comenzó a sentirlo en toda su absurda consistencia. Era el sentimiento corpóreo propio de cuando se toma posesión de una casa ajena, una casa de muñecas. Todo ese espacio era un juguete, un lugar que alguien había ideado para habitantes sin voluntad propia.

Maddalena se vio invadida por una aflicción sutil, sin énfasis. Como un consuelo antes de la desesperación.

Sonó el teléfono. Doménico se sobresaltó. Dio dos pasos hacia el aparato como si quisiera convencerlo de que desistiera; sabía que era Mimmíu el que estaba llamando. Se giró para mirar a su mujer y ella se cuidó de evitar cualquier gesto, por mínimo que fuera. La llamada continuaba obstinadamente. Maddalena, sentada en el sofá, no se movió. Domenico, de pie, con un brazo extendido y la mano apoyada en el auricular, no se movió.

Cuando el teléfono se quedó callado los dos siguieron mirándose un rato sin decir nada, porque parecía que las palabras harían aún más evidente la sensación de embarazo entre ambos. Luego el aparato volvió a sonar.

«Vayámonos», propuso él en un momento dado.

«¿Adonde?», preguntó ella, aunque con un tono que por fin mostraba interés.

«¿Qué importa adonde? Cogemos el coche y nos vamos a la costa... ¿Quieres que tomemos un barco? ¿Nos vamos a Roma?». Domenico se revitalizó, con un creciente entusiasmo.

Maddalena advirtió lo mucho que la enternecía ese hombre cada vez que se ilusionaba con la posibilidad de arreglar las cosas.

«Yo cuando murió mi madre me di cuenta...», dijo Domenico de repente. «No sé por qué me ha venido a la mente precisamente en este momento», se excusó de inmediato. Maddalena esperó a que siguiera. «Quizá porque nunca me había vuelto a sentir como entonces, hasta ahora». Calló. Su mujer le tendió la mano para que fuera a sentarse junto a ella en el pésimo sofá de estilo Las Vegas. Él se sentó.

«Te juro que me di cuenta», continuó hablando sin mirarla. «Pero fingí que no pasaba nada, porque pensaba que si todos a mi alrededor creían que no sabía lo que había ocurrido quería decir que no hacía tanto daño, e incluso que no había ocurrido. Y ahora es igual: Cristian, que muere de ese modo, y luego nosotros dos, el niño que esperamos, esta boda.

«¿Quién podría decir que no ha ocurrido?», preguntó Maddalena acariciándole la mano. «¿Quién podría decirlo?».

Domenico se giró para contemplarla, le temblaban los labios. «Yo», confesó. «Ni siquiera he sido capaz de impedir todo esto», aclaró mostrando la sala mediante un amplio gesto con el brazo. «Igual que aquel día, cuando mi padre insistía en decirme: “Irás todo bien, saldremos adelante tú y yo, no necesitamos nada”. Yo debería haberle dicho que no, que nada iba bien, que mamá había muerto... Pero tenía miedo. Como ahora...». Domenico se llevó las manos a la cabeza.

«¿De qué tienes miedo?», preguntó Maddalena acariciándole el cuello.

«De que tú descubras que has tomado la decisión equivocada».

«¿Qué dices?». La charla había tomado unos derroteros inesperados. Maddalena probó a hablar con una soltura impostada. «Has sido tú el que ha dicho que no es el fin del mundo, ¿no? ¿La verdad? No me gusta este sitio.

Busquemos uno para nosotros... ¿Te parece bien?», preguntó en tono conciliador. Pero Domenico no parecía aliviado. «No permitiremos que nadie decida por nosotros, ¿está claro?». Domenico cogió aire antes de responder. «Nadie. ¿Está claro?», se anticipó ella.

«Nadie», repitió él.

Solo entonces se percataron de que el teléfono había dejado de sonar hacía un rato.

Mimmíu colgó, debatiéndose entre el fastidio y la desilusión. Esperaba un agradecimiento, aunque se hacía cargo de que para dos recién casados que entran por primera vez en su nueva casa la gratitud hacia quien se la ha donado no es el primer pensamiento.

Y en cualquier caso él sabía bien lo que quería decir ese silencio. Quería decir que había llegado el momento de replantearse todo. Replantearse todas las perspectivas. Se dio cuenta de algo en lo que no había reparado nunca realmente: lo único que había conseguido, en definitiva, era quedarse solo.

Le vino a la mente así, con precisión, como si hasta ese momento hubiera razonado parcialmente. Se lo confesó a sí mismo sin reticencias, aunque en esa estancia vacía habría podido gritarlo tranquilamente, porque nadie lo habría escuchado.

Se sentó, miró en dirección a la que había sido la habitación de Domenico. Luego, devolviendo la mirada a la nada que lo asediaba, se dijo que había hecho todo lo que había hecho para quedarse solo.

Rememoró una mañana de muchos años atrás, cuando esperaba con impaciencia que cargaran en el maletero de su coche las últimas cosas que quedaban en el priorato de San Francesco de Lula. La fiesta había terminado hacía unos días, pero llevaba tiempo despejar aquel espacio y dejarlo todo limpio para el nuevo prior. Fue entonces cuando le dijeron que había que hacer una buena obra; una persona necesitaba que la acompañaran en coche

hasta Nuoro. Y aquella persona era Vincenzo Chironi. Así que lo llevó a Nuoro, donde tenía parientes.

Mimmíu se preguntó por qué nunca había vuelto a recordar aquel hecho, y por fin comprendió que algunos hombres, como fue el caso de Vincenzo Chironi, llevaban su destino escrito en la frente. Y pensó sobre sí mismo que si alguien lo estuviera mirando en aquel momento, cuando Vincenzo se subió a su coche, habría podido saber cosas terribles acerca de él. Por ejemplo, hasta dónde podría llegar él, Mimmíu Guiso, para arrebatárselo todo a aquel hombre. En cuanto tomó asiento en el automóvil, Vincenzo esbozó una sonrisa muy tenue, de agradecimiento. Luego se apartó de los ojos el mechón negro. Con aquellas piernas largas cabía a duras penas en el espacio frente al asiento y sin embargo no se había mostrado torpe al acomodarse. Después, una vez que el coche se puso en movimiento, mostró el perfil de los Chironi. Y ahí Mimmíu experimentó una sensación amarga, como quien se ve obligado a tragar una fruta inmadura.

Esa era la absoluta verdad. Y Mimmíu, debido a que ahora no había nadie con él, pudo susurrársela a la pared que tenía enfrente: él a Vincenzo Chironi siempre lo había envidiado. Después, solo después, comprendió que el modo más eficaz de dar curso a ese sentimiento, figurándose que hacía lo contrario, era amar a ese hombre incondicionalmente.

Ahora que había hecho lo que había hecho, Mimmíu era capaz de confesarse el alivio y la angustia que sintió cuando lo encontró colgado de la viga del techo. Porque ahí radicaba todo: no había logrado no envidiarlo, pero tampoco no amarlo. Había intentado, hasta el final y sin vacilar, mostrarse indiferente ante su suerte, pero Vincenzo sabía regresar. Regresaba siempre. Incluso después de la muerte.

Justo ahora podía sentirlo sentado junto a él. Traía preparado un discurso, algo que sonaba como un auto de fe: «Mira, amigo mío, tú me has abandonado, mi hijo me abandonará muy pronto».

De Cristian no le había hablado, porque ese era un hecho del cual aún no

había captado exactamente el alcance. Vincenzo, de todas formas, a ese hijo no lo había conocido. No en vida, por lo que...

Mimmíu sacudió la cabeza con el gesto de quien quiere culparse.

Ahora percibía con claridad lo que significaba la pérdida de un hijo. Un hecho tan trivial como esa falta de respuesta al teléfono lo había sumido en su resentimiento, en el oscuro abismo de sí mismo. Y podía suponer que desde ese momento toda su vida iba a ser de expiación. Porque él sabía muy bien lo que pueden llegar a hacer los seres humanos incluso contra las personas a las que creen que aman.

Después los hijos. Te compensan de todo, para bien o para mal.

En la televisión, en el canal local, emitían un programa de investigación que imitaba a los de las cadenas nacionales. Eran reportajes basados en hechos que fueron noticia, narrados con numerosos golpes de efecto y momentos de tensión.

¿Se acordaban del caso Priamo Camboni, de 1970? Mimmíu asintió mirando a la pantalla. Claro que lo recordaba, aunque nunca llegó a comprenderlo bien...

Da igual cuál fuera la estación del año, la casa de Priamo Camboni siempre estaba caliente. Se debía a que su mujer Gessica había pasado tanto frío durante su infancia y su adolescencia en situación de pobreza que ahora, con el matrimonio tan ventajoso que había logrado, no quería volver a pasar frío nunca más. Es difícil explicar lo que le había costado ese matrimonio, porque Gessica era guapa y el de Priamo no se podía decir que fuera guapo. Aunque era rico.

Ella se había enamorado, con apenas catorce años, de un joven de diecisiete, apuesto pero muy pobre, que la desvirgó en los baños de la estación de autobuses de Nuoro una mañana en la que ambos hacían novillos. Esas coincidencias, que fueran ambos de la localidad, que fueran ambos pobres,

que el mismo día en lugar de ir a clase decidieran refugiarse en la sala de espera de la estación de autobuses, los unió para llegar al inevitable beso, y de ahí para ir juntos a los baños de abajo. Hablaron poco, más que nada se miraron y se besaron, y después todo lo demás. De él no supo entonces ni su nombre.

Poco después Gessica lo ve retratado en la primera página de un periódico y descubre que se llama Emanuele Sias. Un nombre bonito, piensa Gessica. Y piensa que incluso en la foto del periódico, granulada e imprecisa, se nota lo guapo que es. El periódico cuenta que Emanuele está acusado del robo y del homicidio de un joyero de Nuoro. Cuenta que dos días antes, hacia las once de la mañana, Sias apuntó con un arma al estómago del joyero Gilberto Arru, de 53 años, padre de cuatro hijos. Al negarse a entregarle el dinero que tenía en caja, Sias le disparó sin miramientos, tras lo cual se fue, llevándose consigo más o menos doscientas mil liras en joyas de escaso valor.

Esa noche, con el periódico abierto por la página donde aparece la foto de Emanuele, Gessica no consigue pegar ojo, porque sabe que el chico no es el autor de los hechos de los que le acusan. Hacia las once de la mañana de dos días antes él se encontraba en los baños de la estación de autobuses. Y eso puede asegurarlo porque mientras la tomaba, en el preciso momento en que supo que acababa de perder su virginidad, el reloj del servicio donde todo estaba teniendo lugar marcaba las once en punto.

Al día siguiente Sias proclama su inocencia en el periódico, afirmando que se encontraba en otro sitio el día del atraco. El artículo no dice nada más. En la mesa, el padre de Gessica comenta el suceso. Son comentarios genéricos sobre el hecho de que aquel joven, que no quiere asumir su responsabilidad, no merece ningún tipo de comprensión. Gessica baja la mirada.

Dos meses más tarde el periódico da la noticia del juicio rápido a Emanuele Sias. De aquel atraco que acabó mal ya se ha olvidado casi todo el mundo, pero Gessica no.

Ella tiene un motivo concreto para recordarlo, y ese motivo son las náuseas

matinales que viene sufriendo desde hace varias semanas.

Así que debe pensar, y pensar concienzudamente. Está el menor de los Camboni, que se fija en ella, y desde que perdió la virginidad comprende la forma en la que se fija en ella. En el pueblo dicen que es un drollo, un retrasado, y de hecho no es que tenga cara de espabilado. Gessica ha pensado esto: el único modo de salir de la situación en la que se encuentra es corresponder a las miradas de Priamo Camboni.

Se deja tomar la segunda vez que salen juntos. Luego, al mes siguiente, le dice que se ha quedado embarazada.

El día de la boda reparadora con Priamo Camboni, Gessica descubre que Emanuele Sias, condenado a cadena perpetua en sentencia firme por el asesinato del joyero Gilberto Arru, se ha quitado la vida ahorcándose en la cárcel. El desvanecimiento que sigue a ello todos lo consideran una consecuencia de su estado de buena esperanza. Las mujeres invitadas abofetean a la novia para que vuelva en sí, ella susurra que tiene frío. A pesar de que es pleno verano.

Emanuela Camboni nace oficialmente como sietemesina, aunque asombrosamente grande. Ni siquiera el nacimiento de la niña hace que cese el frío que siente.

Como habían previsto todos los cielos, Priamo se revela como un mal marido; es uno de esos que, precisamente porque aparentan ser estúpidos e inofensivos, pueden volverse increíblemente violentos. Transcurren catorce años de violencia y abusos sobre su mujer, y de idilio con la niña, hecha ya una muchacha. En casa la única que es capaz de aplacar la furia del inerte holgazán de Priamo Camboni, mantenido por la riqueza de su familia, es la hija Emanuela. Ella, mientras tanto, se ha vuelto bella, mucho más bella que su madre.

Una noche de agosto Priamo vuelve a casa borracho, como es habitual le grita a su mujer, Emanuela los oye discutir desde su habitación. Se trata de una discusión terrible en esta ocasión.

De pronto un silencio absoluto invade la casa. Gessica se asoma a la habitación de Emanuela y le cuenta que ya ha pasado todo. Le dice que Priamo se ha caído, se ha golpeado en la cabeza, Dios quiera que esté muerto. Deben llamar a la policía, continúa. Luego le dice a su hija que si ella declara que vio caer a su padre nadie sospechará nada, el caso se archivará y la enorme fortuna de los Camboni será, por fin, solo de ellas.

Emanuela sonríe, pero no es una sonrisa tranquilizadora.

De hecho, cuando llega la policía declara que ha sido la madre la que ha matado al padre empujándolo para que cayera al suelo.

Gessica, la viuda negra, es detenida.

Al cumplir los dieciocho años, Emanuela toma posesión del patrimonio paterno.

Eso es lo que hacen los hijos.

Apagó el televisor.

Una buena historia que Mimmíu nunca había comprendido del todo, pero que ahora comprendía a la perfección.

Hizo falta toda la mañana siguiente para que el día despejara. Arrancaba mayo. Hasta cerca de las dos de la tarde no fue posible vencer la carrera contra un viento que desplazaba las nubes y agrisaba el cielo. El azul impregnó porciones enteras de verde y gris, expandiéndose sobre los árboles y el granito. La estación de los vivientes se arrellanó sobre la estación muerta para reafirmar la constancia con la que las edades se suceden a pesar de quien se hace ilusiones pensando lo contrario. Alguno se vio obligado a reconocer su mortalidad ese día, algún otro a renunciar al calor materno. Alguno se sintió ese día al inicio y al final de todo. Como siempre ocurre, pero con una claridad nueva. Mimmíu asistió al espectáculo de la luz del alba mientras se formaba, incierta. Y luego al de la apertura de una tarde muy descarada, demasiado luminosa para haber llegado con tanto retraso. Y sin embargo llegó,

el viento cesó de improviso y arribó el silencio. Había dormido poco, aunque no se sentía cansado. No en la medida en que debería estarlo. Para Mimmíu descansar era dejar de pensar, nada más que eso. Le resultaba indiferente dormir poco o mucho, lo que importaba era hacer callar a la mente.

Sonó el teléfono. Mimmíu, con calma, fue a responder.

La voz de Domenico denotaba embarazo. «Perdona por no haberte llamado antes», dijo.

Mimmíu carraspeó para ganar tiempo. «Tenías cosas mejores que hacer. ¿Y la casa? ¿Estáis contentos?», preguntó.

Domenico respondió con evasivas: «Sí, la casa, ya hablaremos... ¿No te has enterado?».

Mimmíu hizo un gesto de negación, como si su hijo pudiera verlo. «No, ¿de qué?».

Marianna Chironi, viuda de Serra-Pintus, supo sin sombra de duda que había llegado su último día por el hecho de que hubiera todo ese gentío en la cocina. Verdaderamente mucha gente. Y no gente cualquiera. Estaban su padre y su madre, y Gavino. Y estaban también los gemelos Pietro y Paolo. Incluso Franceschina y Giovanni María. Y Luigi Ippolito, con Vincenzo. Estaba Dina y también Cecilia; y después Biagio. Giuseppe Mundula estaba. Y estaban otros que ella ni siquiera sabía que conocía.

Por eso pensó claramente que debía de ser el último de sus días. Comprendió que le había sido asignado ese mayo indeciso. Habría preferido uno de esos mayos luminosos en los que los días se sacian de luz porosa, rebosante de polen. Es decir, cuando el vacío se muestra como materia por entero compacta, más que como la Nada inmaterial. Y presenciar el milagro de la Nada que se llena, aunque siga siendo lo que es, ya parece el resultado extremo de una vida larguísima.

Ahí Luigi Ippolito se encogió de hombros, porque él, que había estudiado, sabía bien que no hay milagro alguno en el polvillo que invade hasta la más mínima porción del aire que respiramos; es solo el modo en el que, a través de una cuchilla de luz, tal vez infiltrándose por una persiana entreabierta, todo ese hormigueo se manifiesta como tal, contra la aparente ausencia, en la penumbra.

Y Marianna dijo que sí con un gesto, que ciertamente conocer las cosas las hace más familiares, menos asombrosas. Y tal vez, pensaba, saber demasiado

implicaba renunciar precisamente al estupor.

En cualquier caso, tenía que contentarse con ese mayo desvaído.

«Me estoy muriendo», se dijo a sí misma, pero sin regocijarse demasiado ante tal circunstancia por temor a que su alegría se viera correspondida, por despecho, con una reconsideración. Por eso, como si nada, se sentó en su silla frente a la chimenea fingiendo que ignoraba a toda esa gente que repentinamente había abarrotado la casa. Echó un vistazo al postigo que daba al patio; una mañana gris y ventosa, igual que el día de su boda. Estuvo tentada de girarse hacia su madre Mercede para preguntarle si ella podía confirmar esa sensación. Y si se acordaba de lo mucho que se había quejado, al levantarse aquella mañana, al ver aquel tiempo inestable, mientras los invitados empezaban a llegar. Marianna siempre había pensado en su matrimonio como si se tratara del matrimonio de otra mujer. Por lo que a ella respectaba, siempre había sido soltera o viuda, de su corto periodo de esposa no recordaba casi nada. Y también su experiencia como madre había sido muy breve. No había que tenerla en cuenta. Todo lo que había aprendido lo había aprendido por sustracción. Había tenido una escuela durísima. Siempre castigada en el rincón de los burros, con las rodillas apoyadas sobre garbanzos para escarnio público. Pero le había servido para no hacerse demasiadas ilusiones, para captar las cosas al vuelo. Ahora se estaba muriendo. Lo sabía y no tenía miedo, estaban todos con ella en la cocina. Y confiaba en que la llamaran de un momento a otro. Se le hacía cada vez más difícil fingir que no pasaba nada.

Fue Luigi Ippolito el que habló en primer lugar, era idéntico a sí mismo cuando lo retrataron frente a la pequeña iglesia de San Spiridione, en Trieste, en 1917. Poco antes de su fallecimiento.

Miró a su alrededor para asegurarse de que, en su condición de hermano favorito de Marianna, se esperaba que fuera precisamente él quien abriera la boca. Aguardó unos instantes. Nadie entre los presentes se atrevió a oponerse; frente a la realidad de los hechos, ante la precisa consciencia de lo mucho que esa hermana amaba a ese hermano había poco o nada que objetar.

«La Palabra es profunda, querida hermana», comenzó diciendo Luigi Ippolito. Tenía la voz melosa y firme de quien no ha conocido el lento consumirse del envejecimiento. Tenía el rostro de quien no ha tenido que cultivar las arrugas. Tenía la mirada móvil de quien no conoce la paciencia de la edad.

«La Palabra es profunda», repitió. Luego continuó. «Como una piedra que alcanza el fondo del pozo sacudiendo el lodo. La Palabra es el aliento que se compone, el obstinado misterio de dar cuerpo a lo incorpóreo».

«Sí», musitó ella. «Sé a qué te refieres. Y nunca he desperdiciado ni una palabra».

«La Palabra santifica todo lo que representa. Has contado solo aquello que creías que merecía ser recordado. Lo sabes, ¿verdad?».

«Lo sé, lo sé... Estáis aquí por eso, ¿no?», dijo ella. Y agitó la mano entre la nariz y la boca, como si tratara de espantar a una mosca.

«Y nosotros hemos llegado». Luigi Ippolito, ceremonioso, esperó a que Cecilia y los gemelos, su padre, su madre y Gavino y Dina, Biagio, Giuseppe, Franceschina y todos los no nacidos, o que nacieron muertos, dieran su aprobación. Y todos asintieron. Excepto Vincenzo, que parecía que estaba a punto de llorar.

«Habéis llegado», confirmó Marianna sonriéndole a su hermano favorito para girarse a continuación hacia su sobrino reticente.

Luego, cuando también Vincenzo, haciendo un esfuerzo, dio su aprobación, continuó. «Estáis aquí para insuflar el aliento que genera historias».

Luigi Ippolito asintió, esta vez dolorosamente. «Después de ti, querida hermana, habrá que contar con los recuerdos, creo yo». Habló por él, pero

también por los demás, que de nuevo asintieron. Excepto Vincenzo, que ahora parecía perdido.

Por eso Marianna Chironi, viuda de toda viudedad y huérfana de toda orfandad, vio con claridad meridiana que ese 7 de mayo del año 1979 no era un día como otro cualquiera.

«Bien, se recomienza», dijo entonces dirigiéndose a los presentes. «Michele Angelo y Mercede engendraron a Pietro y Paolo, a Giovanni María y Franceschina, a Luigi Ippolito, Gavino y Marianna; Marianna y Biagio engendraron a Mercede, conocida como Dina; Luigi Ippolito y Erminia engendraron a Vincenzo; Vincenzo y Cecilia engendraron a Cristian; Cristian y Maddalena engendraron a Luigi Ippolito...».

Muertos y vivos iban llevando la cuenta con los dedos.

Luigi Ippolito estaba sentado de ese modo característico que ella conocía desde siempre, en una posición que no se podía decir que fuera rígida, pero tampoco relajada. En el catálogo personal de Marianna él era el primero, como para Homero lo fue Arcesilao. Porque sobre ese hermano había conservado el recuerdo de todos los detalles: cuando le temblaba el labio, poco antes de marcharse a estudiar secundaria; cuando se empeñó en redactar, con la cabeza inclinada y su mechón negro que casi rozaba la hoja, una historia sobre los Chironi, que en realidad ni siquiera tenían una historia, aunque él decía que si no hay nadie que se tome la molestia de escribirla o de contarla una historia simplemente no existe; cuando, a finales de 1915, buscó las palabras ayudándose con los dedos, como si pellizcara el aire, para decir que se iba a enrolar como voluntario para ir al frente del Carso; cuando regresó a casa encajado en un ataúd sellado... Y aparte recordaba a la perfección qué olor tenía, similar a una fragancia de barquillo y pan caliente; cómo mantenía su ropa limpia aunque llevara todo el día con ella; cómo hasta la más mínima parte de su cuerpo, desde el pelo hasta las uñas de los pies, tenía en él un aire

pulido, cincelado. Cómo lo amaba con un amor furibundo y ciego, más, mucho más de lo que se había amado a sí misma.

Marianna se dio la vuelta para contemplar a Vincenzo y a continuación devolvió la mirada a Luigi Ippolito. Se diría que eran idénticos, pero mirando con detenimiento se detectaban pequeñas diferencias entre padre e hijo. La línea de las cejas, por ejemplo, que tenía en su hermano una cualidad específica, como de arco ojival, mientras que en su sobrino era más seca, casi recta, para después deslizarse lo justo hacia las sienes. Y el candor de la piel, que en el padre era opaco y en el hijo era reflectante. Hasta llegar al haz del tobillo, finísimo en el caso del primero, más sólido y robusto en el segundo. De todas estas sutilezas llevaba ella una contabilidad absoluta, porque sabía muy bien que en esos pliegues residía todo el sentido que hubo de darle a su existencia.

Así, por consonancia, Vincenzo se le apareció de espaldas, con el traje azul de su boda. De su padre Luigi Ippolito mantenía la mirada hambrienta de amor, el sutil y lánguido silencio, la melancólica sabiduría de la simetría. Era el segundo, sin duda, porque Marianna se apasionó con él antes incluso de saber de su existencia, cada vez que imaginó el regreso de la guerra de su hermano favorito y que hubo de contentarse con ese sobrino desconocido, nacido para hacer que todo recomenzara y muerto para que todo terminara. En ese momento le temblaron los labios, porque la historia de Vincenzo fue desgarradora desde que se dedicó a combatir contra las langostas y los mosquitos.

Oh, Gavino... Y su madre Mercedes y su padre Michele Angelo, juntos...

«¿Cómo que ha muerto?», preguntó Mimmíu como si le estuvieran informando de algo imposible.

«Sí, ha muerto», confirmó Domenico. «Un infarto, al parecer», especificó. «La encontró hace poco la asistenta».

«Parece mentira», señaló Mimmíu. «Parece mentira. Parece mentira...».

«Del funeral, y de todo lo demás, tendremos que encargarnos nosotros. Ya no queda nadie más que pueda hacerlo».

Por su tono de voz Mimmíu lo supo sin ningún género de dudas: su hijo había crecido en poco tiempo. «Sí, sí... Claro», se apresuró a confirmar. «Es como si lo hubiera presentado, no he pegado ojo esta noche».

Con la ayuda de las mujeres del vecindario trasladaron el cuerpo muerto de Marianna Chironi desde la cocina hasta el dormitorio para lavarlo y componerlo. Lloraron también, se emocionaron por la pena de ver un alma que se separaba de su carne. Pero no alcanzaban a imaginar lo feliz que a ella la había hecho esa separación.

Solo Maddalena podía imaginarlo, solo ella. A pesar de que trataron de ahorrarle la tarea de componer el cadáver, ella no quiso quedarse al margen. Quiso mirar la cara de esa mujer muerta y comprender hasta qué punto la ausencia de vida produce una serenidad mecánica, casi fisiológica.

Marianna parecía realmente rejuvenecida, aunque ciertamente no había sido su muerte lo que la había vuelto así, pensaba Maddalena, sino la de Cristian. Sabía que entre ellas había un acuerdo no escrito, un pacto de intenciones que

dimanaba de fines opuestos. ¿No es así como sucede? Las alianzas son para alcanzar una única finalidad, al margen del camino que se recorra. La finalidad de Maddalena era darle un padre a su hijo, la de Marianna era el final del paso de los Chironi por esta tierra.

Por tanto, todo lo que no se pronuncia no existe, concluyó Maddalena mientras sostenía el cuerpo sin vida de Marianna para que una mujer la peinara. Todo lo que no encuentra un aliento no existe. Y basta.

Esa noche percibió por primera vez un movimiento dentro de ella: nada más que un gorgoteo, pero preciso e ignoto, como una señal desconocida proveniente de un mundo paralelo. Se dijo a sí misma que no era una señal negativa, sino simplemente la vida que bullía y se obstinaba en regenerar todo lo que, desesperadamente, se había tratado de eliminar. Cuando tuvo su decimocuarto hijo, una mujer del vecindario dijo que no querer tener niños es suficiente para que lleguen, lo cual tenía su lógica, porque una vez que los has hecho basta con no quererlos para que lleguen. Porque nunca jamás hay que hacer ver que se desean, como les había ocurrido a las mujeres Chironi.

Domenico la estaba observando. «Te estabas agitando en sueños», le dijo.

«No recuerdo absolutamente nada de lo que he soñado», mintió, al menos hasta cierto punto, porque por mucho que a ella le parecía que recordaba en realidad no recordaba.

Y eso fue todo. Se prepararon para acudir a la cita con el notario Sini, que tenía que comunicarles algo importante en relación con la herencia de la difunta Marianna Chironi, viuda de Serra-Pintus.

«¿Has hablado con tu padre?», le preguntó Maddalena a Domenico cuando se hallaban cara a cara debido a que ella le estaba ajustando el nudo de la corbata. «Porque yo en esta casa no sigo, ¿está claro?», prosiguió ella.

«¡Ya has visto qué temporada hemos pasado, Maddalé! Ten un poco de paciencia, tampoco es que estés viviendo en una barraca...».

«Ese no es el tema...».

«El tema es que estás haciendo de esto una cuestión de principios...», comentó Domenico enojado.

A Maddalena no pareció que le preocupara. «Exacto, es precisamente una cuestión de principios», confirmó.

Los minutos que siguieron, los que precisaron para terminar de prepararse, los pasaron en un silencio absoluto.

«¿Tú sabes si Cristian sabía nadar?», preguntó ella de repente.

A Domenico se le oscureció el semblante ligeramente. «¿Por qué me haces esa pregunta?».

«Por nada», trató ella de minimizar el asunto. «Me lo preguntaba, eso es todo».

«Eso es todo», repitió Domenico como si estuviera haciendo ese juego irritante que hacen los niños de repetir lo que otros dicen. «No, no demasiado», reveló mientras se desplazaba hacia el espejo. «Era capaz de mantenerse a flote, diría yo», agregó. «¿Pero por qué te ha venido eso a la mente?».

«Por nada, de verdad», dijo a tuestas. «No sé, algo que he soñado, supongo».

«¿Has soñado con Cristian?», insistió él, aunque con una extraña calma, esforzándose en no delatar su verdadero interés.

«No sé», repitió sintiendo sobre ella el peso de algo de lo que había quedado solo un rastro muy sutil. «¿No te pasa que en un sueño te dices que no lo olvidarás y sin embargo lo olvidas?».

Domenico asintió con convicción. «Pasa también estando despierto», aseguró mientras abría la puerta y se echaba a un lado para cederle el paso a su mujer.

El despacho del notario Sini olía a secretos. Allí dentro se acumulaban los engaños de quienes continúan conviviendo. En los archivos no cesaban de

fermentar los cuerpos muertos de aquellos que habían confiado a sus últimas cartas sus voluntades. Que como últimas voluntades no tienen el destino de perecer, sino de persistir, de ser tenidas en cuenta y de condicionar la existencia de los que quedan.

«Los testamentos», murmuró el notario Sini desde lo alto de su perfumadísima sequedad, «son como actos de supervivencia, son nuestros seres queridos hablándonos directamente». Tras ello se volvió hacia su secretario para que procediera con las formalidades rituales.

Al encuentro habían sido convocados exclusivamente Domenico y Maddalena.

Mimmíu hubo de esperar fuera.

Con una parsimonia ceremoniosa el secretario abrió un sobre sellado y firmado, y extrajo lo que parecía que era una hoja de libreta de rayas escrita densamente, que entregó al notario tras recitar algo que venía a decir que el envoltorio no había sufrido manipulación alguna. En el dorso del sobre se veía la caligrafía de Marianna, bonita y cuidada. Para Maddalena Pes y Domenico Guiso, en ese orden. Como alguien que, en su infinita sapiencia acerca de las cosas mundanas, quisiera dejar claras las prioridades.

El documento fue abierto, no sin cierta, denodada, resistencia. Y se procedió a la lectura del brevísimo texto, uno de esos que se pueden resumir en tres, en cuatro palabras: nos lo deja todo.

Sini precisó que quedaba una considerable participación legítima a nombre de Cristian Chironi, porque aunque estaba supuestamente desaparecido a efectos de sucesión valía el *babeas corpus*, al menos en los diez años previstos por la ley.

Precisó también que al cabo de esos diez años, que en todo caso correspondían al vencimiento de la tutela del beneficiario, hijo o hija, el testamento podía considerarse definitivamente irrecusable.

Maddalena y Domenico asintieron con la cabeza ante la pregunta, por parte del notario, de si estaba todo claro. Sini los miró como se mira al enésimo

cerdo al que le caen perlas del cielo, luego se volvió hacia su secretario, le señaló uno de los estantes que tenía detrás, este reaccionó con desgana ante el hecho de tener que levantarse, aunque lo hizo, se movió un par de pasos hacia el lugar indicado y volvió portando un voluminoso sobre. Lo dejó en la mesa. El notario se cercioró de que se trataba de aquello a lo que hacía mención el testamento y se lo entregó directamente a Maddalena. Ella lo cogió con una leve vacilación. Luego miró a Domenico. Se fueron.

En ese momento, aun cuando les resultara lógico todo lo que acababan de escuchar y firmar, percibieron un sentido muy vago de inquietud, como si esa fortuna que les había caído en suerte conllevara un disgusto.

Justo después fue llamado, aparte, Mimmíu.

Pero era para una notificación. Se le informó de que las últimas voluntades de Marianna Chironi, viuda de Serra-Pintus, había que considerarlas la lápida mortuoria de la delegación de poderes que Guiso Giovannimaria, conocido como Mimmíu, había firmado y que la misma pasaba, a todos los efectos y sin posibilidad de revocación, a Domenico Guiso, por indicación de la difunta.

Al salir del despacho del notario ninguno habló. Domenico y Maddalena iban caminando unos pasos por delante. Mimmíu, cargando a hombros con sus pensamientos, los seguía.

A Domenico le bastó con aflojar la marcha un instante para ponerse a la altura de su padre, Maddalena siguió caminando por delante. «¿Qué pasa?», le preguntó sin apartar la vista de su mujer.

Su padre suspiró. «Nada». La respuesta salió de su boca como fragmentada.

Domenico dio unos cuantos pasos más en silencio. La ciudad en torno a ellos parecía estar invitándolos a huir. Igual que en el Reino Medio, imperaba la minucia, más que la dimensión. Se trataba de glorificar el ladrillo y adorar lo inconcluso. Reducir todos los espacios a la esclavitud del horror vacuo... Los Guiso habían contribuido ciertamente a la proliferación de aquella pequeñez

generalizada, aunque ahora era como si no la vieran.

«Nos lo ha dejado todo, ¿no?», soltó Domenico mirando a su padre oblicuamente.

Mimmíu no respondió aún, tal vez sintió la tentación de tratar de enmendar con la mirada la abominación de bloques y ladrillos que tenían a su alrededor y que algunos llamaban desarrollo urbanístico, pero no lo hizo. «Nos lo ha dejado todo y nos lo ha quitado todo», sentenció.

«¿Qué es lo que nos ha quitado?», preguntó con franqueza Domenico.

«La paz... Todo...», puntualizó Mimmíu. Era evidente que estaba persiguiendo un pensamiento exclusivamente suyo y ni siquiera se planteaba que a su interlocutor le pudiera resultar incomprensible.

«¿La paz?», repitió Domenico, como si en algún recodo de su cabeza hubiera captado el sentido último de la frase que acababa de pronunciar su padre. «No entiendo», dijo sin embargo. «No ha cambiado absolutamente nada».

A Mimmíu se le escapó una pequeña risotada. «Pregúntale a tu mujer qué es lo que ha cambiado y luego me dices», recalcó.

«No es lo que tú piensas», dijo Domenico negando con la cabeza. No obstante, sabía que su padre no estaba equivocado. El heredero universal que llevaba en su seno le daba a Maddalena derecho a sentarse en la mesa de cualquier negociación, ocupando el puesto del que Mimmíu había sido relevado. Sabía que, por mucho que le asegurara a su padre que nada había cambiado, que nada iba a cambiar, no podía garantizarlo por su esposa. Suspiró amargamente. «*tzia* Marianna lo planeó bien», tuvo que admitir. «De todas formas, tampoco es que necesitemos ese dinero, ¿verdad?», preguntó.

Mimmíu lo fulminó con la mirada. «El dinero no, pero la disponibilidad sí. Estamos expuestos con los bancos y la garantía venía del hecho de que con la delegación de poderes aparecía mi firma. Pero ahora, con todas las cortapisas de la sucesión...».

«El tutor soy yo». A Domenico casi le dio por gritar, porque de todo el discurso de su padre solo había entendido que el problema era que pasaba a él

la tutela del patrimonio.

«No lo has entendido», lo frenó su padre. «No es de ti de quien tengo miedo. No es de ti», repitió. Y miró al frente, en dirección a los hombros de Maddalena, que avanzaba con calma sola, dos pasos por delante de ellos.

«Nos pondremos de acuerdo», trató de suavizar la cosa Domenico.

«Tú no sabes lo que puede llegar a hacer un padre por un hijo». Del tono del viejo había desaparecido repentinamente el rencor, sonaba incluso tranquilo.

Mimmíu recordó aquella historia, que su padre le había contado miles de veces, de un viejo al que hacen comer en el suelo, en un rincón de la casa. La comida le es servida en un cuenco de madera por su hija y el marido de esta, a los que les resulta molesto que haga ruido mientras come. El hecho lo presencia su hijo pequeño, que unos días después coloca otros dos cuencos vacíos en el suelo junto al de su abuelo. Y cuando sus padres le preguntan qué está haciendo, el niño responde que está preparando los cuencos para cuando también ellos sean viejos...

«Bueno, tal vez ahora no lo sepa, pero lo sabré en cinco meses», respondió Domenico, que aceleró el paso para alcanzar a su mujer.

«Marianna sabía que ella es la madera ideal para la carcoma que nos está metiendo dentro», murmuró Mimmíu, pero sin dirigirse a nadie, mientras veía a su hijo alejándose.

El verano asomaba la nariz tras las cortinas del cielo, que habían permanecido cerradas durante demasiado tiempo. Una luz extraña se estaba expandiendo sobre aquel pedazo de mundo.

Luego, esa noche, tronó. Y un viento muy violento hizo que se arremolinara la oscuridad violácea, iluminándola por momentos como si fuera pleno día.

Los destellos se asemejaban por completo a las descargas fosforescentes de inmensos peces eléctricos en las oscuras profundidades del abismo. A quienes piensen que lo alto y lo bajo son intercambiables en este universo no les

resultará extraordinario imaginar que el Kraken pueda pastar tanto en los océanos como en el firmamento. Ahora que las olas del cielo estaban rompiendo contra los territorios inviolados de las galaxias se podía oír a los gigantes nórdicos golpeando los tímpanos, y las castañuelas de hueso de veleros succionados por los remolinos celestiales. Después los lamentos de marineros agonizantes, dispersos en la nada, braceando y enloquecidos por el terror, macerando en el cielocéano salado y ferroso, hidrógeno fosforoso. Inducidos a rendirse ante lo inevitable, pero no definitivamente derrotados. No mientras quedara un hilo de vida.

Un rayo se precipitó a pocos pasos del patio de los Chironi.

Domenico abrió los ojos como platos. Pero permaneció inmóvil para regularizar la respiración, después se llevó una mano al pecho para confirmar que seguía vivo. Se tocó entre los muslos para convencerse de que se hallaba en la parte sólida del universo. Finalmente se giró para ponerse de lado. Maddalena dormía plácidamente.

Entonces... Ya no hay nieve. Quizá se trate del corto agosto de este territorio extremo. Un verano tórrido que acaba cada noche. Una estación de diez o doce horas como máximo.

El hombre de la chaqueta ajustada, que ahora sé que se llama Juris, me mira a los ojos. Tiene una mirada curiosa, pero nada hostil. Nadie es hostil por estos lares.

«Zivs», me dice.

Y es como si yo ya me hubiera convencido de que ese es mi nombre.

«Zivs», repito, y Juris ríe con ganas, porque es posible, o más bien seguro, que yo lo pronuncio mal.

Hablamos por gestos cuando me ofrece de beber, cosa que sucede continuamente; me hace el gesto de sostener entre los dedos un vasito invisible. Yo le enseño mi muñeca con un reloj también invisible y le hago

saber que es demasiado pronto para beber, que estamos en la parte calurosa del día. Juris sonrío de nuevo, prueba a decirme unas palabras en ruso, porque él, desde niño, está acostumbrado a pensar que todo el mundo habla ruso. Debo de parecerle realmente estúpida.

«*Zivs*», repite, y a continuación imita a un pez. Me señala. «*Zivs*», repite otra vez.

Soy un pez.

Cuando comienza a nevar significa que el verano se ha acabado, sin un otoño posible. Juris y yo incluso empezamos a comprendernos.

Cuando Tatra viene a mi encuentro con su paso basculante y su gran lengua colgando sé que Juris está cerca.

«*Esmu izsalcis*», digo. Y él sonrío encandilado, luego saca de su bolsa pan, carne seca, patatas cocidas y pepinillos. Y vodka. «*Velos stradát*», digo.

Juris esta vez está impresionado. «*Driz!*», exclama rotundamente.

«¿Cómo que aún es pronto? Me encuentro bien», protesto. «¡Quiero trabajar!», repito. Pero en ese momento me doy cuenta de que estoy en una cama y no soy capaz de levantarme...

«Maddalé, despierta...». La voz de Domenico, cosquilleándole una oreja, hizo que entreabriera los ojos. Ahora estaba en casa. «Empezaba a preocuparme», le susurró él.

«¿Qué hora es?». La voz de la mujer sonó ligeramente pastosa, como si temiera no ser capaz de pronunciar lo que estaba pensando.

«¿Otra vez las pesadillas?», preguntó Domenico.

Maddalena negó con la cabeza. Pero esta vez se tocó la barriga, porque el sueño había sido tan intenso que podía haber sido real. A continuación se tocó entre los muslos con el temor habitual a tener alguna pérdida. «¿Vas a salir?», preguntó al ver que Domenico estaba completamente vestido.

Él asintió. «Pasaré por casa de mi padre un momento», informó. «Ayer lo vi con un aspecto que no me gustó».

Ahora que estaba a punto de hacerlo, Mimmíu comprendió hasta qué punto era necesario concentrarse antes. Y cuando pensaba en concentrarse, pensaba en esa precisa condición por la cual una vida entera, por muy retorcida que esté, repentinamente se aplanan. «La muerte inminente genera claridad», se dijo a sí mismo, «sobre todo cuando es voluntaria».

Prepararlo todo le había llevado horas de trabajo a pesar de que no necesitaba nada más que una cuerda resistente y una viga adecuada. Le vino a la mente Vincenzo Chironi, que ya había atravesado ese puente. Quién sabe si también para él había resultado tan complejo determinar la resistencia de la soga y el punto exacto desde el que colgarse. O si lo hizo todo dejándose guiar por el instinto, sin pensar...

La tormenta, que había hecho añicos el espejo de esa noche de mayo, lo convenció definitivamente para realizar, en todo su evidente fracaso, un balance de su vida: había erigido en la incertidumbre, y había prosperado en la envidia. Porque cada mirada fuera de sí mismo se había transformado en una herida abierta. Y las heridas aumentaron con el tiempo, a pesar de las metas alcanzadas. Giovanni María, antes de que todos lo llamaran Mimmíu, ni siquiera había tenido una verdadera infancia. El último de cuatro hijos, con una madre que no sobrevivió al parto y un padre que no tenía la menor idea de cómo concebir la familia. Luego la escabechina: dos hermanos muertos a causa de la gripe española, aunque él, habitualmente desnutrido, desatendido por completo, abandonado a su suerte, sobrevivió. Y su padre hallado muerto, en una finca donde estaba empleado, por un coma etílico. Finalmente el hermano mayor, respetado por la enfermedad, pero no por la guerra. Mimmíu ni siquiera sabía cómo fueron realmente sus hermanos. Ni qué cara tenía su padre, ni si hubo algún instante concreto en el cual llegó a pensar incluso que lo quería. Supo que ese momento nunca se había dado y que su obstinación en quedarse no era otra cosa que un reconocimiento de la culpa. Es cierto que hubo una época que él definía como feliz. Pero solo se trató de una incursión

de la normalidad en su vida. Cumplió los dieciocho años en esa estación en la cual todo parece posible, rebasó como una bestia salvaje todos los pasajes que desde la infancia llevan a la pubertad sencillamente porque nunca había tenido una infancia. Y comprendió muy pronto que elegir al huésped apropiado es lo que hace que el parásito prospere. No sabía nada y lo sabía todo. Toda su existencia podía ser una hoja en blanco para rellenar. En el ejército aprendió a conducir mejor y más deprisa que cualquiera de sus compañeros de armas, señal de que su mente estaba entrenada para aprender más rápidamente. Haberse criado asistido por otros hizo de él alguien atento a los detalles, voraz e imitador como un aprendiz que tiene prisa por desbancar al maestro, o como un actor joven dispuesto a quitarle el puesto al jefe de la troupe. Era cínico y espontáneo, había intuido que la imitación es el camino hacia la perfección. Comenzó a leer cosas sin sentido, pero que él sabía que le proporcionarían al menos un lenguaje, el espacio de las palabras adecuadas en el momento adecuado, como veía hacer a los triunfadores. A Vincenzo, justamente, que fue su pasión evidente. Una pasión que no concernía al cuerpo, sino a una especie de atracción especular. Mimmíu se veía exactamente como Vincenzo, se sentía tan perfecto como creía que lo era él. Hermosísimo, por supuesto que no por su aspecto físico, o no solo por ello; correspondía en todo a su modelo de perfección. Su vida cambió en el mismo momento en el que Vincenzo Chironi, con la mirada perdida y su ropa dignamente andrajosa, se subió a su coche para que fuera precisamente él, Giovanni Maria Guiso, conocido como Mimmíu, el que lo llevara a Nuoro. Y quizá se pudiera decir que en cierto sentido aquel fue el único amor verdadero que él podía recordar.

El resto consistió en ejercer esa felicidad nueva, silenciosa, que residía en haber hallado al huésped perfecto. Dentro de la vida de Vincenzo estaba la certeza, estaban las palabras adecuadas, estaban las medidas justas. Fuera de ella era el regreso a la vaguedad de esa época en la que solo importaba lo que se conquistaba día a día, sin una perspectiva de estabilidad.

Vincenzo, al ahorcarse, lo había traicionado, lo había devuelto a la

inestabilidad. Y eso a pesar de haber hecho de él un hombre nuevo, un avezado empresario, un padre de familia... Y que el destino se hubiera divertido hasta el extremo de hacer que fuera precisamente él, Mimmíu, el que encontrara a Vincenzo colgado decía mucho sobre las conexiones secretas que subyacen en todo lo que nosotros consideramos, a menudo erróneamente, imponderable. Es como si un padre dice que quiere enseñar a su hijo a andar en bicicleta y suelta el sillín antes de asegurarse de que es capaz de mantener el equilibrio. Ahí el niño que cae aprende que los padres pueden equivocarse, pero también que lo correcto es precisamente equivocarse. Hay una suerte de gratitud y de desilusión juntas en ese sentimiento. Una advertencia y una enseñanza.

Ahora que iba a hacerlo, Mimmíu podía pensar en los millares y millares de cosas que había dicho que iba a hacer y que no había hecho. Se había criado en la escasez, pero no se había atrevido a admitirlo hasta que apareció Vincenzo para vivir por él.

La estación feliz, después de todo, no había sido breve. Había durado desde 1943 a 1959. Desde el momento en el que se ofreció a transportar al Chironi redivivo hasta el momento en el cual lo encontró muerto. De aquel primer viaje solo recordaba que tras cinco kilómetros de curvas fue necesaria una parada porque Vincenzo, encerrado en un silencio muy concentrado, mostraba signos evidentes de que iba a vomitar a causa del mareo. Y recordaba, sobre todo, aquella certeza de que él, en su obrar absoluto, se sentía a gusto incluso en el defecto, porque, si bien no sabía aún lo que ello significaba, Vincenzo no había hecho nada para ser un Chironi: lo era y basta. Con el paso del tiempo esa sensación iría adquiriendo una consistencia precisa, como precisa era el ansia de Mimmíu de asemejarse a él en todo. Aun cuando sabía que la superficie en la que se estaba reflejando era de todo menos límpida, puesto que se enturbiaba ante la menor sacudida.

Vincenzo aprendió rápidamente. En muy poco tiempo comprendió que podía también maldecir, y malgastar, la fortuna con la que había sido agraciado. Una

fortuna que no era tanto la de sentirse rico, sino la de sentirse amado. Frente a él, Giovanni Maria Guiso, que nunca había sido amado. Ahora Mimmíu tenía claro por cuánto tiempo podía cobijar el alma humana un cariño que tiene la cara contraída por el resentimiento. Y ahora, cuando estaba a punto de hacerlo, podía incluso evitar mentirse a sí mismo. Admitir el sutil placer que sentía cada vez que había una mala noticia referida a quien decía que amaba; por ejemplo, cuando Cecilia, la esposa de Vincenzo, sufrió su tercer aborto. O cuando Vincenzo comenzó a beber, sin un motivo aparente pero por una sensación de vacío precisa, justamente por la falta de un motivo. Él lo comprendía y se le veía ansioso, interesado, preocupado por la suerte de su amigo, de su modelo, pero disfrutaba. Ahora podía incluso repetírselo en voz alta. De hecho, él mismo se había casado con una mujer como la suya precisamente para dotarse de un hijo contra Vincenzo y Cecilia, que no podían tenerlo. Y nació Domenico.

Y en ese momento todo el mundo empezó a murmurar que Cecilia no se había quedado embarazada de Vincenzo, sino de él. Y él lo negaba sin negarlo, como sabía hacerlo. Con aquel toque de exagerado desconcierto que daba pie a pensar justo lo contrario de lo que aseguraba.

Pero bastó con ver a Cristian en cuanto nació para saber que no había lugar a dudas. Esos malditos Chironi tenían una genética poderosa, inconfundible. Sin embargo, sin Vincenzo él se sintió el otro Vincenzo, y para muchos lo era todavía. No para Marianna, por supuesto. Bastaba con que ella lo mirara para que él se sintiera examinado como el honorable parásito que era.

Eso no podía explicárselo a Domenico. Le podía explicar todo lo demás. La sensación de liberación que sintió cuando enviudó, por ejemplo. El gusto furioso, casi erótico, de condicionar vidas ajenas mediante el dinero, lo único que parecía importar. Sabía que el amor se podía comprar, pero era un conocimiento no transmisible, un conocimiento que había que ocultar y negar incluso frente a la realidad de los hechos. Había hecho cosas terribles, pero las había hecho para defender lo suyo.

Y ahora Marianna Chironi, la condenada bruja que supuestamente se lo había dejado todo, se lo había quitado todo en realidad.

Le llevó, por tanto, algo de tiempo elegir el sitio adecuado, teniendo en cuenta además que con toda probabilidad iba a ser Domenico el que hallaría su cadáver. Esa eventualidad lo serenaba, más que preocuparle. No sabía exactamente a qué delirio tan personal se debía, pero el caso es que estaba excitado físicamente. Se decidió por la bodega de estilo rústico. Allí había hecho instalar unos ganchos en el techo para colgar embutidos y quesos. Tuvo que liberar uno. Lo escogió en una posición ligeramente escondida. La chimenea se encontraba a la derecha según se entraba, en un rincón, de modo que no fuera lo primero que vieran al llegar. Le gustaba la idea de que, durante unos segundos aún, desde la entrada fuera posible seguir albergando la esperanza de que no había ocurrido lo temido.

La cuerda parecía que podía resistir, el nudo aguantaba. Hizo pasar un cabo por encima del gancho y calculó a ojo las medidas. Quién sabe si Vincenzo Chironi había sido así de preciso. Si también él se había mostrado tan decidido.

Una vez suspendida la soga anudó en el gancho el cabo libre, luego se aseguró de que aguantaba tirando de él hacia el suelo y balanceándose con los brazos en alto, como un campanero. Finalmente cogió una silla, la colocó en el punto exacto, se subió...

... Pero había algo que le gustaría saber escribir antes de ahorcarse. Y se trataba de un sencillo mensaje para su hijo. Mimmíu era de esos hombres que tienen pensamientos, pero que no saben cómo escribirlos. Por un momento, en vilo sobre el respaldo de la silla antes de apartarla de una patada, lamentó no saber escribir. Tenía que decirle algo a Domenico, y ese algo se refería a la necesidad de prevenirlo contra el destino de convertirse en lo que era él. Un renglón apenas. «Querido hijo, he hecho lo que he hecho para que tú seas mejor que yo».

... Se anudó la soga al cuello y le dio una patada a la silla.

Así es que, por orden: nunca había ido en tren, nunca había subido en avión, nunca había comido trufas ni huevos de codorniz, nunca había ido a la ópera, nunca había bebido champán, nunca había estado en el circo, nunca había entrado en un teatro, nunca se había puesto unos pantalones vaqueros, nunca había aprendido a bailar, nunca había visto Venecia salvo en la televisión, ¿eso valía? No, no valía. Nunca había pensado en irse de vacaciones, nunca había llorado de corazón... Nunca...

Domenico tocó tres veces el timbre antes de abrir con sus llaves. En la casa encontró un extraño desorden, como si su padre hubiera renunciado a dormir tras varios intentos en vano y hubiera decidido salir, ir a dar una vuelta en la noche a la espera del amanecer. Pero teniendo en cuenta el terrible temporal que había socavado la paz era una hipótesis descartable.

Lo llamó dos veces: «¿Papá? ¿Papá?».

Ninguna respuesta.

En la casa reinaba una sensación de abandono temporal, como si el dueño hubiera dejado a medias las tareas debido a una urgencia. Un ruido en el semisótano, donde estaba la cocina rústica, hizo que se dirigiera a las escaleras que conducían hacia abajo.

La puerta estaba cerrada desde dentro. Llamó.

«¿Papá?», repitió sintiendo que su tono de voz se había vuelto estridente sin motivo, como si su garganta hubiera percibido un peligro que su mente aún no había descodificado. Forcejeó con la manija para comprobar si la puerta realmente se hallaba cerrada y cuando estuvo seguro de ello comenzó a empujarla, confiando en que al aumentar la fogosidad con la que trataba de abrirla fuera posible la operación. Pero la puerta resistía, atrancada. Dio un primer golpe con el hombro, sin resultado, y supo que ese extraño ruido que había oído, y que ahora oía mejor, era un chirrido de cables de amarre.

El espacio del descansillo era reducido, se necesitaba tiempo y fuerza para

que la puerta cediera. Pero finalmente se abrió y se estampó contra la pared lateral, con un rebote que se le vino encima golpeándole los hombros. Ahora el ruido era más preciso y nítido: el balanceo en un árbol de un columpio, de esos que consisten en un neumático grande y una cuerda.

Mimmíu siguió pataleando todavía un segundo más antes de que Domenico, sin pensárselo dos veces, se lanzara sobre él. Lo agarró fuerte por las rodillas y lo elevó para aflojar la tensión del nudo. Sintió los pies de su padre brincando aún contra su pecho. Sintió la humedad ácida de la orina y la cremosidad pestilente de la mierda que le había ensuciado los pantalones. No se alarmó, se dijo a sí mismo que sosteniéndolo así, por encima de la cuerda en tensión, recobraría la respiración y se soltaría el nudo y él podría posarlo en el suelo y daría explicaciones. Pero Mimmíu no parecía responder a ninguna de esas expectativas. Había dejado de patalear. Cuando decidió soltarlo ya había pasado cerca de media hora.

Los sanitarios de emergencias lo encontraron extenuado, con los brazos y los hombros doloridos, pero sin una sola lágrima.

No era agradable la visión del cadáver, hinchado y desfigurado.

A Maddalena le impidieron entrar en la capilla ardiente hasta que esa masa informe fue sellada, con plomo, en el ataúd. Pero ella no había hecho absolutamente nada para verlo antes de eso. Sabía que esa muerte iba dirigida también contra ella, y a cualquiera que tratara de saber lo que sentía le respondía únicamente: «Guardemos silencio».

Domenico la protegía de todo. «Dejadla en paz», les advertía.

Guardaron silencio durante días e incluso consintieron que Mimmíu fuera inhumado en la gran tumba de los Chironi, que era la vivienda donde descansaban los muertos y los no muertos de esa estirpe, y donde iba a estar al lado de Marianna.

En su morada eterna Mimmíu iba a ser, después de muerto, lo que no había

conseguido ser en vida.

Siguieron tiempos confusos.

Una vez pasado el periodo de respeto, los acreedores de Mimmíu se presentaron ante Domenico. Los deudores se mantuvieron ocultos, con la esperanza de que el viejo al morir no hubiera dejado nada escrito sobre ellos. Pero él lo había dejado escrito, y muy detallado. Así fue como Domenico descubrió que su padre había estado prestando dinero en condiciones de usura durante años. Había exigido terrenos muy valiosos por préstamos pendientes de devolución, había aprovechado su posición de fideicomisario del patrimonio de los Chironi para obtener créditos bancarios. Descubrió cómo habían conseguido el terreno de Cala Girgolu, y que las obras de construcción de un complejo turístico en la localidad de San Teodoro se retrasaron, lo cual impidió devolver en los plazos previstos una cuantiosa suma de dinero adelantada por los bancos. Eso hacía prever nuevas estipulaciones incluyendo en ellas a algún sujeto que pudiera ofrecer avales. El patrimonio de los Chironi era aval suficiente. Domenico tuvo que exponerse para sanear los asuntos pendientes. Tuvo que contactar personalmente con todos los funcionarios locales que habían medrado con Mimmíu.

Maddalena comprendía perfectamente en qué medida era necesaria esa forma de sucesión, pero decía para sus adentros que intervendría tan pronto como el patrimonio del aún no nacido corriera peligro. Desde su punto de vista, lo que le habría correspondido a Cristian debía corresponderle por completo a su hijo, ya fuera niño o niña.

Entonces, cuando le pareció que era el momento, decidió tratar con su marido, antes que nada, el asunto de los nombres: Luigi Ippolito o Mercede.

Domenico, huelga decirlo, se lo tomó mal. No le hacía ninguna gracia que

Maddalena ya hubiera decidido por su cuenta. Nunca habían tenido una discusión seria desde que se casaron, excluyendo la cuestión de la casa de la que Maddalena quería irse lo antes posible.

«¡Las cosas de una en una, por Dios!», suplicó él, pensando que cuando una casa se desmorona lo hace tras un largo preámbulo, pero con un derrumbe repentino. Y eso parecía una contradicción, aunque no lo era, porque la caída de una casa depende solo de la dejadez de quien la habita, de su incapacidad para percibir las señales.

Domenico ya sabía que su padre estaba a punto de ceder, aunque había fingido que no pasaba nada. Y ahora se sentía como el personaje de Percy en Enrique IV que recitaba de niño en la escuela, el cual se creía que era quien sabe qué y sin embargo fue derrotado por aquel pendejo del príncipe de Gales. Fiarse de las apariencias, y de las palabras, a menudo implica dejar que una casa se desmorone.

Maddalena esperaba que continuara hablando, pero lo vio perdido en sus pensamientos, como si el dolor agudo se irradiara por todo su ser dejándolo aturdido. «No quiero presionarte», se suavizó ella, «pero me gustaría que entendieras lo importante que es. ¿Cómo queremos que nazca este hijo?».

A Domenico le parecía que Maddalena estaba hablando desde un mundo paralelo. «¿Sabes en qué pensaba mientras me dirigía a casa de mi padre?», preguntó. Ella negó con la cabeza. «Pensaba en tratar de convencerlo para que viéramos juntos el partido, el Argentina-Holanda. ¿Te lo imaginas? Y no he dejado de pensar en eso ni siquiera después... ¿Se puede ser más estúpido?».

«No tiene nada de estúpido», afirmó Maddalena haciéndole una señal con la mano, como diciéndole que no pensara ni un instante cosas como esa.

«Me decía que todo iría bien, ¿sabes? Y ahora, en cambio, lo temo todo...». Se esforzaba en no llorar apretándose la base de la nariz con los dedos índice y pulgar.

«¿Todo el qué?», preguntó Maddalena sin zozobra, más bien con calidez.

«Todo», repitió Domenico. «Esta casa y tú, que nunca la has querido... Y

cómo iba a culparte. Y luego esa criatura que va a nacer... Me da miedo», dijo reprimiendo aún el llanto, «me da miedo que tú puedas alejarte de mí».

Maddalena avanzó hacia él para abrazarlo. En ese momento era ella la que contenía las lágrimas. «Saldremos adelante», dijo. «Ahora puede parecer terrible, pero saldremos adelante. Únicamente debemos hacer todo lo que se deba hacer, Domé».

Él hundió la cara entre los pechos de ella. «Sí, sí», confirmó, como si de pronto le hubiera llovido desde lo alto de un barco un salvavidas mientras se ahogaba en altamar. «¿Qué va a decir la gente si a nuestro hijo le ponemos el nombre de un Chironi?», preguntó entonces.

Maddalena se tomó un tiempo antes de contestar. «Lo que es seguro es que no dirán que lo hacemos por salvarle la vida...». Un algo muy resuelto se había instalado en su voz. «Que queríamos honrar a unos buenos amigos. Eso».

Guardaron silencio.

Junio despertaba con una tarde bruñida, fragante, cocinada en un horno caliente.

Un mes más tarde, el 5 de julio, una vez hechas las obras necesarias, Domenico y Maddalena se mudaron a la casa de via Deffenu.

Ella estaba de seis meses y había dejado de tener sueños, o al menos había dejado de recordarlos. La resolución de los asuntos corrientes había absorbido por completo a Domenico, que manifestaba una sensatez inesperada. A diferencia de su padre, se mostraba menos temerario en la gestión de los negocios, y esa actitud algunos la confundían con la debilidad. Era una época voraz. Los tiempos del presente infinitivo, sin pasado, sin futuro.

No se podía decir de Domenico Guiso que tuviera el instinto de su padre, ni que gozara de la misma libertad de movimientos. Sin embargo, cuando los propietarios trataron de renegociar la cesión del terreno de Cala Girgolu,

Domenico se mostró inflexible. Los otros creían que, muerto Mimmíu, el tema se iba a poder zanjar con un acuerdo más laxo, pero el joven no era de la misma opinión. Ese terreno, dijo, lo quería para su hijo, del mismo modo que su padre lo había querido para él.

Durante muchas noches, a pesar de los esfuerzos de su hijo por mantenerlo con vida, Mimmíu, una vez liberado de la soga de la que se había colgado, caía al suelo. Estaba muerto.

Últimamente cambiaban las circunstancias, de modo que Domenico lo contemplaba mientras preparaba la cuerda, la enjabonaba como había visto que hacían en las películas, y comprobaba a continuación que la silla se hallara en la posición adecuada. Así se llegaba al momento en el que, con los hombros doloridos y la ropa manchada de pis y mierda, dejaba de sostenerlo y el cuerpo era absorbido por la fuerza de la gravedad con tal potencia que se oían restallar las vértebras del cuello. En algunas ocasiones era la cuerda la que se rompía, sin ninguna resistencia, haciendo que cayera al suelo con un ruido sordo. Domenico ni siquiera sabía con certeza si él estaba allí. Se trataba de escenarios lejanos, como una misa a la que se asiste desde los últimos bancos.

Pero hubo una ocasión en la que Mimmíu no moría. Volvía a respirar haciendo palanca con las manos sobre los hombros de su hijo, se liberaba de la soga a continuación y, visiblemente extenuado, chupaba todo el aire que podía.

Al principio no habló, ni Domenico le preguntó nada. Luego, de pronto, miró a su hijo a los ojos con un extraño recelo, como si ni siquiera reconociera a su chico. Que ya no era un chico, sino un hombre hecho y derecho.

«¿Dónde está el documento?», preguntó.

«Aquí, lo llevo conmigo... Papá, pensé que nunca volvería a oír tu voz», se apresuró a responder Domenico.

«¿Tantas ganas tienes de ocupar mi lugar, eh? ¡Estúpido chico! ¡No tendrás que esperar demasiado, te darás cuenta!», le advirtió el viejo arrancándole de la mano la delegación de poderes. «Pronto llegará el momento en el que esto no será más que papel mojado. Todo ese patrimonio que consideras estable está sostenido por un andamiaje tan débil que bastará una ráfaga de viento para hacerlo caer. Te ha faltado tiempo para darme por muerto. ¡Toda tu vida es la prueba palpable de que nunca me has querido!».

A Domenico esa noche le cayeron lágrimas a mares. «Ahí está», dijo gimoteando, «ahí está tu documento, papá, disfrútalo con salud por cien años y más... Si lo cogí fue solo para que no acabara en otras manos. Hace poco, al entrar aquí, te di por muerto, y que Dios me fulmine si no es así. Entonces pensé en poner a salvo tu integridad, en no concederle la victoria a quien quería arruinarte».

Ante esas palabras Mimmíu pareció ablandarse. Ahora vestía un traje de terciopelo negro y una camisa blanca, como el día del pomposo compromiso y como el de la apresurada boda entre Domenico y Maddalena. Sonreía con una inusual calidez.

«Has respondido acertadamente, hijo mío. Siéntate aquí, junto a mí». A continuación añadió: «Presta atención». Esperó a que Domenico tomara asiento antes de seguir. «Será el último consejo que pueda darte. Solo Dios sabe lo que he tenido que hacer para obtener todo aquello que tenemos. Y sé cuántas noches me ha asaltado ese pensamiento. No quiero que te pase a ti lo mismo. A los demás siempre les pareció que lo que logré era un regalo de algún otro. Y no te imaginas cuántos me reprochan eso, con la mirada o con un saludo impostado. Pero cuando esté muerto, porque yo debo morir, todo eso que en mi caso era gratuito te será debido, aunque únicamente si sabes hacerte amigo de quienes todavía son amigos míos. Y si eres lo suficientemente hábil como para no enemistarte con mis enemigos». Entonces comenzó a toser. «Ya

no tengo aliento. Debes ser mejor que yo».

De repente, por una broma de la perspectiva, como una hipérbole óptica, Domenico pudo verse a sí mismo mientras la escena completa, en un torbellino, volvía a su estadio primitivo. Y ahí estaba él, esforzándose en retener a su padre, agarrándolo por las piernas y todo lo ya sabido. Ahora, sin embargo, la diferencia era que Maddalena lo presenciaba a poca distancia, sin moverse. Y lloraba. Y lo llamaba: «¡Doménico, Domé!».

Domenico sintió un roce y dio un brinco sobresaltado. Maddalena estaba de pie, inclinada sobre él desde su lado de la cama. «He roto aguas», dijo sin parecer demasiado ansiosa. «Yo diría que ya toca».

CABALLO A F6

*You're gonna sleep like a baby tonight,
in your dreams everything is alright.
U2, Sleep Like a Baby Tonight*

Nuoro, 6 de octubre de 1979

A las cinco menos diez de la madrugada del 12 de octubre de 1979, cuatrocientos ochenta y siete años después del descubrimiento de América, Luigi Ippolito Giuseppe Guiso nació en el hospital de San Francesco de Nuoro. Fue un parto largo y complicado, arduo de hecho. Tanto que, tras doce horas de intentos, casi se había llegado a la conclusión de que iba a ser necesaria una cesárea. En cuanto lo dispusieron todo, con Maddalena ya preparada, las contracciones se hicieron más fuertes y la cabeza asomó de un tirón que casi hizo que se desmayara. Dominada por una especie de voluntad superior, invadida por un dolor que había llegado a un cénit inimaginable, la mujer empujó, y lo hizo con una pizca de indisimulado odio, para liberarse de aquel cuerpo extraño tan feroz. El neonato abrió los ojos un segundo después de venir al mundo, apretó la boquita aún untada de líquido amniótico, mucosidad y sangre, y a continuación emitió un breve quejido, como un

lamento de fastidio. Eso fue todo. Había nacido. Comenzaba a morir.

Domenico llenó de flores la habitación del hospital; quiso y pagó para Maddalena una individual, cosas de ricos. Las enfermeras lo miraban como se mira al más esplendoroso de los caballeros y a Maddalena como si fuera la más afortunada de las damiselas. Pero esa misma admiración se transformaba en un vago hastío cada vez que pensaban, y lo pensaban a menudo, que esos dos en Nuoro se habían visto premiados por la suerte con un patrimonio considerable sin que hubieran hecho absolutamente nada para ganárselo. Dos que habían nacido con cucharas de plata en la boca, murmuraban; él con un padre que acumuló riqueza sin gastarla, y ella hija de un don nadie que encontró los hombres adecuados y se la entregó.

En la casa de via Deffenu Luigi Ippolito Giuseppe ocupó la que había sido primero la habitación de la pequeña Dina, la hija de Marianna muerta prematuramente, y después de Cristian, lo cual era como decir que ahora los Guiso imitaban a los Chironi. A la gente del barrio eso le pareció una represalia y todos se santiguaban agradeciendo al cielo que Marianna se hubiera ido sin tener que presenciar esa farsa.

Pero esos eran, precisamente, tiempos de farsa. Las generaciones habían dejado de sucederse de forma natural para pasar a eliminarse mutuamente. Entre padres e hijos se habían abierto tales abismos que se podría pensar que los separaban siglos de distancia, en lugar de una generación. Del matadero de la nación, como siempre, aquel rincón del mundo recibía solo las sobras. De la época preñada de delincuencia heroica se pasó, sin solución de continuidad, a la de la delincuencia manifiestamente común, hasta llegar al oprobio de la mascarada política, donde todas las tendencias convergían en una sola, ambigua, multicefálica, engañosa. Y donde las generaciones podían echarse en cara cualquier divergencia llamándola libertad. Fue como decir que se podían engullir las palabras y los conceptos igual que si se tratara de comida basura, solo para alimentar el instinto, el estómago, y ciertamente no la razón, el cerebro. Fue como generar recipientes vacíos, por la incapacidad de generar

contenidos para esos contenedores. Maddalena y Domenico no sabían en absoluto, no se lo imaginaban verdaderamente, lo terrible, lo complicado que resultaría ser padres en ese periodo terrible. Porque, hasta que se viven, todos los periodos terribles parecen llevaderos, e ignorar los tiempos mejores, o peores, se convierte en el único consuelo factible. Porque la memoria es muy cara. Contempla competencias o, si se nace particularmente desafortunado, solamente sensibilidad. De haberlo sabido, Maddalena y Domenico habrían rezado para que ese niño naciera en otro mundo, en otro periodo o, como esperaba Marianna, que no hubiera nacido de ninguna manera.

Luigi Ippolito Giuseppe Chironi, por tanto, nació en la boca de los años ochenta, que era como ofrecerle carne viva, sangrienta, palpitante, a una divinidad caníbal.

Los negocios de Domenico se habían estancado en una situación que no hacía presagiar nada bueno. Dos obras en la costa estaban paradas; a la tercera, la más importante, le faltaba el compromiso definitivo de la administración local para conceder los permisos de urbanismo, así es que los chalés, en parte ya vendidos, no disponían aún de la célula de habitabilidad. En Nuoro las obras del centro polivalente, que sustituía al edificio histórico de la cárcel, se desarrollaban con lentitud.

Y el contrato para los marcos y los cierres del nuevo hospital, a pesar de las garantías y de los contactos que tenía Mimmíu, había ido a parar a una empresa de la península.

Domenico no sabía si todo esto debía relacionarlo con su recientísima paternidad, o no quería saberlo, porque si así fuera significaría que ese recién nacido estaba trayendo más infortunio que otra cosa. La verdad era que la desaparición de Mimmíu había hecho saltar por los aires una serie de instancias que él había sabido mantener perfectamente en equilibrio. A Domenico le tocaba sufrir los contragolpes, a menudo violentos, de esa

ausencia repentina.

Pero para Maddalena todo esto era un aliciente adicional en la búsqueda de un camino hacia su propia autonomía. Para ella ese niño era la encarnación de un mundo nuevo. Ella veía en el gesto de Mimmíu una forma de chantaje y esperaba de Domenico que, una vez superada la fase de desconcierto, demostrara finalmente de qué pasta estaba hecho.

Luigi Ippolito Giuseppe se reveló pronto como un bebé difícil. Lloraba con frecuencia, dormía muy poco y no había modo de hacer que se aferrara al pecho de Maddalena. Cada vez que se le ofrecía el pezón apretaba la boca con una clara voluntad de rechazo. «Eso es, no me quiere, lo sabe todo», pensaba Maddalena. Era un perezoso, decían las mujeres del barrio, las que habían criado de media cinco hijos cada una. Perezoso como son los varones primogénitos, que se creen los únicos con derecho a estar en el mundo. Madre e hijo se miraban de un modo extraño, como si entre ellos hubiera, más que amor, una suerte de pacto de no agresión, un pacto que siempre infringía el recién nacido. Maddalena siguió intentando durante meses que su hijo se aferrara a su pecho, sin resultados apreciables, por lo que gran parte del alimento le era suministrado artificialmente y con leche en polvo.

Entonces, una noche, sucedió algo inesperado. Luigi Ippolito estaba durmiendo junto a su madre en la cama matrimonial. Domenico se había exiliado, temporalmente, en la habitación de invitados, lo cual no le desagradaba en absoluto, ya que así podía asegurarse varias horas de sueño ininterrumpido. Estaba soñando con una casa en la nieve y con un perro blanco, situaciones totalmente extrañas y sin embargo familiares, eso es lo que ocurre en los sueños. En el interior de la casa habían preparado comida en abundancia y estaban sirviendo un guiso de chucrut y cerdo con pepinillos en vinagre y sopa de remolacha con nata ácida. Todos ellos alimentos que Domenico nunca había probado, pero que sin embargo, en el espacio limitado

de ese sueño, le resultaban muy familiares. Podía sentir el olor punzante del queso al comino, llevado a la mesa ¿por quién? Ahora estaba de pie en aquella cocina extraña y familiar al mismo tiempo, podía ver el orden que había, pero con la curiosidad de quien descubre algo inédito en lo que tiene a diario ante los ojos. «Qué sueño tan increíble», se dijo a sí mismo mientras soñaba. Luego aguzaba el oído para escuchar mejor los ruidos que venían del exterior. El perro corría aplastando la nieve fresca y crujiente. Luego ladraba y luego, insólitamente, gimoteaba exactamente como un niño. Ahora dentro de la cocina alguien había consumido la cena que había preparada en la mesa sin que él se diera cuenta. ¿Pero quién? Domenico se soñaba mientras, una vez más, consideraba hasta qué punto lo increíble puede parecer cierto. Porque un hecho estaba claro: alguien había limpiado los platos que un momento antes se hallaban repletos de comida. Y él, a pesar de no haber perdido de vista la mesa ni un solo instante, no se había dado cuenta.

Notó que estaba sudando.

La transición hacia la realidad fue más lenta de lo habitual, porque aunque sabía que estaba completamente despierto Domenico no veía a su alrededor la habitación a la que se había ido a dormir, sino que seguía viendo aún aquella cocina sencilla, aún aquella mesa. Y a pesar de ello oía pequeños lamentos provenientes de la habitación en la que dormían Maddalena y Luigi Ippolito. Lamentos y gemidos como de amantes que trataran de no ser oídos mientras practicaban sexo.

Domenico sintió el impulso de levantarse y sorprender en pleno coito a los amantes furtivos. Fue ese impulso lo que hizo que se despertara por completo y que se pusiera en pie. A pesar de que tenía la sensación de haberse acostado hacía muchas horas, no habían pasado más que dos. A tientas, sin encender ninguna luz, Domenico fue hasta el dormitorio. Aquellos sonidos se hicieron más claros.

«Mira», susurró Maddalena invitando a su marido a acercarse a ella. Tenía un pecho descubierto y Luigi Ippolito, adormecido, mamaba con satisfacción.

Se quedó de pie observándolos hasta que, acostumbrándose ya a la penumbra, notó que el bebé lo estaba mirando sin abandonar el pezón de Maddalena.

Y fue entonces cuando se convenció definitivamente de que había acogido en casa al enemigo.

Se preguntó si todos los padres vivirían una transformación tan repentina de ese sentimiento de exaltación que los invade cuando creen que el parto es el comienzo de todo. Porque él, y pensaba que todos los demás también, comprendió casi de inmediato que aquella exaltación era totalmente injustificada. Que aquel parto era el final de todo. Pero Maddalena ahora parecía realmente satisfecha. En la casa que siempre había querido, con ese niño de nombre incongruente, parecía haberse reencontrado con una serenidad completa.

Había engordado varios kilos durante el embarazo y, a pesar de la duración de un parto que la dejó agotada durante los diez días siguientes al alumbramiento, ahora tenía un aspecto lozano y pacífico. Domenico se sentó en la cama. El bebé dejó de mamar y volvió a maullar, como hacía la mayor parte del tiempo que pasaba en vela.

«Vaya», dijo ella, «has hecho que se aparte». Pero no tenía un tono de reproche y eso provocó que Domenico se sintiera aún más culpable.

«Lo siento», dijo levantándose.

A Maddalena se le escapó la risa. «¿Qué haces?», preguntó. «Esta es tu cama».

Domenico asintió con un gesto. A continuación sacudió la cabeza como tomándose a sí mismo por un cretino. «Tengo miedo de dormir aquí con vosotros, porque ya sabes que yo me muevo en sueños y no querría aplastar al niño».

A Maddalena esa racionalidad le suscitó un cariño tremendo, como si Domenico hubiera decidido disputar la partida para igualarse a ese hijo. «Ya sabía que al final iba a tener que ocuparme de dos niños», susurró ella. «Ven

aquí, que no lo vas a aplastar, la naturaleza no te dejará hacerlo», afirmó. Y golpeó con una palma de la mano la parte libre de la cama.

Domenico obedeció, a pesar de su escepticismo quería creer en la confianza que Maddalena acababa de manifestar respecto a la naturaleza. Desde su punto de vista, esta no era otra cosa que el instinto y él sabía cuánto mal podía acarrear. Pero Maddalena, que era mujer y era madre, sostenía lo contrario; es decir, que existe un sentimiento anterior a toda racionalidad, como un centinela que llevamos en el pecho y que no nos deja ir más allá.

Obedeció, por consiguiente, si bien por precaución se acostó en el extremo del colchón y se sobresaltaba cada vez que esa criatura se movía entre ellos. Maddalena alargó un brazo para alcanzar su hombro. «Duerme tranquilo», le dijo.

Aunque no estaba claro con quién hablaba.

Transcurrieron seis meses antes de que volvieran a dormir solos en la misma cama. Y en cierto modo fue como comenzar de nuevo. En la intimidad, se entiende. Hasta tal punto que Maddalena, tras un par de intentos fallidos en los que percibió la tensión y el embarazo que sentía Domenico al tocarla, se incorporó y se colocó la almohada en las lumbares. Lo miró como sabía hacerlo ella cuando quería decirle: «¡Si empiezas a hacer una cosa, termínala!».

Él, por su parte, se sentía como si el pasado se hubiera disuelto y el presente se manifestara con esquemas del todo nuevos y desconocidos. Había esperado con paciencia ese momento y ahora le parecía que ella no apreciaba suficientemente su dedicación. Eso, la dedicación, era una característica que nadie parecía apreciar suficientemente en él.

Tampoco Cristian la había tenido demasiado en cuenta, a pesar de que él mismo demostraba que la necesitaba más que nadie en el mundo. Porque el amor de Domenico siempre presentaba un aspecto ordenado, pero sumiso, propio de un mayordomo que espera órdenes al otro lado de la puerta cerrada. De esos que en ocasiones se quedan adormilados, y que lo hacen por aventura,

justo en el momento en que más los necesitas. Por eso en la contabilidad general de su infinita disponibilidad acaban contando solamente sus infrecuentes fallos.

Sería como decir que Domenico recordaba siempre las pocas ocasiones en las que no estaba, nunca las innumerables veces en las que, en silencio, estaba presente.

Y lo mismo ahora, que estaba siendo reprobado, aunque sin mala fe, por no tener la suficiente soltura para expresar su deseo.

«He ido más allá», le comunicó con una claridad extrema mientras se volvía a poner la camiseta.

Ella se abotonó la blusa sin decir nada más. Lo que pensaba, con total evidencia, era que él no la deseaba lo suficiente. Los hombres complejos como Domenico, pensaba, están siempre en los riscos, siempre en sitios inverosímiles.

«He esperado durante mucho tiempo este momento», añadió él.

«Parecías tranquilo», respondió ella, como si hubiera decidido expresar un fragmento de lo que había procesado hasta entonces. Le irritaba sentirse tan irritada. Cualquier mujer en el mundo habría dado cualquier cosa por tener a su lado a un hombre sensible como Domenico. Pero, al mismo tiempo, por un movimiento ancestral difícil de controlar, esa misma mujer desearía poder someterse a momentos de salvaje, de bestial ferocidad en los que lo único establecido es la distancia entre su propio, complejo, deseo y el elemental, básico, del hombre. A Cristian ese matiz no se le habría escapado, pensó Maddalena.

Domenico se puso en pie para ajustarse los pantalones. Su único imperativo era salir de esa habitación, escapar de la decepción de ella. Pero, lamentablemente, ella ni siquiera estaba decepcionada.

«No he estado esperando otra cosa», probó a decir él sin ni siquiera darse la vuelta siquiera para mirarla.

«Sí», afirmó ella, «ya lo dijiste antes».

Domenico, a su vez, hizo un gesto afirmativo. Por un instante tuvo la sensación de que volvía a ser un chiquillo.

Ahora, fuera de la casa, se sentía reconfortado. Soplaban un viento tranquilo y constante que transportaba en el torbellino de los callejones el sabor de la incipiente primavera. Y un sol modesto que ofrecía una luz porosa. Trinos dispersos entre los árboles sancionaban la retórica de toda despreocupación. Entonces, convencido por esa coreografía clásica y por esa clásica sinfonía, decidió que no iba a coger el coche, sino que iría andando. Y mientras se ponía en camino, abrazado por una esencia de fresias y violetas, se sintió invadido por un entusiasmo impetuoso. Como cuando podía considerarse un hombre afortunado, alguien capaz de percibir en qué medida existe la felicidad una vez que logras desenterrarla. Así es que se alegraba por él mismo, a pesar de lo que iba a hacer. O quizá era precisamente por eso.

Verano de 1972. Tenía catorce años cuando todos enloquecían por el ajedrez, y Fischer se hizo esperar hasta el último minuto en la partida frente a Spaski. Cristian estaba con él, ante la pantalla televisiva. De inmediato se dividieron entre uno y otro, porque el ruso, tan formal, tan silencioso, se asemejaba realmente en todo a él, mientras que el americano, siempre inquieto, siempre receloso, era igual que ese Chironi.

De modo que durante un buen rato Domenico estuvo allí, en Reikiavik, esperando a que llegara Cristian. Después, a una señal de los jueces internacionales, Domenico inició la danza: peón blanco a B4. Un movimiento tranquilo, prudente, previsible. Típico de él. Pero era el primer movimiento y le había concedido a su adversario el derecho a accionar el reloj de mesa.

Como habría hecho Cristian, Bobby Fischer apuró el tiempo casi hasta el límite antes de mover: caballo a F6. Esa apertura levantó susurros entre los presentes. Caballo a F6, parecía el fin del mundo. Todos habían estado esperando por él durante horas, mientras su rival, con su puntualidad, con su carencia de énfasis, comenzaba a hacerse invisible.

Fischer estaba distraído, jugó por debajo de sus posibilidades. Mientras que

el otro permanecía concentrado, ordenado, totalmente sosegado. No se confundían ni en un movimiento, a pesar de lo cual todos esperaban a que moviesen solo por ver cómo iba a responder el adversario. Esto sucede desde siempre: la humanidad siente inclinación hacia los que son poco fiables. Y quizá las historias, todas las historias, no son otra cosa que las historias de los que son poco fiables. Fischer, cuando llegó, miró a su alrededor y adujo problemas de tráfico, lo mismo que Cristian el día del compromiso matrimonial. Luego hizo su movimiento: caballo a F6. Ejecutó una acción que pareciese liviana, etérea, incluso despistada, como dando a entender que ni siquiera era necesario concentrarse demasiado para derrotar a ese adversario fiable, sosegado, que tenía enfrente. A esa precisa forma de falta de fiabilidad es a lo que aspiraba Domenico con todo su ser en aquel julio de 1972. Aunque solo tenía catorce años, tuvo claro que Cristian, con doce, ya sabía todo lo que él nunca aprendería. Y tal vez se dijo, o simplemente lo esperaba, que habría que pagar por toda esa pericia. Y la muerte habría sido un pago suficiente.

Cuando se hallaba a dos pasos de la casa a la que se dirigía, Domenico lo comprendió todo con una lucidez que en adelante nunca volvería a tener. Comprendió, por ejemplo, que en su rectitud no había nada de virtuoso, porque era fruto de una tendencia oculta. De una falta de inspiración y de valor que le había impedido realizar movimientos audaces, acrobáticos, equivocados. Los mismos que habían hecho y que hacían que Cristian estuviera tan desesperadamente vivo, a pesar de todo.

Antes de tocar el timbre se tomó unos segundos para llegar a la conclusión de que hasta ese momento había destinado la mitad de su tiempo a hacer solo las cosas buenas y justas, y la otra mitad a arrepentirse de ello. Mientras que Cristian había dedicado el mismo tiempo a equivocarse y el resto a cincelar sus errores.

Llamó.

En el piso había ese olor que le disgustaba y le excitaba al mismo tiempo. Como si las ventanas hubieran permanecido selladas durante años impidiendo

la fuga del más mínimo aroma, ya fuera humano o inhumano. Era humo de cigarrillos adherido a las paredes y comida pasada en el frigorífico, en el fregadero, en el cubo de la basura. Era sudor en los sillones deformados y entre las sábanas, incluso en los pliegues de las toallas, si bien tenían un aspecto que se podía considerar limpio. La inquilina no era una excepción, tampoco a ella se la podía considerar desaseada, pero tenía impregnado un olor a higiene apresurada. Exactamente como su cubil, que daba la impresión de mantener un orden pegajoso, conseguido en poco tiempo, como cuando están a punto de llegar invitados inesperados.

Desde un aparato portátil los Bee Gees chillaban el *Tragedy* como gatos en celo. Había elementos de sobra para desalentarlo, y sin embargo toda esa incomodidad notoria le servía para darle sentido a su presencia allí. La mujer lo recibió como venía haciendo en los últimos cuatro meses, simulando que lo veía por primera vez y que estaba sorprendida de que un hombre tan correcto y tan joven acudiera precisamente a ella.

Domenico dejó un billete de cincuenta mil liras sobre la mesa que había en el centro de ese piso más bien amplio, y a continuación añadió otro billete de diez mil, mostrándolo para que ella lo viera bien. Y a ella por supuesto no le pasó inadvertido y de hecho reaccionó con una astuta sonrisa, ni tierna ni agradecida. Sabía pocas cosas fundamentales sobre ese hombre que en los últimos meses la visitaba periódicamente. Una de ellas era que no debía manifestar señal alguna de intimidad; a él le gustaba que en cada ocasión recomenzaran de cero, con el mismo e idéntico embarazo de la primera vez, cuando, mientras ella le desabrochaba los pantalones, él la frenó agarrándola por las muñecas, como diciendo que lo haría solo; y en efecto, se sacó el cinturón y lo posó en el respaldo de una silla como si fuera una piel de serpiente. A continuación, sin mirarla siquiera, se desvistió con calma y cuando ya estuvo completamente desnudo recuperó el cinturón para ofrecérselo. Ella, a su vez, hizo ademán de querer desvestirse, pero él le dijo que no con una señal. Lo importante era coger el cinturón y usarlo contra él,

que permanecía de pie —las piernas ligeramente separadas, los puños apretados y un atisbo de erección— esperando los azotes. El primer correa lo clarificó todo. Un dolor muy diferente al que había imaginado, más envolvente, como la glorificación misma del castigo. Al tercer golpe ella ya había ganado seguridad, Domenico lo sintió con una precisión absoluta: una estría urticante y gruesa que corría desde la base del cuello hasta el costado izquierdo.

«¡Otra vez!», ordenó con la voz sensiblemente alterada.

Y ella comprendió, sin ningún género de dudas, que cuando él decía «otra vez» se refería a «otra vez ahí, justo en ese punto». Así que esperó a que Domenico apretara los puños para repetir el golpe anterior. Esta vez la piel cedió, expulsando sangre y suero.

La mujer dejó caer el brazo haciendo que la lengua oscura del cinturón lamiera el suelo. Respiraba profundamente.

Domenico apretó las mandíbulas hasta tal punto que temía que los dientes fueran a romperse. «¡Otra vez!», profirió.

La mujer enrolló el cinturón en la mano hasta completar una vuelta y tras ello golpeó. Secamente, con potencia, entre los riñones y los glúteos.

Domenico se esforzó en contener las lágrimas hasta que se giró para hacerle una señal con la mano. La mujer supo en ese momento que la sesión había terminado.

Desde entonces el ritual se repitió al menos un día a la semana, a lo largo de cuatro meses. El patrón tan preciso de tal castigo se sustentaba en el hecho mismo de contestarse a sí mismo.

Pero esta vez Domenico sintió la necesidad de desobedecerse, y se mostró convencido de que ello se debía al hecho de que había decidido ir a pie, en lugar de hacerlo en coche, como de costumbre, y al hecho de que había infravalorado el peso de los recuerdos.

Ah, aquel verano de 1972, frente al televisor con Cristian jugando a ser Bobby Fischer mientras él tenía que conformarse con el modesto papel del imperturbable Boris Spaski... Todos esperando al genio, que se retrasaba,

mientras el trabajador ejemplar hacía su movimiento y pulsaba el reloj. Hasta que, casi al límite de tiempo, el otro llegó y cogió el caballo como si quisiera marcar distancias, incluso coreográficas, entre el modesto movimiento del ruso y el suyo. Peón blanco a B4 contra caballo negro a F6. Y luego, en el transcurso de la partida, exactamente en el vigesimonoveno movimiento, Fischer se equivocó por completo y su alfil fue neutralizado; desde ese momento la partida estaba perdida. El resto fue renquear inútilmente.

Pero nadie recuerda esa primera victoria de Spaski, todos recuerdan la derrota de Fischer. Y Domenico lo entendió en otro modo. Por eso, una vez que estuvo con la mujer ese día dejó sobre la mesa su billete y añadió diez mil liras antes de empezar a desnudarse. Y cuando ella cogió el cinturón Domenico se giró para mirarla a los ojos.

«Caballo a F6», le dijo.

Sin saber qué responder, ella comenzó a mirarlo con recelo. Luego se inventó esa especie de sonrisa que desenfundaba cada vez que se veía en apuros. «Has sido muy malo», le dijo. «Pero aquí estoy yo». Entonces alzó el brazo para administrarle el primer correazo.

Domenico de nuevo la miró a los ojos. «Caballo a F6», repitió. «Con el peón habitual no. Golpea con la hebilla», matizó. Y apretó los puños.

La muerte, el más atroz por tanto de todos los males, no existe para nosotros. Cuando vivimos la muerte no está, cuando ella está no estamos nosotros.

De ese modo, con un apunte escrito a lápiz sobre una carpeta naranja, comenzaba la historia de la estirpe de los Chironi. Era todo el patrimonio que Marianna le había dejado a Maddalena Pes: un centenar de hojas redactadas a mano, con una escritura aguda pero diáfana. Eso que solo unos años antes se hubiera llamado «caligrafía» a secas, sin la tautológica «bella» que los tiempos magros le habían endosado. La propia palabra conlleva el término «bella», por lo que decir «bella caligrafía» equivale a decir «bella escritura bella». Así lo habría dicho el vetusto y diligente maestro Olla, que aunque daba clases en primaria sabía latín y griego; es decir, etimología, el significado de las palabras.

Volviendo al caso, esa escritura era un diminuto ejercicio gótico, regular y tan armonioso que costaba percibir los puntos en los que la mano del escritor se había detenido para colocar la punta de la pluma en el cuello del tintero. Era la escritura de los Chironi antiguos que, sin saber exactamente el motivo, tenían clara conciencia de sí mismos. De su necesidad de contar con un pasado para estar seguros de poder contar con un futuro. Maddalena no era capaz de explicarse por qué esa escritura la emocionaba hasta hacerle saltar las lágrimas. Aunque es eso lo que debe hacer la escritura: situarnos ante el punto

de no retorno, frente al abismo de nosotros mismos.

Maddalena no estaba sola en casa, porque su madre Nevina había adquirido la costumbre de visitarla a diario para ayudarla con el bebé. Gracias a eso podía permitirse estar aparte reflexionando. No había leído aún ni una palabra y ya entendía el sentido último del legado que Marianna le había hecho. Era más que un patrimonio. Era una posición, unas coordenadas en ese mundo sin posiciones y sin coordenadas. Era una invitación a la resistencia. Una incitación al crecimiento; le recordaba que tenía solo veinte años, y un marido, y un amor perdido, y un hijo.

Las primeras líneas del voluminoso manuscrito, que parecía bastante antiguo, habían sido añadidas de forma evidente tiempo después, en una hoja suelta. Maddalena reconoció la cita de Epicuro sobre la inutilidad de temer a la muerte, y la letra de Cristian. Acarició esas pocas líneas con las yemas de los dedos, disfrutando de la sensación de saber que contenían un fragmento de quien guio la pluma, aunque solo se tratara del ímpetu que había precisado para imprimir la presión justa. Cristian escribía bien; tendía a apretar, eso sí.

Ahora solo pensaba en que también Cristian había leído esas páginas. Podía imaginárselo inclinado sobre el pequeño escritorio de su habitación en la casa de los Chironi en San Pietro, a la que se accedía únicamente a través del jardín de Marianna. Lo estaba viendo mientras estudiaba la genealogía que el abuelo Luigi Ippolito, muerto como héroe de guerra, se había encargado de elaborar de modo que quedara claro que no se nace sin un pasado si hay alguien que es capaz de imaginarlo.

Sea lo que fuere, todo empezaba con un antepasado español, un tal De Quirón, enviado por castigo desde Castilla a Cerdeña como si se tratara de un policía o un carabiniere. Con el paso del tiempo aquel De Quirón se encandiló de tal modo del lugar que comprendió que no podría ni querría volver a España. Así es que se dirigió temerariamente hacia las tierras del interior, donde vivían los indómitos de las montañas, los sanguinarios que vestían pieles, con el séquito del obispo de Galtellí, que buscaba un lugar salubre al

cual trasladar la diócesis para escapar del aire insano y de las continuas plagas de la costa. Así llegó a Nur, un asentamiento encantador en lo alto de una meseta, rodeado por bosques y regado por arroyos de aguas cristalinas. Un pequeño edén en el que la corte eclesiástica se asentó sin tardanza. Allí nuestro De Quirón, que ya había transformado su apellido en el más autóctono Kirone, encontró a la mujer de su vida. Se dejó crecer la barba y abandonó la gorguera, y con ella probablemente toda su existencia anterior. Se vistió con el orbace típico de los nativos, trajo al mundo un niño que dedicó al arcángel Miguel...

Maddalena estaba tan absorta en la lectura del manuscrito que no se percató de la presencia de su madre detrás de ella. «¿Domenico no viene a comer?», preguntó Nevina.

«Tendrá cosas que hacer en alguna obra», respondió ella de una manera más bien expeditiva.

«¿Y no avisa?», insistió su madre, a la que no le había pasado inadvertida la reticencia de su hija.

Maddalena finalmente apartó la cabeza de las hojas que tenía sobre la mesa. «Cuando puede avisa», contestó tajantemente.

«¿Pero ha pasado algo?», preguntó la mujer sin prudencia.

Maddalena se levantó y en lugar de responder fue a encender la radio que había sobre el mueble de enfrente. El *Turn it on again* brotó desde el aparato como si no estuviera esperando otra cosa que expandirse por esa estancia. Nevina articuló una mueca. La chica agrupó los folios y los volvió a colocar, en perfecto orden, dentro de la carpeta. Tras ello la depositó en el estante del que la había cogido previamente.

Domenico no se dejó ver en toda la tarde. Y no volvió a casa tampoco esa noche. A la mañana siguiente, hacia las seis, Maddalena oyó que por fin se abría la puerta de entrada. Sintió el impulso de levantarse de la cama para ir

al encuentro de su marido y encararse con él, pero no lo hizo. Se quedó donde estaba, tendida de lado mirando las tiras luminosas que el amanecer estaba dibujando en la pizarra de las ventanas.

Domenico entró con cautela en el dormitorio, no hizo ademán de desvestirse, únicamente se inclinó para asegurarse de que su mujer estaba durmiendo.

«¿Con quién te crees que estás tratando?», preguntó ella a la nada que tenía delante. Una pregunta que rasgó físicamente el aire inmóvil de la habitación.

Domenico apretó los párpados. «Estuve bebiendo», confesó. «No quería que me vieras en este estado, he ido a dormir a casa de mi padre».

«Estuviste bebiendo», replicó ella, como si repetirlo hiciera más aceptable la situación. «Estuviste bebiendo», repitió de nuevo. Lo dijo sin moverse, porque si se hubiera dirigido directamente a él significaría que en cierto modo estaba dispuesta a comprenderlo. Pero no.

«Sí», confirmó él. Y nada más.

Permanecieron en silencio durante unos cuantos minutos. Cada uno tenía en su interior las palabras apropiadas para llenar ese silencio. Pero rebotaban en su cabeza sin lógica y sin hallar el modo de salir.

Domenico comenzó a desvestirse. «Tengo una cita de trabajo a las nueve», informó.

«Enhorabuena», comentó ella. Seguidamente, al ver que él no contestaba, aclaró: «Pues vas bien a la cita de trabajo».

«Lo sé, lo sé», salió del paso Domenico. Era como admitir que se merecía cualquier reproche que ella pudiera hacerle. «Escucha», intentó explicarse, «no estoy pasando por un buen momento».

«Ya, para mí es todo de color rosa...».

«No he dicho eso...».

«Ah, ¿no?».

«Quería decir que no sé exactamente qué me está sucediendo».

Maddalena se giró, lo vio de pie en su lado de la cama, en camiseta y calzoncillos. Luego notó una estría amoratada donde el muslo se une al glúteo.

«¿Qué te ha pasado?», le preguntó.

«Nada», se apresuró a contestar él mientras cogía ropa interior limpia de la cómoda y unos pantalones planchados del armario para dirigirse al baño.

Al quedarse sola en la habitación Maddalena pensó en la furia con la que acontecen las cosas, sin un maldito matiz, sin una mínima preparación. Pensó en que esperaba progresos en la crisis de Domenico. Él, terriblemente, había hecho creer a todos que la experiencia que había vivido con su padre se trataba de agua pasada. Pero no era así.

Salió del baño completamente vestido. Maddalena ya estaba en pie y había abierto la ventana del dormitorio para alrearla. Entonces pudo observarlo a plena luz: estaba pálido y dolorido.

«Ahora me recuperaré», se anticipó él haciendo un intento con esa sonrisa con la que sabía enternecer incluso a una roca. Pero la mirada de Maddalena decía que había poco que enternecer. «Necesito un café, con eso estaré bien», aseguró.

Se había afeitado, y cada vez que lo hacía a Maddalena le venía a la mente la lánguida época de las expectativas, que es como una solución acelerada, la ilusión de las perspectivas. De repente le entraron ganas de llorar, pero se contuvo; habría muerto ahogada antes que dejar salir el más mínimo sollozo de su garganta. Así, sin decir nada, se dirigió a la cocina para preparar café.

Domenico había empezado a aislarse tras la muerte de Mimmíu. Más que transformarse, había evolucionado hacia un ser circunspecto.

Con una progresión cada vez más rápida fueron aumentando las ocasiones en las que decidía ir a dormir a la casa que había sido de su padre. A Maddalena la situación acabó pareciéndole totalmente lógica, porque el suyo no era un matrimonio que dependiera del hecho de compartir. Había que verlo con perspectiva. Ahora que todo estaba claro podía decirse a sí misma sin sentimiento de culpa que no se había casado con el hombre al que amaba y por

tanto no veía por qué ese hombre debía comportarse como si fuese amado. Pero albergaba hacia Domenico una ternura infinita, eso sí. Quizá más que la que albergaba hacia su hijo. Y sabía que ese hombre nunca la abandonaría, ni nunca pretendería algo que era imposible de obtener. Paradójicamente, ella se sentía más segura ahora que él reunía el valor para ejercer su autonomía.

Dejó de hacerle preguntas sobre lo que lo llevaba a pasar tanto tiempo fuera de casa, sobre sus frecuentes dolores, sobre la bebida. Sobre todo. De modo que, fiel a su estilo, resolvió enseguida la cosa advirtiéndole de que si quería pasar las horas en casa de su padre podía hacerlo, pero que no iba a tolerarle bajo ningún concepto que la avergonzara públicamente. Era lo que a Maddalena le encantaba resumir como «así están las cosas», y sobre todo un método para no dejarse pillar desprevenida. La inesperada desaparición de Cristian había alterado su precisa visión del futuro, y eso, se juró a sí misma, no volvería a ocurrir nunca más. Había accedido a convertirse en una esposa fingida con tal de seguir amando al hombre de su vida, y ahora no quedaba otra cosa que esa ficción. Era una mujer que no aceptaba lo que no podía prever.

Su madre Nevina, enamorada del nieto bebé, deambulaba a menudo por la casa y asediaba a Maddalena con su silencio, aparentemente discreto.

«¿Qué es lo que estás leyendo siempre?», le preguntó un día al verla en el escritorio.

«Mi patrimonio», respondió ella articulando una sonrisa para que su madre comprendiera hasta qué punto esa broma se ajustaba a la realidad.

Desde esa ocasión Nevina no volvió a hacer preguntas y Maddalena no tuvo que dar respuestas. El curso de los acontecimientos, en la narración del manuscrito, había alcanzado un ritmo sostenido, una especie de urgencia cargada de tensión... Se veía que en la mente de aquel Luigi Ippolito Chironi, que la escribió, había la necesidad de darle un sentido concreto al vacío, una respuesta a la afasia.

Que aquella tierra se viviera como una bendición y una maldición al mismo

tiempo era algo que ella podía entender.

Cristian habría podido entenderlo. Domenico, a lo sumo, podría intuirlo. Lo cual no era un privilegio.

No realmente, pobre criatura sufriente.

La nostalgia de su padre, la libertad que su desaparición había comportado, se manifestaba en él como una especie de euforia. Especialmente cuando se encontraba a solas en su casa y podía hurgar en todos los muebles, en todos los rincones, hasta en el más remoto; cuando podía darle la vuelta a los bolsillos de pantalones, chaquetas, chaquetones, abrigos colgados en el armario; cuando podía revisar esos cajones que siempre le habían sido prohibidos. Sentía el entusiasmo de la disponibilidad absoluta de sí mismo. Pero también un tenue pudor por el hecho de poder acceder, sin control, a la intimidad de su padre.

La casa vacía hablaba un lenguaje seductor, le explicaba que ya todo era posible, que no había pliego que no pudiera leer o documento que no pudiera examinar, u omisión que no pudiera ser desvelada finalmente. Las primeras noches apenas durmió, aunque se entretuvo solo en la superficie, como cuando se raspa el barniz con la uña para testar la capa subyacente sin afectar innecesariamente a la integridad del objeto. Pronto el furor de sí mismo, como un ímpetu por revelarse, lo empujó a abandonar toda cautela. Se vio invadido por un hambre furibunda, por el deseo de desnudar cualquier mentira, pero también de resucitar solamente los objetos, en apariencia muertos, en las tumbas oscuras de los armarios, en las cómodas, en las mesitas, en los aparadores... Mimmíu lo había conservado todo, incluida la ropa interior de su mujer Ada, muerta pronto y pronto olvidada. Había archivado en un álbum y en cajas de hojalata, ordenadas, cientos de fotografías, en blanco y negro y en color. De él siendo niño, y de Vincenzo Chironi, y de Cecilia, incluso de Marianna cuando era joven. Luego estaban aquellas en color de él y Domenico

de pequeño, vestido ya como un hombrecito. Criado por su padre y nadie más. Domenico contempló su mirada en aquellas fotografías. Miró su mentón afilado como si estuviera haciendo un esfuerzo para no llorar. Se sintió asaltado por una especie de melancolía adulta, como si pudiera permitirse hacerle cualquier promesa a aquel niño que ahora lo estaba observando con severidad desde la foto.

En un cajón de la biblioteca encontró las bobinas. Las recordaba, por supuesto, cómo iba a olvidarlas. A veces, tras montar el voluminoso y resonante proyector, el que estaba embalado en el armario del vestíbulo, Mimmíu se entretenía proyectándolas. Y comentándolas. Domenico era entonces un adolescente y le juró a su padre que tarde o temprano destruiría aquellas películas. Su padre sonrió por el embarazo, pero para evitar riesgos las guardó. Ahora estaban allí. La caja que contenía la primera bobina llevaba la inscripción Cala Liberotto, julio de 1967.

Fotogramas con colores demasiado saturados animaron la pared libre de la sala de estar. Era una playa invadida por cúmulos de posidonias. Desde lo alto de uno de ellos se asomaba Cristian, delgado como un fideo, con el traje de baño cayéndole por las caderas y sujeto con un cinturón de tela. Saludaba en dirección a Mimmíu, que estaba filmando. El pulso no era firme, aunque la filmación tenía la obstinación expresionista de los pioneros del cine. Luego un primer plano de Cristian mostraba su rara belleza, el legado genético. A continuación Domenico, sin atrevimiento, como esos aborígenes que frente a la cámara fotográfica temen perder su propia imagen. Más redondo y completamente vestido, con un gorrito ridículo. Todo lo que el otro tenía de libre lo tenía este de forzado. Domenico se contempló con una pena repleta de ternura, pensó en el niño de nueve años que era y recordó cada momento de malestar, cada malentendido cotidiano. La mirada se le empañó levemente cuando Cristian, que tenía siete años, corría hacia el mar para mojarse los pies y él, por el contrario, retrocedía. Apagó el proyector.

Lo volvió a encender al cabo de un rato, a pesar de que recordaba

exactamente qué sucedía en la parte siguiente de la breve filmación. Sucedió que Cristian notaba su vergüenza y volvía atrás para invitarlo a que fuera con él a la orilla. Sucedió después que él no quería y se resistía, y cuanto más se oponía más se empecinaba Cristian, que tiraba de él por un brazo. Mimmíu, que evidentemente se estaba divirtiendo, no se perdía ni un detalle de esa pequeña lucha. Luego sucedía que Domenico, vencida ya toda resistencia, se dejaba llevar por un llanto rabioso. Eso es.

Apagó.

Pese a que ya era noche cerrada, persistía un calor inusual. Tremendo. De esos que hacen que los ancianos nieguen con la cabeza.

El mes de agosto de 1980 se había estrenado realmente mal, con ese desastre ocurrido en Bolonia. ¡Por el amor de Dios! Uno se preguntaba en qué cloaca apestosa se había escondido la humanidad.

«Pobre gente», susurraba Nevina entre sollozos. «Pobres criaturas...».

Desde la otra habitación, Luigi Ippolito Giuseppe comenzó con su lamento de animalillo abandonado. Tenía diez meses, empezaba a articular algunas sílabas, pero el sueño seguía siendo un problema con él. Maddalena fue hasta su pequeño cuarto para dejarse ver y convencerlo de que no estaba solo en el mundo. El pequeño se tranquilizó.

Los escombros, incluso vistos desde la pantalla del televisor, parecían inmensamente polvorientos. Sabemos muy poco los unos de los otros, sacó en conclusión Maddalena.

Nevina fue con su hija, que aún estaba secándose los ojos. «¿Cómo es posible?», se preguntó a sí misma.

Su madre meneó la cabeza. «¡Bestias!», murmuró.

Había un ambiente extraño en ese cuarto, como de cosas que terminan, como de despedidas, como de discursos concluyentes.

«Apagué la televisión», anunció Nevina. «No puedo, de verdad. .. ¿El niño no tendrá calor?», preguntó a continuación para tragar definitivamente la amargura que sentía en la garganta. «Lo veo demasiado abrigado, a lo mejor no duerme por eso».

«No, no, está bien», respondió Maddalena. «No duerme porque no duerme.

Eso es todo, yo ya me he acostumbrado».

«¿Has pensado en eso que te dijo el pediatra?».

«¿Lo de que hay que llevarlo al parvulario?». El tono de Maddalena se volvió hostil.

«Ten en cuenta que lo dijo por ti más que por él», señaló su madre.

«Yo estoy bien», respondió tajantemente. «Y mientras pueda tenerlo, el niño se queda conmigo. ¡No lo voy a dejar en manos de extraños!».

«Está bien, está bien», dijo Nevina templando los ánimos. Y calló.

«¿Y ahora qué pasa?», preguntó Maddalena, nerviosa.

«Nada», contestó su madre secamente. «Nada. Va todo bien, ¿no? Me refiero en casa, ¿va todo bien?». Maddalena, incapaz de mentir de viva voz, asintió con la cabeza. «¿Cómo es que no encuentro nunca a tu marido en casa?».

«Es una situación nueva para él. Ya sabes cómo es, le entra la ansiedad por cualquier cosa».

«Escucha, me han llegado rumores nada buenos...».

«¿Qué rumores?».

«Se comenta que empina el codo a menudo. Lo han visto», manifestó ella como si llevara días preparándose para ese momento. Maddalena se encogió de hombros, a pesar de que sabía que esos rumores no eran infundados. «¿Pero él viene a casa?», preguntó a continuación para aprovechar la pequeña ventaja que había adquirido respecto a su hija.

Maddalena, una vez más, se encogió de hombros. «Por supuesto. ¿Qué preguntas son esas?», comentó para salir del paso.

«Son las preguntas justas. Le pido a tu padre que hable con él, si quieres...».

«¡Manteneos al margen de este asunto!».

Su voz brotó sin control en ese instante. Luigi Ippolito Giuseppe se asustó. «Manteneos al margen de este asunto, ¿entendido?», repitió Maddalena volviendo al tono contenido de poco antes.

Nevina frunció el ceño y entornó los ojos como si necesitara identificar a ese ser humano que tenía enfrente, porque a pesar de su parecido no era

posible que fuera su hija. «Vuelve a hablarme de ese modo y te juro por Dios que, por muy crecida que estés, la emprendo contigo a bofetones. ¿Está claro?», concluyó sin rodeos.

La caja de la segunda bobina llevaba la inscripción 1971, Actuación. Los planos del comienzo recogían los preparativos antes de salir a escena. La profesora Pinna dando las últimas instrucciones a los actores. Maquillaje ingenuo, coronas de cartón, capas forradas, cetros de madera pintados de oro. Y esa extraña fiebre que se propaga cuando se presenta a un público formado por padres el resultado del trabajo de un año. Todo ello quedaba meridianamente claro en la filmación de aquella aula transformada en el camerino de un teatro. Y luego estaba Cristian, que aunque iba a sexto había sido reclutado porque la profesora Pinna se había «encaprichado» de él.

La cosa fue así. Domenico, que iba a octavo, había sido enrolado con sus compañeros de las clases de octavo para la actuación de fin de curso. Un día que estaban ensayando en el salón de actos Cristian se presentó para llevarle a Domenico la merienda que se había olvidado en casa. Entró interrumpiendo el ensayo de Enrique IV. Estaban en el momento en el que el príncipe de Gales afirma que no quiere tener nada que ver con el reino. Y lo hace porque su padre prefiere en todo a Percy, que al contrario que él parece haber nacido para ser rey. Domenico recordaba perfectamente aquella parte, aunque no era la suya, sino de Costantino Cossu, que tenía el papel de Enrico IV porque era grande y fuerte y con doce años ya se afeitaba la barba: «*¡Oh, si algún día descubriera que un genio errante en la noche había venido a intercambiar a hurtadillas nuestros dos hijos, llamando Percy al mío y Enrique Plantagenet al suyo! Entonces yo ahora sería el padre de su Enrique, y él sería el del mío*». Las imágenes eran granuladas y no había sonido alguno, salvo el ronroneo del proyector. Era una filmación de mala calidad y toda ella hecha a la misma distancia, a dos o tres metros del proscenio. Se trataba de escenas

fragmentarias, con patéticos niños con leotardos y armaduras de cartón que imitaban historias inmensas, muy lejanas, de héroes sedientos de sangre. No podía escuchar las palabras, pero misteriosamente las recordaba. Porque era su escena, cuando Percy y el poco fiable príncipe heredero se enfrentaban. En torno a ellos había un bosque de plantas inexistentes en la naturaleza, dibujadas por los muchachos sobre tiras de papel pintado en el taller de artes plásticas.

En la escena debían fingir que se encontraban durante la batalla, habían estado en el mismo bando, pero acabaron convirtiéndose en enemigos irremediabilmentemente.

Domenico: *«Me llamo Harry Percy».*

Cristian: *«Un nombre que me dice que tengo frente a mí a un rebelde de gran valentía. Yo soy Enrique, príncipe de Gales. Percy, no pienses que vas a poder compartir la gloria conmigo de ahora en adelante, puesto que dos estrellas no pueden girar en la misma órbita...».*

Domenico: *«Y no ocurrirá. Porque ha llegado la hora, Enrique, en la que uno de nosotros dos ha de ver su fin. Y ojalá Dios quisiera que también en el uso de las armas tú tuvieras un nombre igual al mío».*

Todo lo recordaba. Todo. También que, unos segundos después de esas bellas palabras, debía morir a manos de Cristian. Con la espada de cartón y papel maché penetrándole entre el brazo y el costado en un truco teatral que entonces les pareció a todos realmente impresionante.

Dejó que la película se rebobinara y la recolocó en su estuche cuidadosamente, como si temiera que Mimmíu se fuera a dar cuenta de que había estado viéndola. Luego la devolvió a su sitio, junto a la de Cala Liberotto.

En ese silencio se sintió repentinamente solo. Miró a su alrededor, había un desorden que a su padre no le hubiera gustado. Fue así, en un sondeo general, como puso sus ojos en el borde de una carpeta que le había pasado inadvertida con anterioridad. Había acabado bajo una pila de periódicos, Domenico

descubrió que Mimmíu conservaba también cierta cantidad de revistas pornográficas. Se trataba de una carpeta anónima, de cartón prensado y rígido, de esas con solapa sujeta con una goma. En realidad no tenía nada de especial, salvo que, con letra mayúscula precisa que Domenico conocía bien, Mimmíu había escrito en la parte delantera la palabra Cristian. Solo eso. Había un sinfín de razones para no abrirla, pero las descartó todas. La abrió.

Encontró un montón de recortes, en perfecto orden cronológico, que recogían noticias de prensa sobre la muerte de Cristian. Encontró algunas notas escritas a mano, sobre todo cifras: 10 000, 200 000, 450 000, y la suma correspondiente. Después una serie de justificantes postales: recibos de pagos, mediante giros telegráficos, a nombre de una tal Federica Schintu.

Esa noche volvió a casa con su mujer. Por la cara de Maddalena supo que ella no contaba con él, cosa que, de un modo inexplicable, le provocó ansiedad. Aunque la disimuló. Nevina se encontraba aún allí, estaba preparándose para irse. Lo miró con más pena que rabia, y le preguntó si había cenado. Domenico observó a Maddalena sin responderle a la suegra, aunque era evidente que ella no esperaba respuesta alguna; se dirigió hacia la entrada para ponerse el abrigo. «Nos vemos mañana», le dijo a su hija al marcharse.

Se quedaron de pie uno frente a la otra. «Hay rollo de carne en el aparador», dijo Maddalena con un gesto vago señalando a la cocina.

«¿Lo ha hecho tu madre?», preguntó él.

Maddalena asintió. Domenico se fue a la cocina. Encontró el rollo de carne en un plato cubierto por un paño limpio. Llevó el plato a la mesa y a continuación miró a su alrededor como tratando de recordar dónde estaban los cubiertos. Abrió un cajón del aparador y sacó un tenedor. Después, de otro cajón, una servilleta. Finalmente se sentó.

«¿Te quedas?», preguntó Maddalena tras aparecer detrás de él.

«Sí, si no supone un problema», respondió Domenico con la boca llena.

«No, no supone un problema», sentenció Maddalena. Sin quererlo, se sintió resentida.

«Está bueno», dijo Domenico para llenar un silencio que estaba volviéndose incómodo.

«¿Mañana?», preguntó Maddalena. Por su tono parecía que no necesitaba añadir nada. Domenico se limpió la boca. Maddalena abrió un mueble para coger un vaso y agarró la botella de vino, ya abierta, que había en el fregadero. Llenó el vaso a la mitad y se lo ofreció. «Toma, no vaya a ser que acaben diciendo que hice que te ahogaras con un rollo de carne».

Domenico rio, tragó y a continuación echó un trago de vino. «Tu madre estaría contenta», dijo.

«Hay que llevar al niño al pediatra mañana por la mañana, ¿me acompañas?».

«¿Has dicho mañana por la mañana?».

«Vale, olvídalo», intentó zanjar el tema Maddalena, molesta por la indecisión de su marido.

«No, no», la rebatió él. «De acuerdo, mañana por la mañana está bien... Por la tarde tengo que ver a varias personas, pero por la mañana no hay problema. ¿A qué hora?».

«A las diez», concretó Maddalena. «De todas formas, hoy duermes aquí, ¿no?».

«Sí, sí», confirmó él.

«En todo caso, la cama de la otra habitación está preparada», concluyó ella. Domenico se sirvió más vino.

Nevina estaba oscurecida como una medianoche. Caminó un buen trecho, dando un rodeo para llegar a casa. Bebió un poco de frescura nocturna, pero eso no le bastó para sacudirse esa terrible sensación de peligro inminente que sentía cada vez que iba a casa de su hija. Luego, una vez que estuvo en su piso,

trató de mostrarse serena, o al menos no demasiado preocupada.

No había pasado aún un minuto desde su entrada cuando Peppino salió a su encuentro. «Acabo de llamar a Maddalena», afirmó. «Me dijo que ya hacía media hora que te habías ido, iba a salir a buscarte».

«Y eso quiere decir que tenía que ver a mi amante, ¿no?», dijo ella, aunque sin que sonara tan gracioso como pretendía.

«¿Qué ocurre?».

Nevina se quitó los zapatos y el abrigo antes de contestar. Luego se agachó a recoger un recibo antiguo que se le había caído del bolso. Peppino aguardó a que acabara, sin agobiarla. «No lo sé ni siquiera yo lo que sucede. Pero cada vez que voy a esa casa me pongo de mal humor...». Miró a su alrededor. «¿Estás solo?», preguntó.

«Tu hijo se ha ido a bailar», dijo su marido.

«Ya lo tiene por costumbre todas las noches», constató Nevina. «De todos modos, a mí esta historia de Maddalena no me parece para nada normal. Domenico nunca está en casa, y cuando se deja ver tiene un aspecto que ni te cuento».

«¿Y ella qué dice?», preguntó Peppino mientras llevaba a su mujer hacia el sofá para que se sentara.

Nevina se detuvo, de pie. «No dice nada. Da la impresión de que esta situación a ella incluso le viene bien. Y luego si preguntas qué han decidido sobre el niño resulta que no lo saben ni ellos. Tiene diez meses y ni siquiera lo han bautizado, no sé yo...».

Peppino negó con la cabeza y se encogió de hombros. «En estos tiempos ese tipo de cosas ya no importan, antes tal vez, pero ahora... Si para ellos está bien, estará bien así», sentenció. Luego, en lugar de hacer que se sentara en el sofá tiró de ella hacia él. «Tú tienes que aprender a estar tranquila», susurró. «Relájate. Ven aquí». La invitó apretándola contra él. «¿Desde cuándo no vamos a bailar tú y yo?». Nevina no respondió, pero poco a poco se dejó llevar.

«Con los ecos del concierto, que juntos nos encontró, repetiré el camino que me lleva a ti. Dondequiera que estés, si escuchas, junto a ti me encontrarás», comenzó a susurrarle al oído dando los primeros pasos. Ella lo siguió complacida, pese a que fingía que solo trataba de contentarlo. *«Dondequiera que estés, si escuchas, junto a ti de nuevo me verás. Y hallarás algo de mí en un concierto dedicado a ti»*. Desafinó dulcemente, imitando un agudo de diafragma, mientras invitaba a su mujer a dar un giro.

A Nevina le cayeron unas lágrimas, por el presente, pero también por el pasado.

La visita al pediatra no reveló nada especial. Todo iba bien, el niño estaba sano, tenía incluso un poco de sobrepeso. Nada preocupante. Domenico y Maddalena parecían, y lo fueron, una pareja perfecta. Todos en el ambulatorio valoraron que un joven padre sintiera la necesidad de acompañar a su joven esposa a la revisión rutinaria de su niño.

Agosto se iba a marchar en breve con la fiesta colectiva dedicada al Redentor. Justo en esa fase concreta en la que el verano se rompe, volviéndose repentinamente otoñal o aún más feroz. En ese 1980 los adoquines del paseo emanaban tanto calor que podrían haber surgido de una erupción volcánica. Parecía como si todavía no se hubieran condensado bajo los pies.

Y sin embargo Maddalena, del brazo de Domenico, que guiaba el cochecito con su primogénito, los recorría como si fueran una alfombra de flores. Hasta tal punto que incluso los paseantes más distraídos se giraban para mirarlos.

De vuelta a casa, comieron tranquilamente. Luigi Ippolito Giuseppe dormía como un bendito. Después de la comida se besaron largamente, como cuando eran unos chiquillos, sin un solo constructo, sin una sola promesa.

«Siempre tengo miedo de decir algo equivocado», pronunció Domenico con exactitud.

Maddalena pensó que esa lucidez era un milagro, o la salida del túnel. Es

cierto que ella le había hecho abiertamente la pregunta «¿Por qué ya no me dices nada?». Pero no es menos cierto que no esperaba que él respondiera con tal claridad. «Sé por lo que estás pasando», le dijo.

Domenico sacudió la cabeza con vehemencia. «Siempre sueño con la misma cosa», trató de explicarse.

Y ella comprendió que al decir «la misma cosa» se estaba refiriendo al momento en el que pensó que podría salvarle la vida a su padre. «Lo superaremos», le aseguró cogiéndolo por los hombros.

Él reprimió un lamento, los desgarros de su vida, como los de su carne, también estaban ocultos bajo el fino tejido de la camisa. Maddalena comenzó a desabotonarla. Pero Domenico la frenó apretándole con firmeza las muñecas. «No es posible», dijo.

Maddalena se detuvo y retiró las manos como si su marido quemara.

«Te había dicho que tengo que ver a varias personas por trabajo», se justificó abotonándose la camisa.

Al salir de casa volvió a respirar con calma. La dirección de Federica Schintu correspondía a un edificio humilde en un barrio de la periferia. Campos sin cultivar, terrenos en condiciones equidistantes entre la naturaleza y la civilización. Espacios a la espera de tener sentido, ya no eran verdes, aún no estaban edificados. Lugares paradójicos que deberían ser una promesa de renacimiento y progreso, y sin embargo parecían el resultado de un conflicto reciente. Aquel discurso se había visto interrumpido por la *pars destruens*: se mantenía en precario más allá de toda tolerancia humana. Por eso los llamaban «barrios satélites» o, más presuntuosamente, «residenciales». Pero no eran más que cúmulos de materiales de construcción en la nada. Porciones de territorio roñoso como un terciopelo gastado a la espera de algún plan urbanístico que le diera un significado. En cualquier caso, era allí, decían, en aquella campiña que se había vuelto estéril, agredida por la alopecia, donde

iba a originarse toda la prosperidad. Así es que el entusiasmo inicial por el futuro prometedor se vio sustituido por una especie de resignación ambiental, una familiaridad cotidiana con lo inacabado, que convertía en inacabados incluso los pensamientos. De modo que las farolas eran tallos sin fuente de luz, costillas de ballena a lo largo de caminos sin asfaltar que se convertían en pantanos cada vez que llovía. Pequeños bloques de pisos pastaban en la aridez de presuntas zonas comunes que progresivamente iban viéndose reducidas a maleza y a vertederos para muebles viejos, colchones y algunos electrodomésticos en desuso. Allí vivía Federica Schintu.

Para Domenico estaba claro que vivir allí debía de implicar en cierto modo tener una visión muy cínica del mundo. Pero fue precisamente esa constatación lo que le hizo comprender, por primera vez, a qué extremo había llegado. También dentro de él, que estaba desertizándose, se habían formado humildes edificios de resignación. Con las mismas horribles puertecillas de aluminio anodizado y vidrio esmerilado con la cerradura siempre defectuosa que al primer golpe de viento quedaban a merced de las corrientes. Con sórdidos ascensores revestidos con falsa madera (es decir, fórmica que imita a haya) y sus botones espantosamente cilíndricos, con el amarillo para dar la alarma, mientras que todos los demás eran rojos. Allí se adhería como un glaseado el humo de los cigarrillos o cualquier exhalación humana o inhumana, de comida o de axila, de hollín o de mierda.

La puertecilla cedió antes de que Domenico pudiera comprobar si estaba abierta o cerrada. Entró en un pequeño portal que olía a una mezcla de comedor escolar y vestuario de gimnasio. Sobre el citófono había leído Schintu, 3.º, el último piso. Estuvo tentado de coger el ascensor, pero cambió de idea. Cada dos rampas había un rellano en el que las entradas de dos pisos se miraban la una a la otra y en el centro, en la pared de enfrente, la puerta del ascensor, similar a la de una cabina telefónica. De nuevo era el olfato lo que le hacía saber que estaba pasando de una planta a otra. Un olor a repollo, a desodorante, a moho, a ropa vieja...

La de Schintu era la pequeña puerta de la derecha al final de las escaleras, justo donde se interrumpía la tenaz barandilla pintada de gris con un pasamanos cubierto con plástico azul.

Tocó el timbre. Esperó.

Sintió pasos que iban al encuentro de la puerta cerrada.

«¿Quién es?», preguntó una voz de mujer muy desconfiada.

«No nos conocemos», informó Domenico aclarándose la voz. «Soy el hijo de Mimmíu Guiso».

«Ah», dijo la mujer, que ya había llegado a la altura de la mirilla. «¿A quién busca?».

«Schintu Federica», respondió Domenico anteponiendo el apellido como para añadir una pátina de oficialidad a esa extraña conversación.

«Soy yo», afirmó ella con el ojo pegado a la diminuta lente de la puerta. El rostro de ese hombre en el rellano, visto a través de ese hueco, parecía la cara de un raro pez globo.

«Tenemos que hablar», dijo él entonces. Previendo que ella lo estuviera observando, dio un paso atrás y abrió los brazos para que pudiera comprobar que no era peligroso.

Se oyó un ruido de cerradura. Domenico no avanzó hasta que la mujer se mostró en el estrecho espacio de la puerta, aún cautamente entrecerrada. Era pequeña, nerviosa y seca, con unas mallas anaranjadas y una camiseta verde dos tallas más grande de la que le correspondía. Descalza, con las uñas de los pies pintadas de un rojo intenso. No era fea, aunque se la veía descuidada, con un maquillaje irregular y el pelo algo reseco a causa de una permanente agresiva.

«¿Quién le ha dado mi nombre?», preguntó empeñándose en tratarlo de usted a pesar de que era evidente que Domenico podría ser coetáneo suyo, o incluso más joven.

«Mi padre», contestó él como si estuviera preparado para esa pregunta. A continuación rebuscó en el bolsillo de la chaqueta. Ella se sobresaltó.

Domenico extrajo un mazo de hojas sujetas con una goma y se las enseñó. En la otra mano mostró un billete de cien mil liras.

La mujer dejó que entrara echándose a un lado.

El interior del piso resultó, extrañamente, refinado. A Domenico le vinieron a la mente esos extraños cuarzos que por fuera aparentan ser erizados mientras que dentro tienen un alma violeta totalmente lisa y marmórea. Es cierto que el gusto en la elección del pavimento, de los revestimientos y de los muebles era mejorable, pero todo parecía muy limpio y digno. Cada cosa era novedosa y ordinaria al mismo tiempo, como sucede en determinadas residencias para ancianos o para estudiantes.

Precediéndolo en un paso, la mujer lo condujo a una sala de estar amueblada en exceso: sillones, mesitas, vitrinas, sillas, aparadores y una cómoda coronada por un televisor encendido, pero sin volumen. Además de en las vitrinas, había sobre los muebles una cantidad incalculable de objetos y baratijas, lámparas y fotos enmarcadas.

Federica Schintu indicó a Domenico una silla, pero él siguió de pie. «Mi padre le enviaba un giro postal todos los meses», le espetó. Tras eso guardó silencio.

La mujer lo miró titubeante realmente, nadie habría podido fingir con una credibilidad similar. «La verdad es que...», comenzó diciendo, luego interrumpió la frase como si de repente hubiera descubierto que podría llevarla demasiado lejos.

Domenico esperó a que continuara. Ella, sin embargo, no parecía que tuviera intención de hacerlo. De modo que él sacó un pequeño recibo verde del mazo en el que estaba y leyó: «Quinientas mil liras a Schintu Federica». Cada mes. Y eso durante un año.

«Sí», admitió ella, puesto que no podía negar la evidencia. «Figura mi nombre, pero no era para mí... Yo lo recibía, iba a retirarlo y luego lo depositaba, eso es todo».

Esa respuesta provocó en Domenico un sobresalto, era como si por primera

vez comenzaran a cuadrar las cosas. El corazón comenzó a galopar en su pecho. «No eran para ti», repitió pasando a un tuteo que debía parecer resolutivo y poco condescendiente.

Federica se vio sorprendida por un temblor en la pierna, ese nerviosismo irritado de alguien a quien cogen con el pie cambiado. «No, eran para una persona que me pidió que le hiciera el favor de recibirlo por ella...», respondió con evasivas.

«¿Y tú qué ganabas?», preguntó Domenico mostrando sus cien mil liras.

«Bueno», dijo ella mirando a los ojos la imagen de la Gracia de Botticelli en el billete, «yo ganaba la molestia de hacer cola en la oficina de correos y en el banco».

Domenico le ofreció el billete dando a entender que no lo soltaría sin una respuesta. «Hagamos una cosa», dijo con una calma absoluta a pesar de la furia que le hervía por dentro. «Yo digo un nombre y si es el nombre correcto tú coges las cien mil liras. ¿De acuerdo?».

Federica Schintu asintió.

«Raimondo Bardi», pronunció Domenico.

La mujer, tras vacilar un instante, cogió el billete.

No volvió a casa con Maddalena. Y ella no lo esperó, porque había comprendido todo lo que él no le había dicho. En cuanto Domenico salió de casa, Maddalena telefoneó a Nevina y, con el pretexto de contarle lo que les había dicho el pediatra, le dejó caer a su madre que esa tarde era mejor que se quedara en su casa. Nevina respondió que no había problema, que de todas formas tenía que planchar y hacer un montón de cosas que, le insinuó a su hija, había dejado de lado en los últimos días para atenderla a ella.

Maddalena colgó y le sonrió al silencio que la rodeaba. Se sentó en su sofá, se abandonó por completo, cerró los ojos. Actos como ese, de aparente rendición, habían generado obras de arte. Había leído en alguna parte que «el

pobre señor Karenin», por ejemplo, nació precisamente en una sobremesa de finales de verano, mientras Tolstói trataba de poner remedio a una noche insomne en el sofá de su dacha. A ella de Ana Karenina solo le gustaba el marido de Ana, que a pesar de la evidencia trataba de mantener en pie su matrimonio. Y se equivocaban quienes creían que lo hacía únicamente por conveniencia. Él era un hombre honesto, un tonto, un melancólico enamorado. Maddalena pertenecía a esa clase de mujeres que habrían odiado a Ana Karenina desde el primer momentó. Tan estúpidamente perfecta, tan inútilmente sofisticada...

Luigi Ippolito Giuseppe se estaba quejando en su habitación. Maddalena se levantó para ir con él, y en la transición entre el sueño y la vigilia se vio obligada a abandonar la tribuna del hipódromo desde la que Ana, haciendo caso omiso de la presencia de su marido, se lamenta públicamente por la suerte de Vronski.

Al llegar al cuarto de su hijo se inclinó sobre la cuna para hacerle saber que estaba allí con él. El pequeño tensó los brazos, ella lo cogió y lo acercó a su seno. Se quedaron así por un tiempo indeterminado. Ahora la realidad parecía solo un apéndice pobre de la imaginación; no había llanuras nevadas, ni trineos tirados por mansos caballos. No había estrenos teatrales ni recepciones. Nada. No estaba Domenico. Estaban ella y su niño.

El pobre Domenico Guiso miró el reloj, que marcaba las dos de la madrugada. No le había costado mucho deducir cómo habían sido las cosas entre su padre y Raimondo Bardi. Él conocía bien a Raimondo. Tras la detención en el puerto de Livorno declaró que era ajeno a lo sucedido, a pesar de lo cual fue condenado a cinco años de cárcel. El hecho de que Mimmíu le pagara mensualmente con Federica Schintu como testaferro lo decía todo, explicaba cuánto sabía efectivamente de la muerte de Cristian. Y de todo lo demás.

Domenico tuvo una sacudida de nerviosismo. Cuando estaba solo podía permitirse reacciones extremas como arrojar al suelo desde la mesa de un manotazo vasos y platos usados y dejar que se hicieran añicos en torno a él. Podía incluso reducir su piso a un estercolero, dentro del cual era libre de circular desnudo y sucio como un salvaje. Pensó que sabía lo que debía hacer.

Le llevó unos días obtener la autorización. En cuanto al viaje, no le resultó difícil hacer creer a Maddalena que se trataba de un asunto de trabajo. Pero cuando se hallaba frente al vigilante que le pedía la documentación, Domenico sintió una ligera incertidumbre.

Ese inicio de setiembre era muy dulce y lisonjero. Hasta Cagliari viajó tranquilo, con la ventanilla entreabierta porque quería saborear el aroma cautivador que venía del campo. Si hubiera podido embotellar aquel perfume se hubiera hecho verdaderamente rico, pensaba. Fuera del habitáculo el paisaje discurría, salía a su encuentro en el parabrisas, luego se abría en dos brazos y se deslizaba por los laterales. El cielo era terso y compacto como yeso azul. Sin nubes. A través de la calzada de la nacional 131 estelas de ligustros espontáneos, de cítricos, de plantaciones de alcachofas, de rocas plateadas aflorando entre el vello semiseco del monte, de palcos completos de hinojo silvestre, de grumos de espárragos, de tierra arcillosa mordida por las excavadoras acariciaban apresuradamente las puertas del automóvil de Domenico. Pisó fuerte el acelerador, por desafiar a aquel paisaje viscoso más que por llegar antes. No tenía prisa, faltaban tres horas para acceder a la cárcel de Buoncammino.

A la altura de Monserrato hizo una parada en un bar para ir al baño. Pidió un café antes de preguntar dónde estaban los servicios. El camarero le indicó con un gesto de barbilla una puerta con las siglas wc escritas con un rotulador verde grueso en el reverso de un cartón de caja de zapatos. Al salir de allí se tomó el café, que en ese tiempo ya se había enfriado en la barra, y volvió al

coche.

Había pasado todo el día anterior muy nervioso. Hasta tal punto que por la tarde tuvo que ponerle remedio. Necesitó un buen número de azotes para recuperar la razón. Llegó un momento en el que, a pesar de que él le ofreció un aumento de la compensación, la mujer se negó a continuar. Por eso ahora el hombro izquierdo le dolía tanto y la postura al volante ciertamente no ayudaba. Ese dolor le recordaba lo mucho que se había distraído culpablemente.

De la radio del coche salían comentarios sobre la horrenda masacre de la estación ferroviaria de Bolonia, ocurrida un mes antes. Decían que era un final, o un principio, poco importaba. Decían que aquella bomba había supuesto despertar de golpe de un sueño demasiado largo. Y que a partir de entonces nada iba a ser igual. Se pasaba del colorido al gris del plomo.

Al otro lado del parabrisas la realidad se había vuelto prosaica repentinamente. La cercanía de Cagliari se anunciaba con naves industriales y bloques de viviendas, como en las verdaderas periferias de las verdaderas ciudades. Estaba allí, en finis terrae, la última porción de mundo conocido antes del vacío. Y ya se advertía el extraño hervidero que implica la aglomeración de demasiados humanos concentrados en poco espacio. Era como si todos hubieran corrido hacia allí y se hubieran encontrado simultáneamente para apiñarse a un paso del abismo. Desde niño Cagliari le había parecido una ciudad lejanísima, y ahora comprendía por qué. Comprendía que hallarse al borde, representar una mirada hacia el mar abierto, la hacía más distante que cualquier distancia posible. Más distante que las más distantes de las ciudades, reales o imaginarias, en las que pudiera pensar. A fin de cuentas, Domenico solo había estado en Cagliari tres veces, cuatro con esta. A través de la radio Renato Zero advertía de que esa *tristezza* en realidad tal vez nunca había existido. Así es. De hecho, el coche avanzaba en dirección a Buoncammino y Domenico retrocedía...

A una tarde de tres años antes, por ejemplo. Finales de junio o principios de julio, un calor espantoso, una cosa que hacía que te desmayaras en la calle. El verano más caluroso de los últimos doscientos años, aseguraban. Y él y Cristian vivían en calzoncillos. Con el curso ya acabado, con todas las tardes por delante, como si de pronto el tiempo se hubiera ralentizado. Por mucho que se esforzara, Domenico no podía recordar otra estación en la que el reloj caminara tan despacio, ostensiblemente. Es más, de aquellas tardes tórridas en calzoncillos recordaba sobre todo la terca teatralidad con la que las manecillas del reloj vacilaban minuto a minuto, segundo a segundo.

Recordaba además la perturbación generalizada de los cuerpos y el sudor en sueños de aquellas tardes. Con Cristian que parecía que trataba de mostrarse inerme ante él, perfectamente fluido en aquella languidez aturdida de las habitaciones cerradas. Y cuando, en aquella oscuridad de cortinas y contraventanas, era preciso unir los párpados con fuerza y reducir la respiración al mínimo para no remover el aire gelatinoso.

Y Cristian canturreando en aquella tarde convertida en una noche artificial:

*Cuando estás comiendo una manzana, tú y la manzana sois partes de Dios.
Cuando piensas en Dios, eres una parte de cada parte y nada está fuera de todo.*

Cuando vives, tú eres el centro de una rueda y tus radios son radios de vida.

Y cuando, escuchando su voz arenosa, entonadísima, se manifestaba en Domenico un delicioso malestar, una respuesta del cuerpo que le costaba controlar.

Lo maravilloso que era aquel malestar lo entendía por la fuerza bruta con la que apretaba las mandíbulas. Y por el ruido neumático, rimbombante, que provocaba en aquel silencio cada vez que tragaba. Cristian no se movía, su canción se extinguía en aquel calor cremoso sin un vínculo aparente, ahora

casi susurraba en vez de cantar, como si hubiera agotado el aliento disponible.

Cuando piensas estás creando algo, ilusión es llamarla ilusión.

Cuando pides tú necesitas dar, cuando has dado has realizado el amor.

Cuando gritas que la realidad no existe has decidido ser Dios y crear.

Cuando llamas real a todo esto lo has encontrado todo dentro de cada cosa.

Después, al acabar la canción, el silencio pareció aún más tremendo, como una espera espasmódica. Hasta que sintió la mano de Cristian rozándole la espalda. Habían pasado un puñado de segundos eternos en los cuales no se había movido, como si temiera tener que rendirse a la percusión violentísima que su corazón estaba provocando dentro del pecho, como un gato en un saco.

Aparcó. Más que una cárcel, Buoncammino tenía la apariencia de una fortaleza. Frente al vigilante que le pidió la documentación Domenico sintió una ligera incertidumbre. Como si, después de todo, el viaje hubiera consumido cualquier otra necesidad. Le entregó el carné de identidad al agente y superó la primera puerta automática que conducía a un angosto patio desde el que se accedía al edificio principal.

Para llegar al locutorio tuvo que recorrer un corredor lateral interminable. Allí Domenico se dio cuenta de hasta qué punto podía ser real la literatura: el retumbar de sus pasos, que seguía al retumbar de los del funcionario que lo precedía, era idéntico al sonido de los pasos de Edmundo Dantés en la horrible cárcel del castillo de If. Las suelas y el metal forman una armonía atroz, pensó, y pensó también que debía de estar realmente alterado para incomodar a su querido Dumas en ese trance. En resumen, aunque él no era de los que tienen una cita para todo se dijo a sí mismo que la ocasión merecía echar mano de El conde de Montecristo.

Llegaron al lugar reservado para las conversaciones, según rezaba una placa que había sobre la entrada. Era una sala larga y bastante estrecha, perfectamente separada en dos por un muro de aproximadamente un metro y medio de altura, desde el cual se elevaba hasta el techo una gruesa reja de panal de abeja. Unos tabiques de mampostería dividían el muro en numerosos pequeños nichos numerados. Tal y como le dijo el guardia, Domenico se dirigió al número cinco. Los números siete y diez estaban ya ocupados por personas que no veía, aunque podía oír sus tenues susurros.

Raimondo Bardi apareció al cabo de unos minutos por una pequeña puerta lateral, acompañado por un vigilante muy joven. El agente le quitó las esposas de las muñecas y le señaló la posición en la que Domenico estaba esperando. Un año de prisión lo había cambiado, parecía más musculoso, incluso más alto. El pelo rapado al cero daba a su semblante un aire de adulto, aunque sin envejecerlo. Llevaba puesta una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto unos hombros muy peludos.

«¡Mira qué casualidad!», exclamó antes de sentarse frente a su visitante. La tupida y ligera reja bordaba su rostro. A Domenico no le pasó inadvertido un gran hematoma que tenía en la comisura de sus labios. «Esta noche soñé contigo», le reveló Raimondo. «Estabas en el aparcamiento de la cárcel, ahí fuera, sentado en el coche, esperando a que yo saliera...».

«¿Te estás riendo de mí?», lo interrumpió Domenico. Raimondo se quedó con la continuación de su sueño pegada a su boca. «¿Quieres dártelas de listo conmigo?», insistió Domenico tratando de no alzar la voz, pero dando a entender que su determinación era absoluta.

Raimondo apretó los párpados y negó con la cabeza como para preguntar a qué se refería.

«Federica Schintu», dijo Domenico.

Raimondo probó a forzar la risa, pero no le salió. «Ah, eso», manifestó acercando el rostro al enrejado. «No es nada», sentenció.

«¿No es nada?», comenzó a acalorarse Domenico. «¿Le pides dinero a mi

padre y dices que no es nada?».

«A propósito, me he enterado. Mis más sinceras condolencias...», dijo Raimondo con una solemnidad paradójica.

Domenico lo miró fijamente como un profesor decepcionado ante un alumno aventajado. «No deberías haberlo hecho», afirmó con rotundidad.

«Yo no le dije nada. Pero tu padre no era tonto, Domé... Fue él quien me hizo la propuesta y yo no la rechacé».

«¿Pero tú qué le diste a entender?», se mostró incisivo.

«¿Y eso qué importa? Vive y deja vivir... Las cosas entre nosotros no han cambiado y no van a cambiar. Yo cumpliré los cuatro años aquí dentro, pero cuando salga quiero todo lo que habíamos acordado».

«Sí, pero no has respondido a mi pregunta», insistió Domenico.

«¿Qué pregunta?», ganó tiempo Raimondo.

«¿Tú qué le diste a entender a mi padre?», repitió Domenico tratando de usar exactamente las mismas palabras que en la pregunta anterior.

«Nada», se rindió finalmente Raimondo. «Porque llegó él solo a la conclusión... Cuando vio que en el último momento tú habías decidido no ir conmigo a Carrara. Fue él quien contrató mis servicios, ¿no?».

«Sí, exacto», confirmó Domenico.

«Pues eso. Cuando vio que tú no habías ido», reiteró, «ató cabos. Comprendió que tú estabas detrás de la desaparición de Cristian. Los padres a veces fingen que no se enteran de las cosas», añadió. «Entonces vino aquí a verme, exactamente donde estás tú ahora sentado, y me dijo: “Le hemos hecho algo a Cristian”. Y al decir “le hemos hecho” se refería a ti y a mí...».

«Sí, era su estilo», reconoció Domenico. «¿Y después?».

«Después nada, que estaba dispuesto a pagarme más de lo que yo recibiera de ti», completó Raimondo limpiándose la comisura de los labios amoratada mientras hacía una mueca.

«¿Y tú?».

«Pues yo le dije que si quería ayudarme económicamente era bienvenido,

pero que yo no estaba al corriente de nada concerniente a Cristian Chironi. Lo juro».

«¿Y él?».

«Él me miró, después sacó el talonario de cheques y escribió una cifra. Me dijo que me haría llegar esa cantidad cada mes a través de quien yo quisiera a cambio de que te evitara problemas. Y yo le pregunté: “¿Qué problemas? No hay problemas”. Pero él arrancó el cheque del talonario y me lo mostró...».

Lo siguiente fue un silencio incómodo.

Domenico tensó los labios como si estuviera tratando de no llorar. «¿Y él?», preguntó de nuevo.

Raimondo lo miró con cierta benevolencia, aunque también con curiosidad. No era capaz de convencerse de que dentro de ese hombre pudieran convivir dos seres tan distintos; ahora dócil y amable, ahora cruel y vengativo. «Y él dijo que en cualquier caso, si surgían problemas, yo estaría protegido. Luego me miró como miraba él, ya sabes, ¿no?». Esperó a que Domenico lo confirmara. «Te lo dije antes: fingen que no saben, pero saben».

Ahora el rostro de Domenico mostraba un atisbo de satisfacción. Raimondo lo percibió antes de que él pudiera camuflarlo. Y se asustó.

«¿Y Cristian?», preguntó Domenico. Y no continuó.

«¿Qué?», preguntó Raimondo.

«¿Cómo fue?», quiso saber Domenico sin poder reprimir un gesto complaciente.

«No», zanjó el tema Raimondo. «Eso no. ¡Guardia!», gritó. La conversación había llegado a su fin.

Cristian lo esperaba en el asiento del copiloto del coche, aparcado no muy lejos de la entrada de la cárcel. Domenico abrió la puerta y entró. A pesar de que había descubierto su presencia varios metros antes de llegar al automóvil, disimuló. Abrió, entró y arrancó el motor. Encendió la radio, que graznó de tal modo que parecía habitada por gargantas que hubieran bebido sosa cáustica.

Cristian estaba desnudo, mojado como si acabara de salir del agua. En su

hombro izquierdo resaltaba un gran desgarró. Temblaba. Domenico subió el nivel de la calefacción del automóvil. Un ligero zumbido de abejorro se unió al croar de las ranas que habitaban en la radio. Condujo sin decir nada y sin mirar en ningún momento hacia el asiento del copiloto. Fingió que estaba pendiente únicamente de la ruta que debía seguir para salir de Cagliari y coger la nacional 131 en dirección a Oristano.

Esa misma periferia que había atravesado solo unas horas antes en sentido contrario le pareció totalmente distinta. Como si en la salida la fealdad generalizada e inaceptable se hubiera vuelto de golpe aceptable. Se dijo a sí mismo que debía de ser por la promesa que contenía aquel sentido de circulación, con el mar que ya no iba a tu encuentro, sino que quedaba atrás. Y con tanta distancia aún por recorrer. Ahora los últimos edificios decían adiós con sábanas tendidas en los balcones y la llamada zona industrial se abría paso en toda su desesperante casualidad. Domenico aceleró ligeramente mirando con obstinación al frente. Cambiaban incluso los colores a medida que cambiaba la ruta. El paso de lo vacío a lo lleno, de lo sobreexposto al clarooscuro, de lo árido a lo frondoso, de lo horizontal a lo vertical.

Cristian se giró hacia él. En la radio se desenredaba una enmarañada madeja de frases discontinuas y chisporroteos repentinos, después unos jirones de música y la superposición de unas emisoras sobre otras. Seguramente Cristian y Domenico se hallaban en un limbo inescrutable. En una zona de sombra.

El trayecto de sur a norte pronto se reveló más complicado que el de norte a sur, porque ese carril se veía interrumpido por obras continuamente. Tres o cuatro kilómetros después de la ciudad una señal obligaba a desviarse hacia una vieja carretera provincial; eran no más de diez minutos por una vía que parecía que acababa de ser desbrozada. Porque la naturaleza tiene la mala costumbre de recuperar todo lo que el hombre acaba abandonando.

De modo que el automóvil de Domenico se vio atravesando una porción de mundo terrenal que los humanos habían olvidado y que ahora volvía a ser útil. Enfiló un paso elevado sin terminar. Recorrió un breve tramo de tierra antes

de reincorporarse a la 131. De repente la radio se escuchó con claridad. «Cristian quiere dedicarle a Domenico un tema de Claudio Rocchi: La realtà non esiste. Él sabe por qué», anunció una voz con marcado acento de Barbagia. Domenico apagó la radio.

«¿Por qué no me preguntas a mí eso que quieres saber?», le espetó Cristian secamente. Al hacer esa pregunta no se giró, era como si para él también fuera imprescindible mantener la mirada pegada al parabrisas.

Domenico siguió conduciendo. Se podría pensar que no había captado las palabras de Cristian si no fuera por la ligera presión que ejerció sobre el pedal del acelerador. Casi un acto reflejo condicionado. «¿Cómo fue?», preguntó súbitamente.

«¿El qué?», preguntó a su vez Cristian.

«Nos hacemos preguntas y no nos damos respuestas», constató Domenico.

«Bastaría con que te explicaras mejor. ¿Qué es lo que quieres saber concretamente?».

«¿Cómo ocurrió? Solo eso. Me has entendido, ¿no?».

Cristian se volvió para mirar a Domenico más allá de su perfil. Al otro lado de las ventanillas corrían filamentos de casas, plantas y cielo.

«Fue como ahogarse», respondió por fin. «Fue como esperar en el andén un tren que se retrasaba. Alguien, la mujer amada, un amigo, un familiar cercano, había prometido que vendría, pero no acababa de llegar. Fui con tiempo suficiente, porque ya sabes que detesto hacer esperar a la gente tanto como tener que esperar yo. Me había preparado meticulosamente, porque me enseñaron que mostrarse correcto y decoroso es una de las reglas de la acogida. Para una amada había comprado flores silvestres, para un amigo llevaba una sonrisa y un apretón de manos, para un familiar cercano tenía preparada una habitación y una cama con sábanas limpias. Contuve la respiración cuando vi resoplar el tren, que acababa de superar la curva del andén. Esperé a que se detuviera y luego miré con aprensión más allá de los hombros de los pasajeros que abarrotaban el andén. Fue como esperar por la

vida de ese modo, con aprensión y con cierta ansiedad por mi rendimiento, temiendo que no estuviera a la altura en el encuentro, pero ella no llegó. Tú no llegaste. Así es que el andén se vació en un abrir y cerrar de ojos y yo me quedé allí, con mis flores silvestres, mis sonrisas, mi cohibida compostura y el pensamiento de que había preparado en vano una cama con ropa limpia para alguien que no iba a venir. Ese instante imponderable antes de que todo se desvaneciera me devolvió a aquel andén como si, tercamente, todavía estuviera tratando de encontrarme con la Vida, en lugar de con la Muerte».

Tras eso guardó silencio.

Domenico tragó saliva. El día estaba pasando de la luz a la oscuridad. Se adentraban en un territorio desapacible, irreal, sombrío y plateado; ensangrentado por un sol que se ahogaba. «¿Qué te has hecho en el hombro?», preguntó cuando consideró que había llegado el momento de romper el silencio.

Cristian, bajando la barbilla, echó un vistazo a la herida. «No lo sé», respondió. «No me duele».

«Me recuerda un ala rota», reflexionó Domenico.

Oyó cómo se reía Cristian. «¿Me has tomado por tu ángel custodio?».

«¡Ah, lo que me acabas de traer a la mente!». En la voz de Domenico había una mezcla de alegría y melancolía. «Ángel de Dios, que eres mi custodio... ¿Te acuerdas?».

«Claro que sí», confirmó Cristian, «la fijación de la tía Marianna: ilumíname, guárdame... ¿Cómo era?».

«Defiéndeme y gobiérname...», apuntó Domenico.

«Sí, sí», asintió Cristian entusiasmado.

Parecían haber regresado los viejos tiempos, iluminados por esos mismos faros que ahora estaban perforando la oscuridad absoluta de la carretera de Abbasanta. «Porque la piedad celestial me ha encomendado a ti...», continuó Domenico.

«Amén», concluyó Cristian con tal pena en la voz que Domenico no pudo

evitar volverse hacia él para mirarlo. Había subido los dos pies al asiento y se estaba agarrando las rodillas con los brazos.

«Sí», confirmó. «El amén hace falta, ¿si no qué oración sería?». Cristian hizo un movimiento de cabeza como si le doliera el cuello. «Tú sabes por qué lo hice, ¿verdad?», le preguntó Domenico a bocajarro.

Cristian articuló un gesto brevísimo con la cabeza. «Porque ha llegado la hora en la que uno de nosotros ha de ver su fin», recitó susurrando, como cuando tenía intención de confundirlo. «De todas formas, lo hecho, hecho está», concluyó. «¿Quieres decir que me perdonas?», preguntó Domenico esperanzado.

Pero justo en ese momento el automóvil entró en el túnel de Sedilo. No hubo respuesta a esa pregunta.

SEGUNDA PARTE
MIENTRAS TANTO

Nuoro, 12 de octubre de 1982

Para el tercer cumpleaños de Luigi Ippolito Giuseppe ya se había resuelto con un acuerdo tácito el asunto de mantener las apariencias. Con idéntico silencio Maddalena y Domenico habían decidido que las funciones públicas de la familia las desarrollarían juntos, mientras que en privado cada cual seguiría sin interferir en la vida del otro.

Ciertas cuestiones económicas se habían vuelto tan acuciantes que Domenico tuvo que desprenderse, renunciando a ellos, de algunos terrenos en la costa. Los había adquirido Mimmíu solo cinco años antes, a la espera de unos permisos de construcción que estaban tardando en llegar y no precisamente por espíritu ecológico, como se decía entonces. Las alianzas de constructores presionaban a los políticos locales para que concedieran las licencias únicamente cuando los tiempos estuvieran maduros. Domenico se vio excluido de dos obras importantes, una relativa a la construcción de un puerto deportivo en la localidad de Ottiolu y otra relativa a la edificación de una urbanización turística en la localidad de San Teodoro. Mimmíu, si viviera, habría podido influir en la suerte de ambos proyectos y de las alianzas que se estaban cerrando, pero Domenico no tenía la misma fuerza a efectos contractuales.

Era evidente que gestionaba un patrimonio que, dejando a un lado la herencia que provenía de la muerte de su padre, no podía mermar. Del grueso, el legado de los Chironi, solo podría disponer en el caso de que el beneficio estuviera asegurado. Podía arriesgar, por supuesto, pero luego habría de

reembolsarle a su propio hijo todo lo que eventualmente perdiera. Por eso el camino más corto fue vender los terrenos en cuestión, considerados una inversión infructífera. Para tener que ver más tarde, solo unos meses después, que sin duda era fructífera. Alguno se estaba haciendo rico a su costa, decía a menudo. Pero ese «alguno» no tenía rostro, era el fantasma de un fantasma.

Cuando descubrió que el suministro de ventanas para el nuevo centro polivalente de via Roma iba a ser adjudicado a una empresa de la península que garantizaba el mismo servicio por un presupuesto que rebajaba el suyo casi a la mitad, tuvo que recurrir a un crédito bancario para hacer frente a la necesidad de liquidez de la empresa. El crédito llegó con dos meses de retraso, y con el aval de una financiera milanesa que tenía intención de comprar toda la deuda de la Guiso e Hijo. El notario Sini le explicó a Domenico que se trataba de una especie de milagro, como si una mano santa tirara de él mientras se estaba ahogando.

«¿Pero esos quiénes son?», preguntó Domenico con nerviosismo.

Sini se asombró ante tal pregunta. «¿Cómo que quiénes son? Edilombarda. Una sociedad financiera con un capital impresionante».

«Ya. ¿Pero qué tienen que ver conmigo?», insistió él.

«Yo en su lugar no me daría tanta importancia», dijo Sini bajándole los humos. «Todos quieren hacer negocios en Cerdeña, es posible que a través de este “auxilio” Edilombarda solo esté tratando de..., cómo decirlo, de poner un pie en la isla. No hay que descartar que hayan buscado expresamente una empresa en dificultades, por así decirlo. ¿Me explico?».

«Es posible que quieran quedarse con todo», sentenció Domenico.

«Si piensa eso no le queda otra que rechazar el crédito. Me consta que desde Milán han pedido también a este despacho toda la información posible. Y saben que la Guiso es potencialmente solvente en la medida en que tiene a su disposición el patrimonio de los Chironi».

«¿Qué debo hacer?», preguntó Domenico, presa de un picor histérico en los dedos de las manos.

«Aceptar. Dejar de malvender las joyas de la familia. ¿Es cierto que quiere vender la casa de su padre?».

«Sí», confirmó Domenico.

«También habría interés por la antigua casa de los Chironi. Se trata de una oferta considerable».

«Ah», vaciló Domenico. «¿Y de quién viene?».

«No lo sé», hubo de reconocer Sini. «La negociación sería a través de una multinacional extranjera que se mueve en el sector hotelero. Habrán visto que tiene potencialidad para darle ese uso. Sería un buen negocio y, teniendo en cuenta la cifra propuesta, habría también un buen porcentaje para usted. Un importante balón de oxígeno.

«Debo pensarlo».

«Piénselo de prisa, porque podrían cambiar de idea o buscar otro lugar. Han puesto los ojos también en el hotel Sacchi, en monte Orthobéne... Esta es una información que le estoy dando confidencialmente, in camera caritatis, como se suele decir».

Unos días después de su encuentro con Domenico, el notario Sini tuvo ocasión de decir, con motivo de un almuerzo de trabajo, que la empresa Guiso e Hijo era como un equipo que domina en el área contraria sin llegar a marcar nunca el gol de la victoria. Y a la pregunta de qué perspectivas veía ante esa situación él respondió que estaban entrando en una época en la que todo era posible. Que de los años de matanzas estaban surgiendo unos tiempos interesantes, llenos de oportunidades. Después de todo, si con esos precedentes se habían proclamado campeones del Mundial de Fútbol de España, estaba claro que en verdad cualquier cosa era factible. Las inversiones sin prejuicios le estaban cambiando la cara al país, y por país se entendía toda Italia, de norte a sur, incluidas las islas. Según el notario Sini, le correspondía precisamente al mundo de las finanzas hacer de esta nación una

nación finalmente civil. Él planeaba presentarse como candidato a alcalde en las elecciones municipales, pero sus años de notaría le habían enseñado lo importante que era no declarar nunca las intenciones propias, ni mucho menos las preferencias propias. El fútbol, por ejemplo, a Sini no le interesaba demasiado, pero dado que aún estaba reciente ese Mundial tan afortunado, tocaba hablar de fútbol. Desde su punto de vista, que los especuladores mostraran interés precisamente por Nuoro evidenciaba el descaro de los nuevos tiempos, en los que el dinero se buscaba por todas partes y ninguna plaza quedaba sin explorar. Claro que, se decía, para ello hacía falta la ética propia de las épocas de transición, una especie de restauración a través de algunas pequeñas transgresiones. Había que inventar hombres nuevos, más fluidos, más flexibles. Porque tras el luto continuo, tras el enloquecimiento, se hacía necesario renacer. De modo que la resistencia que había leído en la mirada de Domenico lo convenció de que ese hombre no era apto para los nuevos tiempos y que, por tanto, debía tratar con su mujer, a la que veía mucho más espabilada.

«La situación es esta», concluyó.

Maddalena lo miró y finalmente formuló la pregunta que quería hacerle desde el mismo momento en que llegó. «¿Por qué me ha pedido que nos viéramos a solas?».

Sini asintió con la cabeza, pleno de entusiasmo. Esa era la pregunta justa, pensó. «Porque creo que puede ayudarme a disipar, por decirlo así, las dudas de su marido». Sabía que con Maddalena lo mejor era ir directo al grano. «¿Usted está al corriente de la actual situación patrimonial?», le preguntó.

La mujer agachó la barbilla. «Hay algunas dificultades».

«Hay algunas dificultades», repitió Sini. «¿Y cuál sería el origen de esas dificultades?».

«¿El retraso en las adjudicaciones? ¿Créditos que vencen? ¿Inversiones fallidas?», preguntó sin preguntar Maddalena.

«Todo eso y nada de eso. Si tuviera que resumir en una palabra lo que está

ocurriendo, diría: rigidez. ¿Me explico?».

Sini guardó silencio para ver qué efecto había causado en Maddalena esa palabra.

«¿A qué se refiere?», preguntó ella.

«Me refiero a que su marido no ha comprendido en qué afecta el mandato testamentario al patrimonio corriente. Verá, como le he explicado se trata de cajas chinas... El patrimonio de los Chironi, que es considerable, ha ido a parar a su hijo, el cual podrá disponer de él con la mayoría de edad. Hasta entonces, el tutor, en este caso su marido, puede incrementar ese patrimonio, pero no usarlo para... asuntos de riesgo. Estoy empleando de forma intencionada un lenguaje sencillo para que lo entienda perfectamente. Ahora bien, ¿quién determina, en su condición de árbitro designado, qué son lo que yo acabo de definir como asuntos de riesgo?».

«Usted», respondió con rapidez Maddalena.

«Exactamente», confirmó Sini sonriendo. «Por tanto, para que las cosas avancen en sentido virtuoso, si se puede decir así, es preciso que haya comunidad de propósitos. Y ahí es donde volvemos a la rigidez. Debo decir que me sorprende esa cerrazón en un hombre tan joven». Sini esperó una reacción de Maddalena, pero no la hubo. «En estos tiempos es preciso tener instinto, pero también realismo. Y, dicho con franqueza, su esposo se obstina en no asumir que nadie le va a permitir construir si no cuenta con los amigos adecuados. Ya no estamos en tiempos de su suegro, que en paz descansa, señora mía».

Maddalena guardó aún silencio, una pequeña sacudida en el mentón delató su nerviosismo. «¿Qué habría que hacer?», preguntó.

«En primer lugar, conseguir que entre en razón», respondió Sini refiriéndose a Domenico sin nombrarlo.

«Tiene miedo de acabar en manos de desconocidos. Hay que entenderlo, ¿no?».

«No», dijo rotundamente el notario. «Lo que hay que entender es que está

maniatado, que de esta notaría no obtendrá poder liberatorio alguno si no es para acciones que al menos aseguren la estabilidad del patrimonio de los Chironi, en lugar de comprometerlo. Cuando esté en manos de su legítimo heredero, su hijo, este podrá hacer lo que quiera, pero hasta entonces es responsabilidad de mi notaría...».

«Ya entiendo», lo frenó Maddalena. «¿Puedo hablar con sinceridad?», preguntó.

Era evidente que a Sini esa pregunta no le hacía ninguna gracia. A él solo le interesaba su propia sinceridad. Sin embargo, quiso complacerla. Asintió con la cabeza.

«Yo creo simplemente que Domenico, mi marido, ha sido expulsado del negocio de la construcción y que usted, señor notario, sabe perfectamente por quién». Sini pareció estar a punto de reaccionar, pero Maddalena se le adelantó. «Déjeme terminar. No llevamos una anilla en la nariz: en las urbanizaciones turísticas no nos dejan entrar y no nos dejarán hasta que aceptemos esa ayuda providencial en la que se le ve a usted tan interesado...».

«Está haciendo afirmaciones graves», aseguró Sini simulando cierto resentimiento. «Yo le aseguro que Edilombarda es una empresa muy seria que se ha dirigido a mí como referente directo, y de hecho ustedes deberían estar agradecidos por haber sugerido que la suya es una empresa en la cual se puede invertir».

«Y nosotros se lo agradecemos, notario. Pero quisiera dejarle claro que yo no soy mi marido. Él aún piensa que las personas actúan sin motivos ocultos... En cualquier caso, he entendido el asunto, lo que me está pidiendo lo entiendo. Le haremos saber nuestra decisión», dijo al tiempo que se levantaba.

Sini, que ya estaba estudiando para ser alcalde, comprendió que iba a resultar totalmente inútil replicar.

Mimmíu se había vuelto ligerísimo, sin consistencia alguna, un envoltorio

maleable difícil de agarrar. Como uno de esos farolillos chinos que vuelan con calor.

A Domenico —que de nuevo y como siempre trataba de salvarlo— esa ligereza le causó el efecto de una despedida. Y no sabía si alegrarse o lamentarse, porque ese contacto recurrente se había convertido en una condena, pero también en una certeza. El hecho es que comenzó a quejarse en sueños, como si estuviera jadeando por el esfuerzo de contener algo incontenible.

Al abrir los ojos Domenico recordó que se hallaba en la casa de via Deffenu. Durante toda la tarde anterior había estado discutiendo con Maddalena y ella había tratado de convencerlo de que si quería seguir trabajando debería claudicar en ese asunto del «salvamento» propuesto por Sini. Domenico se resistía, porque no captaba del todo el razonamiento; si hacía su trabajo se salvaría, pero no podía hacer su trabajo si no aceptaba ponerse en manos de una financiera que quería especular con su situación de dificultad. ¿Era así como estaban las cosas?

Maddalena lo confirmó todo. Y le hizo ver a su marido que si la cuestión le parecía marciana era únicamente por el hecho de que él no estaba teniendo en cuenta el porcentaje que Sini se iba a llevar cuando se cerrara el acuerdo. Domenico esta vez lo entendió todo. Sini garantizaba a la alianza de constructores que la Guiso, para seguir adelante, vendería esos terrenos que Mimmíu había acaparado en su momento. Y no a precios de mercado. Porque, mediante acuerdos locales, había cerrado el grifo de las adjudicaciones para rebajar el precio y obligar a Domenico a desprenderse de ellos. Al mismo tiempo, la notaría se llevaba un porcentaje de Edilombarda, que asumía las deudas que la Guiso e Hijo había contraído gracias a la operación anterior. «Cajas chinas», repitió Maddalena.

Domenico preparó la tercera visita al notario Sini con la minuciosidad de un

orfebre, en el sentido de que debía tallar palabras, pensamientos, obras y omisiones, como diría el difunto padre Virdis.

Maddalena se vistió elegantemente, vistió elegantemente a su marido y en cuanto salieron del portal de casa lo cogió del brazo como si aún fueran dos que no podían vivir el uno sin el otro.

Era una tarde indiferente, ni cálida ni fría, de esas que se posan en las cosas y en las personas como un maquillaje inapreciable, visible solo a contraluz. Un maquillaje ordinario. Con olor a confeti y un color apenas rojizo. Era la melancolía de la soledad esperada, más que de la soledad verdadera. Ahora a Domenico toda esa espera y suspensión le resultaba una tortura indescriptible, pero Maddalena lo mantenía cogido del brazo para que no escapase y para que quedara claro ante todo el mundo que eran una pareja bien avenida. Bajo su particular prisma, la literatura era tan importante como la realidad. Y a menudo lo era aún más, porque si alguien tenía pensado expresar sus dudas acerca de la solidez de ese matrimonio, ahora esas dudas tendría que quitárselas de la cabeza, ya que Maddalena Pes de Guiso y Domenico Guiso estaban allí, expuestos a todas las miradas, de camino a la notaría Sini, guapísimos, elegantes, una del brazo del otro. Como debía ser. Y todo lo demás, incluida la realidad, no les importaba un comino.

En cualquier caso, se trataba de una capitulación, en el sentido de que una vez que el desfile terminó oficialmente, una vez que pasó veinte minutos largos esperando con Maddalena en el salón del notario Sini, a Domenico le correspondió solamente firmar donde estaban las cruces, peor aún que si fuera el último de los imbéciles. Y lo bueno fue que se apresuró a hacerlo aun sabiendo que estaba colocando la cabeza sobre el tajo. A pesar de ello firmó, con la esperanza de que el verdugo fallara el golpe, bajo la doble mirada vigilante del notario Sini y de su mujer. Tras cumplir esa formalidad, el aprendiz de alcalde se dio prisa en retirar del alcance de Domenico los valiosos documentos, por miedo a que cambiara de idea, como si no fuera indispensable dejar que se secase la tinta que acababan de emplear en rúbricas

y firmas. Seguidamente sonrió, le entregó a su taciturno secretario aquello de lo que acababa de apropiarse y, tras darle indicaciones sobre el protocolo a seguir, se dirigió al hombre decapitado que tenía frente a él para anunciarle que los resultados de una decisión tan juiciosa no tardarían en manifestarse.

Y de hecho se manifestaron pocos días después, cuando —inesperadamente— la junta de gobierno municipal de Porto San Paolo, de la que dependía la localidad de Cala Girgolu, dio luz verde a la construcción de casas vacacionales, convirtiendo en muy valiosos aquellos terrenos que Mimmíu había exigido con tanta acritud a sus antiguos propietarios. Una buena noticia, se podría decir, aunque para Domenico no lo fue. Fue, más bien, la enésima prueba de su absoluta ignorancia y de su falta de visión, porque él aquellos terrenos se los había otorgado a Raimondo Bardi —mediante una escritura privada suscrita entre ellos— como recompensa por haber engañado a Cristian haciendo que viajara, sin saberlo, en una Transit cargada de armas de fuego. Y así se explicaba que la muerte de Cristian, que excedió en mucho sus intenciones, le hubiera costado la cesión de un bien tan preciado. Mimmíu, cuando se dirigió directamente a Raimondo, supo que su hijo Domenico había sido el instigador del asunto, quizá incluso el informante anónimo que hizo que localizaran las armas. Y estaba claro que cuando se ofreció a pagarle a Raimondo a través de Federica una especie de renta durante el tiempo que estuviera en la cárcel lo hizo únicamente para que no se le pasara por la cabeza denunciar a Domenico. Así era, en toda su paradójica generación, la mueca burlona de la completa derrota del joven Guiso. Porque ahora que había cedido en todos los frentes, ahora que se había dejado salvar por unos desconocidos que le iban a conceder muy poco margen de maniobra, ahora que por fin podía poner en el balance una operación positiva —es decir, la construcción de la urbanización turística en Cala Girgolu—, él ya no disponía de aquellos terrenos.

Domenico supo bien que la rendición iba a ser completa desde el momento en que, mientras esperaba con su mujer a que el notario Sini encontrara tiempo para recibirles, vio de reojo a dos empleados de la notaría, dos imbéciles enchufados sin arte ni parte, que señalaban hacia él entre risitas. Como todos los cobardes de esta tierra, que son arrogantes con los débiles de turno y pelotilleros con los poderosos de turno. Uno de esos dos, que había entrado a trabajar allí por el simple hecho de que era pariente lejano del notario, le hizo al otro un gesto con los dedos, pensando que nadie más lo vería. Extendió los dos dedos índices y se los llevó a la altura del pecho entre él y su interlocutor delimitando un espacio de diez o quince centímetros, para decir que esa era la longitud máxima de correa que le habían concedido a ese chucho de Domenico Guiso.

Él, Domenico, fue capaz de captar la frase a pesar de que no la escuchó porque era consciente de que el rencor hacia él se podía equiparar a los sapos que la gente había tenido que tragarse cuando su padre vivía.

Unos días antes, un aparejador que había participado en todas las obras de Mimmíu se encaró con él en plena calle, tomándose la libertad de airear asuntos desagradables sobre presuntas deshonestidades de las que había sido testigo, y víctima, durante su etapa a las órdenes de la Guiso e Hijo. Domenico miró a su alrededor para saber si la opción de la respuesta física era viable, pero la desestimó al ver que allí se habían detenido tres o cuatro personas con la esperanza de poder disfrutar de una escabechina. Se limitó a clavar la mirada con malevolencia en el antiguo jefe de obra, que a pesar de su escrupulosa conciencia había avalado todas, absolutamente todas, aquellas deshonestidades de las que afirmaba que estaba al tanto. Había evidencias de calumnia, pensó. Y le pareció un pensamiento que estaba a años luz del mundo en el que se encontraba realmente.

Pero hubo otra señal evidente. Fue el impulso que, inmediatamente después

del enojoso encuentro con el aparejador, lo llevó a la casa de los Chironi de via San Pietro. Y con ese extraño instinto de Pávlov ya comprendió que debía prepararse para una rendición tremebunda. En cuanto metió la llave en la cerradura de la pequeña puerta tras el portal del patio —que vivían de forma indisoluble como un padre y un hijo, o como dos gemelos de diferentes tamaños— se dio cuenta de que algo obstruía la apertura. Y hubo de emplearse a fondo empujando hasta que tuvo el espacio suficiente para entrar de lado y acceder al patio. Así descubrió que lo que obstaculizaba la entrada era la vid americana, que había crecido desmesuradamente y estaba unida a la madera de la puerta. La pasionaria, la glicinia, la hiedra, el jazmín, el jazmín de estrella y la propia vid americana se habían enrollado como serpientes constrictoras sobre los limones, los hibiscos, los nísperos y sobre todos aquellos arbustos o arbolillos que, como Laocoonte y sus hijos, trataban de conquistar su propia luz. Y parecía que fuesen náufragos a punto de ahogarse bajo la cubierta verde y férrea de las trepadoras. Las plantas crasas, espinosas e intocables, habían prosperado en su jugosa indiferencia, mientras que los arbustos de hortensias se habían secado hasta el punto de transformarse en cornamenta de ciervos machos. Las enredaderas marchitas habían compactado los arbustos haciendo que se asemejaran a cabezas rizadas. Los cactus de Navidad, que todos conocían como lenguas de suegra, libres para crecer con su tendencia a la ilación, llegaban a lamer el fondo del lavadero de cemento, donde aún había, enquistada en el compartimento correspondiente en lo alto de la superficie ondulada e inclinada, una esquirra ámbar de jabón de Marsella. Y luego los dragos, que en los pisos se ven tan artificiosamente exóticos, en el rincón del patio en el que los había plantado Marianna se habían transformado en sucedáneos de palmeras caribeñas, de esas que en los carteles de las agencias de viajes se asoman, sinuosas y modernistas, desde tierra adentro hasta una playa candorosa, hacia la cristalina orilla del mar.

Esa selva en la que se había convertido lo que fue el espacio de Marianna le impresionó de tal modo que le saltaron las lágrimas. Fue como si de alguna

manera sintiera haber desatendido el compromiso de conservar ese jardín ya concluido. Pero no. No lo había conservado y ni siquiera había pensado hacerlo. Y aquel espacio interior se había transformado en el reino de la incuria, en la maraña amazónica, en el caos sin razón. Las plantas, desgobernadas, habían luchado enérgicamente entre sí. Debía atravesar esa frondosidad antes de conquistar el postigo que daba a la cocina, bloqueado también por plantas dotadas de ventosas de pulpo y garras de flagelo. De modo que Domenico se vio obligado a arrancar ramas pulsantes, volutas arteriosas enteras, ganglios quísticos de bayas y vainas, antes de ganar la nada extrema, el interior con olor a sepulcro de la casa marchita por la muerte y el silencio.

Una vez que estuvo en la estancia vacía y rimbombante que había sido la inmensa cocina de los Chironi, fue precisamente el cese instantáneo del ruido lo que hizo que se percatara de la potencia silbante y chillona de la transformación que se estaba consumando allí fuera. Domenico comprendió con cuánta profundidad resonaba esa fiebre de regeneración, esa inundación vegetal que había sumergido el patio. Comprendió con cuánta acritud puede ensamblarse la venganza rastrera de una naturaleza refrenada durante tanto tiempo. Y percibió todo el peso de su propia rendición. Percibió el vacío que se iba a producir, porque lo estaba viviendo, como cuando tras una explosión lo único que queda es una quietud vibrante y compacta.

La cocina había sido vaciada, la chimenea había sido limpiada. En las paredes todavía permanecían las huellas de los muebles y de las repisas, como pisadas vacías de cuerpos que estuvieron vivos. Más allá, tras el pasillo, yacían los dormitorios cerrados, antes de llegar a la escalera que conducía al piso de arriba. El exiguo ápice de la primera rampa era un descansillo de un metro y medio por un metro y medio. Allí, en una esquina, había quedado abandonado un mazo de herrero, con el mango de madera tan reseco que se asemejaba a una maroma o a una gruesa tripa seca. Y sobre ese mango domesticado por el agarre de una mano sólida y tierna se reflejaba un hilo de

luz proveniente del pasillo superior; quizá habían dejado abierta una contraventana. Bastó esa presencia luminosa, que era de hecho una ausencia, para retrasar su marcha. Porque milenios antes, en la inconsistencia densísima de la infancia, Cristian estaba allí agachado y con los codos encogidos para sorprender a Domenico en cuanto girara en el descansillo para pasar de la primera a la segunda rampa.

Había leído en algún sitio que los átomos emigran en el todo untuoso de la existencia, que en realidad nada se dispersa, solo cambia de estado. Y ahora, mientras escuchaba el silencio hostil que emitía esa casa inconsciente, sepulta domus, una y otra vez calibraba el espantoso coste de la derrota.

Domenico había hecho cosas terribles, había matado a su amor verdadero. Había cargado sobre sus hombros el peso del universo y había fracasado, porque ese universo, ese amor, pesaba mucho más que el cuerpo de Mimmíu que, culpablemente, tampoco había podido salvar. Ahora las paredes de la casa se veían surcadas por la melancólica resaca de la tarde que agonizaba. Como si en realidad fragmentos infinitesimales de todos aquellos que la habían habitado centellearan en busca de un punto muerto. En un vacío neumático que los agitaba sin cesar.

Se refugió en el dormitorio donde, con la voz asfixiada por el calor y la piel brillante por el sudor, Cristian había cantado para él. No quedaba nada más que dos somieres como únicos restos de un sedimento arqueológico. Con solo ese hallazgo había que imaginar todo lo demás: la función del lugar, apto tanto para el letargo del sueño como para la fiebre del eros. Apto para el enamoramiento en el instante en el cual del amor solo se sabe que es como una flecha, el corte de la metáfora más manida, o como un cuchillo, que duelen realmente solo cuando penetran en la carne o cuando intentas extraerlos. Pero, mientras sigan clavados, el dolor se antoja soportable, aceptable incluso. Y en ocasiones tenerlos incrustados como un cuerpo extraño en tu propio cuerpo es el único modo de sobrevivir.

Domenico, a pesar de todo, podía ver la vida en esa habitación. No sabía de

quién había sido la decisión de vaciar la

casa de los Chironi, ni dónde habían ido a parar los muebles que hubo en su interior. No sabía nada de nada. Y como no hay pensamiento, cruel o consolador, que no conduzca a otro, en ese vacío tuvo la certeza de que él no valía nada como persona, ni como hijo, ni como padre. Ahora que estaba intentando extraer su flecha comprendía que tal operación generaba un dolor insoportable que no tenía nada que ver con el cuerpo, sino con el despertar del sentido de sí mismo, fatídicamente adormecido hasta ese momento.

Ese vacío aportaba claridad, desplazaba la realidad desde la teoría a la práctica: había matado a su amor, había cedido ante el peso muerto de su padre, había ignorado a su hijo. Había fracasado.

Cagliari, Buoncammino, julio de 1984

Una cárcel que se abre para dejar salir a un preso que ha cumplido su pena es similar a una madre que en estado inconsciente expulsa a su enésimo hijo. No sucede como suele imaginarse. Los reclusos no salen por la puerta principal, frente a la cual hay familiares esperando emocionados. No. En Buoncammino salen por una pequeña puerta lateral, fuera de escena, y muy frecuentemente no hay nadie esperándolos. Eso al menos fue lo que pasó con Raimondo Bardi.

Cuando la cárcel se cerró a su espalda sintió una especie de estremecimiento por la amplitud, por la apertura de lo que había frente a él; desde la cima de la colina hasta el mar, sin constricción alguna que obstaculizara su mirada. Así fue como le dio por pensar que el corazón del encarcelamiento es tener que poner la mirada exactamente donde los carceleros quieren que la pongas. Olfateó el aire salado, sin filtros, procedente del puerto, que estaba allí abajo, y se vio poseído por una euforia sutil, no tan evidente como él se había imaginado. Había descubierto que una buena dosis de cinismo ayuda a prosperar y que la poesía, al matar la realidad, mata el instinto de supervivencia. Entre rejas había desarrollado puntos de vista totalmente novedosos sobre el mundo. Asuntos fundamentales, funciones corporales, pensamientos carnales. .. Allí había tenido que decantarse entre la vida interior y la vida exterior, tanto en sentido físico como metafísico. Y había aprendido que quien sabe manejar la vida interior puede aspirar

razonablemente a la vida exterior. De modo que al tercer paso que dio desde la puerta de la cárcel decidió olvidar que había estado en ella.

Raimondo había pasado los últimos tres años y medio en la llamada «galería de los políticos», y descubrió que, al igual que él, la mayor parte de los que allí había no sabían nada de la política. Estaban allí porque una acción cualquiera, ya fuera espontánea o inducida, les había permitido entrar en aquel módulo. Si les preguntabas qué es lo que habían hecho, te respondían diciendo que alguien les había organizado una encerrona, para variar.

Sin el muro de seguridad el cielo era inmenso, algo de lo que él nunca antes se había dado cuenta realmente. Así es que, alzando la cabeza hacia aquella uniformidad azul, se arriesgó a sufrir un instante de languidez que desterró dirigiéndose al bar que había al otro lado de la calle. Quería un café de los de verdad.

El hostelero, un tipo pequeño y con una insana coloración cirrótica, lo miró como un entomólogo mira a una especie conocida. No esperó siquiera a que pidiera, sino que le dio la espalda para cargar la máquina sopladora y preparar el café. Luego, cuando el pequeño jugo oscuro y denso comenzó a salir de las boquillas del filtro con el manguito, se giró y colocó un pequeño plato, con su correspondiente cucharilla, justo frente a él, donde debía recibir la tacita aromática pero sin llenarla hasta el borde, por caridad. El hostelero le dijo que ese café lo había hecho especialmente bueno para él. Y Raimondo se lo agradeció sin esperar siquiera a descubrir si el café era en realidad tan bueno como él decía.

Era bueno de verdad.

Al salir del establecimiento miró el reloj. Federica se retrasaba. Seguramente, como era habitual, había calculado mal el tiempo que le iba a llevar llegar a Cagliari. Remoloneó un poco. Se ajustó la mochila que contenía todas sus pertenencias, las que sintéticamente le habían prestado servicio en la celda y las que se lo iban a prestar en adelante. Se había vuelto juicioso, había aprendido muchas cosas en esos años de cárcel. Por ejemplo, que saber mirar

en la dirección justa te puede salvar la vida. En la prisión y también fuera. Pero en ese momento, completamente distraído ante aquel cielo que se posaba sobre él y ante aquel aire libre que lo envolvía como un capullo, los ojos de Raimondo Bardi fueron ineficaces. Porque si no estuviera distraído habría notado el hervidero de vida que había allí abajo, y los automóviles arrastrándose cuesta arriba, y las amas de casa tendiendo juegos completos de sábanas en el exterior de los minúsculos balconcitos... Y los grandes buques de carga atracados en el puerto, desde los cuales estaban descargando contenedores en el muelle.

En definitiva, sus sentidos, demasiado obstruidos por los años de prisión, no lo ayudaron a percibir que ese era el último día de su vida.

En Nuoro la mañana de julio se presentó con un principio de incendio en el cerro Ugolío, lo cual hizo que los malpensados dijeran que vaya casualidad que fuera precisamente en esa zona, desde el área del nuevo hospital en adelante, donde se estaba sopesando la posibilidad de acometer una nueva edificación residencial. Es cierto que no se podía esperar un plan regulador para apoyar esa hipótesis, pero en aquel rincón del mundo los incendios siempre significan algo más que un simple descuido, a veces son la señalización precisa de áreas inútilmente abandonadas a la naturaleza que podrían ser confiadas al más sólido cemento.

Sin embargo, en casa de los Guiso se discutía sobre el hecho de que, dos años después de haber obtenido los permisos, en los terrenos de Cala Girgolu aún no se había hecho nada. Había un tesoro por aprovechar, pero Domenico vacilaba.

Mientras tanto, Federica Schintu recorría la carretera nacional Cario Felice para llegar a Cagliari conduciendo como podía; es decir, mal. Y desacelerando en las curvas o en las cuestas, y luego acelerando para atravesar deprisa los cruces o los túneles, que le provocaban ansiedad. Sea como fuere, iba con retraso. Hacía un calor espantoso, pero conducir con la ventanilla abierta le levantaba un terrible dolor de cabeza

y además, por si no bastara con el bochorno, estaban la tensión del ruido, el

temor a no tener gasolina suficiente, el control constante del reloj, fumar un cigarrillo de vez en cuando...

Las diez de la mañana. Faltaban aún cincuenta kilómetros hasta Cagliari y ya llevaba un retraso de media hora.

Se había levantado de la cama al amanecer, había ido a la cocina a poner la cafetera en el fuego y había encendido el televisor instalado en la superficie junto a la nevera, que siempre tenía sintonizado el canal Videomusic. El final solemne del Radio Ga Ga de Queen saturó la estancia antes de dar paso al más apropiado All Night de Lionel Richie. A Federica le encantaba ese tema, comenzó a contornearse mientras esperaba que el café subiera. Luego lo tomó mirando desde la ventana al exterior, al campo que parecía estar soñoliento aún.

Era un amanecer anaranjado. Si lo hubiera conocido, Federica habría podido importunar a William Turner por el modo en el que allí fuera todo tendía a una monocromía exacerbada, con el sol del mismo tono azafranado o polvoriento que el cielo y la tierra. A través del altavoz del televisor emergió el Smalltown Boy de Bronski Beat. En la pantalla se sucedían imágenes de raíles sobre los que avanzaba un tren, justamente el del chico de pueblo que llegaba a la gran ciudad. Federica rebañó con la cucharilla el azúcar depositado en el fondo de la taza y tras colocarla en el fregadero hizo correr el agua dentro de ella y el vídeo llegó a su fin: aquel tren que alejaba al chico de su pueblo lo llevaba a los brazos de la gran ciudad tolerante para emprender una nueva vida...

Federica apagó el televisor, eran las siete y no podía perder tiempo embebeciéndose ante la pantalla. Se vistió velozmente pero con esmero gracias a que ya había seleccionado la noche anterior todo lo que iba a llevar, desde las medias de color melocotón hasta la cazadora vaquera con las mangas enrolladas, pasando por la camiseta de tirantes de encaje a lo

Madonna y los colgantes y pendientes con los crucifijos. Salió a la carrera, aunque tuvo que volver a casa porque había olvidado la cajetilla de tabaco. La encontró en el cuarto de baño, la había dejado en el borde de la bañera, con el mechero. Ya que estaba allí, hizo pis de nuevo.

Cerró tras ella la puerta y atravesó el amplio descansillo, decidió renunciar al ascensor y bajar a pie por las escaleras. Al tercer peldaño sintió un breve vértigo, un temblor convulsivo en la barbilla. Se detuvo y se inclinó hacia delante como alguien que temiese el impacto de una ola que sabía que no podía evitar. No fue más que una fracción de segundo y, aunque bastó para hacerle entender que ese no iba a ser un día cualquiera, desgraciadamente no bastó para revelarles que ese iba a ser el último día de su vida.

Ella, Federica, se había puesto en camino a las siete y media, dejando atrás la ciudad sin tener que atravesarla siquiera. Tomó la pista de tierra que tarde o temprano se convertiría en una avenida asfaltada, luego se internó en un camino rural que daba acceso directamente a la carretera Macomer-Abbasanta y desde allí, una vez superado Oristano, llegaría a Cagliari. Los camiones que se lanzaban al carril de adelantamiento la retrasaron aún más. Aunque al retraso contribuyó también esa maldita cosa de tener que pararse cada poco a hacer pis. Sobre todo cuando estaba nerviosa. Porque, en realidad, el extraño malestar que había sentido al bajar por las escaleras de casa no estuvo exento por completo de señales, aunque ya se sabe que las señales tienen precisamente la característica de no parecer tales hasta que ya es demasiado tarde para tomarlas en consideración. La tarde anterior se había pasado media hora interminable hablando por teléfono con su hermana Pina. Y esta le había preguntado a qué iba a Cagliari, y ella no es que supiera qué responder exactamente. Era como si todo el asunto dejara de tener sentido por el hecho mismo de que su hermana le preguntara. Y ahí fue donde, por un instante, sintió un profundo pánico, algo que se asemejaba a una certeza succionada del

abismo mediante una sonda muy sensible. Luego, cuando Pina colgó tras despedirse con el chascarrillo habitual de que el marido y los hijos no son una bendición, sino una prueba evidente de que el infierno existe, ella, Federica, obvió o quiso obviar esa señal fuerte y clara.

Lo que tenía en el coche no se podía considerar una radio, sino más bien una fuente de voces indistinguibles y de anotaciones superpuestas. Tanto más cuando, a medida que avanzaba en aquel corredor que conducía al confín mismo de todo el territorio transitable, una emisora se interponía ante otra, como cuando hay demasiadas personas esperando algo apelotonadas y dándose codazos para ganar unos centímetros. De modo que de ese aparato salían retazos de realidad a los que ella trataba de darles sentido con movimientos imperceptibles del pomo de la derecha, el de la sintonización. Y de tanto en tanto conseguía captar unos momentos de significado completo: la estrofa de una canción, y por un instante vuelven las ganas de vivir a otra velocidad...; un trozo de un noticiario local, lengua azul... contrataciones en Ottana...; algún fragmento folk, duminica ando a missa e mind'intendo duas dae s'oru de sajanna...

Pensándolo bien, si le hubiera quedado tiempo para hacerlo, también todo eso de andar husmeando entre los fantasmas que abarrotan el éter, esa especie de evocación que ejercía cada vez que trataba de coger una u otra emisora, podía representar una figura de otra forma de vagar, sin cuerpo, sin peso. Visto desde las alturas, por una gaviota, por un azor, el utilitario de color cereza de Federica Schintu no era más que una simulación, un glóbulo rojo en el débil flujo arterial de aquella tierra en estado de coma.

La comunidad penitenciaria vive el último día en cautividad de un preso como una demostración práctica de la inutilidad de la reclusión. Ver a tu compañero de celda preparando el equipaje, reuniendo sus pertenencias con el aire de quien debe disculparse por haber resistido hasta el final de la condena, es como asistir a la graduación de un hijo. En otras palabras, supone experimentar en tu propia piel el efecto del tiempo que se ha ido. Era un bebé, balbucía, por decirlo así, luego hablaba y de qué manera, se sostenía a duras penas sobre las piernas y finalmente va al jardín de infancia, a la escuela, al instituto, a la universidad... Y ahora ahí lo tienes: graduado. ¿Y cuánto tiempo ha pasado? Casi todo. Qué melancolía.

Así se sentía Mario mientras Raimondo Bardi le entregaba unos auriculares para la radio o para el walkman que aún funcionaban bien, solo tenía que buscar el modo de estabilizar el contacto de la derecha apretando en la base del diminuto altavoz. En la vida de Raimondo ese tal Mario, de Sassari, en prisión por haber machacado a puñetazos hasta dejarlo en un coma profundo a un aficionado del Torres, no era más que una mota en el transcurso fragmentado de su encarcelamiento. Nada más que un recuerdo que eliminaría en cuanto cruzara la pequeña puerta de los que finalizan su condena. Aunque en ese preciso momento, justo en el umbral, llegó a pensar que lo lamentaría. Fue poco, solo un instante.

Raimondo había afrontado su condena como un hombre y ahora tenía ante sí un horizonte de desahogo económico. Volvía a casa más rico que cuando la

había abandonado. Con un dinero ahorrado y con un terreno que reclamar. Comprobó que entre sus pertenencias estuviera la hoja firmada por Domenico Guiso que certificaba, en fe pública, la donación de un terreno de seis hectáreas en la localidad de Cala Girgolu. Ya antes de la cena había preparado todo su equipaje, una mochila apenas. El resto de lo que fue reuniendo a lo largo de casi cinco años —utensilios, ropa, revistas y algunos libros— lo dejaría en la celda, para Mario o para quien él decidiese.

La mañana de la liberación, como la llamaba él, le costó abrir los ojos. Parecía que no tuviese prisa alguna por irse. ¡Pero claro que sí, por Dios! A las nueve, una vez acabado el desayuno, el director lo hizo llamar para soltarle el discurso habitual del que a menudo había oído hablar en la hora de paseo, en el corredor o en el patio. Algo del estilo de: «En media hora, una como mucho, saldrás. Procura no volver». Fin.

Al cabo de media hora, una como mucho, estaba efectivamente fuera, hablando con el cirrótico que regentaba el pequeño bar a unas decenas de metros del muro de seguridad de Buoncammino.

Y Federica iba ya con retraso.

Ella había sido la única a la que le pidió su número de teléfono en cuanto se conocieron, señal de que su encuentro no había caído en saco roto. De hecho, también en la celda había pensado en Federica a menudo.

Ahora regresaba a casa. Lejos de Cagliari, al interior en el que los trogloditas locales hallan refugio. Pero Raimondo pensaba en cuando vio a Federica por primera vez, cuando hacía camas y limpiaba váteres en los grandes hoteles a pesar de sus matrículas de honor académicas.

Nada más reconocer el morro del coche, Raimondo se levantó de un brinco de la silla de plástico verde de la terraza del bar y comenzó a agitar los brazos. Ella fue a su encuentro de inmediato. Pensó que, para haber estado preso, se hallaba sorprendentemente en forma, y que el pelo rapado le

favorecía, lo hacía más viril.

«Te veo bien», le dijo Federica al bajarse del coche.

«Sí», dijo él, «hecho un encanto». Y sin esperar siquiera a que ella estirara las piernas la reemplazó en el asiento del conductor. «¿Nos vamos?», la apremió.

Federica lo miró. «Pensaba tomar un café...».

«Ya», la interrumpió él, expeditivo. «Después, por el camino». La mujer echó un vistazo al muro que se alzaba ante ellos y se encogió de hombros con actitud comprensiva. A continuación se dirigió hacia la puerta del copiloto y se unió a Raimondo en el habitáculo. Se miraron un instante, el tiempo necesario para constatar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían besado. Luego él arrancó el coche. Ella se limitó a acariciarle el dorso de la mano mientras metía la primera. Y él la dejó hacer. De su intimidad del pasado parecía que quedaba bien poco.

Hasta que tomaron la salida de Cagliari dejaron que hablaran las miradas y los gestos. El estrépito de la radio, que como de costumbre parecía una freidora, los acompañó sin que ninguno de ellos dos hiciera nada por cambiar ese hecho; en otras palabras, en lo invisible viajan las voces. Federica pudo soltar toda la tensión que la había mantenido en alerta durante la ida y se abandonó a una soñolencia virulenta e incontrolable. Raimondo pisó el acelerador y fijó la mirada en el parabrisas, obnubilado por la perfección de levadura madre del monte bajo, por la competencia pictórica de los campos de girasol, por la terquedad pobre de la tierra en barbecho. Mantenía el automóvil a una distancia precisa del borde de la carretera, con una meticulosidad que tenía su origen en la meticulosidad con la que se había acostumbrado a estudiar las distancias en prisión. Con el rabillo del ojo derecho vigilaba atentamente el borde de la carretera y luego, como en un cambio de guardia, con el rabillo del ojo izquierdo vigilaba la línea continua que separaba los dos sentidos de circulación.

«Enciéndeme un cigarrillo», dijo de pronto.

Federica se sobresaltó. «¿Qué?», preguntó.

«Un cigarrillo», repitió él. «Enciéndeme un cigarrillo».

«Ah, sí», afirmó ella, amodorrada aún. A continuación buscó en el bolsillo de la cazadora vaquera y sacó la cajetilla y el mechero. «¿Uno de los míos?», preguntó Federica.

«Quítale el filtro», respondió él sin dejar de controlar las distancias.

Ella lo hizo. Arrancó el filtro y se llevó el cigarrillo a la boca sintiendo de inmediato el sabor del tabaco en la punta de la lengua. Lo encendió y, colocándole a Raimondo el cigarrillo directamente en los labios, expectoró como si tuviera algún pelo que expulsar.

«Te he despertado», reparó él.

Ella dijo con una señal que no pasaba nada... Que no dormía, aunque los párpados ya se le estaban poniendo pesados de nuevo. Entre tanto, el humo expulsado de los pulmones de Raimondo había invadido el espacio. Él, sin despegar las manos del volante, dejó que las cenizas le cayeran encima repetidamente. Y cuando llegó al final del cigarrillo, antes de coger lo que quedaba de él, comprobó que seguía circulando exactamente por el centro de su carril. Por el espejo retrovisor lateral aquel mundo habitualmente oculto a su vista mostraba la arrogante consistencia de una realidad que ocurría al margen de todo. En aquel espacio de los opuestos, más allá del espejo, los capós de los coches que pasaban velozmente por el carril contrario se transformaban en partes traseras, y la carretera que se estrangulaba vista a través del parabrisas se ensanchaba como si el calor la dilatara. Un automóvil blanco puso el intermitente y los adelantó. Otro, verde, guardó las distancias por detrás de ellos.

El conductor de ese coche verde, un turismo alquilado en la agencia del puerto de Cagliari, miró a sus tres acompañantes y señaló con la barbilla el automóvil que llevaban delante. Se diría que eran cuatro tipos de aspecto sospechoso. Sin embargo, ese sol excesivo —que, con su luz directa, obligaba a entrecerrar los ojos—, ese cielo tan azul que eliminaba cualquier tonalidad y

aplanaba cualquier línea de expresión habrían hecho parecer sospechoso al más amable de los hombres. A ello se unía el despiadado juego de claroscuros muy pronunciados con el que los pómulos prominentes y los arcos superciliares seccionaban los rostros, y he ahí que esos cuatro resultaban perfectos para una película de asesinos a sueldo que tienen que eliminar a alguien que resulta incómodo.

También en el coche verde se hablaba poco. Y cuando se hablaba, se decían cosas genéricas: que hacía un calor espantoso, que había que guardar las distancias, que iban con tiempo de sobra...

El conductor sudaba por la nuca afeitada y estaba manipulando el ventilador del salpicadero, pero de esa rendija no salía más que una remezcla del aire tórrido que atenazaba la campiña. El que estaba sentado a su lado revisaba un mapa mientras le pedía por señas que esperara. Los dos del asiento posterior miraban hacia la parte trasera del coche que los precedía como si el hilo de su mirada fuera suficientemente tenaz para evitar que los dejase atrás. Eran tan altos que sus cabezas rozaban el techo y tan anchos que sus hombros se tocaban en las raras sacudidas de la marcha.

Cuando llegó el momento justo los acontecimientos se precipitaron. El coche verde aceleró. El momento justo era el desvío de Macomer marcado en el mapa con una línea roja y una flecha. El coche verde recortó la distancia para pegarse al que estaba siguiendo. En ese momento el hombre que sostenía el mapa se giró y pudo mirar hacia el interior del otro coche; según lo previsto, los ocupantes eran un hombre y una mujer. Y el hombre era exactamente el que estaban buscando.

El momento justo se manifestó con un acelerón del coche verde. Raimondo intuyó la maniobra y se dijo a sí mismo que, quienquiera que fueran, por fin

habían decidido largarse. Por un breve instante los dos automóviles estuvieron a la misma altura. En la radio, increíblemente, se solucionó el insulso graznar y comenzó a emitir con nitidez las palabras de una canción melosa: Remember that piano, so delightful, unusual. That classic sensation, sentimental confusión... Federica tuvo tiempo de pensar: «Fíjate, aunque no tenga nada que ver, esta canción me recuerda a aquel verano en que fuimos a Gonone de tienda de campaña». E iba a preguntarle a Raimondo si a él le había venido a la mente lo mismo cuando un frenazo repentino estuvo a punto de estamparla contra el parabrisas.

Entonces, mientras aquel cantante de confidencias afirmaba I like Chopin, abrió los ojos y vio que Raimondo abría la puerta del conductor y salía corriendo hacia los arbustos mientras le gritaba: «¡Escapa! ¡Escapa!».

Así es que ella echó mano a la manija de la puerta y trató de abrirla, pero desde el exterior del coche un hombre enorme, plantado allí de pie, se lo impidió. Era uno de los que habían bajado del coche verde. No sabía qué había motivado que se bajaran, pero sabía que traían muy malas intenciones. Aquel era un lugar olvidado por Dios y por los hombres, en lo alto de una falsa llanura pero suficientemente apartado como para quedar lejos de la mirada de quienes pasaban por la nacional 131. Un lugar donde gritar no iba a servir de nada, a pesar de lo cual Federica gritó. En el vacío feroz de aquel cielo inconmensurable, enorme de veras en relación con la franja de roca y campo a la que habían ido a parar, gritó.

No era posible saber qué había sido de Raimondo. Cuando el matón que le impedía abrir la puerta vio que Federica buscaba la salvación tratando de salir por el otro lado, abrió la puerta y con un brazo le prensó el tobillo. Ella intentó patalear, pero fue vencida por el dolor punzante del tobillo fracturándose ante la presión de tenaza del hombre. Un calor irrespirable le entró en la boca y el corazón se le aceleró en el pecho de un modo impulsivo.

«¿Quiénes sois?», preguntó al percatarse de que, a poca distancia, otros tres hombres como los demonios del Juicio Final habían atrapado a Raimondo.

Pero está claro que pedirle que se presente a un desconocido que no parece tener buenas intenciones respecto a ti no tiene ningún valor en la economía general del asunto. Y así fue que el hombre no respondió. Sin soltar la presa, tiró de ella para llevarla de vuelta al asiento del copiloto, al lugar del que había intentado huir, y no le preocupó que al hacerlo se pudiera clavar la palanca de cambios o el freno de mano.

Federica estaba más pasmada que asustada. Se había preguntado infinidad de veces cómo sería eso de morir. Y siendo niña a menudo dejaba de respirar durante unos segundos. Ahora, frente a la realidad, ante la inminencia de la muerte, comprendía lo ridículos que eran aquellos experimentos. Lo bueno es que con la fractura del tobillo —el peor dolor que recordaba haber tenido— ya casi no sentía nada, salvo que sus pulmones parecían haberse vuelto diminutos y la vista ya era un sentido dudoso y vago, tanto que confundía cosas, ruidos y colores. Allí, en ese instante del tránsito, tuvo claro que estaba muriendo porque el antebrazo tatuado de un desconocido le estaba apretando el cuello hasta que, y no faltaba mucho para ello, todo el aire de sus pulmones se hubiera agotado.

Pudo percibir, con ciertas facultades auditivas aún, los gritos de Raimondo, más allá, en manos de los otros tres demonios. No llevó mucho tiempo, la canción se despedía con un coro que se desvanecía en el éter para llegar a algún otro:

Rainy days never say goodbye to desire when we are together. Rainy days growing in your eyes, tell me where's my way...

Un solo de piano malo, y el final.

Cuando terminó el trabajo con Federica, el hombre tatuado sacó del coche la mochila de Raimondo y se dirigió hacia la zona donde se encontraban sus tres compinches. A juzgar por el estado del cadáver, habían aprovechado el encargo para divertirse un poco. Los cuatro confabularon entre ellos en una

lengua tan infernal como su aspecto. El que parecía ser el jefe, que se había ocupado personalmente de la mujer, vació completamente la mochila dándole la vuelta como si fuera un gran calcetín. Desde el interior voló esa hoja que Domenico había firmado y que debía suponer un futuro como propietario para Raimondo Bardi, quien había salido de la nada pero luego se había vuelto astuto y se había encontrado con que tenía, por unas horas, un futuro. Aunque, en vista de que ese futuro se había extinguido a patadas en la cara y a pedradas, en una zona no muy lejos de Macomer que todos conocían como Fort Apache, esa hoja la cogieron los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, que se subieron de nuevo en el coche verde y, tras un breve recorrido marcha atrás, emprendieron el viaje de regreso al puerto de Cagliari. Allí un carguero con pabellón soviético los recibiría justo a tiempo de zarpar hacia el Báltico.

Nevina esperó a que Maddalena terminara de preparar la papilla para Luigi Ippolito. Se trataba de una menestra de verduras que su hija había recocado, y ahora estaba aplastando con un tenedor los trozos de zanahoria y apio que se habían salvado de la trituración. Cuando Maddalena añadió queso a la mezcla y comenzó a revolverlo Nevina se aproximó a ella. «Te estás equivocando», le dijo, aunque sin intención alguna de darle entonación de polémica a la frase.

Su hija continuó con la tarea. «Déjame pasar», ordenó a su madre esquivándola para ir a por el niño, que esperaba en su trona. Llegó hasta él, le colocó el babero y comenzó a darle cucharadas.

«Tiene cuatro años y lo tratas como si tuviera dos... No come solo, habla con dificultad y lleva retraso hasta para caminar», señaló Nevina.

«¿Has acabado?», preguntó Maddalena, que siguió dándole de comer a Luigi Ippolito como si no le diera importancia alguna a lo que le estaba diciendo. «¿Has acabado?», repitió, esta vez con más vehemencia, a pesar de que Nevina no había replicado. «¿Por qué tienes que insistir siempre en lo mismo?».

«Porque estoy preocupada, tú también lo estás viendo, ¿no?». Luigi Ippolito miró a su abuela con un atisbo de sospecha. Nevina le devolvió la mirada. «No tiene ninguna autonomía», le dijo a su hija. «No está bien», agregó sin quitarle ojo al niño.

Maddalena, obstinada y silenciosa, continuó con su labor hasta que el bol

quedó totalmente vacío. Luego limpió la boca de su hijo con el borde del babero y le recolocó un mechón rebelde. A continuación lo agarró por las axilas y tiró de él para sacarlo de la trona. Luigi Ippolito se dejó llevar como si fuera un muñeco. Era delgado y ligero, viéndolo aparentaba tener menos de dos años. Maddalena lo dejó en el suelo. «¿Quieres ver dibujos animados?», le preguntó.

El niño asintió. Y se dirigió a su sitio en el sofá, frente al televisor. La mujer, mientras, buscó una cinta vhs y la introdujo en el vídeo de última generación. Los títulos de crédito de 101 dálmatas dieron movimiento a esa pantalla que poco antes parecía un objeto inerte. Maddalena esperó a que comenzara, luego fue a la cocina con su madre.

«No quiero que me hables así delante del niño», le dijo con tono expeditivo. «Tú piensas que no lo entiende, pero lo escucha todo y lo entiende».

Nevina no se dejó intimidar demasiado, a pesar de que tuvo claro que había auténtica exasperación en el ataque de su hija. «Oye, yo no he dicho que sea minusválido ni nada por el estilo», replicó. «Lo que he dicho es que no lo estás ayudando a crecer».

Esa pregunta, con su descarnada sencillez, cogió por sorpresa a Nevina. «¿Cómo que por qué? ¿No está suficientemente claro por qué?». Aguardó a que Maddalena replicara, pero no lo hizo. De modo que continuó: «Porque si lo tienes siempre pegado a tus faldas después será todo más difícil... ¿Qué crees, que vas a poder estar con él cuando vaya a la escuela?».

«Faltan todavía dos años», rebatió Maddalena.

«Dos años pasan más rápido de lo que piensas», contestó secamente su madre. «Y esa criatura me parece un pajarito indefenso».

«¿Cómo que indefenso? ¡Me tiene a mí!». Maddalena estaba empezando a enojarse seriamente.

«¿Y tú crees que con eso basta?».

Su hija trató de articular una de esas respuestas que no dan pie a réplica, pero hubo de resignarse ante el hecho de que esa clase de respuestas siempre

llegan cuando ya es demasiado tarde. «Cuando estaba embarazada soñaba continuamente», dijo sin embargo, sin ninguna conexión aparente con el asunto.

Nevina clavó la mirada en ella. «¿Y ahora nada?», preguntó.

«Nada», confirmó Maddalena.

«Ahora que lo pienso... Yo esta noche he soñado con mi madre», le reveló Nevina.

«La abuela Iolanda», completó Maddalena. «¿Te ha dado al menos algunos números para apostar por ellos?».

El tema anterior parecía haberse desvanecido repentinamente.

«¿Qué dices?», protestó Nevina. «Nada de números... Tampoco recuerdo demasiado».

«A mí me lo vas a decir. Cuando estaba embarazada tenía unos sueños increíbles que parecían auténticos».

«He leído que es imposible no soñar».

«Pues no lo es», la contradujo Maddalena dando una nueva muestra de la acritud anterior. Pero se detuvo ahí, antes de que volviera a su mente el fastidio que le habían provocado los reproches de su madre a propósito del pequeño Luigi Ippolito.

Parecían estar a punto de reanudar las hostilidades cuando algo extraño atrajo su atención desde la sala de estar. El niño había estado jugueteando con el mando a distancia y de la pantalla ya no salían las imágenes coloreadas de los dibujos animados, sino el crudo relato de un doble crimen: No hay aún ninguna hipótesis acerca de la masacre de Macomer. Identificadas las víctimas: se trata de Raimondo Bardi, de Nuoro, con antecedentes penales, y Federica Schintu, de Pattada, residente también ella en la capital de Barbagia. Se está investigando sobre las siglas fr que fueron halladas en el lugar del crimen doble. Se descarta que se trate de un intento de secuestro fallido...

La noticia iba acompañada por la habitual secuencia de imágenes que resultaban descarnadas y obscenas precisamente por su aparente objetividad. Maddalena le quitó el mando de las manos a su hijo y lo manipuló para volver

a los dibujos animados, perdidos en quién sabe qué botón del teclado. Sin embargo, una vez que los recuperó, ya fuera por la yuxtaposición precedente del telediario o porque uno no es consciente de cuántas historias terribles se les cuentan a los niños, no le parecieron tan inofensivos.

Las mujeres permanecieron en silencio, de pie, tras el sofá en el que estaba Luigi Ippolito, hasta que consideraron que se había restaurado la normalidad. Luego se miraron la una a la otra. A Nevina le vinieron a la mente un montón de cosas que decir a propósito del estilo de vida que esa hija suya aseguraba que había elegido. Pero no dijo nada porque el silencio era más tremendo que todas sus escaramuzas.

«Tenía pensado quitar las cortinas...», le dijo de repente Maddalena a su madre. «¿Tú las metes en la lavadora o las lavas a mano?».

«En la lavadora, con un lavado delicado y con poco centrifugado, por supuesto», respondió Nevina.

«Bien», dio su aprobación la hija. «¿Me ayudas con la escalera?».

Domenico se encorvó ligeramente, pero eso no fue suficiente para evitar que sintiera por completo la lengua ardiente del cuero quemándole un trozo de piel entre el costado y la nalga. Fue un golpe tremendo. Se esforzó para no gritar y al hacerlo emitió una especie de mugido. Terrible, diafragmático. Luego le hizo una señal a la mujer para que le dejara unos segundos de recuperación.

Era un gesto con la barbilla que habían acordado antes de la primera sesión para que ella captara dónde estaba el límite que no debía traspasar. A lo largo de los años ese límite se había ido estrechando bastante. Ahora Domenico pedía ser atado y a menudo amordazado. De modo que él hizo el gesto acordado y ella se detuvo. Ese tipo de dolor espantoso pero íntimo, totalmente habitual, lo situaba en paz con el mundo.

Esa tarde en particular pidió que ella acompañara los correazos con todas esas frases que tanto le gustaban: «¡Eres un gusano cobarde, un asqueroso impotente, un maricón!».

La mujer actuaba con una pericia que se había ido afinando con el paso del tiempo y con la intimidad. «¡Eres un asesino!».

Notaba su gratitud cada vez que ese juego dejaba de ser tal para aproximarse a la vida real.

En ocasiones se preocupaba, porque el grado de resistencia del cliente parecía tan desarrollado que le daba miedo sobrepasar el límite. Y entonces dudaba, esperaba unos segundos de más, pero él siempre la incitaba a que fuera más dura. No lloraba nunca, eso solo pasaba en los primeros tiempos, ahora ya no. Se había vuelto terrible, inmóvil, inexpresivo, hasta que recibía el golpe y entonces se sumía en una especie de alivio lancinante.

Después, como si nada, se vestía, recuperaba el tono y el control de sí mismo que había delegado, y sacaba los billetes de la cartera. Esa tarde añadió lo que ella definió como «una generosa propina».

«Estamos contentos esta tarde», señaló, conocedora de que la generosidad de Domenico siempre era proporcional a su buen humor.

Él asintió. «He recuperado algo que pensaba que había perdido para siempre», explicó. Depositó los billetes en la mesa de costumbre y se fue.

Cala Girgolu, setiembre de 1988

La sonrisa de Domenico mientras abrazaba a Maddalena para dejarse fotografiar se asemejaba al fondo oscuro de un estanque.

Habían organizado algo sencillo, informal, para inaugurar el chalé de Cala Girgolu. Era una de esas casas vacacionales a medio camino entre el estilo colonial y el estilo folk de una cierta Costa Smeralda, ya agotada. Una elección provinciana, se podría decir, pero la casa era, en su conjunto, sobria y del tamaño justo. Estaba situada sobre un espolón rocoso con vistas al islote de Tavolara e incluía un pinar sombrío a doscientos, a trescientos metros como mucho del mar. Desde la terraza cubierta se podía admirar la perfección con la que los colores, turquesa y blanco, verde y naranja, amarillo y azul, se distribuían en aquel lienzo.

Domenico le pidió al fotógrafo profesional que había llamado para la ocasión que disparara otra foto en esa posición. Era el dueño de la casa y requería una fotografía que tuviera apariencia de oficialidad. Se sentía extrañamente cómodo a pesar de que era el único de los presentes vestido de manera impecable. Setiembre golpeaba como si fuera pleno agosto. Maddalena se encaminaba hacia una madurez esplendorosa. Era de esas mujeres que mejoran con el tiempo, que se refinan y que toman posesión de su propia mirada y de sus propios gestos. Luigi Ippolito ya iba camino de los nueve años. Se había vuelto taciturno y, como predijo su abuela Nevina, fue necesaria una paciencia infinita para que se habituara a la vida escolar. Ahora

deambulaba entre los selectos invitados, una veintena, sin mostrar interés alguno.

Luigi Ippolito se había hecho alto y delgado, con esa mirada peculiar a medio camino entre el sabio y el asesino en serie que tienen determinados hijos únicos. Es decir, la que tienen esos niños que son rehenes de una vida interior más cercana a la soledad que a la reflexión. Había hecho falta toda la influencia de Nevina para que lo admitieran en las clases de catecismo en una especie de sección particular, donde no tuviera que relacionarse demasiado con el resto de los asistentes. Y eso no tanto porque la familia tuviera voluntad de aislarlo, sino por su evidente incapacidad para relacionarse con desconocidos. También ahora, en ese contexto de festejo e inauguración, merodeaba por un área fuera del centro de la zona de contactos, como un zorro que estuviera vigilando un rebaño antes de atacarlo.

«Ven para hacer la fotografía», le pidió Domenico.

El niño de entrada dijo que no con un gesto, pero cuando su madre se unió a la invitación se dirigió con la cabeza gacha hacia sus padres para acceder a posar.

El fotógrafo profesional se pavoneaba y decía cosas del estilo de «Muy bien así, una más, sí, esta es perfecta, digna de una portada de revista...».

Los disparos fotográficos terminaron por fin. Luigi Ippolito pudo zafarse de la sagrada familia, Domenico pudo unirse al corrillo del alcalde Sini —en otro tiempo notario— y de sus compañeros constructores, Maddalena pudo ir a la cocina a comprobar que el refrigerio estuviera a punto.

Se hablaba de las elecciones municipales de junio como una mera formalidad ya resuelta. Y se comentaba que quienes contaban con una nueva actuación positiva del Partido Comunista se habían visto obligados a reconsiderar la situación, porque el efecto Berlinguer no podía durar indefinidamente y porque a escala internacional ese sistema político se estaba desmoronando. ¿Acaso no habían oído hablar de los acontecimientos en Hungría? La ‘Ballena Blanca (como se conocía al partido Democracia

Cristiana) navegaba viento en popa, comentaban, y lo mismo pasaba con los avispados socialistas, que habían hallado el modo de mantener sentados sus culos en dos escaños.

Luego intervinieron las novias y las esposas para decir que ya estaba bien de hablar de política, y la orquestilla que habían hecho ir expresamente desde Sassari arrancó con varios temas bailables que provocaron la huida hacia la playa de los pocos chicos presentes. Alguno de los invitados estaba allí para ver el lugar y la casa, con vistas a una posible adquisición en la urbanización, que a falta solo de algunos equipamientos públicos —farolas, jardines ingleses...— podía darse por terminada. Tres o cuatro chalés en posiciones más elevadas, algo más lejos del mar, habían quedado sin vender.

En todo caso, ese algo que Domenico había recuperado, ese objeto que llegó a pensar que había perdido para siempre, se hallaba allí. Tenía ante sus ojos su primer proyecto real sin su padre. Domenico hizo esta reflexión sin darse cuenta de su alcance. Desde el mar llegaba una terca cantinela, pero solo podía ser escuchada a condición de hacer callar lo real. Siguiendo esa endecha dio unos pasos hacia la cresta de roca que dominaba el área en la que había sido construida su casa solariega. El mar se abría ante sus ojos.

Estaba tan absorto que no vio a Maddalena agitando los brazos en dirección a él. Realmente parecía que el mar le hubiera arrebatado la facultad de comunicarse. De modo que, aunque estaba viendo a su mujer tratando de atraer su atención, no se sentía capaz de responder en forma alguna. Ella tuvo que ir hasta él.

«¡El niño!», le dijo. Y nada más.

Para Domenico fue como cuando un hipnotizador cuenta hasta tres y el sujeto al que unos instantes antes había obligado a hacer de todo despierta repentinamente en medio de la hilaridad generalizada.

«¿Qué pasa?», preguntó con ese tono interlocutorio que se tiene nada más despertar.

«¡El niño!», volvió a decir Maddalena. «¡No aparece!», concretó. Y ya por

el hecho de que lo dijera a voces la cosa parecía que revestía una gravedad novedosa, absoluta.

«¿Cómo que no aparece?», preguntó Domenico, pero sin moverse.

«No», dijo ella con impaciencia. «Lo he buscado por todas partes».

«Habrá ido a la playa con los chicos». Esta vez Domenico se movió para aproximarse a su mujer.

Maddalena agitó la cabeza para decir que no, que era el primer sitio donde había ido a buscarlo.

Seguidamente se dirigieron a la casa.

Luigi Ippolito no estaba en casa, y los chicos no lo habían visto en la playa. Se organizó la búsqueda de inmediato. El sargento primero del puesto de los *carabinieri* puso empeño en mostrarse amable y alentador, pero comentó entre susurros que no se podía descartar ninguna hipótesis: ni la de que el niño se hubiera alejado voluntariamente ni la de que de algún modo se hubiera visto forzado a alejarse.

«¿Un secuestro?», preguntó Domenico.

Al escuchar esa palabra Maddalena abrió los ojos como platos, de igual forma que alguien que descubre lo sencilla que resulta una respuesta que se antojaba complicadísima.

No se podía descartar, lamentablemente, confirmó el sargento. El niño había desaparecido hacía ya cuatro horas.

No sabía cómo había llegado hasta allí. Intuía que ese preciso estado suyo se debía al hecho de que, de alguna manera, siempre había ignorado lo que era la piedad. Hasta donde alcanzaba a recordar. Pensaba que todo aquello que era, todo aquello en lo que se convertiría, dependía de esa verdad absoluta: Luigi Ippolito Giuseppe siempre había ignorado lo que era la piedad, siempre. Respecto a sus padres, pero también respecto a sí mismo. Por lo demás, había poco que decir: alimentaba la duda, se revolcaba —sin hacerlo ver— en el fango de sus obsesiones. Por ejemplo, la obsesión con la bondad y la idea de que a fin de cuentas resulta más útil para quien la ejerce que para quien la recibe. ¿No es soberbia la bondad? ¿No es arrogante? Si fuera un sentimiento normal, ¿para qué habrían inventado los santos? Que además no son otros que los profesionales, los campeones, esos que son tan soberbios en el ejercicio del altruismo como para anularse a sí mismos, y de ese modo elevarse a través de los altares hasta lo alto del cielo. Se dijo a sí mismo que se convertiría en santo.

Giró la mirada a su alrededor, se hallaba en un lugar que no conocía. Una maraña de matorral y retama. Estaba acurrucado bajo un arbusto que crecía sobre una base de granito que emanaba calor, porque con la llegada de la oscuridad el aire se había vuelto más frío. Sabía que lo estaban buscando, pero no le importaba, porque para convertirse en santo debía aprender a no tener piedad. Sabía del tormento de su madre y del fastidio de su padre. Lo sabía perfectamente todo.

Había caminado durante un par de horas antes de detenerse y buscar ese refugio. No podría explicar cuál había sido el detonante de esa decisión, sabía tan solo que se puso a caminar y se dio cuenta de que las voces del chalé iban apagándose. Él comenzó a sentirse bien, eufórico, y cuanto mejor se sentía más caminaba...

Ahora estaba cansado. Oyó a lo lejos que alguien lo llamaba, pero estaba demasiado cansado para responder...

La caída de la tarde y la actividad febril en torno a ella sumieron a Maddalena en un extraño estado de trance. Se había sentado en un rincón de la cocina alicatada en mayólica, muy bien equipada, de su casa de la costa; desde allí veía personas que se interesaban por ella, pero no distinguía las siluetas, podían llevar uniforme o podían no llevarlo.

Sin embargo, era un hombre uniformado el que se le acercó para preguntarle algo. Ella se limitó a mirarlo. El hombre se hizo cargo de la situación y llamó a otro.

«Está en estado de shock», dijo. «Señora, ¿me escucha?».

Y Maddalena, a pesar de que lo escuchaba, supo que en cierto modo no lo escuchaba. El hombre la sacudió ligeramente, como si quisiera recolocar algo que se le hubiera descolocado en la cabeza. A continuación se aproximó una señora elegante y muy perfumada.

«Maddalena, querida...», susurró con el tono de voz de una madre que comprende el dolor de otra madre. «Ya verás como todo se resuelve», le dijo. «Iremos nosotros», le dijo. Y le tocó la cabeza con su mano bronceada y anillada, con la muñeca tintineando por las pulseras.

Domenico estaba fuera con los demás para «batir palmo a palmo» el territorio. Más que preocupado, se le veía ansioso; este terrible epílogo para culminar un día perfecto le molestaba de un modo increíble. Y le recordaba su maldición, que siempre había sido tener que sudar la gota gorda para lograr lo

que los demás conseguían sin esfuerzo. Ahora, por ejemplo: ¿qué había de malo en inaugurar su casa en la costa? ¿Por qué esa jornada no podía concluir tan triunfalmente como había comenzado? Conocía perfectamente las respuestas para esas preguntas que, pese a ello, no dejaban de martillearle en la cabeza. Hacia su hijo sentía más rabia que otra cosa porque, ahora estaba claro, esa criatura había venido al mundo única y exclusivamente para robarle la paz.

«Maldito, ¿por qué precisamente a mí?», musitaba para sus adentros. «No tienes piedad alguna».

A Nevina la estaba trastornando la espera, se había acostumbrado a no exteriorizar sus sentimientos, pero en esos momentos le costaba; deambulaba por la casa limpiando frenéticamente. El abuelo Peppino se unió de inmediato al grupo de búsqueda, a ella no se lo permitieron.

Y en eso llegó la oscuridad.

El secreto estaba en concebir las cosas en el momento mismo en que sucedían. La oscuridad se hizo total en un instante y cayó sobre los diminutos hombros de Luigi Ippolito. Oía las voces y veía las luces a su alrededor. A pesar de que tenía la sensación de hallarse al descubierto y de estar yendo al encuentro de los destellos, nadie parecía verlo. Casi se convenció de que se había vuelto invisible.

Así es que cuando se dirigía a casa atravesó una hilera de hombres que lo ignoraron, y en esa hilera estaba también su padre, que tenía mirada de enfado. Solo por eso no se atrevió a desvelar su presencia y se abrió camino a través de los arbustos. Y mientras se acercaba a casa descubrió a lo lejos a su madre mirando hacia la nada desde la terraza y también entonces probó a atraer su atención, pero también entonces resultó inútil.

No tenía piedad. Y llegaría a ser santo por eso. Había pagado un precio muy alto con la agonía de la inserción escolar, que fue un infierno de miradas y palabras. A él no le gustaba que lo miraran, ni tener que hablar. Había comprendido la perfecta armonía que hay en la ausencia. Y la cultivó hasta que la vida se la quitó para catapultarlo al mundo, en medio de coetáneos con los que no tenía nada en común y con los que todos pretendían que se relacionara. Eso era el infierno, se dijo a sí mismo. Aquel otro del que hablaban en el catecismo no era nada. Era puro teatro. Porque a él se le antojaba que el verdadero infierno era esa imposibilidad de aislamiento.

En casa cada día se fue haciendo más largo. Con su madre preguntándole por

qué no decía nada y su padre mirándolo con resentimiento, porque estaba claro que no era el hijo que hubiera deseado.

Es cierto que tenía alguna ocurrencia de vez en cuando, como en una ocasión en que Maddalena, exasperada, le preguntó: «¿Por qué actúas así?».

Y él respondió: «Porque soy un niño».

Y con esa frase, en toda su evidencia, había dado en el clavo, y de hecho su madre se ablandó al momento con una especie de reacción amorosa, desmedida incluso, dándole la razón y repitiendo que sí, que era un niño, su niño.

A ella podría contarle que había decidido llegar a ser santo. Es posible que en todo el universo ella, su madre, fuera la única que comprendiera perfectamente que esa era una aspiración como otra cualquiera y que, como todas las aspiraciones, requería un acto de fe por su parte. Además de la consciencia de un sufrimiento específico. Ahora Luigi Ippolito intuía que esa consciencia era el mayor obstáculo que debía superar. Y sabía que iba a ser necesario un acto de fuerza, como un desgarró que inicialmente provoca un dolor indescriptible, pero luego, a medida que pasa el tiempo, ese desgarró precisamente habrá servido para evitar otros muchos y más atroces dolores. Sí, esa era la cuestión: no debía tener piedad. Ni siquiera respecto a Dios. Después de todo, ¿qué piedad había tenido Él cuando lo abandonó a sus propios delirios, cuando lo atravesó, de lado a lado, viéndolo antes de nacer, con el afiladísimo filo de la inquietud incesante? Porque eso era exactamente lo que había proclamado Dios mientras lo golpeaba: «Tú no hallarás la paz».

Y le aseguró que se vería insomne y solo. ¿Qué piedad había tenido también ahora, mientras disponía para él un cielo arrebatador y por todas partes el perfume embriagador de las retamas espinosas? Nunca lo perdonó, nunca aflojó esa presión que le atenazaba el estómago. ¿Qué piedad cuando de repente, aunque ahora podía decir que había ocurrido lentamente, se había visto en el centro del torbellino, uno de esos que mencionan las hagiografías cada vez que la divinidad se manifiesta?

Tratad de imaginar un alma amorfa vagando por ahí una tarde soleada de setiembre. No dispone de arma alguna para hacer frente a esa belleza de luz si no es citando su propia debilidad. Había un cielo en el que perderse, porque si el mundo se hubiera puesto al revés habría un infinito universo de nulidad. Había un árbol frondoso, como un viejo con los brazos abiertos, justo en el interior de la habitual retórica de la naturaleza y de su poder. Y, huelga decirlo, cigarras invisibles y ensordecedoras. Y luego estaba el mar, que era en realidad un espejo reflector. Una superficie muy sensible, inducida al incendio por la arrogancia con la que los rayos del sol atravesaban las nubes y se insinuaban en los espacios vacíos entre ellas. Dios se presentó a Luigi Ippolito como en las peores y más manidas iconografías. Y él, como en las más manidas y peores hagiografías, se sintió desfallecer. Tenía casi nueve años y ya sabía que no hallaría escapatoria.

No hubo felicidad. Con el paso del tiempo acabaría invitando a cualquiera a no creer que esa clase de revelaciones traen paz: traen guerra. Hubo violencia. En el momento central del éxtasis, cuando pensó que había entrado en la categoría de quienes descubren precozmente su abnegación, ahí estaba la duda abriéndose camino. Porque, decía el canónigo en la parroquia, a pesar de que Dios lo haya repudiado Lucifer no es capaz de mantenerse lejos de Él.

Sentía un dolor en el pecho, un pequeño dolor, sutil y angustioso. Del tamaño de esos dolores que no encuentran el camino para manifestarse plenamente sino que continúan vagando por la antesala de nosotros mismos, como una molestia que se mantiene latente.

A ese pequeño dolor podía llamarlo bendición o maldición, porque era inconsistente pero preciso, como la sombra de un cuerpo, compacta o alargada dependiendo de la hora del día.

Era setiembre, por tanto, y estaban el campo, y el cielo, y el árbol majestuoso... Qué vergüenza. Y ese extrañísimo sentirse mal...

Los rastreadores, carabinieri y lugareños fueron avisados hacia las tres de la madrugada de que el niño, misteriosamente, había vuelto a casa solo. No se informó de lo que había ocurrido con exactitud dado que el sujeto, menor de edad, se negaba a hablar.

Pasaron varias semanas antes de que los acontecimientos se precipitaran.

Faltaban cuatro días para su noveno cumpleaños, el curso escolar había comenzado con buenos augurios. A Luigi Ippolito se le veía sereno y a gusto como nunca antes. Se encontraba en el patio debajo de su casa y todo parecía ir perfectamente. Estaba bien, se había hecho la ilusión de que aquel dolor lo había abandonado para siempre.

Regateó a dos rivales y avanzaba con paso triunfal hacia la portería, malamente defendida por el más gordo y torpe de los compañeros. Se disponía a chutar por la escuadra, allí donde sabía que el portero no se iba a esforzar en tratar de llegar. A su alrededor había ese vacío neumático que envuelve al héroe antes de acometer la empresa.

Esperó aún, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para preparar el balón antes de lanzarlo con precisión, enviándolo exactamente adonde tenía previsto que fuera. Como hacen los campeones, que lo tiran hacia donde deciden tirarlo. Así es, eso lo había comprendido: para ser campeón hay que limitar el azar, hay que saber controlarlo, anularlo en la medida de lo posible.

Oh, pasaron unas décimas de segundo, dio un pequeño salto avanzando hacia el balón como un diestro bailarín. El muchacho de la portería lo miró como si estuviera pidiendo piedad, pero ¿qué piedad puede tener el héroe si él mismo es víctima de la total ausencia de piedad por parte del destino? Ninguna piedad, por tanto. Golpearía la pelota con el empeine para darle ese efecto de parábola imparabile.

Entonces dio un pequeño salto y cayó al suelo de espaldas, como si una gigantesca mano hubiera decidido quitarlo de en medio, impedir que chutara.

Tal cual: un manotazo muy violento a la altura del diafragma, un hacha partiendo en dos un muro de cemento, que aplastó su pecho.

Cuando volvió a abrir los ojos todos estaban a su alrededor, incluido el niño gordo. Sobre ellos había un cielo inenarrable, y sobre ese cielo una especie de certeza.

Se incorporó, dijo que no había sido nada, que por un momento se le había cortado la respiración y se le había nublado la vista, pero que ahora estaba bien, que no lo agobiaran.

Se dirigió solo hacia su casa, que no estaba a más de doscientos metros. Abandonó el campo y caminó unos pocos pasos, luego se detuvo y esperó.

Todo se resolvió en esa espera, en ese detener la mirada sobre sí mismo. El dolor había desaparecido de verdad, había desaparecido la inquietud. Solo había certeza. Continuó caminando, se sentía extrañamente eufórico.

Volvió a casa como de costumbre, como de costumbre se sentó a la mesa. Debía de ser un día realmente especial, porque incluso su padre Domenico estaba en la mesa con ellos. De modo que le pareció el momento apropiado.

«Me haré cura», dijo de una forma precisa y directa.

Domenico se quedó paralizado.

«*A paraguas maceas uñeras surdas*», dijo. «*A palabras necias, oídos sordos*». Seguidamente impostó una media sonrisa con incredulidad.

«¿Qué sabrás tú?», le preguntó.

«¿Cura?», repitió.

«¡En esta casa no se mete a cura nadie!», estalló lanzándole una mirada entre el escepticismo y la compasión.

Luigi Ippolito se limitó a sonreír, porque entre las cosas que había aprendido a prever estaban también ese tipo de miradas.

Por consiguiente, cuando Domenico hinchó el pecho antes de hablar, lo miró con la misma mirada sombría que un pantocrátor. Luigi Ippolito, justo en el

momento en el que podría haber dado marcha atrás, esperó sin embargo a que su padre hablara. Era su único hijo, era un futuro posible que se estaba convirtiendo en un presente estéril, le dijo.

«Tú no tienes piedad alguna», sentenció.

Pese a ello, el niño no agachó la cabeza, ni buscó indicios de complicidad en la mirada de su madre. No cedió ni siquiera ante la fina fisura que se abría en la frente de su padre. Descubrió que nunca iba a poder retractarse de esa especie de revelación a la que no sabía darle nombre, pero que aun así era de una consistencia precisa, física, entre el estómago y el pecho: lánguida, dolorosa, placentera y tremenda.

Cuando ese día cayó al suelo debería haber sabido que no hay dolores leves. Porque, eso estaba claro, Él te obliga a combatir contra el piojo como si se tratara de un paquidermo, al haber forjado a esas dos criaturas con diferente tamaño pero con idéntica resistencia.

Cuando cayó al suelo, por tanto, y aspiró el perfume agrio de la turba y de la urea esparcidas por el campo de fútbol, se vio obligado a aprender que no existen los daños leves, sino solo los daños.

En los años siguientes Luigi Ippolito quiso arrepentirse en más de una ocasión de lo que había dicho aquel día sentado a la mesa. Pero se dio cuenta de que no tenía previsto hacer concesiones. En el seminario no había tiempo para cambiar de idea, no para alguien que se había comprometido como él. Alguien sin piedad, alguien que no iba a volver atrás, alguien que iba a armarse contra el Mal del mundo.

Acorazado y hecho ya medio hombre, en carne y pelo, alcanzó una pubertad soberbia, completamente pertrechado para afrontar el contrapaso de quien renuncia a algo con tormento. Como si se viera obligado a ayunar y al mismo tiempo sufriera el mordisco del hambre. Así se presentaba ese cuerpo compacto y denso de apetitos que no debía satisfacer. Asediado por la mirada y por los sueños. Seducido por la fisiología. Sabía que no podía intervenir, que no tenía voz ni voto durante la obra de construcción de la máquina; no podía esperar mayor discreción ni implorar una relajación del furor genético. Tener un cuerpo que se transformaba y que no participaba en modo alguno en esa transformación, no poder tocarlo apenas, ya suponía, de por sí, una prueba de santidad, porque no le estaba permitido despreciar el medio con el que Él lo había puesto en el mundo sin despreciar a Él mismo. Era imposible amar la carne hasta tal punto de anteponerla a quien la había creado. Él no había previsto hacer concesiones en ese aspecto y, por consiguiente, Luigi Ippolito Giuseppe Guiso tampoco.

Al crecer hubo de practicar el antagonismo fieramente. Contra su cuerpo,

claro está. Y posteriormente contra la evidencia de un universo definitivamente secularizado aun cuando se declarara confesional. Se sentía tan rabioso como un cachorro de mastín encadenado. Un perro demasiado cauteloso como para ser realmente fiel. Eso lo sabía desde aquella tarde en la que se dio cuenta de que estaba chocando contra el suelo justo cuando se hacía la ilusión de que era el poseedor de su propia existencia.

Había cultivado una pasión insana por las historias de santidad ciega, las de los mártires que abrazan al verdugo, que sonrían ante el instrumento de tortura, que imploran el sufrimiento. Y estaba convencido de que ese era el único modo de ejercer la vida. Darle un sentido, afirmar que, por mucho que el cuerpo fuera maleable, consumible, mortal, todo lo demás permanecía, impalpable, compacto, irreductible, inasequible a la piedad, imposibilitado para hacer concesiones, dispuesto a combatir. Finalmente inquieto.

Nunca había rezado por él mismo. Se había arrodillado ante la imagen de un corazón hinchado a un nivel inverosímil, rojo y palpitante como son rojos y palpitantes ciertos frutos en su grado máximo de maduración, un momento antes de que se suelten de la rama para caer en el suelo obtuso de la realidad. Ciertos higos que crecen en las ramas de los árboles urbanos, oscuros y agrietados, con su pulpa expuesta a los pájaros, a los insectos, a las larvas, que, convocados por la gravedad, se aplastan en el cemento o en el asfalto. Así se imaginaba el martirio, como ese terreno desfavorable, sin blandura, que se opone a la pulpa madura.

Había aprendido a adorar ciertas coronas de espinas que tenían más similitud con la infancia de lo que él mismo podía imaginar. Esas zarzas a las que se engranan las mejores moras, las más grandes, y que para conquistarlas es preciso herirse las manos y los brazos. Así, así imaginaba la devoción: como una fe ciega en la recompensa después del dolor. Había rezado, por supuesto, por el dolor de los otros, el de su padre, el de su abuela Nevina, indefensa, insegura. Y por el de su madre, que no sabía hasta qué punto era un privilegio o una maldición haber parido a un santo. Había rezado por todos.

Excepto por él mismo.

A pesar de que atravesaba la vía dolorosa para convertirse en cura tenía predilección por la trama del hábito y la fibra del cilicio, como le ocurre a los simples, a los que no son capaces de concebir un universo complejo pero que de todas formas conciben la complejidad. Aunque sabía, no sabía. Así era. Desde el principio, desde que se dio cuenta de que sabía dar respuestas que sin embargo no había elaborado conscientemente.

A Luigi Ippolito lo movía una vocación febril, una enfermedad feroz, un afán de muerte, una concupiscencia temprana, una consciencia inmadura, una ira silenciosa.

Las imágenes de la multitud derribando el Muro de Berlín hablaban por sí solas. Ahora estaba claro que el mundo había tomado un rumbo inesperado. Y esas barreras de cemento que se derrumbaban estrepitosamente eran la imagen de pedazos enteros de lo que podía ser definido como historia cediendo bajo el peso de un impredecible cambio de mentalidad.

Hacía tiempo que Maddalena no quería saber nada de la historia. Parecía que su vida hubiera encallado en un banco de arena; era precisa, previsible, inerte. Todo lo que sucedía en el interior del televisor le interesaba del mismo modo que si se tratara de un documental sobre un planeta desconocido. Había jugado sus cartas y, a la postre, había perdido; apostó por el marido equivocado y también, desgraciadamente, por el hijo equivocado.

Desde que empezó a frecuentar el seminario, Luigi Ippolito se fue mostrando cada vez más distante. Y eso hacía que se sintiera sola en el mundo más que cualquier otra cosa. Más que su ausente marido, que andaba pastoreando en negocios siempre inconclusos a un paso del despeñadero, pero con la altanería de quienes se engañan pensando que para ser ricos basta con hacerse los ricos.

Lo cierto es que los negocios de Domenico iban mal, por no decir muy mal. Gozaba aún de cierto crédito, pero también se estaba granjeando fama de fanfarrón. Sin embargo, debía de contar con algún santo en el paraíso, porque cada vez que parecía estar al borde de la bancarrota el socio peninsular del que a menudo hablaba, pero que nadie sabía si realmente existía, lo sacaba de apuros.

Si le hubieran preguntado a Maddalena Pes cómo era el hombre con el que se casó, ella habría respondido que se trataba de un hombre bueno, siempre y cuando no se tuviera la presunción de conocerlo. Y de hecho, a pesar de que llevaban ya diez años casados, realmente nunca había habido intimidad entre ella y Domenico.

En cualquier caso, frente al televisor que narraba la crónica de los nuevos tiempos y que mostraba aquella multitud derribando el muro que separaba Berlín este y Berlín oeste, por primera vez se sintió involucrada emocionalmente.

Luigi Ippolito Giuseppe iba quemando etapas hasta tal punto que, tras entrar en contacto con un observador de la Pastoral Juvenil Vocacional, decidió aceptar la invitación de ingresar en un seminario menor en Roma.

Fueron días duros. Un joven cura, el padre Filippo Tomei, se presentó en casa de los Guiso para hablar con Domenico y Maddalena.

«Luigi Ippolito tiene clara su vocación», dijo.

Domenico lo miró sin abrir la boca.

Maddalena parecía que quisiera reflexionar sobre ello, a pesar de la simplicidad de la afirmación. «Es solo un niño», alcanzó a decir.

El padre Filippo articuló con los labios una mueca de escepticismo. «Es cierto», comenzó diciendo. «Pero eso no significa que su vocación no sea auténtica... Muchos niños no son tomados en serio cuando muestran un interés de esta índole, pero yo cuento con una larga experiencia en la Pastoral Juvenil y puedo asegurarles que tengo muchos hermanos que sintieron la llamada siendo niños y su vocación sigue siendo sólida y bella».

«¿Qué tiene de malo el seminario de Nuoro?», preguntó Domenico, al que no le apetecía enzarzarse en un debate devocional.

«Nada, absolutamente nada», se apresuró a responder el sacerdote. «Es solo que la casa romana podría ofrecerle más...», se detuvo para buscar la palabra.

«Oportunidades», eligió finalmente. «Y para una vocación como la de Luigi Ippolito no hay nada mejor que la posibilidad de ejercitarse en todos los aspectos».

«Estaría lejos», comentó Maddalena sollozando.

«Estudiaría con los mejores, practicaría deporte, se relacionaría con chicos que tienen el mismo talento que él».

«Talento», repitió Domenico. «¿Qué talento?».

«El de saber escuchar la llamada de Cristo. Verán, he charlado con él a menudo en el último mes. Me había hablado de él don Pirodda...».

«Sí, sí», intervino Maddalena con cierto nerviosismo. «Nos lo ha dicho...».

«Y también nos ha dicho que la educación y el alojamiento correría por cuenta de ustedes», puntualizó Domenico.

«Eso es», confirmó el cura.

«¿De verdad ha conseguido que hablara con usted, padre? Porque a nosotros no nos quiere decir nada».

El padre Filippo se tomó algo de tiempo para encontrar las palabras apropiadas. «Sí, por supuesto, hemos rezado el rosario los dos juntos muchas veces, y eso nos ha unido. El chico tiene una vocación totalmente sólida, eso se ve».

El encuentro del padre Tomei con él había tenido lugar aproximadamente un mes antes en la capilla del seminario. Don Pirodda le indicó el banco apartado en el que estaba rezando solo. El padre Tomei se situó a su lado. «Aquí estamos», dijo, como si llegara con puntualidad a una cita y le gustara dejar constancia de ello.

Luigi Ippolito lo contempló con un velo de recelo, pero dado que se trataba de un cura hizo un gesto con la cabeza y siguió con sus rezos.

«Sí», continuó el padre Tomei, «yo estoy convencido de que nosotros no nos hemos encontrado por casualidad. Ahora estoy sentado junto a ti y no creo que se trate de una casualidad, ¿no te parece?». Luigi Ippolito se giró para mirarlo, pero no respondió. El religioso esbozó una sonrisa. «Quién sabe si la

Providencia, Nuestro Señor o la Virgen María te han situado justo aquí, donde estás ahora mismo, y me han situado a mí a tu lado. ¿Qué me dices?».

«Digo que es posible que nosotros llamemos Providencia a lo que otros llaman casualidad».

Al padre Tomei se le escapó la risa. «¿Nosotros? ¿Quiénes?», lo provocó.

«Los que son como usted o como yo», respondió serenamente el muchacho.

«Ya. Creo que puede decirse de esa manera», reconoció el sacerdote. «Pero los que son como tú o como yo saben que no es lo mismo, ¿verdad?».

«Deberían», opinó Luigi Ippolito.

«Entonces estamos de acuerdo en que nuestro encuentro no es casual», retomó el tema el padre Tomei. «Y en que no es casual ninguna de las reflexiones a las que el Señor te conduce». Al ver que el joven guardaba silencio, el padre Tomei siguió hablando. «Yo estoy aquí para proponerte un proyecto real, una solución concreta ante tus preguntas...».

«¿Respuestas no?», lo interrumpió.

El padre Tomei actuó como si no hubiera entendido la pregunta.

«Solución concreta, respuestas no», reiteró Luigi Ippolito, como para decir que de nuevo estaban en una encrucijada de significados.

«No, respuestas no, no tengo respuestas», se vio forzado a admitir el cura. «Rezamos juntos el rosario mientras, ¿te parece bien?».

El muchacho mostró su conformidad con un gesto.

A partir de entonces la relación entre ambos se fue estrechando, hasta alcanzar una especie de intimidad totalmente casta y respetuosa. Luigi Ippolito tenía la impresión cada día más fuerte de que con ese hombre podía hablar como nunca antes había podido hablar con nadie. Y le provocaba una extraña sensación buscar palabras que se ajustaran a sus pensamientos. Y haber hallado a alguien dispuesto a escucharlas.

Otra tarde, fuera llovía —es importante recordar que fuera estaba lloviendo,

porque se trataba de un momento extraordinario del cual Luigi Ippolito iba a recordarlo todo— y era el 11 de noviembre, festividad de San Martín de Tours, la antífona de entrada recogía el salmo 1,2.35: Haré que surja un sacerdote fiel que actuará conforme a los deseos de mi corazón.

El padre Tomei lo hizo llamar mientras él se estaba cambiando de ropa tras haber ayudado en misa. Sabía, por supuesto, lo que iba a decirle y a pesar de ello sentía desasosiego. No quería dudar, pero dudaba. Así es que se presentó, a la hora señalada, con una especie de ansiedad dibujada en el rostro.

«Ante todo, quiero dar las gracias», comenzó diciéndole el padre espiritual, «porque en todos los años que llevo trabajando en este campo el Señor me ha dado la ocasión de encontrarme con almas como la tuya...».

Luigi Ippolito se ruborizó visiblemente. Tenía la impresión de que ese hombre sabía cosas sobre él que él mismo ignoraba. Era cuestión de experiencia, claro, la capacidad de reconocer las indiscutibles señales de la llamada, incluso cuando el que ha sido llamado no las identifica nítidamente.

«Ahora yo te pregunto: ¿le dices sí o no al Señor?», prosiguió el padre Tomei.

Luigi Ippolito se sentía como un atleta antes del salto. ¿A esa pregunta había que responder con la razón o con el instinto?

«Si me quiere, que me tome», contestó susurrando, pero con determinación.

El padre Tomei lo abrazó. «No sé si es lícito sentirnos al mismo tiempo tan felices y tan cercanos a Dios», dijo.

La mañana del 4 de enero de 1994, poco antes del final de las vacaciones navideñas, Luigi Ippolito Giuseppe Guiso, de la parroquia de Nostra Signora delle Grazie de Nuoro, dejaba su casa para irse al seminario menor Sangre de Cristo de Roma.

Era una mañana muy fría. Maddalena contemplaba los hombros rectos de ese hijo que la estaba abandonando definitivamente. Se había hecho alto sin que ella se percatara de ello. De repente, como cuando te das cuenta de que te ha crecido el pelo, vio que su niño se había vuelto un chico, que tenía las mejillas ensombrecidas por un ligero vello de un tono castaño semejante al de ella.

La noche anterior quiso preparar el equipaje él solo, y rechazó sistemáticamente todas las sugerencias que le hicieron su madre y su abuela Nevina, que no dejaba de llorar. Él comprendía que había motivos para llorar en esa casa. Se decía a sí mismo que es justo llorar por un ser querido que se aleja, por mucho que él insistiera en que se iba adonde había decidido ir y donde habría de ser feliz. Volvería a jugar al fútbol. Rezaría y encontraría al Señor del modo justo. Y estudiaría...

El equipaje, una maleta y una bolsa, esperaba en la entrada. Maddalena, Nevina y Luigi Ippolito cenaron en silencio. Domenico había salido de sobremesa y a las ocho de la noche aún no había vuelto. A lo largo de todo el día se habían sucedido las idas y venidas de amigos, familiares y algunos compañeros del seminario que se acercaron por allí para despedirse de él.

Por contra, los días precedentes habían sido un auténtico calvario. Las

discusiones entre Domenico y Maddalena llegaron a niveles nunca alcanzados hasta entonces. Un rencor creciente fue apoderándose de la casa. Estaba claro el motivo por el cual se quejaba Domenico: esos enviados de la Pastoral Juvenil, quienesquiera que fueran, no estaban interesados en su hijo porque se tratara de alguien tan especial, sino porque era adinerado. Esa hipótesis enfureció a Maddalena que, como la gran mayoría de las madres, tenía ideas particulares sobre su propio hijo. Domenico se equivocaba: Luigi Ippolito había sido elegido porque destacaba entre los demás en seriedad y en convicción. Y su marido negaba con la cabeza, con ese gesto de escepticismo que sabía hacer tan bien, tanto que parecía irrefutable. En su mirada se condensaban el cinismo y el resentimiento, la rabia y la reivindicación. A Maddalena le dio por preguntarse si también ella había contribuido a hacer de Domenico aquello en lo que se había convertido. Pero no iba más allá, sabía que discutir con él era perder el tiempo, porque cuando estaba convencido de algo no había forma de hacerle cambiar de opinión.

No obstante, su preocupación tenía fundamento. Ahora que todo se desmoronaba, ahora que los viejos regímenes cedían el paso a un mundo nuevo hecho de proclamas sin contenido, Domenico entendía que la parábola del hombre rico y del mendigo Lázaro, suponiendo que alguna vez hubiera resultado creíble para él, ya se había visto superada definitivamente; se estaba llegando a la edad de oro de los astutos.

El alcalde Sini había sido detenido dos años antes por malversación de fondos en el curso de una investigación que extendió incluso hasta aquel rincón remoto el área de actuación del proceso Manos Limpias. Pero ahora se presentaba de nuevo como candidato, más tranquilo que nunca, con un partido nuevo del que no se habían tenido noticias hasta entonces. Un partido de encorbatados y trajeados. Y Luigi Ippolito partía hacia Roma, lo cual suponía perder el control de la situación.

Eso es lo que le reprochaba Domenico a Maddalena: que ella no lo comprendía porque durante todos esos años se había beneficiado de los resultados sin preguntarse nunca a través de qué medios se habían conseguido. Y ella respondía que sí, que tenía toda la razón, pero que él a cambio se había permitido presumir de esposa sin sentir el más mínimo deber de comportarse como un marido. Las discusiones se quedaban ahí. Porque ninguno de los dos tenía el propósito de superar el punto de no retorno.

Por tanto, ese 4 de enero, festividad de San Hermes, castañeaban los dientes solo con acercarse a las ventanas. Maddalena había dejado la calefacción encendida toda la noche, porque sabía que Luigi Ippolito siempre tenía frío al despertarse.

Se levantó de golpe cuando lo oyó moviéndose por su habitación. Aunque era aún muy temprano, lo encontró completamente vestido, sentado en su cama. Se quedó de pie en el umbral de la puerta mirándolo como se observa a alguien del que quieres recordarlo todo. Sacó la conclusión para sí misma de que su hijo nunca se había considerado un niño feliz. Porque era un luchador, uno que no daba nada por hecho. Un polemista, se podría decir, aunque no era exactamente eso. Luigi Ippolito tenía un enfoque peculiar sobre las cosas mundanas que no lo ayudaba a encontrarse con los demás. Su hijo siempre había estado solo, se dijo Maddalena.

Incluso ahora —a pesar de que la oyó llegar, a pesar de que percibió que estaba en el umbral de la puerta— no daba señales de haber advertido en modo alguno su presencia. Y eso la hería. Le recordaba de qué forma tuvo que obligarlo a aceptar el primer amamantamiento cuando él rechazaba su pecho, y hasta qué extremo se sentía invasiva cada vez que ejercía sus prerrogativas de madre.

Esa noche Domenico había regresado a casa muy tarde y borracho. Por la mañana ni siquiera se levantó de la cama. Luigi Ippolito fue a verlo cinco

minutos antes de irse y se despidió de él como habría hecho con un extraño con el que tuviera el deber de mostrarse considerado.

Su padre apartó las mantas de su cabeza, abrió los pesados ojos y musitó: «Ve con Dios».

Luigi Ippolito dijo con un gesto que sí, que era justo allí donde se dirigía. Tras eso, nada más.

Fuera del dormitorio estaba esperándolo Maddalena, que le había preparado la bufanda, los guantes, el gorro de lana y la chaqueta gruesa. Se aseguró por enésima vez de que su chico llevara en la maleta toda la ropa interior nueva que ella le había comprado para la ocasión. Había preparado café y su aroma invadía también la entrada, donde estaba teniendo lugar esa despedida, febril, lenta y expeditiva, entre madre e hijo.

«Te escribiré», prometió él.

Pero ella, temiendo que esa promesa conllevara una distancia insalvable, dijo: «Telefonéame también».

Y él asintió para decir que lo podía hacer. A continuación abotonó su chaqueta gruesa mientras dejaba que ella le ajustara la bufanda alrededor del cuello.

El rugido de un motor rompió el silencio afásico de ese amanecer gélido.

«Ya han llegado», dijo Luigi Ippolito, «no salgas, que cogerás frío».

Ella lo abrazó con fuerza, consciente de que debía aprovechar la última oportunidad que tenía para buscar un contacto auténtico.

Él se dejó abrazar, pero con cierta vergüenza por la fogosidad que ella parecía estar poniendo. «Me esperan», dijo llegados a ese punto, y se soltó. Luego cogió la maleta y la bolsa, y salió.

Maddalena amagó con dar un paso hacia él, pero esos hombros que repentinamente se habían vuelto de hombre le tomaron la delantera. De modo que permaneció exactamente donde su hijo la había conminado a quedarse y sintió el ruido de la puerta, cerrándose, que se lo llevaba. Para siempre.

Esperó a oír el coche mientras se marchaba y luego regresó a la cocina. Se sirvió otro café muy azucarado. Lo tomó mirando la cristalería del otro lado de la ventana. La maravilla con la que se puede manifestar incluso el dolor era un misterio que no podía sobrellevar. Luigi Ippolito la había abandonado, eso pensaba. Y allí fuera todo era un triunfo de bordados y de cristales rocosos, con el parque transformado en una exposición de vidrio soplado y diamantes. Precioso y distante. Terrible y muy frágil. ¿Cómo era posible?

Contuvo las lágrimas como si hubiera alguien allí observándola. Pero no había nadie. Y Domenico seguía sin estar allí. Porque así es como era y así es como seguiría siendo. Ahora podía hacer un balance despiadado de su vida: había decidido confiarlo todo a la seguridad y se había equivocado. Pero se dijo a sí misma, y no lo hizo para consolarse, que se habría equivocado de todas formas. Entonces decidió que había llegado el momento de llorar.

Echó otro vistazo a la lívida luz más allá de la ventana. El transparente cristal se volvía violeta y en algunos ángulos concretos incluso reproducía la gama completa del arco iris. Había una quietud de posado fotográfico en el mundo, tal como lo veía ella, aunque quizá era su mente luchando por darle un sentido a su vida. Notó que las lágrimas se le deslizaban por el rostro y se sorprendió como si fuera una estatua milagrosa a la que se le hubiera otorgado esa función con carácter totalmente extraordinario.

Se secó con el dorso de las manos. Luego se dirigió hacia la habitación de Luigi Ippolito. La cama de su hijo estaba aún impregnada de su olor. Habían quedado sobre la silla, a poca distancia, algunas prendas descartadas: unos vaqueros, un suéter estampado, una camiseta rota. Y también un par de zapatos deformados.

Cogió los vaqueros para guardarlos y notó algo en un bolsillo. Una hoja doblada en cuatro, una carta.

Mamá:

He visto con claridad cómo se ha desarrollado en mí este don, y he comprendido que si nada me satisfacía era solo porque no había identificado mi objetivo.

Estaré bien, porque esto es lo que quiero. Me he encontrado ante una encrucijada y he tomado una decisión sin pensármelo. De repente me he sentido en paz, completamente, como nunca antes me había ocurrido. No sé en qué medida comprendes esta decisión mía, pero te aseguro que la he tomado por mí y no contra ti o contra papá. Sé que él lo ha encajado especialmente mal, pero confío en que, con la ayuda de Nuestro Señor, lo acabará comprendiendo.

Yo siempre he sabido que Él me llamaría...

L. I. G.

TERCERA PARTE

DESPUÉS

Enero de 1999

El morro del avión desgarró el compacto edredón de nubes con una breve sacudida. Un timbre de sonido metálico, reproducido electrónicamente, advertía de que iba a ser difundido un mensaje. La responsable de los auxiliares de vuelo informó a los pasajeros, con voz impostada, de que había comenzado la maniobra de aterrizaje y de que tomarían tierra en un cuarto de hora, a lo sumo. Como de costumbre, no era aquella la voz que había pensado lo que estaba diciendo, había sido autorizada para ello por el comandante del vuelo, el capitán Nostramo. Nombre que hacía presagiar, para los supersticiosos, un amerizaje más que un aterrizaje. Como el arcángel Gabriel, la azafata anunciadora por boca de Dios explicó que era preciso abrocharse los cinturones, colocar los asientos en posición vertical, cerrar las mesitas...

Mientras tanto, imitando a un inmenso oso polar que mete la cabeza bajo la superficie congelada, el avión asomó la vista a la tierra firme lamida por el mar. Solo era materia cromática: rojo vivo, marrón, verde botella yuxtapuesto a un verde azulado, aguado y gelatinoso, que se condensaba en un azul de Prusia.

La tierra mostraba una variedad absoluta, como una especie de incapacidad genética para la uniformidad, mientras que el mar evidenciaba la obstinación con la que cada uno de sus elementos tendía hacia la cohesión. Podía estar en calma o encrespado, aunque en todo caso aparecía uniforme y solemne en su

febril coherencia. La tierra, por el contrario, se movía en su inmovilidad, variaba en su firmeza. Y eso ya decía mucho sobre el hecho de que, con demasiada frecuencia, se enfatizan cualidades que parecen tales solo porque no se observa desde el punto de vista apropiado.

Aquella visión dejaba claro, de una vez por todas, que las aves o los reptiles pueden captar la realidad cada uno de ellos bajo su propia y específica relatividad. Que se vea un penacho de hierba tan cercano como para que acabe pareciendo enorme, o tan lejos como para que resulte una simple partícula infinitesimal en la mezcla cromática, hace que esas miradas sean igualmente parciales. El águila no ve mejor que la culebra, ve de forma diferente.

Ese sonido metálico que había dado paso a la voz anunciadora despertó bruscamente al pasajero del puesto E, asiento de ventanilla, de la fila 6 del McDonnell Douglas MD-82 de la aerolínea Meridiana que estaba descendiendo hacia el aeropuerto Costa Smeralda de Olbia. Se trataba de la última etapa de un viaje que desde Riga lo había llevado al aeropuerto romano de Fiumicino y desde allí, si estaba en lo cierto la auxiliar de vuelo, en un cuarto de hora lo conduciría a Cerdeña.

Una azafata se le acercó y le hizo una señal para que pusiera el asiento en posición vertical. El hombre obedeció con una sonrisa. Aparentaba unos cuarenta años, de pelo castaño muy claro, cercano al rubio. Vestía ropa italiana recién estrenada, pero tenía una barba ligera y descuidada, dorada, que le ensuciaba las mandíbulas. Esa especie de abandono más que restarle elegancia se la añadía. Era de esos hombres que se sienten parte de otro mundo. Y sin embargo tenía la mirada de alguien que puede pertenecer a cualquier lugar al que decida pertenecer.

¿Iba a Cerdeña de vacaciones?, le lanzó la pregunta la azafata en un inglés claramente atropellado. Hizo la pregunta por exceso de celo, a pesar de que era enero, a pesar de que la mujer sabía que en la llamada ‘isla rosquilla’ la temporada de vacaciones duraba como mucho de junio a setiembre.

«Por negocios», susurró el hombre con todas las consonantes equivocadas.

La azafata arqueó sus cejas, arregladísimas. «Habla usted bien nuestro idioma», mintió ella, aunque no del todo.

«No», rehusó el elogio.

En ese momento el avión capeaba una leve ráfaga de aire; todo el pasaje comentaba que se estaba levantando el viento mistral, que los estaba zarandeando, aunque sin saña. La isla era una vieja cascarrabias, aparentemente no sentía aprecio por los extraños, aunque se mostraba acogedora con ellos de todos modos.

El aparato tocó tierra con un topetazo. El arcángel Gabriel informó de que el avión había aterrizado a la hora prevista, que la temperatura allí fuera era de siete grados centígrados, que el comandante y la tripulación les daban las gracias a todos por haber escogido volar con ellos. Y cuando decía «ellos» se refería a la compañía aérea.

La azafata observó al hombre mientras tomaba la salida hacia la frágil escalera móvil.

Fuera silbaba el viento. E inundaba los pulmones con un aroma indescriptible. El hombre se sintió mareado; ese aroma le cubrió los pulmones provocándole ansiedad, porque ciertamente no parecía el abrazo de un desconocido, sino la manifestación de un cariño consolidado. Se trataba de algo que cavaba con la misma furia que un gato cuando entierra sus heces en la caja de arena. Era como un impulso natural de viento, plantas, salinidad... Como un adversario que lo abrazase por la cintura para cortarle la respiración. En un libro de arte había visto una escultura de luchadores esculpida por Miguel Ángel. El cuerpo retorcido de un hombre de pie trataba de librarse de su adversario, que lo estaba sujetando por las piernas. Por mucho que se retorciera, el otro no parecía dispuesto a darse por vencido de ninguna manera. Era ese el efecto corpóreo, el impacto que ese lugar le provocaba. Era un sueño de arbustos, de hojas perennes duras como cortezas e igualmente fragantes, pero también un suspiro de tierra en letargo, sólida como una vasija cocida y como ella frágil cuando se seca, resquebrajada por las

grietas de las que emanaba el aliento humeante de hielo de enero que se remontaba a la noche de los tiempos, cuando el granito era una masa incandescente. Era la lengua de su perro, el niveo Tatra, lamiéndole los labios y el cuello para que lo reconociera. Y todo aquello que podía imaginar bajo el manto espumoso de la colina nevada, a una hora de viaje de su granja. Recordó perfectamente esa sensación que le evocaba su hogar.

«Perdón, ¿va a pasar?», le preguntó un hombre que esperaba tras él en la zona de acceso de pasajeros a la terminal.

«Perdone usted», respondió echándose a un lado para dejarlo pasar. El hombre lo adelantó.

Lo encontró poco después en la cinta de recogida de equipaje. Le hizo una leve señal. A la salida, en su condición de extracomunitario, tuvo que pasar la aduana. Presentó su pasaporte.

«Krievs, Oskar», leyó el agente.

El hombre lo confirmó moviendo mínimamente la cabeza.

«Riga, 4 de setiembre de 1960», continuó.

«Sí», dijo él en esta ocasión.

Una vez fuera, al otro lado de la puerta de apertura automática de las llegadas, se dirigió a un hombre que exhibía un cartel con su nombre escrito. Oskar Krievs se paró frente a él, le sacaba al menos veinte centímetros de altura. El otro supo que ese era su pasajero. Le hizo un gesto torpe con la mano que pretendía ser un saludo y a continuación comenzó a caminar precediéndolo hacia la salida, en dirección al coche que debía trasladarlo a su destino.

No llevaban aún ni diez minutos de trayecto cuando el hombrecillo al volante comenzó a hacerle preguntas. O, mejor dicho, comenzó a cerciorarse de que todo estaba en orden para su millonario pasajero. ¿Hacía demasiado frío en el coche? ¿Quería que hiciera una parada para comer algo? Oskar respondió que no las dos veces. El chófer guardó silencio.

En la estación blanca se había enamorado del vacío. Pero ahora una plenitud intrusiva presionaba más allá de las ventanillas oscurecidas del automóvil que, tras abandonar la costa, penetraba en la carne viva de la isla; un colosal cetáceo que se dejaba atravesar por un feroz y diminuto parásito.

Oskar cerró los ojos, trató de volver al silencio glacial de su *ciems* de tejado rojo, a la visión tan abierta del campo nevado que permitía llegar de un solo vistazo hasta el recodo del río, al aire afilado de las mañanas de otoño que oprimía el pecho como un arrepentimiento, al crujido de las puntas de los dedos de su perro sobre la nieve fresca.

La tarde de enero era sombría, tal y como bien recordaba que sucedía en su estación negra. Cuando aún no sabía que existían mundos en los cuales nada había que pudiera ocultar el cielo. Lugares dulces y planos donde la mirada podía extenderse por inmensas llanuras de trigo sin verse entorpecida por rocas amenazantes y estériles. En su estación negra Oskar había aprendido a desconfiar de la tierra y de los hombres que la habitaban, en la mirada corta había fundado toda suposición de supervivencia cautelosa. Había vivido a la espera de las emboscadas, como siempre sucede donde los territorios están plagados de barrancos y gargantas. Luego, cuando renació, en la estación blanca, aprendió a aceptar el peso de la amplitud, viéndose obligado a reconocer la necesidad de ajustar la mirada larga a su nuevo yo, con la aptitud para la espera que ello comporta.

Oskar no se podía considerar un expectante, alguien al que le encantasen las largas acechanzas aguardando a que la liebre blanca se decida a salir de su madriguera subterránea. Pero después de la tercera o cuarta batida volviendo con el zurrón vacío, mientras todos los demás habían hecho una buena caza, tuvo que aprender. Tuvo que aprenderlo todo. Por ejemplo, que si quería volver con el zurrón lleno debería armarse de infinita paciencia y esperar el momento justo. Y ese había llegado finalmente.

«Pare aquí», le ordenó al conductor de repente, sin acento, sin la más mínima cadencia, de tal forma que el hombre al volante temió por un segundo

que el pasajero que llevaba atrás hubiera cambiado sin que él lo supiera. Puso el intermitente, a pesar de que la calzada estaba desierta, y pisó el freno. A continuación aparcó.

Se hallaban en una suerte de tierra de nadie justo después del desvío hacia Lula. Allí la estructura desordenada de falsos llanos y paredes de roca permitía hacerse ilusiones todavía. Es decir, permitía concebir nuevas oportunidades. Dando la espalda al oeste, dominado por las laderas de los montes, hacia el este se abría paso una especie de bajada en dirección a un mar hormigueante de parcelas arrancadas al granito.

Oskar bajó del coche y atravesó la calzada hasta la mediana. En esa tarde adormilada y límpida no había nada que diera señales reales de vida; ni un automóvil, ni una vibración del follaje, ni un pájaro en el aire. Solo el aroma imponente de la primordial mezclanza que, una inmensidad de épocas antes, había compuesto aquel territorio como si estuviera en el fondo de un mortero.

De modo que la estación negra penetraba a través de las fosas nasales, y desde las fosas nasales llegaba al estómago, y desde el estómago hasta la ingle. Oskar cerró los ojos y sintió un preciso déjá vu, algo que había eliminado y que ahora regresaba, implacable e imparable. Se le escaparon unas lágrimas mientras tragaba olores y remordimientos.

Entre tanto, el chófer aprovechaba la parada para fumarse un cigarrillo apoyado en la cálida capota del automóvil. Cuando vio que Oskar volvía hacia él tiró la colilla y se apresuró a abrirle la puerta.

«No falta mucho», le dijo, porque sintió repentinamente la necesidad de serenar a ese extraño pasajero que ahora parecía haberse conmovido de un modo increíble.

«Lo sé, lo sé», respondió Oskar subiéndose al coche.

Entraron en Nuoro por la zona del nuevo hospital cuando aún no eran las cuatro, aunque ya estaba oscureciendo. Los últimos kilómetros habían sido

cuesta arriba, como si realmente fuera necesario conquistar ese grumo de casas entre los montes. Ese lugar era un nido de aves rapaces, como en los reinos antiguos los territorios de los hijos menores, aquellos impracticables y yermos, para gente inmisericorde. Pasaron el que era conocido como cruce de la estación, a pesar de que Nuoro nunca había tenido una estación propiamente dicha, sino tan solo ese apeadero con dos andenes para trenes de vía estrecha. Seguidamente subieron hacia via Trieste, que era una arteria elevada y sinuosa a poca distancia, por no decir bastante cerca, de via Deffenu, aunque atravesaron la zona sin que Oskar ni siquiera le prestara atención. Borearon piazza Italia para subir hasta lo alto de via Ballero, junto a la entrada del cementerio; ese sí que era un monumento con todas las de ley, como si el único modo que tuviera uno de pertenecer al mundo en dicha ciudad fuera haciéndose enterrar. Allí, en el cementerio, la provincia pasaba a ser una metrópolis. Pero la mirada fija de Oskar ignoró incluso esa parte. Tomaron via della Solitudine, dejaron a la derecha la iglesia del mismo nombre, que en otro tiempo había sido rural, y enfilaron la curva cerrada que daba acceso al monte Orthobéne. Durante seis kilómetros se contornearon como una bailarina de la danza del vientre: Solotti, Fonte Milianu, hasta llegar, en lo más alto, al hotel restaurante Fratelli Sacchi.

La temperatura había bajado, pero no lo suficiente como para convencer a Oskar de que se pusiera el abrigo sobre su impecable traje. Cuando salió del coche miró a su alrededor. Aquel edificio blanco de poca altura había sido construido en un estilo a medio camino entre lo local y lo mediterráneo, en el borde de la cresta de la montaña que daba directamente a la meseta y a la ciudad. Se accedía a él a través de un pequeño claro, como si se tratara de un emplazamiento obtenido tras llenar una cuenca profunda. El hotel estaba comunicado con el restaurante mediante una terraza cubierta que con el paso del tiempo acabaría siendo acristalada con amplios ventanales.

Un hombre macizo, tan tímido como para parecer desconfiado, fue a su encuentro. Se presentó como la persona que regentaba el establecimiento.

Añadió que todo estaba dispuesto exactamente como había solicitado Oskar.

«En cuanto a la habitación, tendrá que disculparnos», matizó en un momento dado. «Desde hace unos años ya no contamos con servicio de hotel... En cualquier caso, hemos habilitado una buena y amplia especialmente para usted». Tras eso se quedó mirándolo sin ser capaz de borrar de su cara la expresión de duda de alguien que no deja de preguntarse qué se le habría perdido en aquel lugar a un hombre tan potentado.

En ese tiempo el conductor pidió ayuda al chico del bar para llevar la única maleta de Oskar desde el maletero del coche hasta su habitación con calefacción.

Oskar le dio las gracias ofreciéndole cincuenta mil liras que el hombre cogió no sin vacilar.

A juzgar por la decoración general, no se habían limitado a recuperar una habitación, sino también todo el vetusto e inutilizado hall, así como el pasillo que daba acceso a la habitación. Era la 23. Oskar se quedó mirando ese número como si le dijera algo.

En la estación negra esa cifra le habría recordado a su madre. ¿Era posible, pues? ¿Que un número pueda recordarte a una persona? Por su forma tal vez, o por su sonido. Veintitrés era su madre. Había tenido una experiencia precisa, porque hubo de acompañarla en su agonía y miró las cifras luminosas del reloj electrónico que había en la mesita de su habitación de hospital, que señalaron con exactitud la hora de su muerte. Las veintitrés.

Entró en su habitación. Era espaciosa, amueblada con un gusto sencillo y un poco rústico. La pared que miraba al este estaba ocupada por un ventanal de tres hojas que se asomaban, valle abajo, hasta Baddemanna. Habían dejado abiertas las pesadas cortinas de tejido de telar precisamente para que en cuanto entrase el huésped pudiera disfrutar de aquella hermosísima vista de robles y encinas embalsamados por el hielo. De modo que tuvo que enmendar una especie de convencionalismo al que estaba sometido desde hacía casi veinte años, que era llamar negra a la primera estación de su vida. Ahora,

estaba totalmente convencido, esa estación era del mismo verde esmaltado que tenían aquellos árboles humildes, poco más que arbustos, sin el portento plateado de los abedules bajo los que llevaba a correr a Tatra. Constató que, como le había dicho el gerente del restaurante, en la habitación todo había sido dispuesto de la mejor forma posible y, gracias a que los radiadores habían sido encendidos previamente, la temperatura era cálida y relajante.

Ese hotel, y consiguientemente esa habitación, eran suyos desde los cuatro años. Dejó correr el agua en la bañera mientras se desvestía, aunque antes de meterse contactó con la extensión que correspondía al restaurante. Preguntó si estaba todo listo para la cena que había encargado para dentro de una hora. El hombre respondió que sí, que estaba todo listo, que no se preocupara.

«¿Quién es ese con el que vas a cenar?», preguntó Maddalena uniéndose a Domenico en el cuarto de baño.

Él escupió la pasta de dientes y contestó: «¿Cómo que quién es? El jefe». Y soltó una carcajada forzada. «El dueño de Edilombarda, la financiera que compró nuestra deuda», detalló. «Un ruso», añadió. «Y el que tira de la correa», añadió en voz baja.

«¿Qué?», preguntó Maddalena.

«Nada, nada...», dijo Domenico suavizando la cosa mientras comprobaba si se había afeitado correctamente.

Maddalena apretó los labios y sacudió la cabeza. «Un ruso», repitió.

«Sí...», dijo Domenico. «La nueva frontera: rusos y chinos. ¿Me pongo corbata?», preguntó.

«¿Se trata de una cena formal?», preguntó a su vez ella. Y al ver que Domenico no sabía qué responder le aconsejó: «Guárdala en el bolsillo y luego, si acaso, te la pones en el último momento. ¿Pero qué quiere ese...?».

«Krievs», completó la información Domenico. «Oskar Krievs. ¿Qué va a querer? Probablemente haya venido a darse una vuelta para ver qué es lo que compró, ¿no? Ahora que les han abierto las fronteras... Sé que se está reuniendo con sus socios italianos». Trataba de mostrarse desenvuelto con su mujer a pesar de que sentía que dentro de él iba creciendo una sorda inquietud.

Maddalena lo precedió hasta la entrada para entregarle el abrigo bueno y la

bufanda de cachemira que le daban un aire de hombre joven en plenas facultades. Domenico se tomó aún un momento para buscar los guantes.

«No creo que se alargue mucho la cosa», le susurró a su esposa dándole un beso entre la mejilla y la sien. «Hasta luego».

Maddalena lo miró mientras se iba con la precisa sensación de que debía protegerlo. «Espera», le dijo.

Domenico se detuvo en la puerta.

«¿No coges el sombrero?», le preguntó ella.

«No», contestó él. «Me despeina». A continuación sonrió y cerró la puerta.

Entró en la sala del restaurante, que conocía muy bien. La diferencia de temperatura respecto al exterior lo obligó a desabotonarse el abrigo. Había dos mesas ocupadas por sendas parejas, una mesa para seis acogía lo que parecía una familia reunida con motivo de un aniversario u otra celebración. Más allá, en un rincón recóndito entre la chimenea y la última hoja del ventanal panorámico, vio al hombre, sentado de espaldas.

El gerente del restaurante salió al paso de Domenico un instante antes de que llegara a la mesa donde Oskar Krievs lo estaba esperando. Iba a decirle algo que él ya había descubierto por su cuenta, así que se limitó a confirmarle que era allí donde debía dirigirse.

«Siéntese», le invitó Oskar sin darse la vuelta.

Esa invitación, más que hacer que avanzara, bloqueó a Domenico. «Sí», dijo como si continuara una charla consigo mismo. Y avanzó hasta la silla vacía frente a él. Pero antes se aligeró de ropa quitándose la bufanda, los guantes y el abrigo, que posó en la silla vacía que quedaba entre ellos dos. Luego se inclinó para ofrecerle la mano.

Oskar se giró finalmente para corresponder al saludo. Era un hombre rubio y enjuto que, a pesar de ir vestido de forma impecable, exhibía una barba descuidada. Rubia y rizosa.

«Siéntese, siéntese», repitió Oskar mirándolo fijamente a la cara.

Pero, llegados a ese punto, estaba claro que Domenico no se iba a sentar. «Tú», dijo, sintiendo que una especie de risa nerviosa le estaba subiendo desde las caderas hasta las mandíbulas. «No estás muerto», comentó como si estuviera diciendo «¿Qué es de tu vida?» o «Cuánto tiempo sin vernos».

«Pues no», confirmó el otro. «Por supuesto que no estoy muerto».

Se quedaron así, uno de pie y el otro sentado. Sin añadir absolutamente nada a lo que acababan de decirse.

«¿Tienes un cigarrillo?», preguntó en un momento dado Domenico. «¿Cómo debo llamarte?».

«¿Ahora fumas? No sé, ¿cómo quieres llamarme?», respondió el rubio haciéndole una señal al encargado del establecimiento.

El hombre llegó velozmente y se dirigió al jefe para saber qué quería. Luego buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos, lo abrió y se lo ofreció a Domenico. Él cogió uno y se lo llevó a los labios. Seguidamente se inclinó hacia el hombre, que había encendido un mechero de plástico estampado con motivos futbolísticos.

Domenico aspiró la primera calada. Hacía tiempo que no fumaba. «Cristian», decidió. Pero tampoco entonces tomó asiento.

«Me vale Cristian», le concedió su interlocutor sin perturbarse y también sin esa emoción que se podría esperar al escuchar su verdadero nombre después de veinte años. «¿Pedimos?», preguntó.

Domenico hizo una señal de negación. «Salgamos a tomar el aire, ¿te parece?».

Salieron y caminaron hasta la zona de aparcamiento en la que Domenico había estacionado su coche. Permanecieron allí de pie, contemplando la ciudad iluminada bajo ellos que parecía una maraña finalmente preciosa. Solo unas horas antes, a la luz del día, el efecto que causaba era bien distinto.

«Me he preguntado muchas veces qué pensaría de nosotros, de este lugar, un marciano que viniera a parar aquí con su nave espacial», reflexionó Cristian mirando la agitación de luces que había bajo ellos.

«Que estamos todos locos, eso pensaría», comentó Domenico. «Todos. Este es un lugar de locos, ya deberías saberlo», completó la idea mientras dejaba caer al suelo la colilla para apagarla con el pie.

Cristian le dio la razón. «Sí, no hay duda».

Guardaron silencio.

«¿Qué vamos a hacer entonces?», preguntó Domenico, como si esa pregunta fuera una consecuencia directa del hecho de que estaban de acuerdo sobre la locura generalizada de aquel lugar.

«No, más bien ¿qué vas a hacer tú?», le devolvió la pregunta Cristian, imperturbable.

«No veo muchas opciones», dijo él.

Era como si en los veinte años transcurridos ya se lo hubiesen dicho todo y ahora ya no quedara realmente nada que decirse. Les costaba rellenar los silencios. La oscuridad había vuelto el clima más riguroso.

Domenico sintió un escalofrío. «No he cogido el abrigo», señaló. «Pero no creo que me sirviera».

«Creo que no», confirmó Cristian mientras revolvía en los bolsillos de su chaqueta. También él empezaba a sentir frío. Finalmente encontró lo que estaba buscando. Era una hoja un poco arrugada y salpicada por algunas manchas de color marrón oscuro. Tras sacarla del bolsillo se la entregó a Domenico.

Él la cogió y supo de inmediato de qué se trataba. En cualquier caso, la abrió, como para beber hasta el fondo la copa amarga. Era el documento hológrafo con el que se había comprometido a cederle los terrenos de Cala Girgolu a Raimondo Bardi. Volver a ver su letra de otros tiempos lo puso nervioso por primera vez.

«Fue así», sentenció Domenico al llegar a la conclusión de que las manchas

de la hoja no podían ser otra cosa que sangre. Reflexionó sobre el hecho de que ese documento les había costado la vida a Raimondo Bardi y a Federica Schintu. «Ten en consideración que he criado a tu hijo», probó a decir, aunque se arrepintió de ello inmediatamente, porque expresado de ese modo parecía un alegato de defensa. Y en cambio pretendía ser una revelación.

Cristian siguió mirando al vacío que había frente a ellos, a aquella vibración epiléptica de luces que representaba la ciudad exactamente como una angiografía por medio de un contraste. No parecía demasiado impresionado por lo que Domenico acababa de decirle. «Cuando me pescaron en el mar me costó asumir la idea de que tú pudieras desear verme muerto», dijo como si estuviera pensando en voz alta.

Domenico guardó en el bolsillo la hoja que Cristian le había dado y abrió los brazos. «Como decía la obra, ha llegado la hora en la que uno de nosotros dos ha de ver su fin».

Muchos de los que vivían en la zona de la avenida Ciusa, la plazoleta Aspromonte o Sant'Onofrio contaron que habían oído un estruendo y que habían visto un relámpago en medio de la negrura absoluta de la pared montañosa.

Domenico Guiso, joven empresario de Nuoro, había decidido acabar con todo. Como su padre, por otra parte. Y eso santificaba una sensación que en la pequeña ciudad parecía una historia ya escrita. Los restos incinerados del suicida fueron examinados cuidadosamente. Se escuchó a todas las personas que habían tenido relación con él esa noche fatídica.

Oskar Krievs respondió a todas las preguntas, explicó que estaba en Cerdeña para poner en orden las cuentas que la empresa Guiso e Hijo no había conseguido sanear a pesar de las sucesivas prórrogas que le había concedido en esos años la sociedad financiera de la que él era el máximo accionista.

Declaró, en un italiano penoso, que durante su breve conversación no tuvo motivo alguno para suponer que el tal Guiso había tomado una decisión tan drástica. Dijo que había oído la explosión justo unos instantes después de regresar a la sala. Y sobre ese particular mintió más que sobre otros. De hecho, se hallaba aún en el aparcamiento del restaurante cuando Domenico, tras guardar la hoja en su bolsillo y pronunciar las últimas palabras, montó en su coche. Arrancó y aceleró para precipitarse por el acantilado. El automóvil hizo una parábola impresionante antes de estrellarse veinte metros más abajo. Tardó tan solo unos segundos en incendiarse.

El funeral, estrictamente privado, se celebró dos días más tarde. Con margen de tiempo, decían, para que pudiera volver desde la península el único hijo del hombre, Luigi Ippolito Giuseppe, que estaba estudiando para cura.

Pero no se supo nada del hijo en las exequias de Domenico. Y tampoco se presentó el exalcalde Sini, ahora diputado en el Parlamento.

Maddalena siguió al féretro junto a un reducidísimo grupo de personas: sus familiares, algún que otro obrero... Le habían concedido a aquella pobre alma atormentada el beneficio de la duda. Habían determinado, en definitiva, que la terrible decisión de lanzarse al vacío no era consecuencia de una voluntad real, sino de la pérdida de la voluntad. De modo que reservaron para él una misa rápida, a la que acudieron algunos curiosos, e incluso un lugar en la tumba familiar en la que los Chironi y los Guiso reposaban juntos.

Cristian siguió desde lejos el pequeño cortejo fúnebre. Maddalena, vestida de negro, parecía una mujer de otra época, de aquellas a las que se cantaba en los sonetos. Y Nevina estaba envejecida. Se mantuvo a una distancia que le permitiera observar sin ser visto.

Sin embargo, Maddalena lo vio.

De entrada pensó que se trataba de una visión generada por su mente como consecuencia de esos días penosos. Pero luego se convenció de que todo tenía

sentido. Porque se había acostumbrado a considerar los hechos como tales, sin pararse a preguntarse nada más.

Por lo demás, Luigi Ippolito no había querido volver para el funeral. No pasaba nada. A quien le preguntaba al respecto ella simplemente respondía que el muchacho estaba afligido, pero que al hallarse lejos le había sido imposible viajar tan repentinamente. No era alguien que hubiera elegido a un empleador cualquiera, decía, dando a entrever que los asuntos que tenía encomendados esa joya de hijo eran mucho más relevantes que la muerte de un padre. A pesar de la clase de muerte que había sido. Corría el rumor de que por eso al párroco le había resultado tan fácil concederle las exequias religiosas a un suicida. Entre ellos, y se referían a los curas, no se ponen zancadillas.

Sea como fuere, justo cuando salían de la iglesia para la conducción del cadáver al cementerio Maddalena vio a Cristian. Un segundo apenas, pero lo vio. Y se sobresaltó, lo cual fue interpretado por los demás como una llamarada del terrible malestar que esa pérdida le había originado.

«Ven a dormir con nosotros», le rogó Nevina después de que los operarios fijaran a los pernos de bronce la inmensa lápida de mármol que sellaba la tumba. «Al menos esta noche».

«No», dijo ella. «Quiero ir a mi casa». Y lo dijo con indicios de ansiedad y de expectación que la anciana en ese momento no pudo descifrar.

Por tanto, dejaron a la viuda frente a la entrada de la casa de via Deffenu. Ella esperó a que el coche arrancara antes de empezar a caminar. Cristian surgió en ese momento desde la esquina de la casa de al lado.

Maddalena se quedó mirándolo como si fuera a reprocharle algún tipo de desatención. Nada, sin embargo, que pudiera comprometer el amor que sentía por él. Cristian apretó los labios, como siempre que buscaba algo que decir.

«Así que eras tú», constató Maddalena sin dar ni un paso.

«Sí», confirmó él. «Era yo».

«Sabía que no estabas muerto», le confesó.

Cristian avanzó un paso hacia ella. «Estás más guapa de como te recordaba», susurró.

Maddalena retrocedió para restablecer la distancia entre ellos. «Estás cambiado, pero sigues siendo tú. ¿Qué fue lo que te pasó?», preguntó.

«¿Me dejas entrar?», preguntó él a su vez.

«Es tu casa», dijo Maddalena mientras se disponía a abrir la puerta.

Cristian la siguió manteniendo una distancia de dos pasos. Esa entrada que conocía perfectamente ahora se le antojaba un lugar lleno de misterios. «No ha cambiado nada», comentó.

«Ya verás dentro», le advirtió ella para prevenirlo sobre quién sabe qué cambios.

Entraron. Cristian miró a su alrededor. En la estación blanca había soñado muchas veces que se encontraba justo en ese lugar. Pero no por nostalgia.

«¿Qué te hicieron?», preguntó Maddalena con una pena infinita.

Cristian temió por un momento que no iba a ser capaz de contestar. «Regresé de la muerte», respondió.

Maddalena no dejó que continuara, su amor siempre se había expresado desde el dolor. Cogió su cara con las manos y comenzó a besarle en las mejillas, los ojos, la nariz, los labios, las orejas, el cuello... Con un furor obstinado, como si quisiera saborear cada milímetro de su rostro. Domenico estaba pagando su moneda al barquero y ellos se tocaban con los ojos cerrados, como si quisieran reconocerse de otras maneras. A ella no le parecía posible que hubiera remisión alguna por lo que estaban haciendo, y tampoco la quería. Él buscó su piel bajo el vestido para volver al punto exacto del que había sido raptado. Pero mantenía la certeza de que nada volvería a ser nunca lo que era. A pesar de que se hallaran los dos justo allí, donde estaban la primera vez que hicieron el amor.

Había cambiado, pensó Maddalena mientras jugaba a rechazar lo que

deseaba. Ahora la piel de él era espesa y seca, todo su cuerpo se había transmutado en una máquina especializada en la supervivencia. Mantenía la anchura de pecho, pero no el color, que ahora era lechoso, tan pálido como las pieles incólumes, siempre tapadas, de los habitantes de los climas fríos. En eso se veía claramente que su segunda vida había tomado el control.

Ella no le preguntó cómo había sobrevivido, cómo se había salvado, y él en esos momentos no parecía demasiado interesado en decir nada.

Se amaron con una pasión precisa, la misma con la que habían imaginado siempre ese instante.

Se había vuelto más hermosa, pensó Cristian mientras terminaba de desvestirla. A él siempre le había gustado la desnudez absoluta. El sexo sin oropel, solo la pasión devoradora. Era así, primitivo; la mujer debía bastarle. Y Maddalena no solo le bastaba, sino que temía que nunca se habría saciado de ella. Ella se había rellenado sin engordar, porque su cuerpo se había vuelto maduro y azucarado como un fruto en la cima de un árbol, más expuesto al sol, besado por la vida. Y él estaba allí donde siempre había querido llegar, aun a riesgo de hacerse mucho daño.

Luego resultó imposible pensar.

Después hablaron de todo. De cómo fue salvado él por un marinero de un carguero soviético. Aquel marinero se llamaba Juris y lo rescató del agua con un arpón ballenero. ¿No veía esa cicatriz que le había quedado en el hombro izquierdo? Empapado, más muerto que vivo, fue izado a bordo. Y transportado lejos. Así, dijo, se inició su estación blanca, porque allí donde fue a parar nevaba siempre. En la granja donde lo acogieron lo llamaban *Zivs*, que en letón significa pez. Los dos rieron. Tardó unos meses en recuperarse. Trabajaba en la granja como un mozo cualquiera y obtenía su ración de carne salada y pepinillos en vinagre. Tenía que palear estiércol y limpiar los establos. No resultó fácil, pero aprendió el idioma del lugar, con una

pronunciación que hacía reír a todo el mundo. Letonia en aquel tiempo no era independiente, formaba parte de la Unión Soviética. Ella le pidió que le dijera algo en ese idioma. «Es esmu seit», susurró él. Que quiere decir: «Yo estoy aquí». Ella sonrió como si conociera perfectamente ese significado. Y lo que sucedió luego es que se le presentó la oportunidad de sacar adelante algún que otro negocio con las autoridades locales. Rusos del campo, personas no demasiado espabiladas de las cuales alguien como Cristian, con iniciativa, pudo conseguir de todo. Una identidad oficial, por ejemplo, un pasaporte con un nombre y un apellido: Oskar Krievs. Luego algunos pequeños encargos, hasta llegar a asumir la responsabilidad del control aduanero. Un sector donde el funcionario que lo precedió se había enriquecido por sus estándares limitados y que Oskar logró transformar en una verdadera mina de oro... El resto fue el resultado de una disponibilidad prácticamente ilimitada que con la independencia de Letonia se hizo incluso mayor. De modo que él cogió lo que era suyo.

Maddalena agachó la cabeza. No habían sido años fáciles. Y él, ya fuera Cristian u Oskar, había sido padre. ¿Lo sabía? Él la abrazó para decirle que sí, que Domenico se lo había dicho antes de hacer lo que hizo. Pero a Cristian no se le veía demasiado interesado en ese asunto, era como si la ausencia del cuerpo mismo del hijo lo alejase de toda posible afectividad. Entonces ella se levantó y corrió desnuda hacia la otra habitación para regresar al cabo de unos minutos con un álbum de fotografías. Quería que él viera a su hijo.

¿Veía lo mucho que se parecían? Cristian dijo que sí con un gesto, sí que lo veía. Luego dijo que se le cerraban los ojos del sueño que tenía.

Esa misma noche, cuando el perro blanco fue a su encuentro caracoleando, ni siquiera se despertó. Lo vio desde la esquina más lejana de la hoja en blanco a la que se había visto reducido el espacio circundante. Todo había desaparecido: la granja, el granero... No había nada en absoluto. Por todas

partes reinaba un blanco deslumbrante. Y al fondo de aquella nada solo el marrón de las pupilas y el carmín de la lengua colgando. Temió por un instante que el perro pudiera tumbarla con su fogosidad. Pero no se movió. Entonces el animal llegó hasta ella. Alzándose sobre las patas traseras se colocó a su altura como si quisiera mirarla a los ojos. Luego, con un movimiento del hocico, parecía invitarla a que lo acariciara. Maddalena no se despertó.

«Paklausigs suns», musitó el hombre que apareció a su espalda.

Maddalena dijo con un gesto que lo sabía, que sabía lo cariñoso que era aquel animal, sin ni siquiera girarse para mirar a quien le había hablado. Oyó que el hombre reía. Seguidamente sintió que le rozaba el cuello con una mano. Y no se despertó.

Ahora a su alrededor la luz se había resignado a blanquear un cielo palpitante, casi un telón de fondo fibrilante de luces de neón. Si se observaba debidamente, más allá del blanco se podía percibir un bosquecillo de abedules, y más allá aún se adivinaba el contorno de un poblado, muy lejano. Tanto que Maddalena se preguntó por qué extraordinario poder era capaz de ver tan bien las cúpulas en forma de cebolla de los campanarios gemelos e incluso los pináculos de un castillo.

El hombre era idéntico a como siempre lo había soñado; con su chaqueta a medida y las mangas del suéter de cuello alto sobresaliendo por las de la chaqueta. Y tenía ese tono de miel, en la piel y en los ojos, en la barba fina y descuidada, en su pelo revuelto.

«Esmu seit», dijo él para tranquilizarla.

Maddalena sonrió ligeramente para hacerle ver que no necesitaba que nadie la tranquilizara. El perro la miró una vez más antes de retomar su carrera y perderse en la blancura.

«¿Cómo te llamas?», le preguntó Maddalena al hombre. Su voz sonó como la de una niña.

«*Mani sauc zivs*», contestó él.

«¿Pez?», preguntó ella para asegurarse de que lo había entendido bien.

«*Ja, zivs*», confirmó el hombre.

Maddalena esbozó en el sueño esa mirada que su padre siempre definía como «de viejecilla», aunque era solo su modo de expresar complejidad. «¿Pez?», repitió. «Pero aquí no hay mar», señaló.

«*Nemáku peldét*». El hombre acababa de confesarle, conteniendo la risa, que no sabía nadar. Ahora estaba delante de ella, exactamente donde el perro poco antes.

Rieron ambos como si se conocieran desde siempre y estuvieran autorizados a compartir esa intimidad recíproca. «Un buen nombre para alguien que no sabe nadar», comentó ella.

El hombre no dijo nada, la miró. Parecía que fuera a besarla de un momento a otro.

Esperó a que ocurriera, porque era evidente que ella también lo deseaba.

Cuando Maddalena Pes se despertó estaba sola. «¿Cristian?», lo llamó.

«Estoy aquí», respondió él desde el salón al cabo de unos segundos.

Ella se levantó de la cama y, llevándose consigo la manta, fue hasta él. Estaba completamente vestido y afeitado, lo cual hizo que se sintiera desnuda y desubicada. De pronto pensó que debería avergonzarse por la facilidad con la que se había entregado.

«Estaba esperando a que te despertaras», dijo él con un tono de voz sorprendentemente neutro. «No quería marcharme sin despedirme de ti, pero tampoco quería despertarte», explicó. Y esa explicación debía servir para ratificar una forma de amabilidad que sin embargo parecía estar a años luz de sus intenciones.

Maddalena se quedó mirando a ese hombre como si se hubiera dado cuenta de repente de que, a pesar de que estaba presente, nunca había regresado. Y supo que no había posibilidad alguna de tener una vida en común.

«No os faltará de nada», le aseguró él.

Ella apretó la manta contra su cuerpo. «¿Te vas?», preguntó como si no fuera consciente de ello hasta ese mismo momento.

«Sí», contestó él como quien está habituado a darle un nombre a las cosas y a cada cosa un nombre.

«¿Y nosotros?», preguntó Maddalena. Estaba claro que sabía a qué abismo la conduciría una pregunta de esa índole, formulada sin control alguno, dejándola caer de esa manera...

«No hay ningún “nosotros”», sentenció él. Con la misma frialdad precisa con la que se había comunicado hasta entonces. Y se puso en pie al ver que Maddalena, incomprensiblemente para él, se había ido corriendo a la cocina con su manta sobre los hombros, como una mujer india.

Cristian Chironi caminó hacia la entrada, donde esperaba su equipaje ligero. Al salir de allí llamaría a su chófer para dirigirse a Olbia.

«Me voy, pues. Adiós», proclamó al vacío que dejaba tras de sí. Y fue en ese instante cuando notó la punzada, algo que penetraba en su costado y le cortaba la respiración.

Se sintió tan estupefacto que al principio no experimentó ningún dolor. Se inclinó hacia atrás, como cuando te coge por sorpresa un tremendo tirón en las lumbares, y trató de librarse de ese cuchillo. Luego desistió, comprendió que la extracción no haría otra cosa que acelerar el final. Giró sobre sí mismo.

Lo último que vio fue a Maddalena, completamente desnuda, con el pelo despeinado, la mirada fija, la postura orgullosa, como la Némesis de la que se escribe y se habla desde hace miles de años.

QUINTA PARTE

FINALMENTE

ADORAR LAS CENIZAS

Gozzano, febrero del 2000

Luigi Ippolito abrió la puerta del armario que tenía adosado en su interior un espejo de cuerpo entero y vio a su otro yo parado ante él. Sabía que no tendría dificultad alguna para reconocerse. Estaba seguro de lo que era. Y esa seguridad le atravesaba el estómago igual que un hoplita que se lanza contra la falange. Desabrochó con calma los tres primeros botones de la sotana. Probó a susurrar su nuevo nombre: Luigi Ippolito Chironi.

Rebuscó entre los recuerdos de infancia para hallar algún indicio sobre lo sumamente fácil que le había resultado comprenderlo por sí mismo tras la lectura del manuscrito que su madre le había entregado. Descubrió de inmediato que se trataba de algo más que un simple manuscrito. De hecho, en esa carpeta las distintas generaciones habían dejado una marca, un apunte, un comentario. Mensajes dentro de una botella en el mar de las circunstancias.

Cristian, su padre, había redactado pequeñas glosas a mano con letra expeditiva, como ocurre con quien escribe al calor del impulso, bajo la presión del temor a olvidar lo que tiene en la cabeza. Pero lo que más llamaba la atención era la larga cita de Epicuro, como un verdadero anuncio: La muerte, el más horrible de todos los males en definitiva, no existe en realidad. Porque cuando vivimos la muerte no está y cuando ella está no estamos

nosotros. Calculando por alto dedujo que esa era la escritura de Cristian con dieciocho años, en la época de la muerte de su madre Cecilia, por tanto. Y luego había una hoja arrancada de un libro de historia del arte con la reproducción del San Mateo y el ángel de Caravaggio, que se conserva en la Capilla Contarelli de Roma. Luigi Ippolito había estado en la iglesia de San Luis de los Franceses y podía asegurar sin temor a equivocarse que esa fotografía no tenía nada que ver con el original. Y se preguntó cómo habrían sido las cosas si su padre, Cristian, hubiera podido ver esa obra maestra con sus propios ojos. Quizá habría comprendido que hay casos en los que la realidad es mucho más resplandeciente, más increíble, que la imaginación. Por contra, habría podido comprender algo que él ahora, frente a sí mismo, veía con absoluta claridad: que la realidad es siempre, siempre, más imponderable que cualquier forma de imaginación. Y es por eso por lo que da tanto miedo.

Al final del primer bloque de folios manuscritos, los redactados por el bisabuelo tocayo de Luigi Ippolito, Cristian había incorporado una carta, sujeta con una lengüeta de cinta adhesiva. Se trataba de un testamento, o de una despedida trémula, escrita por un viejo. Era la caligrafía forjada del patriarca de la familia, Michele Angelo:

Yo, el abajo firmante, Michele Angelo Chironi, declaro:

Que no permito que cuando yo muera mi familia vista de negro, no quiero luto. Vestir de luto, queridos, no me dice nada, el luto se lleva en el corazón.

Otra advertencia. No quiero misas, solo el funeral de cuerpo presente. No quiero que me metan en una tumba en la tierra como a mi nieto, a mi hijo y a todos los demás...

Cada uno había tratado, a su manera, de darle sentido a algo que nadie dijo que por fuerza lo tuviera. Había dos fotos: en la primera aparecía un hombre, su bisabuelo Luigi Ippolito, posando con su uniforme de la primera guerra mundial ante una pequeña iglesia románica; en la segunda se veía a un jovencito, el abuelo Vincenzo Chironi, con traje oscuro y camisa blanca, sin corbata, sonriendo al objetivo y apoyado en su moto.

Había luego, en un grupo de hojas separadas, listas ordenadas con una hermosa caligrafía de Marianna Chironi, una detallada genealogía que se había ido actualizando de cuando en cuando:

Michele Angelo y Mercede engendraron a Pietro y Paolo, a Giovanna María y Franceschina, a Luigi Ippolito, Gavino y Marianna; Luigi Ippolito y Erminia engendraron a Vincenzo, Vincenzo y Cecilia engendraron a Cristian. Cristian y Maddalena engendraron a Luigi Ippolito...

Ya escrito, desde siempre, de inmediato, sin misterio. Ahí estaba, negro sobre blanco, algo que, sin saberlo aún, había percibido desde el inicio. Ahora se veía claramente la naturaleza misma de ese sentirse inadecuado que había condicionado cada una de sus decisiones. Que lo había entregado a la arbitrariedad, a la inquietud. Y sin embargo nunca se había sentido huérfano.

Advirtió que inesperadamente brotaba de su pecho un sentimiento de cariño hacia Domenico Guiso, que se había convertido en su padre a pesar de todo. Padre putativo, como san José. Y José, Giuseppe, era el nombre de su abuelo materno —quien había muerto hacía años—, que completaba el otro nombre, el del destino. Domenico quiso ser padre, pero no tuvo la fuerza necesaria para dejar de ser hijo. Esa alma desgarrada, ahora podía entenderlo a la perfección, había intentado de todas las maneras ignorar lo que sabía con certeza, que estaba criando al hijo de Cristian. Exactamente igual que él, que del mismo modo había tratado de ignorar lo que percibía con certeza, que ese hombre no era su padre.

Guardaba recuerdos de grandes muestras de cariño, eso sí.

Ahora que se estaba viendo ante el espejo, esbelto con la sotana, orgulloso y arrogante frente a ese Chironi que había descubierto que era, podía concederle a la pobre alma de purgatorio de Domenico una oración en sufragio para que su pena terminara.

Poco antes se había acostado sin deshacer la cama. Vestido de punta en

blanco, con los botones de la sotana brillantes y los zapatos relucientes como un espejo. Había probado a susurrar en el silencio su nombre y su apellido: Luigi Ippolito Chironi. Ya no Guiso. De hecho, sin que el Chironi se moviera de la cama, el Guiso que había sido se puso en pie para contemplar a su otro yo compuesto, muerto, dispuesto a llorar. El Uno yacía allí, preciso en sí mismo; el Otro lo miraba, inquieto, petrificado pero turbado, recto y seco como un insulto dicho a la cara, entre la cama y la ventana. Porque la quietud del Uno era apariencia y la quietud del Otro era control. A primera vista se diría que Luigi Ippolito y Luigi Ippolito eran idénticos, solo que el primero, el que estaba echado en la cama, tenía la imperturbable apariencia del muerto sereno, mientras que el segundo, el que se observaba a sí mismo, de pie, se mostraba rígido y severo, porque rígidas y severas son las miradas de perplejidad.

Así, mientras el primero estaba inmerso en la indescriptible paz de una rendición total, el segundo luchaba contra esa invencible laxitud. Por eso, en un momento dado, rompiendo esa forma de estancamiento, se acercó hasta casi robarle el aliento, como un padre amoroso que quiere asegurarse de que el recién nacido aún respira. Pero ciertamente no fue por amor por lo que Luigi Ippolito se inclinó sobre Luigi Ippolito, no. El Otro se inclinó sobre el Uno para leerle la vida. Y también para insultarlo, porque no era ese el momento de morir ni mucho menos de jugar a la muerte; y porque no era ese el momento de rendirse.

El Uno escuchó y no se movió, pertinaz en su farsa de difunto. No se movió a pesar de que hubiera querido recuperarse a sí mismo.

Rendido ante su manifiesta obstinación, el Otro se sentó en el borde de la silla de mimbre frente a la mesita, como una joven viuda que aún no ha comprendido el ultraje que ha sufrido. Se quedó observando al Uno, que a duras penas respiraba.

«¿Cómo es eso de explorar esta tierra de silencio?», le preguntó.

«¿Cómo es este viaje maldito?».

Luego la luz pareció abandonar la estancia precipitadamente y sus pobladas cejas ensombrecieron los párpados cerrados del Uno, dejando al descubierto toda su palidez. El Otro entonces, al descender la luz, bajó el tono de su voz y de sus pensamientos para mostrarse dispuesto a jugar finalmente a ese juego de difunto. ¿Recordaba la soledad de los campos exhaustos en la canícula? ¿Podía recordar la espera ante la trampa? ¿Y la vida que expelían sus pulmones después de la carrera? ¿Lo recordaba? Las batallas en el olivar, el tremendo chirrido de las cigarras, el silbido felón del viento mistral...

«Tú querías el contraluz. Querías sombras. Yo quería luz», respondió de repente el hombre que estaba acostado.

Había un plan de vida juntos cuando los dos eran uno, como una mesa de madera rústica en la que el encanto del pasado podía hallar un orden. Luigi Ippolito Chironi, descendiente por tanto de aquellos Chironi que al parecer habían criado los caballos sobre los cuales se sentaron las santas posaderas de dos papas y las laicas posaderas de un virrey...

En el cuarto se formó una luz de capilla ardiente, porque una mancha negra se había hecho un hueco en el centro del sol. El Uno y el Otro se miraron. El primero, acostado, volvió a mostrarse ausente, pero observó al segundo a través de sus párpados cerrados. El segundo, con el ceño fruncido, correspondió a esa mirada ausente con un inmovilismo tenaz. Como siempre ha sido y como siempre será.

Era el momento de decirse adiós.

De modo que Luigi Ippolito se levantó, abrió la puerta del armario para mirarse, de pie, en la plenitud de su magnificencia.

Podía reclamar todo lo que le pertenecía, pero se dio cuenta de que sería inútil, porque ya no quedaba nadie a quien exigirle lo que era suyo. Ni Cristian, muerto dos veces; primero por Domenico, luego por Maddalena. Ni Domenico, muerto por su dolorosa inquietud. Ni Maddalena, que tras su visita

al seminario no había dado señales de vida. Ya llevaba más de un año desaparecida en la nada, como solo las mujeres Chironi sabían hacerlo. Podía regresar a Nuoro, abandonar la vida eclesiástica. O no.

Se hizo el silencio, contra el estruendo constante de la reflexión. De repente ya no hubo nada, nada en que pensar, nada que recordar. Había sido un sueño, o no. Había sido ir a parar exactamente al punto en el cual resultaba imposible cualquier rectificación.

¿Pero cómo se podía contar esa historia de silencios? Todo el mundo sabe que las historias se cuentan únicamente porque han sucedido en algún lugar. Basta con encontrar el tono apropiado, darle a la voz ese calor interno que hace fermentar la masa, serena en la superficie, turbulenta en la sustancia. Basta con saber dónde está el grano y dónde la paja, pensando casi sin pensar. Porque saber que se está pensando es como desvelar el mecanismo y desvelar el mecanismo es convertir la historia en mortal.

Por eso era necesario que asumiera su primera responsabilidad como Chironi, que consistía, como alguien había dicho, en tener la certeza de que mantener viva la llama era mejor que verse obligado a adorar las cenizas.

El escritorio estaba solo en un rincón en sombra de la habitación. El destino le estaba concediendo bolígrafo y papel. Y allí fuera el cielo era de leche. Luigi Ippolito se observó a sí mismo dirigiéndose a la mesa en la que estaba esa carpeta que era la única herencia recibida de su madre. La abrió por la primera página. Desde las sombras en las que estaba sumergido el escritorio surgió la obstinada luminosidad de una hoja en blanco. Una luz perfecta. Que quizá era una invitación...

Entonces cogió un bolígrafo y comenzó:

Primero fueron los bisabuelos, Michele Angelo Chironi y Mercede Lai.

Releyó la frase y ya hizo la primera corrección. Tachó con una línea la palabra bisabuelos y escribió patriarcas.

*Primero fueron los patriarcas, Michele Angelo Chironi y Mercedes Lai.
Antes que ellos...*

... Nada.

Las citas literarias proceden de:

Sebastiano Satta, *Canti barbaricini, La vita letteraria*, 1910.

Epicuro, *Carta a Meneceo*.

William Shakespeare, *Enrique IV*.

Las citas musicales proceden de:

Pink Floyd, *Us and Them, de The Dark Side of the Moon*, 1973.

U2, *Sleep Like a Baby Tonight, de Songs of Innocence*, 2014.

Umberto Bindi, *Il nostro concertó* (de Giorgio Calabrese y Umberto Bindi), de *Umberto Bindi*, 1960.

Renato Zero, *I migliori anni della nostra vita* (de Maurizio Fabrizio y Guido Morra), de *Sulle tracce dell'imperfetto*, 1995.

Claudio Rocchi, *La realtà non esiste, de Volo mágico, n. 1*, 1971.

Franco Battiato y Alice, *I treni di Tozeur* (de Franco Battiato, Giusto Pió y Rosario Cosentino), de *I treni di Tozeur*, 1984.

Gazebo, *I Like Chopin* (de Pierluigi Giombini y Paúl Maz zolini), de *Gazebo*, 1983.

El pasaje del encuentro entre Luigi Ippolito y Erminia había aparecido en una versión anterior con el título *Di quando sei tornato* (De cuando regresaste), escrito para el festival literario Gita al Faro (Excursión al Faro) del 2014.

El pasaje de Gessica y Priamo había aparecido en una versión anterior con el título *Certefavole si capiscono troppo tardi* (Ciertas fábulas se comprenden demasiado tarde), escrito para el Instituto Goethe en el 2012.

La cábala de los nombres y los apellidos se asegurará de que haya personas que se llamen exactamente como los personajes de esta historia. Esa concordancia es totalmente casual y no guarda relación alguna con personas ni con hechos reales.

M.F.



Marcello Fois (Nuoro, 1960) es un escritor, dramaturgo y guionista italiano cuyas novelas han sido traducidas a una veintena de lenguas. Su literatura está ambientada en su Cerdeña natal, con elaboradísimas representaciones del paisaje y paisanaje isleños, no en vano se considera a Fois uno de los principales representantes de lo que se ha dado en llamar Nueva literatura sarda.

En su obra destacan *Siempre caro* (1998), *Dura madre* (2001) y la multipremiada *Memoria del vacío* (Hoja de Lata, 2014), merecedora ese año en nuestro país del Premio al Mejor Libro Italiano. La trilogía sobre la familia Chironi, compuesta por los volúmenes *Estirpe* (2016), *El tiempo de en medio* (2017) y *Luz perfecta* (2018), ha sido finalista de los premios Campiello y Strega, y ganadora de numerosos galardones, entre ellos el C.ittá di Vigevano (2009), el Frontino Montefeltro (2010), el Cassieri (2016) o el Mondello (2016).

En junio del 2017, los librerios catalanes otorgaron a *Estirpe* su más preciado reconocimiento, el Premi Llibreter, en la categoría de Otras Lenguas.

ÍNDICE

MARCELLO FOIS LUZ PERFECTA
ÍNDICE

CUARTA PARTE AÚN DESPUÉS

Gozzano, enero de 1999

PRIMERA PARTE ANTES

EL ANTIGUO DE LOS DÍAS

LA PALABRA PROFUNDA

Nuoro, 6 de mayo de 1979

CABALLO A F6

SEGUNDA PARTE MIENTRAS TANTO

Nuoro, 12 de octubre de 1982

Cagliari, Buoncammino, julio de 1984

Cala Girgolu, setiembre de 1988

TERCERA PARTE DESPUÉS

Enero de 1999

QUINTA PARTE FINALMENTE

ADORAR LAS CENIZAS

Marcello Fois